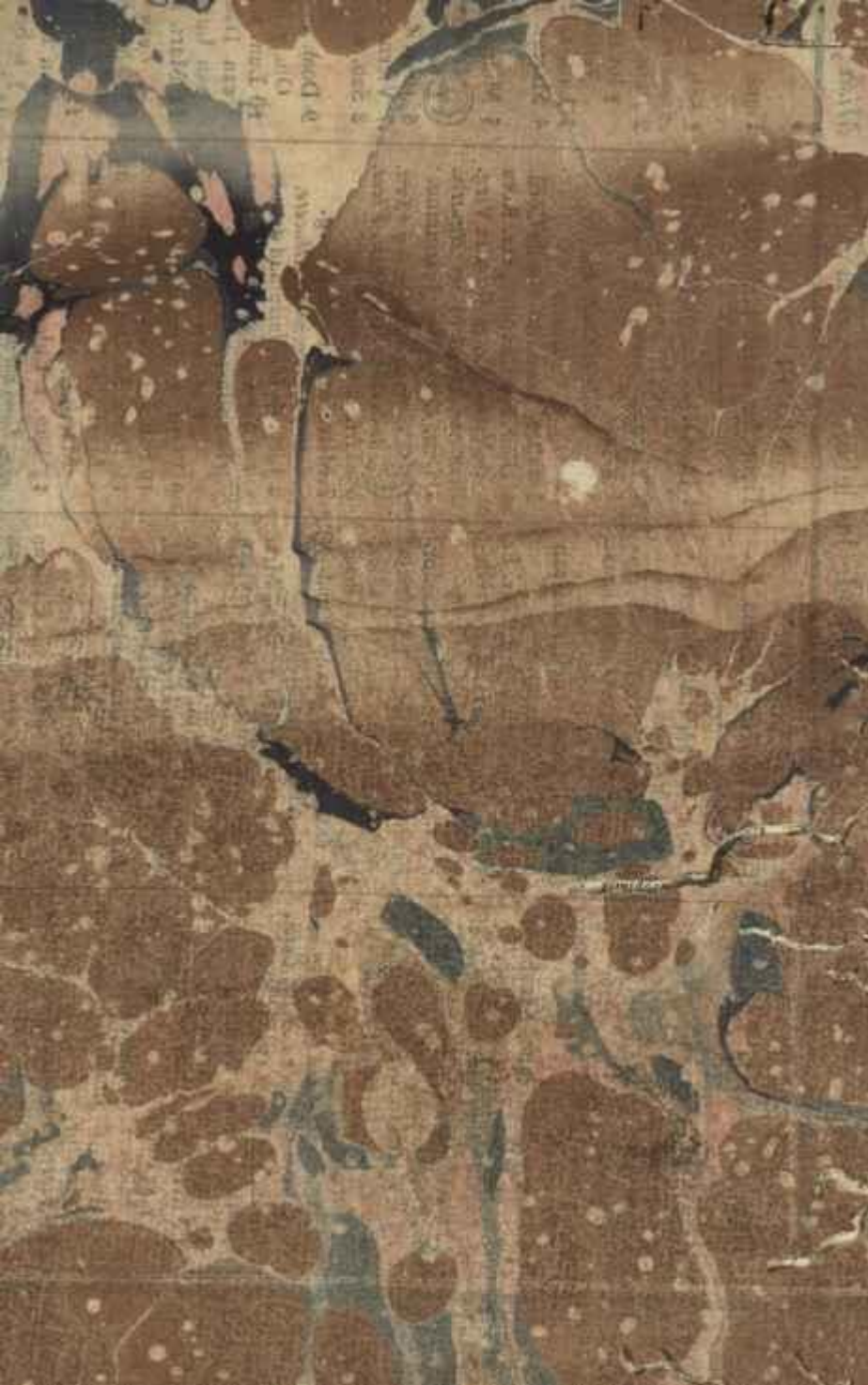






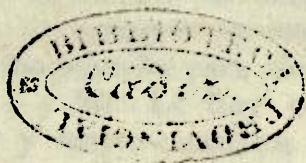


7430

PELIGRO Y ABSURDO
DE LA DOCTRINA FISIOLÓGICA
DEL DOCTOR BROUSSAIS.

PELAGRO Y ABSURDO
DE LA DOCTRINA FISIOLÓGICA
DEL DOCTOR BROUSSIER.

PELIGRO Y ABSURDO
DE LA DOCTRINA FISIOLÓGICA
DEL DOCTOR BROUSSAIS,
Y
OBSERVACIONES SOBRE EL TIFO DE 1814,
DE LA ENFERMEDAD QUE REINÓ
EN LA ESCUELA DE SAN CIRO,
Y DE LAS FIEBRES ADINÁMICAS EN GENERAL,
POR L. A. LESAGE, DOCTOR EN MEDICINA
de la Sociedad de Emulación de Paris, ect. ect,
TRADUCIDO AL ESPAÑOL
POR EL DOCTOR DON NICOLAS MOLERO,
DE LA SOCIEDAD MÉDICO-QUIRÚRGICA DE CÁDIZ, ect.



*Audaces fortuna juvat,
timidosque repellit.*

SEVILLA:

IMPRENTA DE HIDALGO Y COMPAÑÍA. 1827.

90 309

TELERO Y APUNDO

DE LA DOCTRINA FISIOLÓGICA

DEL DOCTOR BROUSSARD

Y

OBSERVACIONES SOBRE EL TIPO DE 1812

DE LA ENTENDIMIENTO DEL TIPO

EN LA ESCUELA DE SAN DIEGO

Y DE LAS FUERZAS ANIMADAS EN GENERAL

POU L. A. LÉZAGE. DOCTOR EN MEDICINA

DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE BORDEAUX

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

POR EL DOCTOR DON NICOLAS MORENO

DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE BORDEAUX



SEVILLA:

Imprenta de Llanos y Cárdenas 1877

PROLOGO.

En un siglo ilustrado por la antorcha de la filosofía, en el que el estudio de las ciencias físicas y naturales ha extendido sobre la medicina un brillo de que no habia gozado antes; en el que los trabajos del inmortal autor de la anatomia general han abierto un camino firme y seguro al mismo; al paso que los ingenios de Pinel, Hallé y Corvisart han lucido con el mayor esplendor: en este siglo de luces, digo, ¿no es de admirar el ver á dos hombres, diferentes en sus principios y medios, pero profesando cada uno un método exclusivo, eclipsar con su sombra malefica este sol radiante, procurando sumergir la ciencia en la obscuridad en que la ha tenido tanto tiempo el espíritu de sistema?

Estos dos antagonistas son: Mr. Broussais, armado de sanguijuelas para destruir sus eternas irritaciones; y Mr. Le Roy combatiendo con sus catarticos y emeto-catarticos los humores pecantes que segun él, son siempre la causa de todas las enfermedades. Cada uno goza de una reputacion igual en su partido; así tal persona no quiere ser tratada mas que con las sanguijuelas, mientras que una otra no conoce por remedio de todos sus males mas que la medicina de Le Roy.

Se distingue Mr. Broussais de su adversario por la acrimonia de sus escritos, mientras que este, que tendria á la razon en su favor si su sistema no fuese tan exclusivo, sobrepaja á aquel médico por la ganancia considerable que le proporciona el despacho de su purgante.

Todo el mundo conoce los efectos perniciosos que produce el abuso de este remedio, y sin embargo se hace un uso prodigioso de el. Todos los médicos conocen lo absurdo del sistema de Mr. Broussais, é infinidad de ellos, movidos por un principio de interes, alaban con exceso la que se dice su doctrina. En tal conflicto de opinion, se propaga esta teoría, hace prosélitos cada dia entre los médicos jóvenes, y no menos exterminadora que la medicina de Le Roy, no podrá uno calcular sus funestas consecuencias sino despues que halla sucumbido á su aplicacion una multitud de victimas.

Me propongo apresurar este árduo cambio; voy á tratar de manifestar el error. Si pudiesen mis reflexiones salvar algunas de estas victimas, habré llenado el fin que me he propuesto, el de ser útil á mis semejantes.

No puedo negar ó desconocer las dificultades que se me presentan. Cuando se prepara uno á destruir opiniones, y aun intereses, debe esperar encontrarlas may grandes; pero mientras mas obstáculos halla que franquear, mas debe redoblar uno el zelo y desinteres, y cuando se trata de combatir el error no hay cosa que deba arredrar.

La doctrina de Broussais, llevada adelante por la ambicion, sostenida con encarnizamiento por

(VII)

partidarios que creen correr á la celebridad marchando sobre sus huellas, parece que con una marcha colosal, quiere echar por tierra todos nuestros conocimientos, fruto de la observacion de muchos siglos.

Esta nueva doctrina quiere reservarse exclusivamente el imperio de la ciencia; de aquí en adelante quiere tener toda influencia, toda superioridad sobre la numerosa clase de sus antagonistas; se contempla bastante segura de su triunfo, y juzga no necesitar mas que el audacia para derribar la sana doctrina. Muy prematura me parece esta seguridad: por mucha que sea la preponderancia que haya adquirido; por considerable que sea el número y mérito de sus defensores, yo no desconfío. Podrá luchar contra las opiniones recibidas, balanzar los intereses de la ciencia, contar con el suceso, atraer un gran número de hombres sin experiencia; pero la lucha es muy desigual; las ideas serán ractificadas, y quedará su impotencia al descubierto. La necesidad, la costumbre de raciocinar, de juzgar, harán que vuelvan á entrar las opiniones en las vias naturales. No en medio ni en el calor de las disputas escolásticas se apercibe el error; la comparacion que hace uno en seguida de las controversias, dirigidas por un juicio severo é imparcial, es quien lo descubre.

La observacion es la base sólida sobre que descansan los fundamentos de la medicina: *ars medica est tota in observationibus*, dice Baglivio. Este es un principio reconocido por todos los médicos; querer separarse de él, es querer errar. Tan

(VIII)

cierto es esto , que cada partido invoca ordinariamente este axioma. Los fundadores de la nueva doctrina, en medio de tratar á los otros médicos , fieles á estos principios, de empiricos y rutineros; en medio de procurar ridiculizarlos con los epitetos mas viles, no pueden menos que decir que sola la observacion puede prestar los elementos á cuya ayuda se aclare un objeto en litigio. ¿ Pero cómo podrán admitir la autoridad de la observacion, cuando despues de haber reconocido, apesar suyo, su necesidad, la recusan en seguida, diciendo que relacionar en medicina los testimonios de una multitud de escritores, no es perfeccionar la ciencia, sino hacer un uso muchas veces vicioso, y casi siempre inútil, de las materias de que se compone su dominio? (1) ¿ De dónde puede provenir un language tan diferente, en la misma boca, sino de la poca solidez y verosimilitud de su sistema?

En efecto admiten la observacion en tanto que es citada por sus partidarios, y que tienden á corroborar su opinion, pero en el instante de ser presentada por sus adversarios por distinguidos que estos sean en saber y mérito, pierde todo valor á sus ojos: se hace inútil, y aun impide, dicen el adelantamiento de la ciencia. De este modo se juega con los hombres; por tales divagaciones se consigue adquirir nombre; pero una celebridad alcanzada á tal precio no puede ser durable; así la doctrina fisiologica, descanzando enteramente so-

(1) *Diario de ciencias médicas , cuaderno 27º, Setiembre 1820 , pág. 240.*

(IX)

bre principios falsos, y sostenida por falsos argumentos, debe tener una corta existencia, cualesquiera que sean sus defensores.

Ya empieza á opacarse su estrella, y sumergida bien pronto en la obscuridad de donde nunca saldrá, desaparecerá para siempre. Ya es tiempo de contener esta plaga: por que el terror se estiende por los campos á la vista de médicos que armados de sanguijuelas derraman hasta la última gota de sangre; se aumenta el número de las victimas, un grito lúgubre se oye por todas partes, y pide venganza.

La enfermedad que ha reinado en la escuela militar de S. Ciro y sus alrededores á fines de 1821 y principios de 1822, es un triste egemplo de lo dicho. La falta de suceso no ha hecho abrir los ojos, y la mayor parte de los enfermos han sucumbido á este tratamiento exterminador; los que han escapado del, á penas han podido, á fuerza de trabajos, recobrar las fuerzas que las emisiones reiteradas de sangre les han hecho perder. ¡Que tristes reflexiones no podemos hacer! ¿Por que la triste humanidad servirá de velo á la ambicion? ¿Hasta cuando abusarán de la credulidad de unos y de la buena fé de otros? (*¿Quousque tandem abutere patientia nostra?*) ¿Hasta cuándo, en fin, abusarán de la paciencia de los hombres, que por una prudente pero demasiada larga reserva, guardan silencio? Por una conducta tan inconsiderada, ¿no deberán temer estos nuevos sectadores, atraer con mas prontitud sobre su peligroso sistema el anatema que debe destruirlo?

En la comparacion que acabo de hacer entre

la medicina de Le Roy y el método de Mr. Broussais, no me propongo otro fin que presentar los inconvenientes que puedan resultar del empleo intempestivo de estos dos métodos; no me ha cabido la idea de poner en contacto estas dos personas; y todo lo que digo en el curso de esta obra no hace relacion mas que á la doctrina de Mr. Broussais, sin llevar intencion de personalidad hacia alguno.

INTRODUCCION.

Un sistema tan erroneo en su teoria como es terminador en su practica, condecorado por el Dr. Broussais con el pomposo título de *Doctrina Fisiologica*, fija en este momento la atencion de los médicos franceses. Desplomar la doctrina de observacion seguida desde Hipocrates hasta nuestros dias, negar los esfuerzos saludables de la naturaleza en la terminacion critica de las enfermedades; substituir, á una espectacion sabia y prudente, una marcha enteramente contraria; á un tratamiento razonado, fundado sobre la naturaleza y el carácter de las enfermedades, un tratamiento perturbador, intempestivo, mas propio á agravar ó desnaturalizar el mal que á contenerlo en su principio; en una palabra, desconocer los sintomas que la experiencia y la observacion han confirmado, deben guiar al practico en su diagnostico; tal es el fin de esta famosa doctrina.

Mr. Broussais funda su raciocinio sobre la irritacion local ó exceso de vida, dice, de un tejido organico particular. Cita para corroborar su opinion, aberturas cadavericas practicadas por él, ó por sus discípulos; trae á su apoyo, muchas nociones fisiologicas tomadas de Bichat, y forma de todo esto una pretendida doctrina que ha presentado al público en una obra cuya segunda edicion ha salido en 1821, titulada *Examen de las*

(XII)

diferentes doctrinas nosológicas, y en la que se encuentran estos diferentes principios reunidos en un cierto número de proposiciones.

La base de esta doctrina es viciosa, por que este autor emplea la palabra irritacion para designar una inflamacion, mientras que estos dos sustantivos designan dos modos morbosos esencialmente diferentes. La irritacion, en efecto, varia segun su naturaleza, la causa que la produce, el tejido ú órgano donde se fija; y está muy lejos de presentar en todos los casos la inflamacion, puede existir sola sin esta complicacion.

Aunque suponga la inflamacion en su origen un principio de irritacion, no puede caracterizarse bajo el simple nombre de irritacion; y mucho ménos cuando la flegmasia está en su apogeo, en cuyo estado ofrece sintomas *sui generis* que no puede uno desconocer.

Existe aun el mismo vicio, cuando admiendo el principio inflamatorio como constante en todas las afecciones morbidas, le fija su sitio invariablemente en la membrana mucosa del estómago; lo que es un error tanto mas grosero, cuanto que la experiencia de todos los tiempos ha confirmado que existe una multitud de enfermedades sin signos inflamatorios, y cuyos acometimientos se hacen sentir sobre otros organos que el estomago.

Se engaña tambien cuando avanza que esta inflamacion, cuyo sitio se ha fijado sobre este organo, es local; y es causa, mientras que, cuando existe realmente, no es mas que un efecto: por que esta inflamacion no puede sobrevenir sin causa primera. El tratamiento que arroja su teoria

(XIII)

lleva consigo tan graves inconvenientes, que los practicos sensatos y prudentes jamas se determinarán á emplearlo, sin una certidumbre adquirida de la flegmasia. En efecto, la irritacion y la inflamacion, como lo tengo dicho, ofrecen dos modos diferentes, y no puede tener lugar para ambas el mismo tratamiento. Mr. Broussais desconoce esta diferencia, emplea en consecuencia indiferentemente las sanguijuelas en cantidad, y el agua de goma: he aquí á lo que se reduce su terapeutica. Para este médico son poco cincuenta ó sesenta sanguijuelas, y queda imperfecto el tratamiento, cuando no llegue el número de ellas á doscientas ó trescientas.

Estoy muy distante de proscribir las sanguijuelas ni la sangría; miro por el contrario su empleo como un medio potentemente curativo en una multitud de circunstancias. Los médicos de todos los tiempos han usado con suceso de la sangría: Hipócrates y la mayor parte de sus discípulos la han alabado. Chrysippo, Erasistrato, se declararon contra ella, lo mismo que Asclepide, que la proscribió, á la manera que á todos los evacuantes. Su empleo, sin embargo, ha prevalecido constantemente; así Celso, Celio, Aureliano, Areteo de Capadocia, Galeno con especialidad, sus discípulos, Paulo de Egineta, Alejandro de Tralles, y Avicena, fuéron sus mayores partidarios. Las escuelas de Salerno, de Montpellier y de Paris adoptaron en esta parte los principios de Hipócrates y de Galeno. Los médicos quimistas, á su cabeza Vanhelmont, la proscribieron.

Botal médico del décimo sexto siglo, en el ex-

travío de una imaginacion exaltada, dominado por el deseo exclusivo de hacer prevalecer un sistema, resolvió destruir la opinion de los médicos qui-
mistas que despreciaban la sangria, y preferian el uso de los purgantes y evacuantes. Con esta mira, fijó Botal el sitio de los humores morbíficos en la sangre: y en esto no juzgaba mal. Habiendo visto y observado las funestas influencias de las inflamaciones en Italia, pensó en volver á la sangria la importancia, que debia tener en el tratamiento de estas afecciones, y no tardó mucho en extenderla á todos los casos.

En consecuencia, Botal partió de este principio: la sangre es ó muy abundante, ó está alterada; en el primer caso es menester disminuir su masa, y no se le puede corregir en el segundo sino quitando una gran parte de ella.

Regenerada esta teoria, adoptada por los unos, combatida por los otros, dió origen á las querellas escolásticas; se presentaron diversas opiniones, y á pesar de los esfuerzos de Grangier, y de la facultad de Paris, prevaleció el sistema de Botal. Se vió en seguida á Willis, Riolano y Guy Patin, sostener el honor de la sangria empleandola á todo trance. Partiendo Botal, de lo que habia dicho Avicena, de que el cuerpo humano contenia veinte y siete libras de sangre, concluyó que se podian sacar diez y siete de ellas. Fundado en esta hipótesis recomendaba sangrar cuatro, ó seis veces por año á los viejos; tambien sangraba á los niños; y hasta en los catarros pulmonales se podia, segun el, sacar una libra de sangre á un viejo, y repetia la sangria á las seis horas. Sin embargo no

sostenia acaloradamente que sanaban todos sus enfermos. *Bibliographia medica*. Se llevó tan adelante su sistema que los mismos médicos fueron víctimas de él. Hecquet, médico de París, fué de este número; los numerosos accidentes que resultaron de esto no tardaron mucho en abrir los ojos; se conoció, aunque demasiado tarde, que el número de víctimas de esta terapeutica era considerable; y se pasó á un tratamiento mas moderado.

En nuestros dias, Selle, Frank, Portal, Cullen y Bosquillon emplean frecuentemente la sangria. Mr. Pinel hace muy poco uso de ella, y la reserva con razon para los casos precisos y particulares en los que le parece indispensable. Mr. Guai, médico de la facultad de Montpellier, ha tratado de hacer ver sus abusos; pero prohibiendo mal á propósito la sangria en todas las enfermedades, y profesando un sistema exclusivo, no ha podido hacerse entender. (*Tratado de la sangria, Paris 1808.*)

En este estado de cosas se presenta Mr. Broussais. Su sistema á primera vista parece muy simple, y poco complicado su tratamiento. Diferente del de Botal, hace consistir la causa de las enfermedades en la inflamacion local de las membranas mucosas del estómago y de los intestinos, que denomina gastro-enteritis. Combatid esta inflamacion, dice, y curareis todos vuestros enfermos. He aquí una paradoja sin duda muy atrayente, pero que no está sostenida por el raciocinio ni por la experiencia. El mismo Mr. Broussais, que no lo ignora, desprecia estos medios como incompetentes. Las proposiciones que avanza como principios fun-

(XVI)

damentales de su teoría son falsas, por cuanto no se apoyan sobre alguna de estas bases. Esto es lo que me propongo examinar en el discurso de esta obra.

„ No exageremos, pues, las teorías medicas, di-
„ ce Bichat, veamos á la naturaleza en las enfer-
„ medades, del mismo modo que en el estado de
„ salud, en el que los sólidos elaboran los fluidos,
„ al mismo tiempo y por la misma razón que son
„ exitados por ellos. Este es un comercio recípro-
„ co de acción, en el que todo se sucede, se en-
„ cadena y une. Nuestras abstracciones no existen
„ casi nunca en la naturaleza. Nosotros adoptamos
„ ordinariamente en la medicina un cierto número
„ de principios generales, y nos acostumbramos á
„ deducir de ellos, como consecuencias necesarias,
„ todas las complicaciones de las enfermedades. En
„ los fenómenos físicos se encuentra una regulari-
„ dad, una uniformidad que jamás faltan; en la mo-
„ ral misma hay un cierto número de principios con-
„ fesados por todos los hombres, que los dirigen
„ y reglan sus acciones; de aquí la uniformidad
„ constante en nuestro modo de enseñar los fe-
„ nómenos morales y físicos; de aquí la costum-
„ bre que tenemos de partir siempre de los mis-
„ mos principios, raciocinando sobre ellos. Esta
„ costumbre la hemos extendido hasta el estudio
„ de la economía viviente, sin considerar que va-
„ rían sin cesar sus fenómenos; que, en la misma
„ circunstancia, casi nunca son los mismos; que
„ se exaltan ordinariamente sin cesar, y toman mil
„ modificaciones diversas. La naturaleza á cada ins-
„ tante parece rara, caprichosa, é inconstante en

„ sus producciones, por que la esencia de las le-
 „ yes que presiden á estos fenómenos no es la mis-
 „ ma que la de las leyes físicas.” (*Anatom. gen.*
t. IV p. 591.)

Los antiguos médicos que eran buenos obser-
 vadores, habian reconocido por analogia que nues-
 tras enfermedades eran causadas por nuestros hu-
 mores. Habian observado con razon, que la san-
 gre, fuente secretoria de estos humores, podia ha-
 llarse alterada en sus principios; habian juzgado
 igualmente, que el humor que predominaba en el
 hombre le daba una tez particular, un habito ge-
 neral, que en nada se asemejaba al impreso por otro
 humor; en consecuencia de esto habian adoptado
 diferentes matices predominantes, bajo los nombres
 de temperamento bilioso, pituitoso, sanguineo, lin-
 fatico y nervioso; tomando esta predominancia de
 temperamento por base, encontraron todas las cau-
 sas de las enfermedades en una modificacion de-
 leterea llevada por la sangre, que, desnaturalizan-
 do los principios de estos humores, los viciaba, los
 disminuia, ó los hacía muy abundantes. Llamando
 la atencion sobre el aspecto sombrío que estiende
 sobre nuestra fisonomia el embarazo de los orga-
 nos gastricos, Bichat se explica de este modo: „Los
 „ antiguos que creían que el color obscuro se eva-
 „ cuaba por los purgantes con los malos humores,
 „ conocian mejor que nuestros modernos mecani-
 „ cos, las leyes de la economía. Desembarazando
 „ las primeras vias, hacian desaparecer la causa de
 „ estas afecciones.” (*Reflecciones sobre la vida y*
la muerte p. 71.)

Me parece oír á Mr. Broussais y á sus parti-

(XVIII)

darios, que deben á Bichat lo que puede haber de bueno en su sistema, acusarlo de haber caído en el humorismo, en la antología y en la creación de entidades morbosas. Pero, dirán, nada tiene esto de extraño: Bichat aun no habia sido ilustrado por la medicina fisiologica; algunos años después, ayudado de esta doctrina, fuente de toda luz, este médico habria usado otro language. Asi es como Mr. Broussais se maneja con sus adversarios, gente tan ciega que no ve sus gastro-enteritis con los ojos de la fé, y que tiene la gran torpeza de querer curar fiebres biliosas con el emético, fiebres inflamatorias sin sangrias ni sanguijuelas, y fiebres adinamicas con la quina ó el sulfato de quinina, segun la confesion de sus partidarios y el empleo que él mismo sabe hacer de ella, cuando le son infieles sus gastro-enteritis, y que con gran detrimento de sus enfermos conoce que se ha engañado. (*Véase* observaciones sobre la curacion de las irritaciones de las fiebres intermitentes con el sulfato de quinina, por el Dr. Lassaire. *Diar. gen. de cienc. medic.* Dic. 1821. p. 30. y sig.)

La sangre contiene, pues, el principio de las secreciones, excreciones, y exhalaciones en el estado de salud; ella es quien imprime á los diferentes organos y tejidos propios á llenar las funciones secretivas, las propiedades vitales que le son necesarias para elaborar y separar los humores de su masa, y depositarlos en los sitios donde deben servir á otras funciones, ó bien arrojarlos fuera como superfluos. Asi es que la saliva, la bilis, el jugo pancreatico, y el moco intestinal, sirven, mezclándose á nuestros alimentos, para formar el qui-

(XIX)

mo, y los ponen en estado de sufrir una elaboracion vital, que convierte una parte de ellos en quilo, el cual concurre á la formacion de la sangre roja, y se estiende en todo el sistema vascular sanguineo, la otra parte mezclándose á las materias fecales, se arroja fuera como inútil: tales son las orinas, los sudores, las lágrimas y otros. Pero si la sangre ha recibido del quilo modificaciones en sus cualidades, y se ha cargado por este mismo hecho de principios morbosos: entónces no poseyendo el fluido, en el mismo grado, las cualidades requeridas para transmitir á los órganos las propiedades vitales de que tienen necesidad, se desarreglan sus funciones, y se hace causa de las enfermedades. Asi es como una bilis acre, degenerada, ocasiona una irritacion en el estómago, que se manifiesta por sintomas gástricos, y de los que se liberta uno por un emético que no solamente obra como evacuante, sino tambien como un agente que imprimiendo á los organos enfermos una sacudida saludable obliga á la sangre á desembarazarse de los principios alterados que la inficionan, y restablece las funciones del estómago.

Ello es constante (y esto no puede negarse de buena fé) que los humores, sea que se hallen en mucha abundancia, ó que hayan sufrido una larga demora en el estómago ó los intestinos, contraen en estos sitios un carácter acre, ácido ó de otra especie, que dificulta y aun puede viciar la asimilacion, llevar principios mórbidos á la sangre, y á toda la economia, y ocasionar en ella desordenes que pueden afectar muchos y aun todos nuestros sistemas. Esto es lo que se verifica

en la mayor parte de las fiebres, que Mr. Broussais hace consistir, sin distincion de síntomas, ni de fenómenos propios á cada una, en una irritacion local de la mucosa del estómago y de los intestinos, y que designa bajo el nombre general de gastro-enteritis. Ciertamente que no se necesita un juicio el mas profundo para conocer el error en que cae este médico. Todo el mundo sabe, y Mr. Broussais conviene muchas veces en ello, que los enfermos que han muerto de estas fiebres casi nunca han ofrecido vestigios de inflamacion, ni lesiones propias á las vísceras abdominales.

En estas circunstancias pretende, Mr. Broussais, que los que han hecho las inspecciones, no han visto, ó mas bien han desconocido las trazas inflamatorias. A Mr. Broussais le es muy fácil salir de este modo de su cuidado, ¿pero esto es creíble? Fuera de esto, se vé que este profesor no está de acuerdo consigo mismo. En ciertos sitios se le oirá decir „que las causas de las enfermedades residen exclusivamente en la irritacion de las membranas mucosas de los intestinos y del estómago;” y en otras partes espresándose de un modo diferente, dice: „No he pretendido que este fenómeno (la irritacion) sea siempre la causa de las enfermedades, puesto que se dan enfermedades en que falta enteramente.” No acordándose mas abajo, de esta frase, repite con énfasis „Digo, y no me cansare de repetirlo: todas las causas de las enfermedades son debidas á la irritacion.” Y por una de aquellas contradicciones que le son tan familiares, exceptua el escorbuto de esta regla general, y formando de él una entidad morbida á

parte, dice: „Esta enfermedad es ocasionada por „un defecto de asimilacion en la nutricion;” dejando entrever su anterior presentimiento, á pesar de su disimulo. Esto depende de que conoce bien, que si se da una enfermedad que no reconosca por causa á la inflamacion, no hay razon alguna para que no puedan darse otras. Sin embargo de no admitir la irritacion como causa esencial del escorbuto, por dorar su inconsecuencia y parecer fiel á su sistema, no puede ménos que hacer figurar de cierto modo á la inflamacion en esta enfermedad, y admite en ciertos casos esta complicacion, de la que es un ejemplo, segun él, la afeccion de las encías. He aquí á Mr. Broussais que admite en una enfermedad por debilidad, una complicacion que él ha caracterizado por exceso de vida. Luego si el escorbuto es una enfermedad por debilidad, y se acompaña de sintomas flegmasiacos, hay inflamaciones atónicas. He aquí á Mr. Broussais vuelto tan Browniano, tan ontologista como aquellos que acusa de estar empapados en estos principios: su definicion de irritacion, tal como la concibe, es pues falsa, seria necesario que admitiese dos especies de ellas; por que no puede haber exceso de vida en una enfermedad causada por la debilidad y por la poca energia de las propiedades vitales.

Si se quiere juzgar de las numerosas contradicciones en que cae sin cesar este autor, que se vea este paso de sus *flegmasias cronicas* donde se espresa asi: „He encontrado, dice, muchas veces „esta membrana, (la mucosa de los intestinos) en „un buen estado en seguida de los Tifos mas ma-

„lignos; y he visto mejorarse un gran número de
 „ellos con el uso de los estimulantes mas enérgi-
 „cos, para tomar parte en la opinion de los mé-
 „dicos sobre la causa de la fiebre atajica.” (*Hist. de las flegm. cron.*) ¿Que pensar de Mr. Broussais, despues de esta salida contra un compañero que no hacia mas que avanzar lo que el mismo enseñia al presente? Quería sin duda criticar entónces la opinion de otros, para hacer ver que tenia una propia. Es chistoso oírle citar hechos que dice confirmados, por su experiencia, y reformarlos despues á voluntad cuando quiere enseñar preceptos contrarios, á fin de hacerse gefe de secta, en despecho del ridiculo en que cae. Pero conociendo lo que se le puede obgetar, y temiendo ser acusado de inconsecuente, hace su confesion, acusa su error, y publica bochornosamente que no ha insertado esta frase en esta obra mas que por el miedo que tenia de la critica. Como hombre timorato, contra su conciencia, deja escapar á su pluma esta terrible frase, que se le pondrá sin cesar delante de los ojos, y que puedo decir que las verdades que contiene encontrarán defensores mas sólidos y constantes que el. Si este médico era timido en aquel tiempo para decir la verdad, es necesario confesar que al presente es demasiado temerario para defender el error. Creo que habria hecho mejor en no avanzar una opinion que le obligaria á ruborizarse mas adelante, y cuya falsedad conocia perfectamente. ¿Donde se encontrará la buena fé? Ciertamente que en esta circunstancia no ha dado pruebas de ella Mr. Broussais. ¡Pobres enfermos! ¿con tales principios que será de vosotros?

(XXIII)

Mientras que este doctor, por su apostacía, está en el error; que este error conviene á sus proyectos, y que hace de él la base de su sistema, nada se le da de lo demas: desvia su conciencia timorata, y segun su noble costumbre, dice formalmente. „ Es una generosidad acusarse uno mismo de sus errores; lo que yo habia avanzado primero es falso; pero lo que al presente digo es verdadero; el hecho es que yo estaba en el error.” Y agrega: *Experientia fallax*, decia Hipocrates, y se ha repetido hasta nuestros dias. Yo agrego *judicium difficile*; por que el juicio de Mr. Broussais es muy defectuoso; y ciertamente con un juicio tal, la experiencia que le guia debe ser muy engañosa. He aquí; para servirme de su propia expresion, al hombre nuevo, regenerado. ¡Qué regeneracion! (*Examen*, pag. 667. tom. 2.)

El Dr. Broussais advirtiendole, la debilidad de su flanco, y reconociendo sus errores, se arma no obstante de audacia (*audaces fortuna juvat*), y nos dice con mucha gravedad: „ si se me quiere arguir de que mi doctrina arrastra el mismo vicio que yo echo en cara á las otras, (quiero decir de inverosimil y errónea), so pretexto de que descansa únicamente sobre la irritacion, siendo así que hay enfermedades en las cuales falta este fenómeno; responderé que no se me ha comprendido.” (Esto es bastante creíble: porque muchas veces no se entiende el mismo doctor) „ He sostenido que la mayor parte de las enfermedades depende de la irritacion; „ pero no he asegurado que sean todas el resul-

(XXIV)

„tado de ella. La asfixia completa es una abirritacion, y mi doctrina, por otro si, no se titula doctrina de la irritacion, sino fisiologica: „así es que ella descanza necesariamente sobre todas las modificaciones que puede experimentar la vida, y no únicamente sobre su exaltacion, „aunque esta sea incomparablemente mas frecuente.”

Es fácil concebir el intento de Mr. Broussais; queriendo este autor procurarse un recurso ó retirada para el porvenir, no se coloca en una posicion fija. A los hombres cuyos principios y cuyo lenguaje han estado siempre de acuerdo, es aquienes únicamente pertenece hablar sin reticencia ó sin rebozo. Prosigo y observese con atencion lo que dice este médico: „Es imposible no „llenarse de hastio al ver un órden nosológico „que, despues de haber ofrecido al primer golpe de ojos todas las enfermedades esparcidas en „clases diferentes, las presenta reunidas, en la „de las hemorragias, sin que se tomen los autores el trabajo de dar la razon de ello. Las „enfermedades en efecto, son seres diferentes los „unos de los otros, pues se les han separado por clases, órdenes, y géneros. ¿Pues por „qué estos seres diferentes se confunden, se mezclan, y reemplazan, como si fuesen de la misma „naturaleza? ¿Cómo se cambia la sangre en piedra? ¿Es aquella la que produce los infartos „linfáticos, ó bien es su efecto.”? (¡La sangre el efecto de los infartos linfáticos!) „Si no se „verifica lo uno ni lo otro, ¿cual es la cosa intermedia? me veo en la precision de repetirlo: la inflamacion.”

La inflamacion ó la irritacion (el idolillo del Dr. Broussais) es la causa de todas las enfermedades. ¡Qué lógica! ¡qué raciocinios! Pues estas son las bases sobre que este médico quiere elevar un edificio sólido. Cualquiera puede convenirse de que Mr. Broussais no está á cubierto de la reconvencion que se le puede hacer de manchar su doctrina con el brownianismo. Este es el motivo porque procura tergiversar esta asercion; pero lo egecuta con nueva torpeza. Nos hace ver lo difícil que es en muchos casos el no caer en los defectos que se critican á los demas; pero esto lo hace cuando se ve obligado á substraer la asfivia y el escorbuto de la influencia de su irritacion que le agrada tanto que segun él, la apoplejía y la parálisis son el resultado de la mayor excitacion del cerebro. Sin embargo no quiere que su sistema se designe bajo el nombre de doctrina de la irritacion. ¿De dónde viene esta reticencia? Esta parece ser una confesion tácita del error en que está: porque seguramente su sistema puesto en práctica lleva al *maximum* todo lo que puede turbar las funciones orgánicas.

¿Se darán unas frases menos inteligibles que las que acabo de citar? Mr. Broussais prodiga en ella los porqué, los como; pregunta las causas de como se cambia la sangre en piedras, y (lo que es mas digno de notarse) si la sangre es el efecto de los engurgitamientos linfáticos. ¡Qué cuestiones! Pregúntesele: responderá haciendo resonar en los oídos estas terribles palabras, que le son tan familiares: *irritacion, gastro-enteritis*. Pregúntesele ¿Quién causa la irritacion? La gastro-

enteritis ¿ Quien produce esta última? La irritacion. He ahí dos causas y dos efectos juntamente. ¿ Quien nos dice porque y como se hace esto? Se guardará bien de aclararnos este arcano, y decir que esta causa reside en la sangre, y en los humores que están formados de ella; á él le parecerá mucho mas simple el responder á la cuestion colocando por delante la irritacion, la subinflamacion, la abinflamacion, que, segun él, no son mas que desnaturalizaciones ó fenómenos de irritacion. Ya que la ciencia médica no gane con la teoría dicha fisiologica, espero al menos, que nuestro diccionario se enriquecerá de términos lucidos, (*veáse la palabra Desnaturalizacion, en el análisis de algunas doctrinas médicas hecho por J. V. Broussais*): este médico, como tiene de costumbre, conserva en él, el tono de conveniencia, y de modestia que tambien le cae; trata, en el dicho, de tontos á los que no aprueban su doctrina. Fuera de esto, esclama lleno de su entusiasmo fanático: „ Si Mr. Foedera no ha comprendido el examen, le convido á que le vuelva „ á leer; y si le ha comprendido, nada tengo que „ decirle, no quiero amancillarlo.” (*Diar. gen. de cienc. medic. Diciemb. 1821. pág. 30. y sig.*)

Es constante que Mr. Broussais fija su sistema sobre una irritacion local, cuyo sitio coloca en el tejido mucoso de los órganos splanchnicos: es así que la palabra irritacion tiende á designar un efecto que se verifica en un estado primitivo de enfermedad; luego no puede ser del resorte de la fisiologia, ni el atributo de un órgano cualquiera en el estado de salud.

Bichat, á quien se complace Mr. Broussais en citar á su favor ; pero que se eleva tanto sobre él como el águila sobre el gorrion ; Bichat , digo, le ha abierto un camino de que no ha sabido aprovecharse. Este célebre médico, penetrando en las profundidades del mecanismo de nuestras funciones, ha demostrado que nuestros sistemas se hallaban penetrados y regidos por propiedades vitales particulares ; que cada una de las dos vidas, que tan ingeniosamente ha admitido, preside á las funciones de los diferentes órganos que están bajo su dependencia ; que estos órganos se componen de diferentes tejidos , cuya estructura, composicion íntima, funciones, y usos, son totalmente diferentes. Siendo tan diferentes las partes de nuestra organizacion ¿ cómo no podrán ser susceptibles mas que de un solo modo morbifico ? Esto no es verosimil.

El canal digestivo , las visceras splanchnicas, gozan de las propiedades vitales necesarias para egecutar , cada una en la parte que le toca , la gran obra de la asimilacion y de la nutricion. Estos órganos se hallan compuestos de los diversos tejidos de nuestra economía, llenan muchas funciones, segregan diversos humores que difieren esencialmente entre sí, los reciben de órganos de parenquimas de naturaleza particular, los cuales reuniéndose á los alimentos, contribuyen á su elaboracion, á la formacion del quimo, y del quilo que se hace la base del fluido vital por excelencia, de la sangre ; digo fluido vital por excelencia , por que la sangre es la que provee en seguida á cada uno de los órganos de los principios nutriti-

(XXVIII)

vos, y les comunica las propiedades vitales que les convienen, y pone en juego las funciones secretivas despues de haberles provisto de los materiales necesarios á las secreciones. Así es que los médicos fisiologistas, reconociendo estas diferencias esenciales, han distinguido las membranas serosas de las mucosas, y las visceras secretorias de aquellas que no lo son.

La fisiología nos enseña, por la marcha que sigue la naturaleza en el estado de salud, la que se debe seguir en patología. Una parte de los humores segregados sirve á favorecer la asimilacion; otra se absorve para contribuir á otras funciones; y el superfluo se arroja, como perjudicial, segun lo he dicho.

Si se interrumpe esta marcha natural, se desordenan las funciones asimilatrices: la sangre, no recibiendo intactos los materiales propios á su esencia, sufre una modificacion morbosa, y no puede imprimir á los órganos ni á los tejidos las propiedades vitales que necesitan para obrar las secreciones. Las funciones en general se encuentran debilitadas ó desnaturalizadas, se alteran los materiales de la secreciones, toman caractéres que les son estraños, se hacen áeres, ácidos, dulces, en fin sufren una degeneracion en sus cualidades primitivas ó esenciales. De aquí nacen una multitud de enfermedades en las que la bilis, la pituita, la linfa, y la sangre, juegan un papel mas ó menos importante, segun la naturaleza de las modificaciones que han recibido. Así es como los absorbentes en el curso de sus funciones, pueden chupar principios morbosos, y llevarlos al torrente de la

circulacion de donde no expeliéndose mas que en
 parte, ora por los escretorios ó los exhalantes, pro-
 ducirán diferentes estragos sobre los diversos teji-
 dos de nuestra economía. No siendo estos princi-
 pios de la misma naturaleza, y no afectando siem-
 pre las mismas partes, no deben considerarse, en
 todos los casos, como los mismos, en sus efectos
 ni en sus causas. Esto está apoyado en la auto-
 ridad de Bichat, que se expresa de este modo :
 „ Tengo un competente número de hechos , dice
 „ este autor, para asegurar que los fluidos, y la san-
 „ gre con especialidad, pueden hallarse enfermos ,
 „ y que mezclandose con esta varias sustancias ete-
 „ rogeneas, pueden obrar de un modo funesto so-
 „ bre los órganos. En efecto , todas las materias
 „ acres irritantes sin ser mortales, aceleran la ac-
 „ cion del corazon, y producen una verdadera fie-
 „ bre si se inyectan en las venas. Es verdad que
 „ en todos estos casos es preciso que obren los
 „ sólidos, por que casi todos los fenómenos mor-
 „ bosos suponen sus alteraciones; pero el princi-
 „ pio de estas se halla en los flúidos, estos son
 „ los excitantes, y aquellos los órganos excitados.
 „ Ea bien, no habiendo excitantes, no hay exci-
 „ tacion, y los sólidos quedan inertes. Por últi-
 „ mo hay casos en los que toda la economía pa-
 „ rece que se halla aun mismo tiempo afectada ,
 „ en sus sólidos y en sus flúidos. Tales son los que
 „ presentan las fiebres adinámicas, en las cuales, al
 „ paso que hay en los primeros una postracion ge-
 „ neral, los segundos estan verdaderamente descom-
 „ puestos.” (Bichat, *Sistem. gland., Anat. gen.*,
 tom. 4.)

(XXX)

Seguramente que este ontologismo (por que segun la idea de Mr. Broussais, no puede darse otro nombre á este lenguaje) es cien veces mas claro que el de la doctrina fisiologica.

Los partidarios de Mr. Broussais, abrazando con apresuramiento su sistema, veian en su terapeutica medios capaces de curar enfermedades que hasta entónces se habian reputado por incurables; de este modo la tisis pulmonal, los cirros, los caneros, los herpes, y otra multitud de enfermedades, se miran, por ellos, en el dia, como simples irritaciones locales que se curan con facilidad. Hasta el presente, dicen, las observaciones estan en favor de esta teoria. Pero debe responderseles, que estas observaciones son hechura suya, y que no se les debe dar crédito; por cuanto está probado que los tísicos, á quienes se les saca sangre, caen prontamente en el marasmo, y que la enfermedad de estos hace tantos mas progresos cuantos menores son los intervalos en que se han practicado las emisiones sanguineas. Si los caneros son enfermedades locales, y no dependen de un vicio general, ¿por que se reproducen con tanta frecuencia despues de curados, no solo sobre la parte primariamente afecta, sino lo que es mas, en cualquiera otro sitio glanduloso? Igualmente, si las evacuaciones sanguineas son el antidoto de las hemorragias, ¿por que estas afecciones no se curan por si mismas, pues llevan consigo el remedio? Ello es constante que con frecuencia se presentan hemorragias en las mugeres que padecen cancro uterino, ó que al ménos estan predispuestas á el; y muy léjos de curarlas, estas evacuaciones las debilitan, aumentan

sus quejámenes, y apresuran su muerte.

Si son debidas estas enfermedades á una irritacion igual á la que se verifica en otra enfermedad cualquiera, ¿por que las modificaciones que esta irritacion imprime á las partes lesas no son siempre las mismas, y los desórdenes que actua no son de la misma índole, como tampoco los síntomas, ni los otros efectos que difieren esencialmente los unos de los otros? Seria de desear que pudiese Mr. Broussais, señalar la causa de la diferencia de la sarna, la de sus efectos, de los de la sífilis, de los herpes, de la gota, de la tisis pulmonal, y por último de las diferentes fiebres. ¿Por que, pues, si todas las enfermedades dependen de una gastro-enteritis, presentan fenómenos tan diferentes? ¿por que la marcha de la una es tan opuesta á la de la otra? Esto no puede consistir en otra cosa, sino en que no dependen de una misma causa, y en que los fenómenos que ofrecen estan en relacion con la naturaleza de las diversas modificaciones morbosas que han sobrevenido á las propiedades de la vida. Modificada la sangre, se hace un modificador general, é imprime estas modificaciones á los tejidos que atacan las citadas enfermedades.

Luego se sigue de estos principios, que sin estraviar el buen sentido, no puede admitirse el mismo principio de irritacion, como causa única de cada una de estas afecciones; y seria por consiguiente un absurdo pretender emplear el mismo tratamiento para todas. Lo mismo digo de ciertas inflamaciones aparentes de la conjuntiva, las que he visto agravarse muchas veces, por el uso de las

emisiones sanguíneas, mientras que cedian, como por encanto, á la aplicación de los eméticos y evacuentes, ó de los colirios abstringentes, que se han despreciado demasiado, con gran perjuicio de los enfermos que se estenuan con las sanguijuelas.

Que se alaben, en buen hora, los progresos que ha hecho en nuestro tiempo, la anatomía patológica, pero que no se haga una falsa aplicación de ellos. Esta parte de la ciencia ofrece, sin duda, grandes ventajas para llegar al conocimiento del sitio, y de los efectos producidos por las enfermedades; pero nunca llegará á descubrir con evidencia las causas, que la mayor parte del tiempo quedarán ocultas y se escaparán á las investigaciones del anatómico, por que la naturaleza muerta, no puede darnos á conocer el juego de la naturaleza viviente. Los Morgagnes, los Bonnets, los Willis, los Senacs, los Licutauds, los Vieussens, han multiplicado demasiadamente las aberturas cadavéricas; mas recientemente los Corvisarts, los Pineles, los Le Rouxs, los Desaults, los Bichats, y la mayor parte de los médicos célebres emplean este medio. ¿Los acusarán, acaso, de negligentes en sus pesquisas? ¿No les sirve de guía la humanidad? ¿No tendrán, por ventura, el mismo interés por descubrir los secretos de la ciencia que los novadores modernos? ¿Por qué pues, esforzándose en preconizar y colocar por las nubes á Mr. Broussais, destructor de todo nombre célebre, han de procurar empañar el brillo con que ha lucido la estrella de aquellos? Y seguramente que puede decirse que ha hecho mas beneficios á la humanidad que estos generosos ciudadanos que han sido víctimas prema-

(XXXIII)

turas de su celo y amor á la ciencia. Asi es que Bichat, Bayle, Chaumetor, Le Gallois, Schwilgué, Mazet y otros muchos han pagado con la vida la aptitud que han gozado para las investigaciones en las ciencias médicas.

Desconfiemos de los novadores, principalmente cuando tienen interes en hacer prevaler un sistema. Parecerá que ponen la mayor atencion en las inspecciones que verifiquen; se pararán en pequeñeses, y despreciarán las cosas esenciales, por tal de explicarlo todo á su paladar, y en la reduccion de sus observaciones usarán aquel tono de seguridad, que impone á la machedumbre menos esclarecida; jugarán con arte el estilete á presencia de sus discipulos, les encantarán los ojos, y les harán ver cosas que no existan. Basta un poco de experiencia para conocer este manejo, mayormente si recordamos que la admiracion de un discipulo hacia su maestro llega á veces hasta el fanatismo. Guardemonos de creer una exactitud mas severa en estos nuevos médicos que se epitetan fisiologistas. Lejos de esto desconfiemos de su dicho; y antes de adoptar, procuremos con imparcialidad los medios de rectificar sus observaciones. Si la experiencia general confirma la verdad de su teoría, démosle un testimonio auténtico, y procuremos, proclamando la verdad, probar nuestro amor hacia el bien de nuestros semejantes. Pero para esto se necesita mucho tiempo, muchas reflexiones, y una serie de hechos imponentes presentados por hombres desinteresados é imparciales.

La medicina, segun la definicion mas simple, y concisa que se puede dar de esta ciencia, es el

arte de restituir la salud á los enfermos. La terapéutica de Mr. Broussais, es en mi dictámen, el arte de multiplicar las enfermedades; probar esta asercion es el fin que me he propuesto en esta obra.

Dicen los partidarios de este médico, que su práctica no es exclusiva, sin duda por que se cubren de rubor, en vez de hacerlo su maestro, al considerar la ridicules en que caerian queriendo aplicar el mismo remedio á todas las enfermedades. (1) Mr. Broussais no ve, sin embargo, mas que irritacion y aplicacion de sanguijuelas, empero agrega la necesidad de los tónicos y de los revulsivos; si bien es verdad que esto debe mirarse como una falsa retirada que hace para quedar á cubierto de los errores que cometerán los observadores de su método; pues en estos casos conservará el derecho de acusarlos de imperitos: diciendo que no han comprendido su doctrina, ó que su tacto poco amaestrado no les ha indicado la necesidad que habia de los tónicos ó de los revulsivos, en lugar de los medios debilitantes que hayan empleado.

El sistema de Mr. Broussais es insostenible, tanto en su esencia como en sus principios; la prueba mas convincente de esto la he hallado en

(1) Consultese en el particular una memoria sobre esta cuestion: *Determinar la influencia de la anatomía patológica, sobre los progresos de la medicina en general, y en particular sobre el diagnostico y tratamiento de las enfermedades internas*, por L. Deveze. *Diar. gen. de cienc. medic.* Enero de 1825.

sus propias contradicciones, y en las de sus secretarios: esto es lo que hasta aquí me ha hecho tratar tan á lo largo este objeto. No porque toque en el discurso de esta obra varios artículos concernientes á la inmortal obra de Mr. Pinel, vaya á creerse que me he constituido su defensor: este sabio es bastante fuerte por sí mismo para no temer los sarcasmos de su adversario. Pero me ha indignado ciertamente, el tono mordaz é indecente del autor del *Examen*; me ha sido imposible mirar á sangre fria un médico, faltando al reconocimiento, atropellar el respeto que debe á sus maestros y á sí mismo, tratarlos impiamente, sin consideracion á sus talentos ni edad, y despreciar por último todo miramiento, atacando sin distincion á todos los médicos muertos y vivos que gozan ó han gozado alguna reputacion, colocándolos en una clase que llama de ontológicos: sinonimo, para él, de tontos. Esta crítica incendiaria lleva en sí misma su ruina, y no puede herir la reputacion de estos hombres justamente célebres. Invito á Mr. Broussais á que beba en sus escritos, principios mas moderados, tomando lecciones de modestia y civilizacion de que tanto necesita: las obras del padre de la medicina, y las del sabio Morgagny, le ofrecerán modelos dignos de imitacion. Puede que acaso se me acuse de usar con Mr. Broussais los mismos vicios que vitupero en su conducta hácia los otros. ¡Pero qué comparacion! Yo no debo atencion alguna particular á este autor. Viendome su igual en medicina, al querer refutar su obra que encuentro llena de principios erróneos, he debido, para llenar mi fin, seguir su misma

marcha, y emplear una pluma ferrea.

Una práctica feliz de mas de veinte años me ha proporcionado ver un gran número de enfermos atacados de fiebres adinámicas; he recolectado una multitud de observaciones de esta materia, y apesar de la diferencia de opinion que se dá entre Mr. Broussais y yo, no temo afirmar que su teoria por lo que hace alusion á estas fiebres es tan contradictoria á la experiencia de todos los siglos, quanto chocante al raciocinio y buen sentido, y por último que estas afecciones lejos de ser locales, como lo pretende, son el resultado de una afeccion general comunicada á los sólidos por medio de los fluidos. Sin duda me echará en cara Mr. Broussais la corta cantidad de aberturas cadavéricas que presento contra la enorme masa de las que nos ha ofrecido. Pero para mí vale mas haber curado á mis enfermos que no el haber sido cómplice, por un mal tratamiento, en una muerte que me proporcionase hacer autopsias. No se me oculta que me aplicará Mr. Broussais una frase de su obra, diciendome que mis enfermos habrán luchado no solo contra la enfermedad, sino tambien contra los remedios. Concedo, ¡pero cuan agradable me ha sido el error en que he estado! le convido muy de veras á que le adopte y renuncie de la mania de querer hacer tantas aberturas. Miro la justicia de mi parte y estoy tan animado con ver que los hechos hablan en mi favor, que si me hallase en el mismo caso que Mr. Broussais, le desafiaria sin duda; pediria que los dos métodos se pusiesen en practica, á vistas de comisionados de una y otra opinion, que se observasen escrupulosamente los hechos, que se recogiesen, y

rectificasen, y no tardaria mucho en convencerse de que su teoria no está fundada sobre raciocinio alguno sólido.

El tifo de 1814, que es el objeto de esta memoria, se extendió por toda la Europa; y un gran número de practicos tubieron ocasion de observar su marcha y tratamiento á la par mia, así some-to mis observaciones á su juicio. Con el tratamiento que emplee conseguí los mas felices resultados, sin embargo de que no tiene relacion alguna con el que prescribe Mr. Broussais.

En un principio no tuve otra intencion que la de reunir un cierto número de observaciones acerca de una enfermedad que consideré muchas veces como contagiosa; pero al leer el *Examen* me he visto desgraciadamente comprehendido en la clase de los médicos humoristas y ontológicos, creada por Mr. Broussais; y he encontrado una oposicion tal entre sus principios y los míos, que me he hallado en la dura necesidad de hacer un analisis critico de una parte de su libro y de las proposiciones que contiene, limitándome únicamente á la parte que abraza á las fiebres Tifoideas, y á sus proposiciones terapéuticas.

No ignoro que apadrinando la causa de los humores, doy lugar á la crítica; pero poco me importa. Esta opinion se funda mas positivamente sobre los fenómenos fisiológicos, que las explicaciones puramente imaginarias que ha creado Mr. Broussais; Hipócrates y los médicos mas célebres de todos los tiempos no han tenido otra. Si algunas veces se ha abusado de ella, si se ha proscripto, vuelto á abrigar y desconocido, no por eso

ha dejado de dirigir constantemente á los médicos en el tratamiento de las enfermedades. Las secreciones, las exhalaciones, todas las funciones vitales hablan en su favor, siempre se verá uno obligado á recurrir á ella: por que como para todo ha de haber una causa, será preciso asignarle una real á los fenómenos que constituyen las enfermedades, aun á la misma irritacion local de Mr. Broussais, que no puede existir sin irritantes, los cuales no pueden ser otros que los humores degenerados, ó en excesiva cantidad.

He tenido á mi cargo diversos hospitales, y con esto me ha sido fácil practicar numerosas autopsias en sugetos que habian muerto de diferentes fiebres; y he hallado muy rara vez vestigios de inflamacion, pero nunca he reconocido la gastritis ni gastro-enteritis esenciales; si Mr. Broussais tiene la felicidad de encontrarlas á cada paso esto, consiste en que las lleva forjadas de ante mano en su imaginacion; de manera que la mas ligera inyeccion, la rubicundez mas sencilla, se agrandan á su vista, y se convierten en violentas inflamaciones. Termino esta introduccion para entrar en materia.

Me ha parecido oportuno dividir esta obra en cuatro partes; la primera se reducirá á consideraciones generales; en la segunda bajo un aspecto critico, tomaré en consideracion varios puntos de la doctrina de Mr. Broussais; examinaré en el tercero, las proposiciones terapéuticas de este médico, concluyendo la cuarta con observaciones, sacadas de mi practica particular, sobre el Tifo de 1814 y sobre la fiebre adinámica en general.

PELIGRO Y ABSURDIDAD

DE LA DOCTRINA FISIOLÓGICA

DEL DOCTOR BROUSSAIS.

PRIMERA PARTE.

CONSIDERACIONES GENERALES.

Los hombres, muchas veces, se declaran contra la verdad sin conocerla; este es un error involuntario del que fácilmente se sale cuando una persona está dotada de un juicio sólido é imparcial; pero lo general es desenterrar una opinion que habia estado abandonada y revistiéndola con el adorno de la novedad, abrazarla frâncamente, no por que se conceptue sólida, sino seducido por la esperanza de aparecer como inventores, y convertirse en corifeos de sectas. Sucede, en efecto, que la novedad, con frecuencia aparente, de un sistema ha bastado por sí para asegurar el triunfo: si bien es verdad que esta marcha contra natural puede imponer por algun tiempo, lo cierto es que el raciocinio no tarda mucho en manifestar su impotencia. Todos nuestros conocimientos nos vienen de nuestros sentidos, con tal que se les haga derivar de las ideas claras, precisas y distintas que contienen; pero para que los juicios que los acompañan sean útiles, se hace ne-

cesario que una practica mas reflexionada corrija sus defectos. La marcha mas natural, la mas simple, la de la observacion, que nos ha sido indicada por los médicos mas célebres, consiste en apoyarse sobre hechos que ha justificado una larga experiencia. Me propongo no traspasar, en esta obra, los límites de este principio; no presentaré mas que aquellos hechos consagrados por esta juiciosa experiencia, ni me valdré de otros discursos que de aquellos que se encuentren apoyados en las teorías recibidas y confesadas por todos.

Bichat, cuya autoridad presentaré muchas veces, me parece ser, entre todos los autores, quien ha comprendido mejor el conjunto de los fenómenos de la economía, bajo la doble relacion fisiologica, y terapeutica. En tributarle este elogio, no hago mas que presentarle un testimonio de la justicia que los médicos mas célebres le conceden, cuya gloria en vano se empuñan algunos en eclipsar. El mismo Mr. Broussais es uno de sus admiradores, y así no le será sospechosa una autoridad de que el se vale muchas veces.

Nuestra existencia está sometida á leyes vitales que la rigen; su egecucion íntegra supone la accion perfecta y simultanea de todas nuestras funciones. Esta accion depende de la distribucion, hecha igualmente por la sangre, de las propiedades vitales necesarias á cada órgano, aparato, ó tejido que componen los diversos sistemas de nuestra economía: siendo de este *consensus* perfecto de lo que resulta el estado de salud. Si por cualquiera causa llega á invertirse este orden, falta el equilibrio, resultando fenómenos morbosos, y desenvolviéndose el estado de enfermedad. Este estado deberá variar, segun la causa que haya determinado la afeccion morbosa, y conforme al sistema, órgano, ó tejido que ocupe. Siempre se hallarán subordinadas estas causas á las modificaciones que pueda haber recibido la sangre en sus principios constituyentes; la inspeccion entónces de los estragos que ocasionará dará á conocer fácilmente cual sea el enemigo que tenga que combatirse.

Si es ilusoria la intentona de restringir á una sola todas las causas de las enfermedades, es empero mucho mas ridiculo querer erigir en cuasa lo que no es mas que un efecto; una irritacion dada, ora sea general, ora local no es mas que un efecto. Los fenómenos morbosos, como lo dice Bichat en un parage que ya he citado, suponen casi siempre la alteracion de los sólidos, cuyo principio alterante reside en los fluidos, que vienen á ser los excitantes de los sólidos excitados; y donde no hay excitantes falta la excitacion. Se vé, segun este principio, que la irritacion de Mr. Broussais no puede mirarse bajo el aspecto que él la propone, porque no es mas que el producto de la reaccion de los fluidos sobre los sólidos, sin pasar de un efecto; por otra parte, no puede concebirse como local en el mayor número de casos, porque hallándose unidas nuestras funciones unas con otras, se turban simultaneamente; resultando de esta turbacion alteraciones mas ó menos profundas en las diversas funciones secretorias, asimilatrices, y excretivas. Luego está visiblemente demostrado que estas alteraciones, en iguales circunstancias, no pueden ser simplemente locales. Mucho mejor si suponemos que la irritacion sea el efecto de un cuerpo extraño, como de un veneno, de un alimento en corrupcion, ó de la impresion súbita de un aire infestado de miasmas deletéreas introducidos en el estómago, en cuyos casos la irritacion obra primero localmente sobre el órgano; pero influyendo en las funciones asimilatrices, y provocando un desórden en todas las demas funciones de la economía, deja de ser local para producir fenómenos generales; verificándose entonces la reaccion de los sólidos sobre los fluidos. Esto no debe entenderse mas que de los efectos súbitos, y exteriores; porque una irritacion que sobreviene en consecuencia de una absorcion deletérea, de una repercusion cualquiera, supone ya en la circulacion una modificacion previa, de la que la irritacion no es mas que una consecuencia necesaria. Debe hacerse una

grande diferencia entre los dos estados patológicos conocidos con los nombres de irritacion é inflamacion, por cuanto los fenómenos que presentan á nuestra inspeccion, dichos estados, son diferentes; y la manía de quererlo reunir todo bajo el nombre comun de irritacion y de inflamacion hará cometer graves errores; así es que se han creado una multitud de enterítis, y gastro-enteritis crónicas que no existen mas que en el cerebro del médico novador.

Ya tengo dicho, que la economía viviente está sometida á leyes vitales, y que estas leyes se ponen en accion por la sangre, agente principal de la vida; nuestras funciones se egecutan por su influjo, siendo ella quien imprime á todos nuestros sistemas aquellas propiedades sin las cuales no podrian cooperar al gran acto de nuestra vida. Rica en principios de toda especie, los distribuye á todos nuestros órganos, haciéndolos propios para las secreciones, para todas las funciones asimilatrices ect. La misma sangre es la que presta al cerebro y á sus dependencias los principios nutritivos, y quien le dá la impulsion necesaria para la secrecion del fluido nervioso: así pues nuestras funciones todas, todos nuestros órganos, están bajo la influencia directa de la sangre; todas las otras influencias no son mas que secundarias; y si el fluido se haya modificado de cualquiera modo, produce el efecto de esta modificacion sobre los sólidos, determinando en ellos fenómenos propios á la naturaleza de estas modificaciones. La sangre negra egerce un papel muy importante en los diversos fenómenos de las funciones de las visceras abdominales, y en las afecciones morbosas de estas visceras.

El esqueleto es la caja osea que contiene todos los órganos; y se halla rodeado de una envoltura general exterior que le cubre por todas partes. Bajo esta envoltura cutanea se encuentran mallas celulares propias á recibir diversos fluidos, el tejido adiposo, los exhalantes, los absorbentes, y por último glandulas linfáticas destinadas á la eliminacion de la linfa.

Si se examinan aisladamente cada uno de los órganos que se contienen en las cavidades oseas, los veremos compuestos no solo de los diferentes sólidos de que acabamos de hablar, sino tambien de diferentes tejidos destinados á llenar diferentes funciones, y á egercer un papel particular en la economía. El cerebro contenido en una bóveda sólida, recubierto por membranas serosas que exhalan un humor propio para lubricar sus superficies contiguas, de absorbentes destinados á impedir la acumulacion de este fluido; el cerebro, repito, masa pulposa, en la que el sistema capilar tan pronunciado prueba la influencia de la sangre sobre este órgano, es el centro de un trabajo nutritivo y secretor enteramente particular, que le hace propio á influenciar y á regir una parte de nuestras funciones por medio del fluido nervioso, resultado de este trabajo secretor.

La nariz contiene en su interior un hueso esponjoso, notable por una superficie cribosa, cuyos agujeros dan salida á los nervios olfatorios, y que goza de una estructura propia para favorecer la comunicacion del encéfalo con las fosas nasales. Este hueso como igualmente su cavidad, se halla revestido de una membrana mucosa, denza y apretada que se une fuertemente á las paredes de los huesos, y segrega un humor particular blanco, diáfano, viscoso, susceptible de inspíscarse y de cambiar de color é identidad, en sus diferentes afecciones morbosas. Esta membrana va, por su continuidad, á formar la membrana de la faringe, y á revestir la laringe, penetra en seguida en el esófago, estómago, é intestinos, cuyas membranas internas forma, confundiéndose en su marcha con la abertura de los linfáticos. Por medio de una otra prolongacion, forma la membrana palatina, la que recubre el velo del paladar, y la campanilla, envuelve las amygdalas; entra en los oídos por las trompas de Eustaquio; pasa á revestir la laringe, la glottis, el epiglottis, los cartilagos Tyroides y cricoides, se introduce después en la traquearteria y sigue á los brónquios hasta sus

extremidades capilares, ect.: con lo que se establece una correspondencia general, y directa de todos los órganos internos con la envoltura general cutánea. Acaso parezca superfluo este resumen anatómico: pero lo he juzgado necesario para el desenvolvimiento de las consideraciones siguientes.

Dejemos de considerar la membrana de que acabo de hablar, como una membrana mucosa única, que tapiza todas las partes que acabo de designar, y mirémosla como formando otras tantas porciones distintas, dotadas de cualidades particulares, segun las partes que reviste, y las funciones que deben llenar bajo la influencia de los diferentes nervios que se distribuyen en ellas: así es que la porcion que reviste las fosas nasales, el hueso etmoides, la que recubre la lámina cribosa, difieren en su textura nada menos que en su secrecion. Esta membrana amen de su propiedad secretiva, goza tambien de una sensibilidad orgánica propia para percibir los olores, que se le transmiten por la expansion de los nervios olfatorios, y de que carecen las partes que revisten la campanilla y el velo del paladar, las que difieren entre sí mismas, bajo la relacion de la percepcion del gusto, diferenciándose tambien de la de la lengua que goza en el primer grado la propiedad de saborear los mas deliciosos manjares. La conjuntiva difiere, por la misma razon, de la membrana del timpano. Lo mismo sucede á la de la traque-arteria comparada con la del esófago; la del estómago con la del duodéno, y puede decirse que en todo el canal intestinal cada parte posee propiedades vitales particulares, bajo la relacion de las secreciones, y de las funciones que llena. Las membranas que tapizan la vejiga, la uretra, la vagina, y el interior de la matriz, no se parecen por su naturaleza, por la especie de sensibilidad orgánica, ni por su uso, á alguna de aquellas que acabo de citar. Cada una de estas porciones membranosas debe considerarse aisladamente en fisiología, bajo las diferentes relaciones que las hacen propias para

una función mas bien que para otra; de modo que reciben de la sangre principios particulares que les imprimen propiedades vitales diferentes, y que crean, por decirlo así, una vida propia en cada una de ellas. Por esta causa, las unas perciben el sonido, la luz, y el gusto, y el olfato las otras. Estas reciben la impresion del aire y la transmiten al órgano pulmonal; mientras que las que se encuentran en el canal splanchnico concurren á la nutricion, á la asimilacion, y á la excrecion de aquellos humores, que por su remora en la masa de la sangre podrian hacerse perjudiciales erigiéndose en principios de enfermedad.

Las membranas serosas que tapisan las visceras glandulosas de parenquima, en las grandes cavidades que revisten el exterior del canal intestinal, gozan de unas propiedades particulares exhalantes, y difieren poco ó nada en sus funciones; donde quiera que se encuentran están destinadas á exhalar el humor seroso que sostiene la flexibilidad de los órganos lubricando estas cavidades ect. Estas membranas participan mucho de la textura del tejido celular; las que separan los diferentes cuerpos glandulosos, y las que abrazan el parenquima pulmonal, le dan mas aire que ninguna otra. Esto se hace sensible en la insuflacion de los pulmones de los animales, en los que las mallas de esta membrana son muy evidentes, y comunican en este órgano con los capilares bronquiales y sanguineos. No son solas las diversas membranas las partes que se encuentran dotadas de propiedades vitales particulares, lo mismo sucede á todos nuestros órganos en general, y en particular al sistema glanduloso; es evidente que muchas glandulas segregan humores propios á ser expelidos, mientras que otras, por el contrario, se hallan destinadas á elaborar una parte de la linfa, para conducirla, por la circulacion linfática, á la circulacion vascular de sangre negra, de donde pasa á la de sangre roja. Por una parte, la saliva, y la orina; la bilis, y el jugo pancreatico por otra, atestiguan este hecho. Los fluidos excrementicios pueden ser reabsuertos, y

conducidos de nuevo á la circulacion, producir en la economía los funestos estragos cuyos efectos nos son bien conocidos; así, por ejemplo, en las retenciones de orina, la absorcion de este fluido, produce una fiebre acompañada de un sudor viscoso, de un olor fuerte urinario, formando en seguida depósitos por derramamientos de este fluido; del mismo modo puede decirse que la nó formacion de la leche, y la supresion de los loquios producen la fiebre puerperal, cuyo transporte sobre el pecho ocasiona en él una irritacion de las mas peligrosas. En vano se mirará esta inflamacion como una simple irritacion: su causa segun acabo de decir, no es otra que el desarreglo de la secrecion de la leche. Compruebase esto por el olor de suero que exhalan los sudores y los excrementos que se arrojan en esta enfermedad. En vano me objetarán, para defender lo contrario, que los derrámenes que se verifican no ofrecen en el análisis químico las sustancias que componen la leche: responderé, pues, que estos derrámenes manifiestan muy evidentemente por su cantidad que son el producto de una secrecion que debia haberse verificado; la cual se encuentra modificada en sus principios vitales de tal modo que no ha podido asimilarse perfectamente para constituir la leche propriamente dicha: en cuyo caso este humor imperfecto, no pudiendo conducirse á los pechos, por necesidad ha debido procurarse otra salida, y llevado, por medio de los exhalantes, á las visceras abdominales, ha concluido ocasionando la inflamacion peritoneo-visceral.

Conosco que esta opinion es contraria á la de muchos de los médicos de nuestros dias; pero para destruirla, seria necesario no asignar á las enfermedades causas quiméricas. Yo la encuentro, por otro sí, en armonía con el axioma citado mas arriba: los sólidos se encuentran siempre afectados en las enfermedades. Pero siendo así que no puede verificarse una lesion sin causa, esta debe encontrarse en el producto de los fluidos modificados que se reacen sobre los sólidos. Vol-

9
viendo de nuevo á la reabsorcion de los fluidos excrementicios, digo que Bichat ha injectado estos diferentes fluidos en muchos perros, por la vena yugular, y los resultados que ha obtenido, y observado le han obligado á decir «que los fluidos segregados, aunque «destinados á ser expelidos en el estado natural, pueden sin embargo volver á entrar en el torrente de «la circulacion sin causar la muerte al animal, que solo experimenta un trastorno mayor ó menor, segun «la naturaleza del fluido injectado.»

En vista de esto es constante que la bilis puede circular con la sangre en ciertas calenturas biliosas, despues de haber sido absorbida en sus canales. Tampoco duda que en la reabsorcion purulenta circule el pus, tal cual es, en el sistema sanguineo.

«Nosotros lo exageramos todo, dice. Sin duda que «los sólidos, á quienes con particularidad son inherentes las fuerzas vitales, están especialmente afectados en las enfermedades: ¿pero porqué los fluidos «no lo han de estar tambien? ¿Porqué no hemos de «buscar en ellos las causas de los males lo mismo que «en los sólidos? Hay casos en que estos son los primeros que se afectan, y seguidamente los fluidos. Así «en el cancer, en las afecciones del higado, del bazo «ect., en las mas de las lesiones orgánicas, los diferentes coloridos amarillentos, parduscos, morenos, y «aun verdosos, que se ven esparcidos por la cara, indican las alteraciones consecutivas, que los fluidos «han experimentado en su color, y por consiguiente «en su naturaleza. No hay duda que diversas sustancias pueden introducirse con el quilo en la sangre, «y ser la causa de diversas enfermedades.» (Bichat, *Sistem. gland.* tom. 4. p. 590.)

Segun esta idea, el quilo mal elaborado puede introducir en la sangre los principios deletereos de que se halle sobre cargado. Este fluido impregnado de diversas sustancias morbosas, se convierte en un agente irritante, suceptible de aumentar ó disminuir los movimientos del corazon, segun la naturaleza de los

principios viciosos de que abunde, y por consiguiente determinar fenómenos particulares de enfermedad. Entonces se verifica la reaccion de los fluidos sobre los sólidos. Puede suceder muy bien que las glandulas linfáticas se encuentren infartadas, obstruidas, y aun cirrosas, sin que por esto los absorbentes que entran en su composicion sufran una interrupcion absoluta en sus funciones. La absorcion se verifica en estos casos pero de un modo imperfecto. Así vemos que la asimilacion se hace imperfectamente en las diarreas colicativas de los niños en cuya enfermedad hallándose infartadas todas las glandulas del mesenterio, no gozan estos órganos la contractilidad orgánica necesaria para imprimir á la linfa el carácter esencial á la formacion del quilo, el que no hallándose suficientemente elaborado, no presenta á la sangre sus principios puros é intactos. De aquí es que se interrumpe la armonía necesaria para el sosten de las propiedades vitales; llega este fluido á desnaturalizarse, y se constituye causa de fenómenos morbosos análogos á las diversas modificaciones que ha experimentado el quilo. Estas modificaciones tienen unos caracteres tan sobresalientes que producen fenómenos particulares, y constitutivos de los diferentes virus, cuya existencia está demasadamente demostrada por los estragos que producen, y que son propios á su naturaleza. Pueden seguramente estos virus comunicarse á la masa de la sangre, la que se reace sobre los sólidos, á quienes no puede ya comunicar la suma de propiedades vitales que necesitan, entonces sobrevienen desarreglos en la asimilacion, nutricion, y secreciones, los que producen, sobre los diversos sistemas en que se fijan estos virus, efectos cuyos caracteres, en un todo diferentes, hacen que se distingan los unos de los otros. Que los que niegan la realidad de los virus, nos expliquen la existencia de la viruela y su destruccion por la vacuna; y en la inoculacion ¿quien podrá desconocer el mecanismo de la absorcion, y sus efectos en el infarto que sobreviene en consecuencia de esta operacion?

¿quien dejará de ver un efecto simpático? pero con mas razon el del virus que se transporta sobre la circulacion linfática, y comunica su impresion á las glándulas, las cuales las transmiten á la sangre. Señalase esta transmision por el movimiento febril que se manifiesta del séptimo al octavo dia, y algunas veces despues.

Tengo muchos egemplos de vacunacion cuyos piquetes habian abortado cinco ó seis veces, que se han desenvuelto un mes y aun seis semanas despues de la operacion.

Vánamente pretende Mr. Broussais reducir los virus á simples abstracciones imaginarias: los desastres que ocasionarán siempre la sífilis, los caneros, la viruela, y las escrofulas, atestiguarán sin cesar á los mas incrédulos su funesta presencia, y se burlarán de todos los raciocinios que tienden á hacerlos considerar como simples irritaciones capaces de ser destruidas con la aplicacion de algunas sanguijuelas. Bichat sale al apoyo de mi idea, diciendo: «Estoy muy distante de considerar siempre, como el resultado de una influencia simpática egercida sobre las glándulas, algunas hinchazones glandulosas. Seguramente que la presencia de las materias absorvidas egerce el principal papel, como lo vemos en las picaduras hechas con instrumentos impregnados; pero tambien algunas veces reconocen por causa la simpatia. Siempre que se entumescen las glándulas salivares por el vivo dolor que causa un panarizo, una astilla de madera clavada bajo de la uña, ó un simple magullamiento del dedo; cuando se hinchan las mismas á causa de un vejigatorio; ciertamente que no puede haber materia alguna que pueda haberse llevado sobre las glándulas; entónces es un efecto puramente simpático.»

Aunque estoy convenido en reconocer con Bichat estos efectos simpáticos en una multitud de circunstancias, no por eso miraré como el resultado de este efecto, los fenómenos que se presentan en el cancer, la tisis ú otra afeccion morbosa sin causa exterior. Un panarizo sin causa manifiesta, al cual se le suceden

muchos, con diviesos, forunculos, ó depositos que ocasionan infartos glandulosos distantes de los sitios de las afecciones primitivas, no pueden verdaderamente considerarse de otro modo que como el resultado de un efecto general dependiente de la deprabacion de los fluidos. Las entumecencias que sobrevienen en la aplicacion misma de los vejigatorios no son simpáticas; por que se emplea este remedio muchas veces como revulsivo de infartos preesistentes. Cuando no hay estos infartos primitivos, los que se verifican entónces deben mirarse como efectos del veneno de las cantaridas, que ha sido absorbido y transportado á la masa de la circulacion, como claramente lo prueban los varios grados de disurias que sobrevienen en estas circunstancias. Con mucha frecuencia dependen igualmente de la perversion de los fluidos y de la sangre, las enfermedades orgánicas de las visceras, los infartos glandulosos, abdominales, y otros; la nutricion se hace entónces imperfecta, se desnaturalizan las secreciones, y produce la reaccion de los fluidos sobre los sólidos, los mismos afectos que hemos visto sobrevenir por la reaccion de estos sobre aquellos.

Me parece haber demostrado que la afeccion morbosa particular de cada tejido, ofrece diferentes resultados y tiene un modo de ser particular. No es raro que falten los infartos glandulosos, algunas veces, en las enfermedades del corazon, y en las diversas hidropesias; suelen sin embargo encontrarse algunos egemplos de lo contrario; acabo de abrir á un jóven que habia muerto en consecuencia de un aneurisma en el corazon, y he encontrado un infarto general de las glandulas. Es muy esencial el distinguir estos infartos que son exclusivamente simpáticos, porque desaparecen, por lo general con la enfermedad que los ha ocasionado; no sucede lo mismo con los que se observan en la tabes mesentérica, la tisis, y las escrofulas, que dependen casi siempre de la afeccion general de los fluidos y son por consiguiente el efecto de la reaccion de estos sobre los sólidos. No obstante debemos

convenir, en que hay efectos que parecen simpáticos á su aparicion; pero que por los desórdenes que despues ocasionan en las diversas funciones de nuestra economía, desnaturalizan los fluidos y producen fenómenos morbosos particulares, que pueden pasar á generales verificándose entonces la reaccion de los sólidos sobre los fluidos. Fuera de esto, la palabra simpatia, que se apropia Mr. Broussais para apoyar sus hipotesis, «es una palabra vaga, dice Bichat, una mera abstracción imaginaria, testimonio fiel de nuestra «ignorancia acerca de las relaciones que tienen entre «sí los diferentes órganos.» (Bichat, *Anat. gen.* tom. 3. p. 284.

Nos vemos, sin embargo, precisados á creer en las afecciones simpáticas, porque carecemos de otras explicaciones mas satisfactorias. Apesar de ser tan difíciles de aclarar estos hechos, Mr. Broussais ha tenido por conveniente crear sobre esta facultad, que tiene tanto de dudosa como de incierta, entidades morbosas facticias, segun su expresion favorita, á las que quiere imprimir un grado de certidumbre que nunca podrá demostrar con evidencia. Acabo de reconocer una influencia primitiva de los sólidos sobre los fluidos: así es que un golpe, una contusion, una herida, la opresion de un cuerpo frio, caliente; la aplicacion de las cantáridas, la inoculacion de un virus, y otros mil agentes, pueden obrar este efecto, causando primero sobre los cuerpos una modificacion, que interrumpiendo sus propiedades vitales, pervierte sus funciones, y determina infartos, éxtasis inflamatorios que contienen ó dificultan las secreciones, y absorciones; alteran insensiblemente la masa de los fluidos y crean fenómenos que se han tomado por simpáticos. Estos efectos se producen siempre en el sistema capilar general; y cuando estas modificaciones se verifican en los humores exhalantes se hacen sentir en la superficie cutanea, ó bien sobre las superficies serosas ó mucosas, ó ya por último en los capilares de las glándulas y de los órganos.

Cuando los exhalantes encuentran en los líquidos que se estancan una cierta afinidad en sus propiedades vitales, se terminan entonces estos infartos, y estos tumores inflamatorios por la resolución; por metástasis, cuando son conducidos por la circulación sanguínea á otro sitio donde forman depósitos purulentos. Bichat cita egemplos de esto, y yo tengo observados muchos en mi práctica; esto es lo que se ha tomado muchas veces por el resultado de una plébite. Pero por poco conocimiento que se tenga de la estructura de las venas, se verá que el corto número de vasos de toda especie que son propios á sus membranas, hace imposible que sufran un carácter inflamatorio tan pronunciado, y capaz de producir derramamientos purulentos tan sensibles como los que pueden sobrevenir en los otros sistemas, que se hallan abundantemente provistos de vasos. Pero estos últimos tiempos se citarán como la época en que indistintamente se refiere todo á las flegmasias. Si los vasos del sistema vascular sanguíneo gozasen la suficiente fuerza para inflamarse, se verificaria esto con especialidad en el sistema vascular de sangre roja; pero se sabe que el tejido arterial se inflama con dificultad, y que está desprovisto de la contráctilidad orgánica sensible que se le quiere atribuir, como lo han probado los experimentos de Bichat; y lo que igualmente se confirma por la osificación que padece todo el sistema arterial en ciertos viejos, sin que por esto deje de notarse el sistole y diastole de las arterias.

El papel que egercen los absorbentes y los exhalantes en los estados fisiológico, y patológico merecen una particular atencion. Los unos prestan á la sangre una parte de sus principios constitutivos, al mismo tiempo que sirven de medio de transmision á los principios deletereos, siendo de la infeccion que recibe la sangre, por este camino, de donde se derivan todos los principios de nuestras enfermedades; los otros son los emuntorios por cuyo medio se purifica la sangre de las partes eterogeneas y superfluas que contiene.

Pruebase esto por las diversas modificaciones de que es susceptible este fluido; modificaciones que se hacen sensibles por el olor, la variedad en color, y consistencia, que presentan á cada paso á nuestro examen, lo que no se verificaria si no hubiese sufrido tales modificaciones. Lo mismo puede decirse de las innumerables variaciones de la bilis, de la orina, y de otros fluidos. En las afecciones de las membranas serosas, en las que sobrevienen derrámenes, y la naturaleza de los fluidos exhalados no es la misma que la que tienen en el estado de salud, permanecen los absorbentes largo tiempo en contacto con ellos sin poderlos absorber; pero si llega á elevarse la acción apagada de los absorbentes ó que se reanime su sensibilidad orgánica sensible, por una *Therapeusis* racional, se verifica desde luego la absorcion. Esto es lo que sucede en las hidropesias: excitados los absorbentes por los diureticos, conducen de nuevo á la circulacion los fluidos derramados, y los expelen por los sudores, orinas, ó camaras. La necesidad que tienen los niños de un grandioso desenvolvimiento dá á entender que el sistema absorbente de ellos debe gozar de una sensibilidad mucho mas exquisita que en las demas edades. La sangre que circula en nuestra economia no es de la misma naturaleza; la una es negra, y roja la otra: por cuya razon las modificaciones morbosas deben variar, segun la especie de sangre que las haya producido. Tambien pueden hallarse viciados los dos sistemas á un tiempo y producir en este caso fenómenos mixtos, dificiles de conocer. Bichat nos dice que la sangre negra es un reservorio general donde pueden llegar, ora natural, ora accidentalmente, una infinidad de sustancias que perturben las funciones al pasar por el torrente de la circulacion. »Se ha exagerado, agrega, la medicina humoral, pero lo cierto es que tiene fundamentos reales en una multitud de casos. No puede negarse que en cierto modo debe referirse todo á los humores; por que si en efecto las pérdidas que experimenta la sangre roja no las recompensan las entradas que tiene la

»sangre negra, se pierde el equilibrio, y nace la enfermedad; si la sangre negra recibe mas que lo que gasta la roja, sobreviene la pletora, mientras que se verifica lo que se llama empobrecimiento de los humores, cuando de la sangre roja sale mas sustancia que la que entra en la sangre negra." (*Sistm. vanc. de sang. roj. t. 1. p. 257.*)

Si se aplica lo que acabo de decir al cerebro y á los nervios, centro de otra circulacion, de la que dependen una multitud de enfermedades, que ofrecen fenómenos independientes de los de los otros órganos, encontraremos al encefalo, órgano principal de una secrecion cuya naturaleza nos es desconocida, pero que designamos bajo el nombre de fluido nervioso, y veremos que esta secrecion es, como todas las demas, un producto de la sangre, que imprime al cerebro propiedades oportunas á esta elaboracion; por último que este fluido se comunica á todos los órganos por medio de los nervios, y preside á funciones particulares. Lo mismo puede decirse de la medula oblongada, de la prolongacion rachidiana, y de los diferentes ganglios, de donde salen una infinidad de nervios que van á distribuirse á los órganos interiores, que gozan de propiedades distintas los unos de los otros, propiedades que comunican á los órganos á donde van á distribuirse. Asi es que los nervios que sirven para la vision difieren de los que se distribuyen en el interior de la órbita sobre los musculos y glándula lacrimal, y aun diré que el ganglio de Moekel no se encuentra en la órbita sin que le esté encomendado algun fin particular. Los nervios del oido, los del gusto, y los del olfato, son enteramente diferentes de los que se distribuyen en el órgano pulmonal, en el corazon, y en los órganos splanchnicos, cuyos efectos y usos no tienen relacion alguna: siempre son las afecciones nerviosas las que se han tomado por afecciones simpáticas.

Deduciré de lo que acabo de decir, que cada órgano, cada tejido, cada sistema ect. varia en su forma en su textura, y en las funciones vitales que llena,

y que cada enfermedad debe tambien variar en sus efectos, en sus principios, y en sus causas segun que tal órgano, tal tejido, ó tal sistema sea el afectado, y segun la naturaleza de las modificaciones que ha recibido la sangre; de lo que resulta que, segun esta hipótesis, en el mismo caso de inflamacion, debe esta distinguirse, y diferenciarse segun el sitio que ocupe. Inferese, segun este modo de raciocinar, ¿de que consecuencia será un tratamiento sentado bajo un orden general, y que no sea analogo á la naturaleza de la inflamacion, y apropiado á los órganos que ella ocupe!

En vano querran considerar la sarna, los herpes, la gota, el reumatismo, la sífilis, el cancro, las escrofulas, la peste, el tifo, y las diferentes fiebres como el resultado de un solo, y único agente, la irritacion, ó bien como una flegmasia pura y simple. La composicion íntima de las materias purulentas, ó de los fluidos expelidos en cada una de estas diferentes afecciones; sus propiedades físicas, contagiosas ó no contagiosas, testifican la diferencia de ella. La irritacion herpética ciertamente, no es de la misma naturaleza que la sífilítica ni escrofulosa: la una se verifica por la perversion de las secreciones, y la otra en el acto de la nutricion de ciertos sistemas. La sífilis, y las escrofulas dicen tendencia á atacar los huesos, mientras que el escorbuto parece dirigir su asecho á todos los sistemas en general: luego es separarse de los verdaderos principios fisiologicos el querer reducir á un agente principal la causa de todas las enfermedades. Pero ¿no es mayor locura todavia el querer sostener que este agente no es mas que una causa local, y que se encuentra tambien en todas las especies de fiebres, sin distinguir en ellas los efectos, ni la verdadera causa? Si este agente único existiese realmente, y siempre como causa esencial, en la membrana mucosa del estómago, sus efectos serian siempre los mismos é invariables. ¿En que consisten estas variedades tan constantes? La razon de ella es muy simple. Aun quando verdaderamente pudiera admitirse siempre la irritacion,

nunca sería ella mas que un efecto de la reaccion de los fluidos sobre los sólidos, y variaria entónces segun la naturaleza de la causa que la hubiese provocado, y se hallaria por consiguiente sometida á las diversas modificaciones que pudiesen haber recibido los fluidos. Es preciso no confundir una irritacion con otra; por que la irritacion inflamatoria no se parece á la nerviosa, y esta no tiene relacion alguna con una simple excitacion producida en el estómago por humores acres cuya evacuacion, destruye el bastidor patológico.

Si la irritacion existe en la fiebre, en general, debe ser diferente en cada una de ellas. Asi es que en la angiostenica ó inflamatoria, parece que este efecto se fija en el corazon, primer agente del sistema vascular de sangre negra y roja; pero bien examinada esta irritacion, no es otra cosa, que una modificacion actuada en la sangre, de la que este fluido trata de sacudirse por sí mismo; este estado, pues, contra natural que se reace sobre el corazon, determina en él unas contracciones mas fuertes. No contrariar á la naturaleza con sangrias y sanguijuelas intempestivas, un sudor abundante, ó una fuerte diuresis destruyen la fiebre y se verifica una crisis saludable. Esto no es una hipotesis, como la pretendida existencia de la gastroenteritis; es sí una verdad reconocida por todo médico imparcial.

Lo mismo sucede en las otras fiebres. En la mening gastrica por egempló, hay positivamente una irritacion en el estómago, como lo ha dicho muy bien Mr. Pinel, pero á pesar de esto, no es una flegmasia. En vano quiere hacernoslo creer asi Mr. Broussais: todos los prácticos saben lo contrario, y todos reconocen á la bilis por el agente de esta irritacion, que hace cesar el emético y que exaspera la sangria. Si hubiese realmente inflamacion ¿como habian de ser útiles los eméticos? Inútilmente quiere Mr. Broussais apoyarse en autopsias para sostener su opinion; todo el mundo conviene en que una fiebre biliosa bien trata-

da se cura fácilmente por los evacuantes; y que si llega el caso de que se hagan aberturas es por que los enfermos han sucumbido á complicaciones causadas muchas veces por un mal tratamiento.

En las fiebres adinamicas ó pútridas, en las cuales la irritacion parece poco señalada, que la enfermedad principia las mas veces por una postracion general de fuerzas, que la sangre parece despojada de su energía vital, que todos los órganos, sin exceptuar al mismo estómago, estan asaltados de atonia; en las que el sistema muscular ha perdido su vigor, que parece roto el *consensus* general, que todas las funciones han caido en la languidez, que se hallan pervertidas todas las secreciones, que las exhalaciones son infestas, hediondo el aliento, la lengua negra, fuliginosos los dientes, el pulso pequeño, profundo y contraído, anunciando la debilidad del sistema vascular sanguíneo, el color pardusco ó verdoso de la sangre negra, la muerte súbita de las sanguíjuelas que se aplican á ella: todos estos fenómenos ¿no parece que afirman que el principio vital se halla atacado hasta en su origen; que la sangre está desnaturalizada, y que toda la economía participa de esta descomposicion?

La sangre es la que se halla afecta primitivamente en esta cruel enfermedad, y la que privando á los órganos de sus propiedades vitales, los sumerge en la inercia. Mientras mas progresos hace la enfermedad, mas general se presenta la insensibilidad. Sobrevienen las cámaras fétidas que agotan al enfermo, el delirio sordo, los ensueños, el salto de tendones ect. Las materias acres que se contienen en el estómago, y los intestinos los irritan mas y mas; se desprenden en ellos gases fétidos, pestíferos; se pone tenso, y doloroso el vientre, ó bien queda insensible, se tumeface ó se pone como un balón, la respiracion aparece estertorosa, y se infarta el órgano pulmonal; se desenvuelve la opresion y dificultad de respirar, predomina la sangre negra viciada, los latidos arteriales se hacen desordenados, el pulso mas y mas pequeño, insensible, pro-

fundo, contraído, y miserable; la congestión atónica se extiende al cerebro; se dificulta mas y mas la respiración; la afonía, la parálisis, y en fin la muerte, viene á cerrar la escena de tan espantosos síntomas. Algunas veces hay vómitos de materiales negruscos, y un estado apoplético que dura quince ó veinte días, durante los cuales á penas da el enfermo señales de vida, y en los que no puede tragar cosa alguna, y se halla insensible á toda impresión. Muchas veces no se pone tenso el vientre; el color es plomáceo ó lívido: el rostro abotagado; los ojos están fijos, insensibles á toda irritación, muchas veces inyectados otras nó. La lengua varia con frecuencia: de negra se pone amarilla, después se cubre de un moco espeso negrusco, los ojos trasudan un humor puriforme, lo mismo la nariz; la saliva es espesa semejante á la cola, los sudores son viscosos de un olor fuerte; las orinas son claras, amarillas, espesas, y pestíferas. Muchas veces se va el enfermo sin sentir, se presentan escaras gangrenosas en la rabadilla, en los lomos, en el dorso, y hacia la última vértebra cervical; la consunción llega al extremo, y el enfermo perece, falto de nutrición, por el empobrecimiento sucesivo de todos los sistemas ect. Tales son los síntomas que se han observado en esta enfermedad, sin embargo de que no siempre se presentan los mismos en todos los sujetos que son atacados de ella; las autopsias confirman la naturaleza de los estragos; el estómago y los intestinos se encuentran llenos de materiales negruscos, verdes, fétidos, ó distendidos por gases infestos, el estómago y duodeno con especialidad. Algunas veces se encuentran retraídos estos dos órganos y casi nada contienen. Las vísceras de parénquima se encuentran con frecuencia llenas de una sangre negra; el corazón estrechado, y los pulmones infartados de una sangre espumosa negra y pestífera. El cerebro el mayor número de veces no presenta cosa particular á la inspección; pero sus vasos están henchidos de una sangre negra, y hay derramen en sus ventrículos.

Tal es la fiebre, y sus resultados, que se ha empeñado Mr. Broussais en no distinguir de sus gastro-enterítis, y que se ha obstinado en tratar del mismo modo. Es necesario estar muy encaprichado, ó ser enteramente ciego, para negar que esta fiebre no sea muy distinta tanto en su marcha como en sus síntomas; se necesita tambien no proceder de buena fe para afirmar que la sangre en general no sea la esencialmente afectada, pasando la infeccion de ella á todos los sistemas. Este fluido es el que ha perdido sus facultades vitales y quien ya no puede imprimir á los órganos, aquellas que necesitan para egercer sus funciones; de aquí la postracion general, los éstasis, los infartos, y los flojosis que se confunden con las flegmasias. En medio de toda la grevedad de esta enfermedad, un médico prudente, que segun la serie de síntomas que se presentaren á su inspeccion, sepa alternar, los evacuantes, los tónicos, los revulsivos, triunfará y salvará sus enfermos de un peligro tan inminente. Pero si por un tratamiento imprudente, por sangrias intempestivas, ó por una aplicacion inconsiderada de sanguijuelas, interrumpe la marcha natural de esta enfermedad, sobrevendrá la muerte, perecerá el enfermo á la manera que lo hiciera bajo el terrible golpe de una clava, y proporcionará al Dr. que lo haya tratado de este modo, la ocasion de practicar autopsias, y de fabricar gastro-enterítis. Lejos de paradoja es muy cierto cuanto acabo de decir; mi experiencia y la de los mejores médicos están en mi favor; mientras que Mr. Broussais no puede presentar otros defensores que varios médicos jóvenes y sin experiencia. Si en el número de sus partidarios se encuentran excepciones, estas serán algunas personas que por entusiasmo, se dejan arrebatarse del atractivo de la novedad, ó bien en la revolucion que Mr. Broussais quiere plantear, esperan partir con él la gloria de novadores.

Un egercicio de mas de veinte años me ha puesto en el caso de confirmar lo que he proferido. Mi práctica ha sido siempre feliz, y de ciento treinta y

cinco enfermos tratados por los estimulantes (este orden es aun seguido por la mayoría de los médicos mas distinguidos), apenas puedo contar diez muertos. Al citar en apoyo de mi opinion la de los médicos mas célebres, se me habia olvidado que estos prácticos no eran mas que unos ignorantes, ontologistas, dignos de figurar con los *Purgons y los Diafoirus de Moliere*, y que los que han pasado desde Hippócrates hasta nuestros dias no han sido mas que unos vicionarios, gentes que creian ver, pero que estaban en la mayor seguridad. Se ha pasado una serie de siglos; y era necesario llegar á nuestros tiempos modernos para ver nacer el ingenio por excelencia encargado de llevar la antorcha que debe en adelante iluminar la ciencia, y guiarnos en nuestra marcha hasta entonces incierta.

Mr. Broussais es este ser extraordinario á quien estaba reservada la facultad de disipar la obscuridad en que estabamos sumergidos, y de hacernos percibir lo que á él mismo le cuesta tanto trabajo. Para avanzar unos principios como los suyos, se necesitaba que el deseo de ser gefe de secta estuviese muy arraigado en él. Es muy digno de admiracion el ver precipitarse á este médico en las mismas faltas que echa en cara á los otros. ¿No toca en lo ridículo el oirlo acriminar á ciertos profesores porque no han definido á la fiebre, al paso que el sofocándonos con sus gastro-enteritis sin designar el caracter distintivo de ellas, las confunde con las irritaciones cuya naturaleza no demarca, y las asocia á las flegmíasias formando de ellas un solo modo morboso, cuando es sabido que puede muy bien existir la una sin la otra, y que la inflamacion supone el *nec plus ultra* de la irritacion? De este modo pretende, por una marcha vaga, é incierta, pero con un tono de seguridad; y con un tono de maestro inducirnos al error, refiriendo todos los fenómenos mórbidos á su idea favorita; ¿pero qué es esto? no nos dice cual es la causa de esta irritacion ó inflamacion, ni nos demuestra, como el estómago, principal agente de una de las primeras funciones de nuestra

economía, puede ser el sitio de una afeccion tan intensa sin que se presente esta funcion sino suspensa al menos modificada. Debiendo resentirse en consecuencia de estas modificaciones, la asimilacion, y la nutricion, ¿cómo es que la enfermedad se sostiene limitada á un órgano, sin generalizarse, ni extenderse á todos los sistemas? Por fin ¿cual es la causa de esta excitacion, pues conforme al sistema de *nullus effectus sine causa*, un órgano no puede ser excitado si no precede causa exitante.? Estos principios son incontestables y son superiores á todos los raciocinios de Mr. Broussais.

¿No es aun mas chocante el verle afirmar que la irritacion é inflamacion son escesos de vida? Una energía vital no podria menos que producir una armonia la mas perfecta en nuestras funciones. Es imposible que se dé tal energía en un órgano que padece; esto es una contradiccion de las mas absurdas. Cuando un órgano esta sano se siente un buen estado; pero luego que se enferma sufre, se debilita, y determina la enfermedad, contra-seña positiva del desarreglo de esta energía ó propiedad vital necesaria á la armonía que constituye la salud.

Me argüirán acaso: es así que hay exaltacion de la propiedad orgánica de sensibilidad; luego hay un esceso vital en esta propiedad. Pero esta es una exaltacion que disminuye la fuerza de las otras propiedades y constituye fenómenos patológicos, y para que hubiese en él exaltacion de vida propiamente dicha, seria necesario que todas las otras propiedades vitales se encontrasen desarroyadas en términos de producir una vida mas enérgica, en una palabra una salud mas perfecta; y sucede precisamente todo lo contrario. De este modo en una inflamacion local producida por una causa externa, sin fiebre, caracterizada por el dolor, la rubicundez, la tumefacion, é infarto, no hay otra cosa mas que los sólidos han perdido su energía, y que dejan de estar en relacion con la vitalidad de los fluidos. De esta falta de energía resulta la atonia, y la inflama-

cion consecutiva. Las violentas pulsaciones que se advierten no son debidas mas que á la resistencia que experimentan los fluidos para penetrar los sólidos. Este estado puede influir sobre los fluidos, y entonces el afecto se hace general, y sobreviene la fiebre.

Pero si la inflamacion ha sido precedida de laciitud, de fiebre, y de otros fenómenos internos, debe mirarse entonces como el resultado de una causa general y dependiente de la reaccion de los fluidos desnaturalizados, sobre los sólidos; en este caso, digo, no puede ser el efecto de una energía vital, sino de una desorganizacion de los fluidos, comunicada á los sólidos. Asi los depósitos que sobrevienen a consecuencia de estas afecciones son los indicantes de esta desorganizacion; la formacion del pus, su evacuacion sea del modo que fuere, es la crisis saludable que liberta á nuestros humores de la materia eterogénea que los perjudicaba, y restablece el equilibrio en las partes. Consiguiente á lo que acabo de decir, puede formarse el pus en una y otra inflamacion, esto es en la local y general; pero con esta diferencia que en la primera, afectados los sólidos primitivamente comprimen á los vasos, coagulan los fluidos, determinan su congestion, y les hacen sufrir una alteracion morbosa de la que resulta el pus.

Convenidos en que las inflamaciones son de diferente naturaleza, es preciso que el pus que proviene de ellas participe de esta naturaleza diversa. Así el que proviene de una úlcera ordinaria difiere del de una úlcera venérea; el de un flemon, del de un bubon pestilencial ect.

Parecerá á primera vista que en las fiebres pestilenciales, en las que la abertura de los bubones es mortal, no debia mirarse esta crisis como saludable. Pero como quiera que estas enfermedades son contagiosas, las soluciones de continuidad que provienen de dicha abertura, favorecen la absorcion y se hacen un nuevo introductor del virus contagioso, de modo que el efecto saludable que podria resultar de la evacuacion cri-

tica se destruye por la infeccion reiterada que se contrae con tanta mas facilidad cuanto que la parte, á causa de la debilidad, se encuentra poco dispuesta á resistir á este nuevo ataque. Esta es la razon de porque en esta enfermedad la terminacion por resoluciones es mucho mas favorable, porque la crisis que por ella se verifica se hace por un emuntorio que no da lugar á nuevo contagio.

El mecanismo de las secreciones, y excreciones parece fortificar esta idea: estas materias son el producto de la sangre, como lo son nuestros humores en general, cuya predominancia, imprimiéndonos un color exterior y una *facies* particular, ha hecho constituir por los antiguos la diferencia de nuestros temperamentos. Esta diferencia anuncia que todo varia en nuestra economía, y que ciertos humores son resíduos excluidos de la circulacion como superfluos y perjudiciales, y que si permaneciesen mas tiempo en ella, producirian desórdenes de todo género.

Veo entrar en agitacion á los partidarios de la irritacion gastro-intestinal; oigo á Mr. Broussais y á sus discípulos llamarme ontologista, humorista, y echarme en cara que creo entidades morbosas facticias. Pero yo desprecio estos vanos clamores, y no por eso es menos cierto lo que he dicho, siento sí infinito que mis principios no sean conformes á su doctrina. Pero no por eso diré con menos fuerza la verdad, y si llega á ser reconocida, habré hecho un servicio señalado á la humanidad, preservando á una multitud de enfermos de que sean víctimas del método exclusivo contra-estimulante, adoptado por esta nueva secta.

Cuando oye uno el tono mordaz con que defiende Mr. Broussais su quimérica idea contra las doctrinas generalmente recibidas antes de él; cuando se le ve salir de los límites de la decencia, que debe reinar en una sana crítica, ¡separarse de la modestia que se debe tener por sí mismo! se llena uno de satisfaccion al considerar que llegará un dia en que se verá mucho mas hollado que aquellos á quienes ha tratado.

tan impiamente. Pero (*¡ó vanitas vanitatum!*) este autor está dotado de tanto amor propio, de una irritación tan ambiciosa, que no cabe en su imaginación este azár futuro, y hasta tanto que una fuerte dosis de contra-estimulantes haya restablecido en él el equilibrio, y vuelto la calma á su turbado cerebro; se creará el reformador del siglo, el héroe creador de la medicina, el suplente de Hippocrates. ¿Qué digo? Es muy poco para él; mejor diré el ingenio médico por excelencia de todos los siglos, en una palabra el único médico que ha existido. ¿De qué noble orgullo debe llenarse nuestro amor propio nacional! ¡Cuanta gloria debe eaber á la Francia por haber producido un ser tan ilustre! ¡Ya no invocarán los médicos del mundo al oráculo de cos, sino al oráculo frances, al profesor de Val-de-Grace, al Dr. Broussais. Tributémosle honor!

Desterrémos para siempre de la medicina toda teoría, nada de práctica, nada de observaciones. Los trabajos de tantos siglos, fruto de una experiencia tan larga, que sean envueltos para siempre en el polvo con sus autores. La palabra de Mr. Broussais hace fe, sus libros, solo, contienen los dogmas, que cual otra tabla de la ley, contenidos en una nueva arca de la alianza, deben enriquecer á este médico á expensas de las gentes crédulas.

Sobre todo nada de Boticarios; porque los que queden se verán obligados, para vender sus drogas, á hacer de médicos: cosa que ya hacen demasiadamente.

A pesar de este bello cuadro formado por la ambición, y sostenido por la ignorancia, y la credulidad, la medicina no dejará de ser la ciencia de la observación, que nos han proporcionado nuestros antepasados, comparada con los fenómenos que observe uno á la cabecera del enfermo. No de otro modo que reuniendo un cierto grupo particular de síntomas, se llegará, comparándolos á lo que hayan observado los demas, á formar una idéa exacta de la naturaleza de

una afeccion morbosa. La inspeccion atenta de la cara, de la lengua, del pulso, y de las excreciones, nos ayudará á llegar á este conocimiento; á menos que, como Mr. Broussais, no se pronuncie antes de ver al enfermo, esta es una gastro-enteritis, una flegmasia, una irritacion; porque, como se sabe, Mr. Broussais no tiene necesidad de explorar el pulso ni la lengua. Dotado de una sagacidad bastante grande para adivinar dirá sin duda: Vd. tiene una irritacion, un exceso de vida, y para curarlo se necesita otro exceso. Con cincuenta, sesenta, ciento, doscientas, y aun cuatrocientas sanguijuelas, se conseguirá este milagro, y esto no será demasiado para disminuir una energia vital tal, ni aun para quitaros enteramente la vida. *Contrariis contraria curantur.*

Segun lo que dejo dicho en el curso de este capitulo, me parece haber demostrado hasta la evidencia la causa de las enfermedades. He probado que cuando no habia accidentes generales, esta causa residia localmente en los sólidos; pero que podia hacerse general por la influencia de aquellos en la confeccion de los principios constituyentes de los fluidos. Así pues el temor, la alegría, el enfado, la cólera, la ambicion, ó el horror obrarán sucesivamente sobre los sólidos, los modificarán de tal modo en sus funciones que influirán consecutivamente sobre los fluidos. Pero las mas veces se encuentra esta causa en la alteracion de los fluidos: una absorcion contagiosa, una modificacion deleterea, los desnaturalizará de manera que no podrán comunicar á los sólidos las propiedades de que los proveen, entonces se perturbarán las funciones, resultando de esto la enfermedad, cuyos fenómenos diferirán segun que la afeccion se encuentre en la sangre negra ó en la roja. Esto prueba la futilidad de un solo modo morboso, y la poca luz que nos da en el conocimiento de las causas de las enfermedades, la anatomía patologica, por cuanto lo que observamos en las autopsias, no es mas que el efecto de una causa primera que la mayor parte de las veces nos es des-

conocida, y que en una multitud de fenómenos que se presentarán á la vez á nuestra observacion cada uno puede tener derecho á la prioridad. ¿A cual de ellos deberemos señalar como causa, sin recelo de engañarnos, y á cuales tendremos, como dejo dicho, por efectos? Doy fin á este capítulo, y en el siguiente voy á considerar muchos puntos esenciales de la nueva doctrina, y á procurar, como lo he hecho, reunir las luces de nuestros antepasados á mi propia experiencia para probar la falsedad del nuevo sistema.

SEGUNDA PARTE.

CONSIDERACIONES SOBRE ALGUNOS PUNTOS

DE LA DOCTRINA DE MR. BROUSSAIS.

La voz gastro-enterítis resuena por todas partes en nuestros oídos; esta es la palabra de orden de los irritalistas. ¿se nota alguna incomodidad en el estómago? sí, pues gastro-enterítis; ¿hay un panarizo? lo dicho gastro-enterítis; ¿se queja el enfermo de un bubon venéreo pestilencial, de un carbunclo, una apoplejía? pues también gastro-enterítis; ¿hay una esquinencia, una peripneumonia, ophthalmías (la ceguera con especialidad)? pues gastro-enterítis sin remedio.

Mr. Broussais, sin embargo, hace una abstracción en favor del escorbuto, del que forma una enfermedad asténica, la que no deja por eso, dice, de ser susceptible de complicarse de inflamación. Da por ejemplo de esta complicación la hinchazón de las encías, que se verifica en esta enfermedad. Si recordamos lo que el mismo dice acerca de esto, nos veremos precisados á reconocer que admite una debilidad general por falta de asimilación, complicada con un fenómeno contrario, que atribuye á un exceso de vida. Si Mr. Broussais no estuviese fascinado con sus inflamaciones, y redujese las cosas á su justo valor, se convencería fácilmente de que la hinchazón de las encías no era más que un infarto atónico que cede á los gargarismos tónicos y á los remedios generales aplicados al escorbuto.

Todo, efectivamente, denota en esta afeccion la poca vitalidad de los fluidos, y de la sangre, cuya rémora en el sistema capilar destruye en él la sensibilidad orgánica, y dá origen á las manchas y úlceras cutaneas. Esta es tambien la causa del abotagamiento, del color lívido, de la infiltracion de las extremidades, y de las frecuentes hemorragias que sobrevienen en esta enfermedad. Como es imposible á Mr. Broussais, el negar el juego, y la influencia de los humores en el escorbuto, se vé precisado á convenir en ello, y se explica del modo siguiente: »Atribuiré, dice, el escorbuto al »vicio de la sangre, estoy inclinado á creer que este »vicio reside particularmente en la fibrina, y en la »gelatina, por que observo que los derrámenes se hacen »con preferencia en los tejidos musculares, y en los »celulares ó laminosos, miéntras que no se actuan en »el aparato encefálico donde predomina la materia al- »buminosa. Tambien creo, agrega, que en el principio »se limita la alteracion nutritiva á la fibrina, ya sea de »la sangre, ya de los músculos: y que la gelatina so- »lo se afecta consecutivamente, y por el progreso del »mal.”

Obligado Mr. Broussais, á admitir la afeccion morbosa de la gelatina en esta enfermedad como consecutiva, nos presta armas contra si mismo, y nos autoriza á que miremos los diferentes estados inflamatorios, suponiendo su existencia, no como causas, sino como los efectos consecutivos de una modificacion anterior de la sangre, y de la alteracion de los fluidos cuya accion se reflecta sobre los sólidos, y causa en ellos la inflamacion. No siendo la cualidad de la sangre de la misma naturaleza en las diversas inflamaciones, y en las fiebres adinámicas, se demuestra evidentemente que este fluido ha experimentado en su composicion íntima modificaciones morbosas diferentes.

Agrega Mr. Broussais: »Me fundo en esta opinion »porque las grandes masas de gelatina, como los tendones, los ligamentos, y los cartilagos participan difícilmente de las alteraciones escorbúticas, y por que

«las paredes de los vasos que están principalmente formadas de gelatina, conservan con frecuencia su integridad aunque dejen salir la sangre con abundancia.»

No se puede negar que los químicos han reconocido la existencia de la gelatina en los tendones, en los ligamentos, en los cartilagos, ect.; pero es menester convenir en que esta sustancia está en ellos unida á otros principios. Para extraer de ellos la gelatina, seria necesario echar mano de los mas poderosos reactivos, ó de una ebullicion prolongada; pero no desorganizándose estos organos, antes por el contrario quedando perfectamente intactos en el escorbuto, ¿cómo admitir una falta de nutricion en esta sustancia? Tengo por muy difícil el asegurar con certidumbre, que la gelatina ó la fibrina se hallen afectadas en esta enfermedad con mas particularidad que cualquiera otra sustancia; me parece mucho mas sencillo y natural el errecr que la sangre es la que se halla mas generalmente viciada, la que reaciéndose sobre el conjunto de nuestra economía, y de nuestros órganos, y no permitiendo que se egecuten la nutricion, y la asimilacion, sino de un modo imperfecto, da lugar á que las pérdidas continuas que experimenta no se hallen en relacion con lo que recibe, resultando de aqui, que se vaya alterando insensiblemente hasta llegar á acarrear la desorganizacion de los sólidos y la pérdida de la vida.

Tales son en general los fenómenos que se verifican en las enfermedades en las que el marasmo, la consuncion, y la falta de nutricion, y de asimilacion determinan la muerte. Sin embargo no se puede negar, que los fenómenos varian segun la naturaleza y la causa de la afeccion morbosa. Por esto vemos que el resblandecimiento de los huesos que resulta de la privacion del fosfate caliso, no se verifica en los casos en que esta sustancia parece predominar en apariencia, digo en apariencia porque en realidad este efecto no se verifica sino por la falta de otras sustancias que componen los huesos, y no por el exceso del fosfate

calcáreo. Así es que si se presenta el resblandecimiento en la sífilis, no se verifica en el escorbuto, en las escrófulas, ni en otras afecciones que reconocen una causa esencialmente distinta, y cuyos fenómenos de ningún modo se asemejan.

Humorismo á mas de la ontología dirá Mr. Braussais, porque con estos apóstrofes es como contesta á sus adversarios. A pesar de esto, él mismo echa mano del vicio de los humores en esta enfermedad (el escorbuto), porque sin hacerlo le seria difícil dar de él una explicacion pasadera; y como quiera que él no sabe mas que los otros, pregunta ¿cual es este vicio? y ¿en qué consiste la alteracion de la fibrina, de la gelatina, de la sangre, y de los músculos, cuya naturaleza química no pretende demostrarnos?

Si, como positivamente creo, el escorbuto es una enfermedad producida por una falta de asimilacion, y de nutricion; no hay necesidad de recurrir á la química para esplicar la alteracion de los humores. Fácilmente se encontrará la causa de ella en un aire de mala cualidad, en los malos alimentos, en el desaseo, en las habitaciones sitas en lugares insalubres, y húmedos, que perjudican á la asimilacion, y que dan origen á que la sangre sometida á estas malélicas influencias se altere en sus principios, y se convierta en un agente general que extienda su accion inmediata á todos nuestros sistemas. Si la gelatina, y la fibrina son las que se encuentran afectadas en ésta enfermedad, siendo estas dos sustancias partes integrantes de la sangre, se sigue de que este fluido es el que se halla enfermo, siendo á su defecto de composicion á quien debe atribuirse la produccion de los fenómenos escorbúticos. El mismo Mr. Broussais conviene en ello.

Si Convenidos en esta explicacion, y mirando á esta enfermedad como el producto de sustancias mal asimiladas, debemos capitularla por una enfermedad asténica; he aquí como se expresa Mr. Broussais sobre este particular; habiendo reconocido la influencia humoral, y el vicio de la sangre en el escorbuto: «Ob-

«servo, dice, en los escorbúticos la disminución de la
 «fuerza de cohesion, que sostiene la integridad de las
 «fibras musculares. Pruebase esta disminucion, por la
 «facilidad con que se rompen las dichas fibras al me-
 «nor esfuerzo que hagan los enfermos; esta rotura es
 «igualmente muy fácil en el tegido celular. Observo
 «ademas que se hallan disminuidas las afinidades vi-
 «tales que retienen la sangre en el sistema capilar, é
 «impiden que se dirija por los numerosos vasos cola-
 «terales que se abren en estas superficies. Resulta de
 «aquí que sin la intervencion de causa alguna vulne-
 «rante, fluye la sangre fácilmente con las serosidades,
 «y con el maco por los poros que se abren en las su-
 «perficies mucosas, en las del tegido celular libre, y
 «en las del tegido laminoso que entra en la compo-
 «sicion de los diferentes parenquimas.»

Segun lo que queda dicho, Mr. Broussais recono-
 ce que la sangre está dotada de propiedades vitales
 que distribuye á cada organo; que de esta distribucion,
 haciéndose con igualdad, resulta el equilibrio en las
 funciones de nuestra economía, y que su interrupcion
 produce, por consiguiente, las enfermedades; por últi-
 mo que siendo el escorbuto el producto de una falta
 de nutricion, debe considerarse como una enfermed-
 dad asténica. Siendo esto asi en esta afeccion, no en-
 cuentro una razon para que no suceda lo mismo en
 otras circunstancias; y entonces juntando á este órden
 asténico el de irritaciones de Mr. Broussais tendremos
 completamente el sistema de Brown á quien Mr. Brou-
 ssais trata con tanta impiedad. Para apoyo de lo que
 digo, continuémos oyendo á Mr. Broussais. «No es-
 «tando íntegra la sangre en sus partes constitutivas, de-
 «be influir en todos los sistemas y parenquimas co-
 «municándoles su debilidad, pero sin dejar por es-
 «to de recorrerlos todos. Aun le quedan bastantes prin-
 «cipios de vitalidad para animar las propiedades vita-
 «les de los órganos, y para egercer las funciones aun-
 «que de un modo imperfecto. Admitir la cesacion de
 «la circulacion en los vasos colaterales, ó superficia-

«les, seria admitir vitalidad sin principios ó sin propiedades vitales. Esto es imposible; y solo puede suceder admitiendo que la sangre negra peca mas en cantidad, y que los vasos ó parenquimas no tengan la suficiente fuerza para contenerla cuando sale de estos órganos.»

He aquí muy bien demostrada, la propagacion de la debilidad á todos los órganos, por una sangre de mala cualidad. Esta es una verdad incontestable. Veámos en seguida si Mr. Broussais admite simultáneamente con esta debilidad un fenómeno contrario, que él llama exceso de vida. En el escorbuto no peca la sangre por su cantidad, sino mas bien por su cualidad, y se vierte de los órganos á causa de hallarse estos sobrecogidos de inercia, y privados de las propiedades vitales necesarias á su retencion.

„Estos son hechos muy bien demostrados, continúa Mr. Broussais; veamos al presente otros que no lo están menos. El primero es que los tegidos vivientes, cuya fuerza de adhesion y cuyas afinidades químicas se hallan debilitadas, no han perdido la susceptibilidad para las inflamaciones: y el segundo es que este fenómeno determina con mucha facilidad su desorganizacion. La afeccion de las encías debe considerarse como el efecto de semejante complicacion; lo mismo puede decirse de la hinchazon cálida y dolorosa de las articulaciones, de los reumatismos musculares, y de las úlceras que sobrevienen en tan poco tiempo, á consecuencia de una contusion, de una escoriacion, ó del menor rasguño. Por lo que respecta al interior, podemos decir lo mismo de la diarrea, de la gastritis aguda ó crónica, de las flegmasias, del pecho, ect.; afecciones que son tan funestas á los escorbúticos, por razon de la debilidad de sus afinidades vitales, por cuya causa tambien, se encuentran en sus cadáveres vestigios tan profundos, y tan multiplicados de desorganizacion. Sin embargo es necesario agregar aquí la importante observacion de que á exemplo de la sífilis, y de las escrófulas, el

«escorbuto perdona largo tiempo á las víceras, y acomete siempre á las partes blandas que revisten al esqueleto.»

He dicho de antemano que era una especie de inconsecuencia el admitir un exceso de vida con un exceso opuesto. Si fuesen estos fenómenos de una naturaleza inflamatoria, seria preciso admitir una inflamacion asténica, y á mas habria necesidad de convenir en que estas especies de inflamaciones eran consecutivas al escorbuto. Y entonces ¿porqué no reconocemos que las inflamaciones que se pretenden encontrar en las enfermedades pútridas ó asténicas no difieren de estas, y que tambien son consecutivas á la afeccion primitiva? Las úlceras que sobrevienen en la afeccion escorbútica son puramente asténicas, y en realidad no ofrecen caracter alguno inflamatorio. Pero Mr. Broussais que conoce perfectamente la dificultad de maridar, con apariencia de razon, la inflamacion, como él la entiende, con una falta de asimilacion, hace del escorbuto dos entidades facticias que designa bajo los nombres de escorbuto frio y de escorbuto caliente. Estas abstracciones ó divisiones lisongan singularmente su imaginacion por que le dejan la facilidad de reproducir su idea favorita. «Es claro, dice, que «el escorbuto frio consiste en un vicio de la nutricion, «y en la disminucion de las afinidades vitales sin flegmasia, á lo menos capaz de engendrar el calor febril «(confesion tácita de la existencia de la flagmasia atónica); el caliente no es otra cosa mas que la complicacion «de una flegmasia llevada á este grado con la disposicion «escorbútica.» Mr. Broussais quiere asociar siempre el exceso vital con la debilidad de este principio: creo que cuando una persona declara á las demas una guerra con las armas de la crítica severa, debe escudarse bien para evadirse de los tiros de ella, lejos de presentar los flancos de la inconsecuencia. Pero este médico queda siempre pronto á las objeciones, y se halla poco embarazado para defender su causa, por mala que ella sea.

«Ya oigo á los enemigos de la doctrina fisiológica, «dice, exclamation que esta disminucion de las afinidades » vitales, y de la fuerza de cohesion de las moléculas «no es otra cosa mas que un estado de debilidad ó «una disminucion de la energia vital, y que por con- «siguiente nada he añadido al sistema de Brown. Lo «que acabo de decir podia servirles de respuesta; por «que como yo admito la posibilidad de la complica- «cion de la flegmasia con la debilidad escorbútica, y «la necesidad de los antiflogísticos á pesar de esta es- «pecie de debilidad, no podré ser confundido con los «sectarios del brownianismo. En segundo lugar puedo «hacer observar á mis adversarios que esta debilidad, «no se parece á la debilidad ordinaria, pues que la ma- «yor parte de los hombres se extenua gradualmente «por los progresos de las enfermedades de debilidad, «y llegan al fin á la muerte que es el último gra- «do de esta, sin presentar señal alguna de la afecc- «cion escorbútica.” Tales son los argumentos con que pretende Mr. Broussais dorar su inconsecuencia; y para hacer creer que no marcha sobre las huellas de Brown, crea una pretendida susceptibilidad inflamatoria de los órganos en el escorbuto. Pero esta sutileza no se opondrá á que coloquen los prácticos esta enfermedad entré las afecciones asténicas, ni á que miren los fenómenos que sobrevienen en ella como efectos y no como causas de esta afeccion. Su escorbuto caliente, abstraccion enteramente imaginaria, no es otra cosa, segun creo, mas que una fiebre adinamica de las mas intensas. En efecto estas dos afecciones no distan una de otra mas que un paso; las dos ofrecen caracteres análogos y reconocen las mismas causas. El escorbuto se desenvuelve particularmente por una aberracion en las funciones de la nutricion, ocasionada por la absorcion de los miásmas deletereos que se contienen en el aire, ó por la mala cualidad de los alimentos. Lo mismo sucede á las fiebres adinamicas, cuyos fenómenos morbosos son los mismos, á excepcion del pulso febril: obsérvese aun, que en estas fie-

bres el sistema vascular de sangre roja se halla falto de energía; que el pulso en ellas es débil, profundo, precipitado, y algunas veces á penas sensible. Los tegidos que padecen son los mismos en estas dos enfermedades; el muscular sobre todos se halla singularmente afectado. Las manchas, y las hemorragias sobrevienen muchas veces por las mismas causas. Si se encuentran complicaciones en apariencia inflamatorias en el escorbuto, estos fenómenos no son mas que consecutivos y dependen del desorden que reina en las funciones orgánicas en general; lo mismo sucede con respecto a las fiebres pútridas. Si el mismo Mr. Broussais hubiera examinado bien á los individuos que perecen á impulsos de las enfermedades de languidez, habria observado en la mayor parte de ellos todos los fenómenos que se le han escapado. En efecto, muchas veces se ven sobrevenir en estos enfermos manchas lívidas á la piel, afeccion á las encias, edemas á las extremidades, hemorragias, ect.; siguiéndose despues de la muerte una descomposicion instantánea. Segun lo que acabo de indicar ¿no es hacer un abuso de las palabras, el decir que la debilidad escorbútica no se asemeja á la debilidad ordinaria, especialmente cuando, queriendo admitir esta diferencia en esta afeccion, se niega á reconocer alguna en todas las demas, por multiplicadas y variadas que sean?

Despues del escorbuto trata, Mr. Broussais, de la gangrena, que considera como un efecto, separándola de la gerarquía de causa. ¿Porqué, pues qué admite esta variedad en esta afeccion, la desconoce en las otras enfermedades? ¿porqué no aplica la misma teoría á sus eternas irritaciones, y niega que ellas sean el efecto de una modificacion comunicada á los sólidos por la accion de los fluidos?

Hay sin embargo circunstancias (y Mr. Broussais no puede dudarlas) en las que la gangrena se declara espontáneamente, sin causa aparente, y sin fiebre; hay otras en las que se presenta en consecuencia de una fiebre, ó de una inflamacion primitiva. Mas su

invasion sigue algunas veces tan de cerca á estas afecciones morbosas, que se podria creer que estas fiebres ó estas inflamaciones no serian en sí mismas mas que el efecto de una disposicion gangrenosa preexistente. Las dos observaciones siguientes ofrecerán ejemplo de ello.

Madama Lagarde, de edad de sesenta y cuatro años, acababa de padecer una pleuresia, de la que se hallaba perfectamente restablecida. Habria cosa de dos meses que habia vuelto á sus ocupaciones, cuando sintió un dolor espontáneo pero excesivo en el pie izquierdo, el que se hacia mas insoportable en el dedo grueso del dicho. Habiendose graduado excesivamente el dolor tuvo que abandonar el campo que era donde se hallaba y volvió á Versailles á casa de su hijo. Pasé á verla, en el instante, y encontré á esta Señora en la cama atormentada del dolor; pero la cara, la lengua, y el pulso se hallaban en un estado natural. Examiné el pie enfermo, y no encontrando cosa alguna que pudiese llamar mi atencion, me presumí que dicha señora, naturalmente impaciente, exageraba mucho su mal. Reduje el tratamiento á la aplicacion de doce sanguijuelas en el pie seguidas de las cataplasmas emolientes. A la mañana siguiente el dolor era mas violento, y no habia cambio alguno en la parte; en la tarde apliqué otras doce sanguijuelas; aumentó el dolor é hice uso de las fumigaciones, y de las cataplasmas dulcificantes. Queriendo probar, si, como dice Mr. Broussais, las sanguijuelas multiplicadas quitaban el mal, hice aplicar otras veinte y cuatro, que repetí al poco tiempo, pero todo sin suceso. El dolor se hizo atroz, y me pareció observar en el dedo gordo un ligero color obscuro. Continué, sin embargo, los emolientes, pero pareciéndome el pulso siempre igual, y no observando desarreglo alguno sensible en las demas funciones, me tranquilizé. Mas en medio de todo esto el color obscuro aumentó insensiblemente, se extendió sobre todos los dedos, abanzó al talon, subió á los maleolos, cambió por fin en negro, y se anunció una

gangrena inminente. Apenas cambié el tratamiento cuando se propagó al otro pie la enfermedad; siguió en él la misma marcha, y la gangrena ocupó los dos pies al mismo tiempo. El pulso que no presentaba mas que una ligera debilidad, se abatió mucho, la debilidad se hizo extrema, y general, y apesar de los anti-sépticos mas enérgicos, la gangrena ocupó sucesivamente las dos piernas, subió á los muslos y la enferma murió en medio de las angustias mas insoportables con una debilidad mas y mas pronunciada en los latidos del corazon, y de las artérias. Al instante de haber espirado, el cadáver se puso negro, lívido, y violado; la autopsia practicada con el mayor cuidado, no me presentó cosa alguna que pudiese ilustrarme acerca de la causa de esta afeccion; no encontré lesion alguna orgánica, ni vestigio de inflamacion.

Segunda observacion. Madama Senechal, frutera en Versailles, fué atacada improvisamente de una hinchazon flemonosa en el brazo derecho. Fuí llamado al segundo dia, y hallé el miembro con una fuerte hinchazon acompañada de calor, rubicundez, dolores violentos, calentura y de sed intensa. Mandé aplicar veinte y cuatro sanguijuelas sobre el brazo y la sometí á las bebidas asiduladas, usando por tópicos las aplicaciones emolientes; las sanguijuelas hicieron una abundante evacuacion, pero habiendo aumentado el dolor, y héchose intensa la rubicundez prescribí otras veinte y cuatro sanguijuelas. Todos los fenómenos se agravaron, los piquetes de las sanguijuelas se pusieron negros, la gangrena se manifestó en el mismo sitio, extendiéndose en poco tiempo á todo el miembro. El peligro de la enferma se hizo inminente; se declararon los síntomas adinámicos, se perturbó el cerebro, se hizo continuo el delirio, la postracion se generalizó, y la muerte parecia asechar á aquella víctima. Las evacuaciones y los estimulantes, la quina en pólv, en locion; el carbon molido como tópico, el emético, y la limonada nítrica por bebida, fueron los medios que empleé con suceso. El brazo habia adquirido el grosor

de un robusto muslo, se levantaron enormes escaras cuyas caídas dejaron al descubierto los huesos de la extremidad enferma, con especialidad la articulacion del codo que toda quedó desnuda. No reservó esta terrible enfermedad aponeurose, ni nervios; todos los tegidos fueron asaltados. Apesar de este triste cuadro la fiebre adinámica se terminó á los cuarenta y cinco dias; despues de la caída de las escaras, volvieron las carnes á tomar su color vermejo, los bordes de los tegumentos se aproximaron y cicatrizaron; el miembro volvió á su estado natural, y al presente no se notan mas que cicatrices extensas, pero sin estar defectuosas, ni capaces de anunciar que son la reliquia de una enfermedad tan terrible de que creo no haya escapado otra persona.

Estas dos observaciones, aunque diferentes en su principio, en sus fenómenos, y en su terminacion, son el resultado de una diatesis gangrenosa general de los fluidos que han extendido su reaccion á los sólidos. La primera nos presenta el egeemplo de una afeccion gangrenosa sin inflamacion ni fiebre, y sin cambio aparente en las funciones. Si se ha de calificar de irritacion esta enfermedad, es preciso distinguir diversas especies de irritaciones, por que no tiene aire alguno de semejanza con la de la segunda observacion que pareció ser el producto de una violenta inflamacion. De cualquier modo que se miren, estas dos afecciones conocian por causa primitiva la modificacion morbosa de los fluidos. La segunda observacion presenta de particular que la gangrena ha precedido á la fiebre, pues en las fiebres adinámicas complicadas con gangrena esta se manifiesta en el curso de la fiebre. A pesar de la asercion de Mr. Broussais, no puedo admitir con él, que la historia de la gangrena se halle ilustrada por la de las irritaciones; por que ante todas cosas sería necesario definir la esencia de estas últimas, y yo no creo que este médico se encuentre en el camino de llegar á este fin. Asi pues concluyo que la gangrena no es mas que un efecto morboso producido por un vicio

de la sangre y de los humores cuyo efecto se propaga á los sólidos. Lo mismo sucede en cualquiera otra afección morbosa; y enjuiciando de este modo, encontraremos en estas diversas modificaciones de que es susceptible la sangre, la causa de los cáncros, de la tisis pulmonal, de la elefantiasis, del raquitismo, del escorbuto, de los herpes, de la sífilis, de las escrófulas, de las hidropesías en general, del endurecimiento en particular del tegido celular de los recién nacidos, de su ictericia, de las lesiones orgánicas del cerebro, del útero, del conducto alimenticio, del bazo, del pulmón, y de la diabetes, que según Mr. Broussais no son mas que el resultado de las flegmías agudas ó crónicas, de las gastro-enteritis, duodenitis, colitis ect. Para convencernos usa Mr. Broussais, con sus adversarios una lógica plausible, llena de política, y sobre todo de modestia. He aquí un bosquejo: «Por último, dice Mr. Broussais (*Examen*, pág. 639) el profesor de París (Mr. Pinel) no es el único escritor de «nuestro siglo que está siempre anunciando lo que va «á hacer, y nunca llega el caso de hacerlo; este es «un género que está de moda, y que ha adquirido «mucha fama.»

(¡Oíd!) «El hombre fuerte obra sin prevenir, ó «se contenta cuando menos con una simple advertencia; pero el hombre débil, el charlatan, á cada paso repite que va á indagar, á profundizar, para enseñar alguna cosa, pero no le faltan razones despues «para dispensarse de cumplir lo ofrecido. No bien acaba de anunciar lo que debe hacer, cuando concluye su trabajo; el resto de su libro no se compone «mas que de anuncios, pareciéndose en esto á la tábla ordinaria de los capítulos; el vulgo repite á porfía las palabras que proclamaban lo que debia hacer nuestro hombre, y pasa este por haber ejecutado lo que no ha hecho mas que ofrecer.»

Mas arriba pág. 630 pregunta, dice (Mr. Pinel), ¿qué pruebas hay para creer que en una masa desorganizada, como un cirro, un cáncer, haya empezado

el mal por una lesion de los linfáticos?... «Extraño
«mucho, responde Mr. Broussais, que quien haya lei-
«do lo que he escrito sobre este particular, pueda ha-
«cer objeciones de esta categoría. Sospecho que Mr.
«Pinel ó no ha leído mi obra, ó lo ha hecho en un
«rpto de impaciencia, y con distraccion; de modo que
«no se ha hecho cargo de los hechos que he citado
«dignos de meditar, y de que los rectifique. Esto es
«tanto mas probable, cuanto que se nota un rasgo de
«disgusto, y una afectacion de desprecio, en todo lo
«que este autor ha escrito alusivo á la medicina fisio-
«lógica.»

Tras esta modesta salva, sobre la que omito hacer
reflecciones, continúa su discurso Mr. Broussais, y pa-
ra distinguirse de Mr. Pinel, á quien acusa de no ha-
ber dado una definicion de la fiebre, nos da una de
su cuño. Veámos si es exacta, y si corresponde á lo
que nos hace esperar su tono dogmático.

«Si se ha leído con reflexion, dice este médico,
«lo que he dicho en el curso de esta obra (*Examen*)
«se habrá deducido por precision que la fiebre no
«es otra cosa mas que una aceleracion en el curso
«de la sangre, producida por la vivacidad de las con-
«tracciones del corazon, con aumento de calorifica-
«cion, y una lesion de las principales funciones. Es-
«te estado de la economía depende siempre de una
«irritacion local.»

Pregunto á Mr. Broussais ¿cuál es la causa de la
aceleracion de las contracciones del corazon, de la
sangre, y de los otros fenómenos que cita como cons-
tituyentes de la fiebre propiamente dicha? por que
es preciso convenir en que estos fenómenos no son
mas que efectos de una causa que los determina. ¿Quien
puede, en efecto, escitar las contracciones del corazon,
si no es la sangre? ¿No es, por ventura, este fluido el
que, irritando este órgano le obliga á contraerse con
mas frecuencia? De esta contraccion contra natural
resulta la aceleracion de su curso, y el exceso de ca-
lorificacion, porque segun las leyes físicas, todo movi-

miento acelerado, y toda frotacion violenta determina siempre un desenvolvimiento de calórico proporcionado á sus fuerzas. Esto sin embargo no es siempre constante en fisiología, ni en el estado patológico; porque muchas veces hay en la economía desenvolvimiento de calórico, sin aceleracion sensible del curso de la sangre.

Luego residiendo en la sangre la causa de la fiebre se le definirá mejor: modificacion morbosa actuada en la sangre, y en los fluidos, la que determina la contraccion contra-natural del corazon, y del sistema vascular de sangre roja, seguida de un aumento de calórico mas ó menos fuerte, precedida casi siempre de calos-frios, y que se termina muchas veces por sudores generales, ó parciales, y algunas veces sin estos últimos fenómenos.

Estas modificaciones de la sangre y de los fluidos son determinadas por una multitud de causas remotas. Así el aire, los alimentos, y las bebidas impregnados de míasmas excitantes ó debilitantes producirán efectos de la misma índole.

Será infructuoso que nieguen estos efectos: cada dia los confirmará la experiencia. Hippocrates los ha señalado en su *Tratado de aire, de aguas, y de lugares*; y su doctrina prevalecerá sobre la de Mr. Broussais apesar del menosprecio que este afecta hácia aquel gran hombre. Bichat tambien ha dicho que se pueden producir enfermedades facticias introduciendo en la sangre sustancias deletéreas que comuniquen á este fluido sus virtudes; tambien, agrega, que exponiendo á los animales á la accion de los míasmas pútridos ó irritantes, se desenvuelven en ellos fenómenos análogos á los principios morbosos á que han sido expuestos.

Mr. Broussais ha formado la base de su teoria acogiéndose á las ideas de Boërhaave, y de Baglivio sobre la naturaleza inflamatoria de las fiebres, y sobre su sitio en el canal intestinal. Pero pregunto ¿si apesar de la autoridad de Boërhaave, y del escudo con

que la ha cubierto su nombre, ha destruido el tiempo su sistema, podrá esperar Mr. Broussais que el suyo tenga mejor suerte?

No entra en mi plan el examinar las razones que dé este médico para apoyar su opinion acerca de los tres primeros órdenes de fiebres. Me limitaré únicamente á las fiebres adinámica y atágica, al tifo; trataré, como lo he hecho hasta el presente, de batir á Mr. Broussais con sus propias armas; y citando sus propias expresiones haré ver lo incierto y bago de ellas. «La fiebre adinámica, dice este autor, ó pútrida de los «antiguos, y asténica de Brown, nos presenta un grupo de síntomas que tiene por base la debilidad de «las funciones intelectuales y sensitivas, como igualmente la de los músculos de la locomocion, reuni- «das una y otra á un estado febril. Como quiera que «á dicha fiebre se juntaba por lo ordinario la fetidez «de las secreciones, y como por otro sí, despues de «la muerte se actuaba con rapidez la descomposicion, «se le asignó por causa la putridez de los humores; «esto es, que los efectos de la enfermedad, se trans- «formaron, en este caso como en todos los demas de «las pretendidas fiebres esenciales, en otras tantas causas.»

Todos los síntomas que se notan en las fiebres pútridas les son particulares; es así que esta afeccion es muy distinta de cualquiera otra fiebre; luego indiscretamente se le quiere parangonar con una fiebre biliosa, mucosa, ó inflamatoria, ó no hacer de ellas mas que una modificacion ó un grado de inflamacion. Es querer abusar de la credulidad, ó indiferencia de ciertos médicos, el decir que se mire la postracion general como causa, cuando este fenómeno, como todos los demas que acompañan á esta fiebre, nunca se han designado sino como efectos y síntomas que se presentan con mas frecuencia en esta fiebre, que en alguna de las otras, cuya causa reside esencialmente en el vicio de los fluidos y de los humores, cuyo estado se demarca por el hedor, y fetidez de las excrecio-

nes, por el color verde y negrusco de la sangre, y por la pronta descomposicion que se observa en la que se saca en las sangrias «En este estado de cosas aparece Brown, continúa Mr. Broussais, y fijando exclusivamente su atencion sobre la debilidad de los músculos, la considera generalizada á todos los tegidos vivientes, y forma de ella el caracter fundamental de la enfermedad. Pero Mr. Pinel, que para la creacion de estas tres entidades morbosas esenciales, se habia propuesto consolidar el solidismo con las teorías humorales, se precipitó de golpe en el solidismo puro constituyéndose el discípulo de Brown. Se desentiende ya de colocar la enfermedad en un sitio dado; la generaliza á imitacion de su maestro, y proclama que la languidez de las fuerzas vitales constituye el caracter de esta fiebre, que llama adinámica, nombre cuyo sentido y etimología son en un todo análogos á la voz asténica.»

Para proceder con acierto, y poder designar una enfermedad, es necesario, de autemano, conocer bien sus síntomas. Habiendo observado los médicos la tendencia de los humores á la descomposicion, como igualmente la prontitud con que se corrompian la sangre y demas humores despues de la muerte, creyeron encontrar en esto un carácter nada equívoco de la putridez, y designaron esta fiebre bajo el nombre de putrida; pero no siendo debida esta tendencia á la putridez, mas que á la falta de integridad vital en la sangre y en los flúidos, deben los sólidos recibir una impresion deletérea transmitida por los fluidos preternaturalizados: lo que acarrea una debilidad extrema, por la falta de equilibrio en la distribucion de las propiedades vitales que reparte la sangre, á todos los órganos, en el estado de salud. Observando Mr. Pinel que esta debilidad acompañaba particularmente á esta fiebre, creyó oportuno, para designarla, adoptar la palabra adinamica; ó lo que es lo mismo enfermedad en la que la postracion se demarca mas completamente que en las demas fiebres. Pero de aquí no se si-

gue que Mr. Pinel haya pretendido nunca que dicha debilidad fuese la causa de esta afeccion, antes por el contrario, la ha considerado como un síntoma cuya causa reside en la afeccion morbosa de la sangre, la que extiende su influencia en toda nuestra economía. «Se «ha engañado el nosografo, continúa Mr. Broussais. «La expresion que usa de fiebre adinamica envuelve «una contradiccion; porque la adinamia en este caso «no es como él la entiende. Voy á probarlo.

«Principio estableciendo que Mr. Pinel atribuye la «fiebre adinamica á la disminucion general ó univ- «sal de las fuerzas conservadoras de la vida, esta es «genuinamente su idéa, y acredita en ella que abraza «los principios del reformador Escoses. Raciocinemos «segun estas bases.»

No hay duda de que la fiebre adinamica presenta la apariencia de la disminucion general de las propiedades vitales de toda nuestra economía, pero es un efecto de la degeneracion de los fluidos, como lo tengo dicho; y Mr. Pinel no la ha considerado de otro modo, y si solo, ya que me veo obligado á repetirlo, como existiendo mas particularmente en esta fiebre que en las otras.

«Si la voz fiebre, se deriva de *fervere*, debe pre- «cisamente expresar la exaltacion del calor animal, que «coincide con la aceleracion del curso de la sangre «dependiente de los movimientos mas acelerados del «corazon, y de los capilares sanguíneos. Esta precipi- «tacion, por sí misma, supone la influencia de algu- «nos estimulantes; esta exaltacion de los movimientos «orgánicos no puede verificarse sin que se exalten las «propiedades vitales: luego si la fuerza vital se mide «únicamente por el estado de sus propiedades, como «nadie puede dudar, es claro que exaltándolas estos «agentes elevarán la fuerza vital aun grado superior «al que tenian antes de su accion.»

Si la palabra *fervere* de donde se deriva la voz fiebre puede expresar un mayor desprendimiento del calor animal, está muy lejos de suponer una exalta-

cion de todas las propiedades vitales. En efecto para que nuestras funciones se egecuten con regularidad, se necesita un grado de calor previsto y calculado por la naturaleza. En el instante de verificarse un desarreglo cualquiera en nuestras funciones, el aumento de calórico anuncia una falta de equilibrio en la distribucion de las propiedades vitales; luego una falta de equilibrio tal, no puede considerarse como un exceso en esta distribucion general; luego la palabra *fervere* sirve muy cómodamente para designar lo que sucede en este momento, esto es, una fermentacion, un aumento de calor contra-natural, originado de una falta de fuerza vital, y la tendencia á la descomposicion de los fluidos. Conforme á lo que dejo dicho, este desenvolvimiento de calor no es siempre debido á la aceleracion del movimiento que experimenta la sangre en consecuencia de las contracciones desordenadas del corazon, puesto que se dan circunstancias en las que en medio del mayor desórden, no se aumenta el calor, mientras que se encuentra excesivo sin que se hallen exaltadas las contracciones del pulso. Luego el desenvolvimiento del calor no se debe únicamente á la aceleracion del curso de la sangre, sino á un desórden muchas veces imperceptible de la circulacion, hijo de una modificacion de los fluidos. Tambien se observa, en las fiebres en cuestion, un pulso á veces pequeño, profundo, desarreglado, miserable, sin aceleracion sensible. De que se note en un enfermo un calor acre mordicante al tacto, no se puede concluir que se encuentre en una exaltacion vital, pues en este caso nos veriamos precisados á decir que tenian un exceso de vida muchos individuos próximos á la muerte en quienes se encuentran casi apagadas todas las facultades. Es innegable que puede haber exceso de calor en una enfermedad sin que podamos reputarlo por una energía exedente: la fiebre héctica lenta, por ejemplo, la tisis, las escrófulas, y el mismo escorbuto, presentan muchas veces un desenvolvimiento de calor contra natural, y por cierto que estas enferme-

dades no son debidas á un incremento de las propiedades vitales. Siendo asi que la experiencia nos prueba todos los dias que puede haber en aquellas un estado general de debilidad con un desenvolvimiento mayor de calor, no veo á que se dirija el juicio de Mr. Broussais, que no puede ilustrarnos en manera alguna sobre la causa, naturaleza, ni efectos de la fiebre adinamica ó pútrida.

«Ahora bien, continúa Mr. Broussais, como la calentura supone una exaltacion de las fuerzas de la vida, hay una contradiccion manifesta en decir, que la calentura es el efecto y el testimonio de la languidez de estas mismas fuerzas. Por consiguiente la expresion de calentura adinamica y pútrida producida y sostenida por la debilidad de las fuerzas, encierra una idéa falsa y debe desecharse.

«La adinamia no es como la entiende Mr. Pinel. Esto es incontestable, pues que él supone una disminucion general de las fuerzas que forma la esencia de la enfermedad, interin que esta disminucion es aquí solo el resultado de una inflamacion de la mucosa gastro-intestinal, como lo he probado excesivamente en la refutacion del brownianismo y en otras partes.»

Hallándose confirmado que la fiebre en lugar de consistir en una exaltacion de las fuerzas vitales depende precisamente de lo contrario, es querer disputar sobre palabras el tener semejante language, y por último como es imposible admitir como causa las pretendidas inflamaciones de Mr. Broussais, apesar de la superabundancia de sus pruebas, persisto no con menos vigor, en sostener que la falta de equilibrio en la distribucion de las fuerzas vitales, por la mala cualidad de la sangre y de los fluidos, debe producir una debilidad mas bien que un exceso vital en los sólidos que están sometidos á la influencia de esta distribucion; y que por consiguiente el sistema de Mr. Broussais ofende á las reglas del buen sentido y de la razon.

«Con todo, dice este profesor, los médicos de todas las edades han admitido una calentura, en la que predomina la debilidad; y mucho antes de Brown, los mismos autores que la llamaban pútrida, nos habían dado la postración de las fuerzas y el estupor, como los signos característicos de esta especie de calentura.

«Nada hay mas cierto.»

Aunque los médicos de todos tiempos han admitido los síntomas de postración como dominantes en esta calentura, no han dicho, sin embargo, de que tales síntomas fuesen la causa de ella; antes bien los han considerado como efectos que constantemente la acompañaban. Después de ellos la experiencia nos ha confirmado su opinión; y no sé porque quiera Mr. Broussais ver en ellos un exceso de vida en lugar de un exceso de debilidad, ni menos porque pretenda que lo creamos bajo su palabra. Para lograr este fin se necesitan pruebas mas fuertes, y convincentes que su asercion.

«Pero esto solo prueba, continúa Mr. Broussais, que el nosógrafo ha participado de su error que consiste en tomar una de las graduaciones de la enfermedad por la enfermedad misma. Se observa en efecto con mucha frecuencia, que la graduación llamada *calentura inflamatoria* principia la escena; que la *biliosa* prolonga la acción, y que la *adinámica* ó *pútrida* no es otra cosa que el desenlace de la tragedia” (Aquí se separa el autor de su objeto para abor-
tar invectivas contra Mr. Pinel, y repetir lo que ha dicho cien veces. (*¡Tantaene animi coelestibus irae!*)

Mr. Broussais que aspira al epíteto de nuevo reformador, tiene cuidado de callar que lo que avanza en este párrafo es debido en su totalidad á Boërhaave. Debe efectivamente esta idea madre á dicho médico, cuyo renombre ha durado mas tiempo que su sistema. Bajo cualquier aspecto que quiera mirarse la cuestion, si la fiebre adinámica no fuese verdaderamente mas que una graduación de la enferme-

dad, esta graduacion sería siempre exactamente la misma, en lugar de variar sin cesar; pero por el contrario, la calentura pútrida sigue siempre la misma marcha en su principio: nunca deja de presentar síntomas inflamatorios. Muchas veces se declara espontánea y francamente, sin síntomas mixtos, so pena de suponer que el estado de sanidad que le precede era ya una graduacion de la enfermedad, lo que sería ridículo pensar. Efectivamente, á ocasiones se presentan síntomas mucosos, biliosos ya en el principio, ya en el curso de la enfermedad; pero este estado depende de la diferencia de los temperamentos, sin ser mas que complicaciones independientes de la enfermedad principal, las que de ningún modo pueden probar la asercion de Mr. Broussais; por que se pueden hacer desaparecer estas especies de complicaciones, sin que se destruya por esto la enfermedad principal.

«Los defensores de Mr. Pinel, han designado el aparato muscular como el sitio de la cuarta calentura de que hemos tratado. Ahora les preguntaré, si colocan en él una irritacion ó una astenia: en el primer caso no se podrá concebir porque los signos de la inflamacion durante la vida y los vestigios de este estado despues de la muerte se encuentran en el canal digestivo y nó en los músculos.»

Esto no es mas que una cuestion fútil, por que nadie ha fijado positivamente el sitio de la adinamica en los músculos; si solo se ha reconocido una grande debilidad de los órganos locomotores: y si no se ha olvidado lo que dije mas arriba, se reconocerá la causa de esta debilidad en la influencia deletérea de los fluidos sobre los sólidos; por consiguiente lo que dice Mr. Broussais es un subterfugio. Es muy difícil averiguar por qué hace la pregunta de si es una irritacion ó una astenia; que consulte sin parcialidad la naturaleza de la enfermedad, y se convencerá de que muchas veces la opresion de fuerzas no es debida mas que á una grande debilidad; y si por último quisiera proceder de buena fe se convencería de

que los síntomas de inflamacion en la vida, cuyo sitio sostiene que es el estómago, no existen mas que en su imaginacion, y que los vestigios que dice haber encontrado despues de la muerte, son una prueba de que los fenómenos eran el resultado y nó la causa de la enfermedad; y finalmente aunque afirma que la inflamacion reside siempre en el canal digestivo exclusivamente, sabe tambien, cuando puede serle de alguna utilidad á su sistema, transferirla al aparato muscular, como lo dice en la siguiente frase.

«En el segundo caso me permitirán pregúnte (continúa) ¿en qué se diferencia esta astenia de la parálisis que todo el mundo reconoce por un estado adinamico? No obstante como no se puede hacer que no exista la gastro-enteritis en esta calentura, que no es esencial, sería tambien necesario que se decidiese si esta inflamacion es efecto de la debilidad muscular.»

Muy seguro está él de que existe esta astenia y de que difiere de la parálisis, por que hay asténias é irritaciones de muchas especies que estan demarcadas por síntomas que les son particulares. Asi la parálisis difiere de esta astenia, en que tiene una causa diferente, en que no ofrece una apariencia de putridez en los humores, en que no hay en ella solamente debilidad, sino tambien privacion de una parte de las fuerzas vitales necesarias á la sensibilidad nerviosa, y á los movimientos musculares, y en que por esto mismo hay una pérdida absoluta en esta parte de la sensibilidad y del movimiento: lo que dá fundado motivo para creer que la causa de la parálisis reside especialmente en los dos sistemas, aunque se halle realmente en la sangre, cuya influencia reciben. Difiere á mas la parálisis de la fiebre adinamica, en que en esta última enfermedad se hallan interrumpidas todas las funciones nutritivas y asimilativas, y en que esta enfermedad produce desórdenes generales, mientras que en la parálisis se egecutan estas por decir así, como en el estado de salud; en que las mas veces sus

fenómenos no se manifiestan mas que sobre una ó muchas partes á la vez, mientras que las otras gozan siempre de sus facultades; y por último, en que una parálisis puede durar años enteros, ínterin que es imposible que una calentura pútrida pase de un período de mas de cuarenta á sesenta dias, sin que termine por la muerte si no sobreviene alivio alguno. Queda pues bastante demostrado que estas dos asténias no tienen semejanza alguna entre sí. No costará mucho á Mr. Broussais el mirar á la parálisis como un exceso vital, puesto, que forma de la apoplegia una entidad causada, dice, por el exceso de las propiedades vitales, ó la mayor excitacion del cerebro. Creo que no está muy distante de mirar como causa de la fiebre adinamica, una inflamacion producida por una debilidad muscular, admitiendo por consiguiente exceso de vida por falta de fuerzas vitales. ¡Qué lastimoso raciocinio!

„Pero hablemos sin ironia (exclama) la importancia „de la cuestion, y el interes que toman en ella todos „los sábios de Europa nos imponen en el deber de tratarla con la mayor detencion y severidad posible.

„He dicho en mil lugares que en las enfermedades „de que se trata, depende la debilidad de la inflamacion de la superficie interna de los órganos digestivos. Este es un hecho cuya certeza puede adquirir „todo el mundo tomando estas enfermedades desde el „principio, porque se hace entónces desaparecer, ó volver esta debilidad á nuestro arbitrio calmando, ó exasperando la irritabilidad de la membrana, que preside á la digestion, y por cuanto en los casos mortales hay seguridad de encontrar en ella los vestigios „de la flegmasía.

„¿Como pues se ha podido delirar á términos de „atribuir la debilidad muscular de el estado febril al „apuro general de la economia? porque se ha apreciado mal el valor de los sistemas morbíficos en general, y por que se han agrupado estos arbitrariamente para formar las enfermedades.”

A pesar del aserto de Mr. Broussais, es muy raro encontrar vestigios de inflamacion despues de la muerte en los que han perecido de esta enfermedad, siendo asi que deberian encontrarse siempre si la inflamacion fuera su causa; solo este médico y sus partidarios tentarán sostener esto. Aun dado caso de que existiesen estas flegmasías, no serian otra cosa mas que un efecto de la enfermedad, del mismo modo que la debilidad muscular.

¿Como se atreve Mr. Broussais, á intentar hacernos creer, y á repetir sin término, que la inflamacion es un exceso vital que determina un exceso contrario; y que la debilidad muscular es el producto de la energia vital del estómago? Esto consiste en que él mismo es quien aprecia mal el valor de los síntomas morbíficos en general, y en que los agrupa arbitrariamente, valiéndome de su propia expresion, para formar de ellos enfermedades arbitrarias, cuya existencia suele confirmar su propia asercion. ¿Creerá acaso que podrá imponernos el tono decisivo y mordaz que usa? Se engaña si así lo cree: y sepa que no nos convencerá en tanto que la experiencia no confirme con los hechos lo que él avanza gratuitamente. „Para hacernos „comprender bien (continúa) es preciso partir del „punto en que hemos dejado las tres primeras calenturas: que se dice son esenciales, porque por una „de ellas empieza comunmente la que en el dia se „llama calentura adinamica.

„Se recordará que segun el nosógrafo la angioténica simple no es mortal. Pues bien, casi lo mismo „dice de la gástrica y de la mucosa. Estas tres calenturas tienen una tendencia á terminar por la salud, „y no se separan de ella sino por su degeneracion en „una enfermedad mas grave, y sobre todo por su paso á la calentura adinamica. Esta es absolutamente „la idéa de Hildebrand y de todos los que admiten un „período inflamatorio, que precede necesariamente á „otro período que unos llaman nervioso y otros asténico, y en último analisis todo esto procede del sis-

„tema de Brown que hace degenerar sus pirexias en „calenturas produciendo la astenia indirecta á fuerza „de excitacion.

„Segun estas teorías, la calentura adinamica raras „veces tendría el primer período que le pertenece en „propiedad: se pareceria al dragon de muchas cabe- „zas y de una sola cola del buen *La Fontaine*; y estas „cabezas monstruosas se encontrarian no solamente en „las tres calenturas referidas, sino tambien en las infla- „maciones de todas las visceras, pues que ninguna hay „segun las mismas autoridades, que no pueda termi- „narse por una calentura adinamica, asténica, pútrida, „tifoidea ect. ¿Quién no conoce en esta teoría los efec- „tos de la realizacion y de la transformacion de los „grupos de síntomas, que se encuentran en conse- „cuencia de casi todos los estados febriles en una en- „fermedad particular; ó en otros términos la antolo- „gía médica?”

Es un hecho constante y averiguado, que empie- za muchas veces una enfermedad por un carácter en- teramente opuesto al que toma en seguida; y esto sucederá con tanta mas frecuencia si se adopta el sis- tema de Mr. Broussais. Sacando sangre á troche mo- che en una fiebre biliosa, se provocará la reabsorcion á la sangre del humor que causa la enfermedad; este fluido, modificado de este modo, imprimirá á los sis- temas una nueva modificacion morbosa, y hará dege- nerar la calentura biliosa en otra mucho mas grave.

Tambien es constante el que existe una multitud de síntomas que son comunes á todas las fiebres, y que se encuentran aun en las mismas inflamaciones; pero un maduro examen hará distinguir con facilidad los que caracterizan una peritonitis de los que perte- necen á una pleuresia; los de una calentura biliosa de aquellos que son propios a una adinamica, y aun la misma gastro-enteritis de Mr. Broussais que tiene ca- ractéres específicos. Así es que los síntomas que se llaman gástricos, ó biliosos dan á conocer una irrita- cion de la mucosa del estómago, causada por la bí-

lis, cuya evacuacion á beneficio de un emético restablece instantáneamente la salud. Sucederá lo mismo con las mucosas, y las adinamicas, en las que la permanencia de los humores acres y degenerados en los intestinos ocasiona irritaciones no inflamatorias, que no son excesos de vida, y que exasperan las evacuaciones sanguineas, facilitando la reabsorcion de estos humores á la sangre.

Luego con razon se ha dicho que las diversas enfermedades pueden degenerar ó complicarse muy distintamente las unas con las otras; pudiéndose afirmar esta verdad sin temor de hacer falsas abstracciones, mientras que la gastro-enteritis de Mr. Broussais no puede demostrarse con evidencia, por cuanto es cierto que no existe en la mayor parte de los casos en que le hace Mr. Broussais representar un papel tan importante.

Luego existen las diversas calenturas, y existen siempre, apesar de la asercion de este médico, porque él no se encuentra capaz de demostrar lo contrario. El que por su debilidad se deje dominar de su sistema, y adopte el mismo tratamiento para cada una de ellas, facilitará el cambio de una en otra, y hará nacer abstracciones morbosas que no quiere reconocer este médico; y si apesar de todo se obstina en ver la cosa de este modo, precipitado en un camino falso causará la muerte de sus enfermos.

„Los médicos, agrega Mr. Broussais, han reunido
 „ todos los fenómenos de la debilidad para hacer de
 „ ellos un grupo, una abstraccion que han llamado ca-
 „ lentura adinamica ó asténica; pero este grupo se pre-
 „ senta lo mas ordinariamente en consecuencia de otros
 „ que les recuerdan las calenturas inflamatorias, bilio-
 „ sas, mucosas, la perineumonia, ó cualquiera otra in-
 „ flamacion vehemente. Esta asociacion habria podido
 „ embarazarlos; pero han salido de la dificultad acor-
 „ dándose de que existen casos, aunque en muy
 „ corto número, en los que el grupo adinamico no
 „ es precedido de otro; y que los hay tambien en

„los que los grupos llamados calentura biliosa, pueril, monía, ect., no son seguidos del grupo adinámico.”

De que se miren como muy raras no se sigue que pueda negar Mr. Broussais que hay circunstancias en las que los fenómenos que constituyen lo que llama grupo adinámico se presentan solos, y espontáneamente. Esta confesion hecha por él debería dar á este grupo un asiento honorífico en el número de las enfermedades, pero apesar de esta escapadilla, pretende separarlo de este número para forjar de él una abstraccion imaginaria que no está fundada mas que sobre su propia autoridad, y que no tiene base sólida alguna que pueda hacerla admitir. Luego Mr. Broussais es el que se equivoca, y sus antagonistas los que tienen razon. Me parece tambien que hay error voluntario de su parte, en querer negar que puedan complicarse las enfermedades unas con otras. Si esto no fuese así ¿qué ventajas podria haber sacado Stoll del uso de los eméticos en las pneumonías complicadas con síntomas biliosos? Para llegar al conocimiento de toda especie de enfermedad, aun de la misma gastro-enteritis, es necesario representarse una série de síntomas de ella, y agruparlos; sin esto ni sabriamos definir las ni aun nombrarlas; y nos hallariamos por consiguiente en una imposibilidad absoluta de tratarlas convenientemente. Conozco no obstante, que no habiendo mas enfermedad que la gastro-enteritis, como quiere Mr. Broussais, es inutil este exámen para curarla. ¡Qué perfeccion para la ciencia!

Mr. Broussais continúa «Segun estas observaciones «han discurrido así: pues que puede existir sola la «calentura adinamica; esta es independiente de otras «calenturas, y de otras inflamaciones; y pues estas «pueden correr sus períodos sin mezcla de adinamia, «son esencialmente diferentes de esta última. La adinamica, las demas calenturas, y las flegmasías constituyen pues entidades diferentes, y que existen independientemente las unas de las otras. Asi cuando

«encontrémos un caso patológico que presente al principio uno de los grupos que hemos visto en las calenturas benignas, ó en las flegmasías, y algun tiempo despues el grupo que se ha presentado en la adinámica; dirémos que la calentura, y la flegmasía simples existian intencionalmente en la economía enferma, ó en la idea del principio vital, pero que han degenerado en una verdadera calentura adinámica.»

Preguntémos á los hechos, invoquémos nuestra propia observacion, agreguemos á su apoyo la experiencia de los otros, y nos convencerémos de la verdad de este último párrafo de Mr. Broussais que no es otra cosa mas que la opinion de sus adversarios. Compárese en seguida su propia teoría, y no podrá uno menos de mirarla con desagrado conociendo toda su absurdidad.

«Por ingeniosa que sea esta interpretacion, no ha sido, empero, bastante para satisfacer á todos los sábios. Os engañais, han contestado adversarios no menos sutiles; esta era una calentura adinamica que meditaba la naturaleza, pero que ha empezado con la engañosa máscara de otra calentura ó de una inflamacion. No os dejeis pues seducir por estas apariencias, por que no es una calentura simple ó una flegmasía que se revisten del caracter de la calentura adinámica: si no mas bien esta misma que toma por un momento los de aquellas enfermedades.»

¿Cuál será el médico que habiendo practicado su arte algunos años, no haya tenido ocasion de ver calenturas, que en apariencia benignas en el principio, han tomado de pronto un caracter peligroso: una enfermedad, que presentándose primero acompañada de fenómenos inflamatorios, beliosos, ó mucosos, cambia de repente, y sin apariencia de nueva causa ofrece los síntomas mas pronunciados de la adinamia? ¿Se podrá desconocer este cambio, y negar que sea debido á la influencia de los fluidos, que sufriendo un acrecentamiento de modificacion deletérea, impresionan

á los sólidos de un modo diferente, y desenvuelven nuevos fenómenos que dan origen á otra enfermedad? Nunca se podrá desconocer el caracter morbozo que ha dominado en el principio; y si continúan estos fenómenos á punto de no presentar mas que los síntomas propios á la adinamia, será preciso que el práctico fije su vista en esta afeccion. Lo mismo sucederá en cualquiera otra, pues que es cierto que pueden complicarse ó degenerar de una mas simple en otra mas grave, y que muchas veces en el curso de la una ó de la otra se presentan complicaciones que es necesario rebatir momentáneamente. Estas son verdades incontestables que, gracias á Mr. Broussais, no se reconocen ya, y que con gran perjuicio de los enfermos, procura destruir su sistema.

„¿Que dicen Vms. á esto? replican otros argumentistas. ¿Como se ha de concebir una calentura adinamica cuando no existe con todos sus períodos? „Tomad los síntomas por lo que son en sí, y nunca por lo que os parezca que deben ser: y repetid con nosotros que las enfermedades se componen de elementos. Ahora bien estos elementos son de diferente naturaleza: unos inflamatorios, otros biliosos, otros mucosos, tambien los hay catarrales, y reumáticos, como igualmente esténicos, asténicos, adinamicos, y atagicos. Observad pues las epidémias, y en ellas encontraréis la mezcla y combinacion de estos elementos en diferentes proporciones. Notad cual es el que se presenta mas frecuentemente, y entonces diréis que este predomina sobre los demas, que los tiene bajo su imperio, y que les imprime su caracter.»

„Aguardad, gritan otros dialécticos; vuestros elementos nada significan: todo esto no es otra cosa que estados de la economía enferma que se suceden con mas ó menos regularidad segun la influencia de las causas. Esto se aplica muy bien á la adinamia, que nunca se presenta, aunque os parezca así, sino en consecuencia de los síntomas inflamatorios, y que se observa tanto en las enfermedades apiréticas, como

«en las febriles. Confesad pues que no existe calentura adinamica, y contentáros con reconocer la existencia de un estado adinamico, que se asocia con todo género de afecciones.

«Ni unos ni otros teneis razon, responden los partidarios de la calentura adinamica pura. Repetimos que «esta enfermedad existe desde el principio hasta el fin «con todos sus períodos necesarios; si no la reconocéis bajo el velo inflamatorio, es porque no teneis el «arte de levantarlo. ¡Qué diferencia entre la rubicundez de la cara, el color de la lengua, el olor del «aliento, el calor de la piel, el estado del sistema muscular, y la pulsacion arterial de la calentura puramente angioténica, y del principio supuesto inflamatorio «de la adinamica! Nosotros sabemos distinguir todas «estas graduaciones delicadas: si no podeis llegar á «imitarnos inmolaréis numerosas víctimas.

«A qué se dirige todo este farrago sino á probarnos lo que es sabido de todos, esto es, que los médicos se separan muy poco los unos de los otros en sus opiniones? En efecto, los primeros tienen razón en decir que las enfermedades se componen de elementos que las caracterizan. ¿Quien puede negar la diferencia que hay del reumatismo á la gota, ni desconocer los fenómenos que distinguen á la calentura adinamica de estas dos afecciones? ¿Quien recusará, procediendo de buena fé, a los que diferencian esta calentura, de la que se llama biliosa? ¿No hace lo mismo Mr. Broussais? ¿No se vé precisado á admitir síntomas asténicos, que distingue de los que han llamado esténicos? Sus irritaciones, sin excesos de vida, su escorbuto por falta de nutricion, ¿no lo prueban? Pues si queremos convencernos mas, juntemos sus sub-inflamaciones, sus ab-inflamaciones, y sus sobre-irritaciones. Tambien es muy cierto que puede existir un estado adinamico sin calentura, como en el escorbuto. Pero viendo todos los dias este estado complicado con la calentura, ¿no deberémos formar de él una otra entidad?; porque en fin no hay duda que

son dos estados diferentes. La numerosa cantidad de enfermos victimas de la calentura adinamica, ó tifo, y de la peste, nos confirma demasiadamente la existencia de estas crúeles enfermedades.

«En vano los creadores de los estados adinamicos han pretendido que estas distinciones eran quiméricas; que el peligro de corregir la inflamacion en el principio de las calenturas era menor de lo que se creia, que para una práctica feliz bastaba no llevar al esceso la debilidad, lo que efectivamente podria engendrar un estado adinamico, pero jamas una calentura adinamica como se entiende en la Nosografía; apesar de todas estas buenas razones, los protectores de la calentura adinamica nada quieren ceder de sus pretenciones; y el que no proclame auténticamente la realidad de sus abstracciones es considerado como heresiárca en sus corrillos, y colocado en la clase de los médicos sistématicos.»

Este párrafo de Mr. Broussais, ¿no manifiesta que él mismo es el que opone verdaderas abstracciones á las realidades? porque ¿cómo es posible que se decida uno á combatir un principio inflamatorio, cuando fenómeno alguno manifiesta su existencia? ¿Con qué cara se atreverá a decir que para ser feliz en la práctica basta no llevar al esceso la debilidad para no engendrar con ella un estado adinámico? ¿Pero para qué provocar este estado, que uniéndose á la calentura puede desenvolver en toda su intensidad una enfermedad mortal que se habria podido evitar? Por que apesar de todos los racionios de Mr. Broussais, es necesario distinguir bien la adinamia con calentura de aquella que consiste en un simple estado de debilidad sin fiebre, y que pide un tratamiento diferente. En todos los casos, aun suponiendo que no haya mas que un estado adinamico, no se deben, por un tratamiento imprudente, debilitante, y perturbador, agotar mas las fuerzas del enfermo, y mucho menos cuando este estado se halla acompañado de calentura. El que pro-

fesa semejantes principios ¿no merece justamente el epíteto de sistemático?

«Sigámos el discurso de Mr. Broussais.

«En todas estas controversias jamas se trata del órgano cuya afeccion produce los síntomas adinamicos: «ni aun se tenia la idea de que pudiese descubrirse: «Se admitia como cosa incontestable que el estado «de la economía que lleva este nombre era una modificación general, y esta prevencion es efecto de una «sola palabra, del epíteto *esencial* asociado al sustantivo calentura. Pero ¿qué hay que admirar, que los «médicos hayan adoptado la idea de esencial para una «calentura que el nosógrafo no refiere á órgano alguno, cuando le han concedido que los que hace depender de las vias-gástricas son enfermedades igualmente generales y esenciales?»

Ya he dicho que esta idea de localidad de las afecciones no pertenecia á Mr. Broussais; que apesar del mérito de los inventores de esta teoría, no habia podido resistir á un examen severo, y que la experiencia le habia dado el lugar que merecia. ¿Tan presuntuoso será Mr. Broussais, que se habrá figurado poder sobrepajar á médicos, cuya colosal reputacion no ha podido evitar que sus sistemas caigan en el olvido?

Lo que puede concederse á los partidarios de la localidad de las afecciones, es que hallándose destinados los intestinos por la naturaleza á expeler los humores excrementicios, debe operarse sobre estos órganos un efecto particular que indica la presencia de dichos humores; en cuyo caso llega á restablecerse el equilibrio en los fluidos, dirigiendo sobre las paredes de aquellos, los ingestos necesarios para la expulsion de dichos humores. Porque aun cuando se desenvolviese la enfermedad sobre un órgano aislado, esto no se podria tener mas que por un efecto cuya causa solo podrá hallarse en la generalidad de nuestros fluidos. Para probarnos lo contrario, que nos asigne Mr. Broussais una causa á sus propias abstraccio-

nes; de otro modo no podrá convencernos nunca, y es de temer que murámos sin este convencimiento.

«No pudiendo los autores, continúa Mr. Broussais, «referir los fenómenos febriles á la afeccion de algun «órgano, han debido dividirlos, reunirlos y combinar- «los diversamente, para formar de ellos grupos que re- «cibieran los nombres de calentura biliosa, ó de infla- «matoria, y otras veces el de mucosa. Como estos «grupos se diferencian prodigiosamente segun la in- «fluencia de los remedios, y de los alimentos, y segun «la sensibilidad de los sugetos, cada médico los re- «conocerá diversamente combinados; pero como el que «está consagrado á la adinamia sucede con mucha fre- «cuencia á los otros, han debido disertar eternamen- «te para decidir cual de ellos era el que la naturale- «za habia tenido intencion de producir, y al que era «necesario dar mas consideracion en el nombre, y en «el tratamiento.

«Esto es lo que yo llamo *ontología*; es decir dis- «ertacion sobre seres abstractos, imaginarios, que nada «representan con precision.

El manifestarse los prácticos contrarios al sistema de Mr. Broussais, no admitiendo en las fiebres la lesion local de un órgano sin causa, consiste en que consideran por imposible, como en efecto lo es, el que se dé un efecto sin causa, y aun en caso de admitirse la inflamacion como la lesion local que determina la fiebre, siempre será esta misma el efecto de una causa primera. Pero esto es tanto mas difícil de admitir, cuanto que tal lesion local no existe, y la experiencia nos muestra todos los dias que esta pretendida lesion de Mr. Broussais no es mas que una pura invencion suya, en una palabra, una abstraccion imaginaria; y en esta íntima convencion, los médicos continuarán fijando su atencion sobre los fenómenos que la observacion les demuestra existir en ciertas enfermedades febriles. Lo cierto es que aproximando síntomas y agrupándolos contra la voluntad de Mr. Broussais, han formado sus adversarios entida-

des que le embarazan; pero han procedido con datos luminosos, y la felicidad con que han caminado en su práctica, confirma lo acertado de su modo de ver la cosa. ¿Quien puede ser mas ontologista que el Dr. Broussais? ¿Quien diserta mas vagamente que él, pues quiere probarnos la existencia de lo que no existe, y enseñarnos como cierta una doctrina abstracta, ininteligible, é inadmisibile?

„El mismo vicio que ha precedido á la formacion de los grupos de síntomas que forman en los autores las cuatro calenturas precedentes, los ha conducido á establecer una quinta, que tiene el nombre de *calentura maligna* entre los escritores de los dos últimos siglos, y de atágica en la Nosografia.

„Las descripciones que se nos dan de esta supuesta calentura esencial, ofrecen siempre los síntomas de la gastro-enterítis, y algunas veces los de otra flegmasía complicados con fenómenos nerviosos. Estos fenómenos son, un delirio extraordinario, convulsiones pasajeras ó permanentes en los músculos de relacion, alteraciones de las facultades sensitivas, un estado de vigilia con agitacion, ó un sueño mas ó menos profundo, espasmos y constricciones referidas á diferentes visceras. Estos desórdenes aparecen por lo comun inopinadamente, traen un gran peligro, y el enfermo es frecuentísimamente víctima en el momento en que los síntomas inspiraban esperanza y aun seguridad.”

Para fijar nuestras ideas de un modo propio á hacernos adoptar su sistema, debia Mr. Broussais, haber empezado su obra por darnos todos los síntomas característicos de su gastro-enterítis; dudo mucho que en el principio nos hubiese descrito los síntomas que refiere á la gastro-enterítis, cuya enumeracion hace aquí; porque no hay siquiera uno entre todos ellos que pudiera referirse á esta inflamacion. Pero admite, Mr. Broussais, en estos síntomas una complicacion nerviosa. Si es positiva esta complicacion, es preciso que reconozca fenómenos nerviosos particulares; luego la

afeccion no está limitada á un solo órgano; luego pueden encontrarse en ella muchos sistemas afectados diversamente, y dos enfermedades juntas. No puede menos que confesar esto. ¿Luego por qué no podrán presentarse los fenómenos de adinamia en otras circunstancias? En estos casos es donde ha sido pernicioso el error de Boërhaave, seguido por Mr. Broussais, que como aquel, lo refiere todo á las inflamaciones: siguiendo estas huellas, es como los Chirac y otros han cometido los mayores errores prodigando las emisiones sanguíneas; mientras que aquellos que echando aun lado la inflamacion, han mirado con preferencia el estado de debilidad en que se encontraban los enfermos, han conseguido las mayores ventajas con el uso de la quina y de los tónicos mas enérgicos.

Volvamos al discurso de Mr. Broussais. „Estos fenómenos se deben evidentemente á la irritacion predominante del sistema nervioso de relacion; y así algunos autores han tomado de aquí la ocasion de llamar *calenturas nerviosas* á los casos febriles en que se presentan. Con todo, la magnitud del peligro ha hecho prevalecer el epíteto de *malignas*, que no expresa mas que el terror de los médicos, y que por consiguiente no da idea alguna de su sitio. Mr. Pinel, á imitacion de Selle, ha preferido la denominacion de *atáxicas*, lo que significa calenturas irregulares, desordenadas, y engañosas. Esta nueva palabra supone que estos autores han tomado por prototipo del curso de las calenturas, el de las enfermedades que no ofrecen la misma irregularidad en su curso. No es pues mas apropiado que la anterior para designar el lugar enfermo.”

De todas cuantas denominaciones se han dado hasta el presente á esta fiebre, la menos oportuna es, sin contradiccion, la de gastro-enterítis. Siendo así que tiene su sitio en el sistema nervioso de relacion, no debe tenerlo en el estómago; y el nombre de fiebre nerviosa maligna le conviene con preferencia. Si, con la existencia de la gastro-enterítis, admite Mr. Brous-

sais una lesion nerviosa, no será entonces una enfermedad local, sino una afeccion complicada, como lo he dicho anteriormente. Es tocar en lo ridículo querer señalar, con un nombre que no designa el sitio ni la naturaleza de la enfermedad, una afeccion, que Mr. Broussais en el calor de la discusion, quiere, confundiénolo todo, hacer considerar como simple y afectando localmente un órgano. Lo repito: no hay enfermedad que ofrezca menos síntomas aplicables á la inflamacion del estómago, que la calentura maligna, y si este órgano llega á afectarse es solo consecutivamente á la afeccion primera del cerebro y de los nervios en quienes residen los desarreglos, que en sí mismos no son debidos mas que á la influencia de la sangre sobre estos sistemas. Ved aquí una enfermedad local que, segun la confesion involuntaria de Mr. Broussais, se hace complicada. ¡Cuántos errores de este género no lleva adelante presentándolos como cosas las mas probadas é incontravertibles! Con discursos de este jaez es como alucina á los tontos y quiere imponer á los hombres juiciosos.

«Reconvento justamente á los modernos, y especialmente á Mr. Pinel, de que formen sus enfermedades de colecciones de síntomas que no se refieren á nada fijo. Porqué en efecto ¿qué es una calentura esencial que solo tiene por base fenómenos nerviosos que pueden encontrarse en todos los estados febriles, y en todas las flegmasías de las visceras? Mas natural seria decir que pudiendo estos fenómenos coincidir con todos los estados febriles no constituyen por sí mismos una afeccion particular.»

Pocos médicos merecen mas que Mr. Broussais las reconvenciones que hace á Mr. Pinel: sus observaciones no están fundadas mas que sobre efectos que se ha empeñado en que se han de considerar como causas, y que no pertenecen en manera alguna á las gastro-enteritis. Sus partidarios imitan su ejemplo; de modo que si llegase á prevalecer su sistema no seria la medicina mas que una ciencia oscura.

Las enfermedades se presentan á nuestra observacion bajo dos aspectos diferentes, simples, ó complicadas; se dicen simples cuando los fenómenos que las acompañan son francos, que pueden hacernos determinar una afeccion precisa; así una peripneumonia, una pleuresía sin complicacion nos ofrecen egemplos de enfermedades, con afeccion de órganos, cuya causa reside casi siempre en la modificacion de los fluidos, de donde pasa la lesion á los sólidos. Pero si á estos fenómenos, propios á estas enfermedades, se junta la debilidad, si la lengua se pone parduzca, negra, los dientes y lábios fuliginosos, el aliento pestífero, y se abotaga el semblante poniéndose lívido; la sana razon nos indica entonces que hay una complicacion adinamica. Si se exasperan estos síntomas á punto de desnaturalizar la primera afeccion, y de no ofrecer mas que el peligro propio á esta calentura adinamica, obrará el práctico con tanta mas prudencia cuanto mas se apresura á fijar su atencion sobre esta última enfermedad. Seria un capricho reprehensible el no considerar mas que la afeccion primitiva, y hacer abstraccion de los nuevos síntomas abandonándolos á sí mismos; pero apesar de sus preceptos, los médicos fisiologistas se ven obligados á cada paso á separarse de ellos para emplear la quina.

Despues de haber combatido vanamente sus pretendidas inflamaciones, y de haber agravado la enfermedad determinando con su método una debilidad excesiva, se ve obligado á convenir en que una inflamacion se puede complicar con un estado adinamico, que debe caracterizarse por fiebre adinamica si se acompaña de síntomas febriles. En este caso la inflamacion solo será primitiva, pero sin dejar de ser un efecto, no de la fiebre, sino de la misma causa que ella; á la manera que cuando es primitiva la fiebre, no pueden mirarse mas que como secundarios ó efectos, los síntomas inflamatorios que sobrevengan en su curso.

Mr. Broussais que pretende darnos una alta idea de su superioridad, se cree semejante á un meteoro

luminoso que viene á iluminarnos por primera vez, disipando las tinieblas en que estabamos sumergidos. Nos dice: *Vide et crede*, pero como es imposible ver lo que no existe, pone á uno en la precision de creer ciegameute, todo aquello que la prevencion, y el deseo de dominar y de hacer prevaler un sistema descabellado ha inventado, so pena de pasar por ontologista.

En este concepto, colocado un médico á la cabecera del enfermo no tiene que detenerse en considerar fenómeno alguno morbido, no se pare en explorar el pulso, ni se detenga en exámen alguno ulterior, pronuncie luego irritacion, prescriba sanguijuelas y agua caliente: y convertido en un nuevo Sangredo hará maravillas. La multitud de enfermos que despachará para el otro mundo le creará prosélitos; y en despecho del sentido comun y de sus errores, se exclamará con el satírico Moliere: *Bene, bene, dignus est intrare in nostro docto corpore. Venam secare, aquam bibere*. Ved aqui todo el secreto de la medicina fisiológica.

Una calentura, cualquiera que ella sea, lo mismo que cualquiera otra afeccion, aun con lesion particular de un órgano, no puede ser considerada como una afeccion local, cuando puede complicarse de fenómenos que pertenecen á diversas especies de afecciones cuya causa reside en un agente general, y mas cuando un sistema de nuestra economía no puede afectarse sin que se afecten tambien los tegidos que estan bajo su dependencia, y como quiera que todos los sistemas se rehacen los unos y los otros por las mismas leyes, la modificacion del uno engendra necesariamente la del otro: esto es lo que constituye siempre las afecciones generales.

«Pero he aquí, segun mi modo de pensar, continúa «Mr. Broussais, lo que les ha impedido discurrir así. «Aunque hayan observado los fenómenos atágicos con «muchas flegmasías, han creido encontrar casos en que «no existian con ellos. Ahora bien estos casos les han

«servido de tipo, como he hecho ver al tratar de sus cuatro primeras calenturas. Han dicho pues: Es así que la calentura atágica puede existir algunas veces sin inflamacion local, luego es independiente de esta; luego existe por sí misma en la naturaleza. Partamos de aquí, y siempre que la encontrémos combinada con una afeccion semejante, aseguraremos sin dudar que esta no puede ser mas que una complicacion.»

«Es positivo que en ciertas calenturas atágicas, se han encontrado, ó se han creído encontrar vestigios del estado que se ha nombrado inflamatorio; pero estos casos son muy raros, y aun cuando no lo fueran, de que la autopsia confirme la existencia de una inflamacion, no se sigue que esta haya sido la causa de la enfermedad; mucho mas natural será el considerarla como efecto, y como complicacion consecutiva. Las curaciones que se han obtenido con el uso de los excitantes mas enérgicos, son las pruebas mas convincentes que pueden darse de la ausencia de una flegmasía que ciertamente habrian exasperado estos agentes terapeuticos.»

Para servirme de una expresion de Mr. Broussais, en el caso de una curacion ¿quien podrá vanagloriarse de haber tenido la perspicacia suficiente para distinguir, al traves de nuestras envolturas, lo que sucede en nuestro interior, y de tener todo el valor necesario para asegurar la existencia de una flegmasía? Esto es lo que pretende hacer Mr. Broussais, pero no será creído sobre su palabra.

«Este modo de discurrir, dice, ha parecido por mucho tiempo incontestable. Pero si se considera que los vestigios de las inflamaciones de las vias gástricas no han podido conocerse hasta ahora por los médicos, se verá que se arruina absolutamente por su base. En efecto si los médicos que han abierto los cadáveres de los sugetos muertos de sus calenturas atágicas hubieran inspeccionado el interior de las vias digestivas, ó si hubieran sabido lo que significa

«la rubicundez, la hinchazon, y las ulceraciones que
«se encuentran en ellas, no hubieran asegurado que no
«se encuentran señales de flegmasía en consecuencia
«de las calenturas; porque no hay alguna de las que
«se llaman esenciales, que no ofrezca estas lesiones en
«un grado mas ó menos pronunciado, independiente-
«mente de los signos de inflamacion que pueden pre-
«sentarse en los demas tegidos.»

«Se necesitaba haber vivido hasta el tiempo del cé-
lebre autor de la medicina fisiológica para aprender
á hacer aberturas cadavéricas. Solo el que se halla
dotado de una exquisita perspicacia, ha reconocido las
lesiones de los tegidos mucosos. Sin embargo Bichat
y otros muchos incluyendo á Mr. Pinel las han se-
ñalado antes que él; pero verdaderamente no han en-
contrado las intumescencias ni ulceraciones que quie-
re ver Mr. Broussais en todas partes.

No obstante, este médico que sabe muy bien que
no siempre se encuentran inflamaciones en las vías
gástricas, en las afecciones morbosas, se reserva una
callejuela, y tiene cuidado de decir «independiente-
mente de los otros tegidos» ¿No es esta una preven-
cion muy conocida, y un prurito de sacar partido de
todo? Asi es que un médico, partidario exaltado del
nuevo sistema, haciendo la inspeccion de uno que ha-
bia muerto de atagia, despues de no haber encon-
trado vestigio alguno inflamatorio en los órganos ex-
planchnicos, quiso la casualidad que al dislacerar con
el mango del escarpel las fibras del psoas, saliese un
poco de pus; entonces lleno de entusiasmo, exclamó
con su maestro: *Vide et crede* ¡pero que descubri-
miento para apoyar absurdos!

«Tal vez se exigirá que presente pruebas de esta
«proposicion; pero no las podré encontrar en los li-
«bros clásicos. En efecto ¿cómo he de recurrir á los
«antiguos que no abrian los cadáveres, ó que no de-
«ducian conclusion alguna de lo que encontraban en
«el interior de las vías gástricas? ¿Me referiré á los
«observadores existentes? Estos se dividen en dos sec-

«ciones; los unos sin prevencion convienen en la ver-
«dad, y creen conmigo que por lo menos existe una
«gastro-enteritis en consecuencia de las pretendidas
«calenturas esenciales: otros que tienen sus motivos pa-
«ra disimular, se rehusan á la evidencia, y sostienen
«sériamente que la rubicundez, ó la negrura de la
«mucosa intestinal no basta para dar razon de los fe-
«nómenos de la calentura. Yo podria remitir á estos
«incrédulos á la fisiologia; pero cuando veo á algu-
«nos, que lo dan de observadores, publicar aberturas
«de cadáveres en las que aseguran haber buscado in-
«fructuosamente los vestigios de la flegmasia en con-
«secuencia de sus pretendidas calenturas adinamicas,
«me veo reducido á responder: ó que no han sabido
«distinguir las, ó que se han engañado. Se necesita
«pues apelar á la posteridad: y estoy en la firme per-
«suasion de que obtendré su sufragio cuando los ba-
«jos intereses hayan dado lugar al amor de la ver-
«dad.

Segun esto los Morgagnys, los Vieussens, los Lieu-
tauds, los Bichats, los Corvisarts, y otros muchos no
menos recomendables, no abrieron cadáveres, ó care-
cieron de la sagacidad necesaria para formar juicio
de las lesiones que encontraron en los numerosos su-
getos que fueron objeto de sus investigaciones. Pero
lo que es mas gracioso, se han engañado no confe-
sando lo que habian visto. ¡Qué presuncion! Los ob-
servadores existentes (quiero decir los de la segunda
clase formada por Mr. Broussais, que son bastante
ciegos para no creer á este médico bajo su palabra)
tienen sus motivos para disimular y rehusarse á la
evidencia. Pero el médico de Val-de-Grace ¿no los
tiene mucho mas poderosos, pretendiendo, en union
con sus partidarios, demostrar lo que no existe? En
verdad que no puede dudarse. El hambre de ser gefe
de secta, y el deseo de sus discípulos de participar
de su gloria, son los motivos que guian á uno y á
otros. Ya empieza á vislumbrarse una cisma entre los
partidarios de la nueva reforma y su gefe, y si ol-

vidan que la union es la que hace la fuerza; ellos mismos causaron su destruccion.

Mr. Broussais nos indica, con la rubicundez de los intestinos, una negrura que él mismo no conoce, pero se necesitan palabras, y es preciso tener aire de inventor para seducir. ¡Pobres incrédulos! ¡pobres ciegos! id á oír al profeta, corred á escuchar sus doctas lecciones, su sábia fisiología; asi saldreis de su anfiteatro, hechos unos hombres nuevos, regenerados, y con ciencia infusa. Este médico, que tiene la gracia de ver donde todos estan á obscuras, pretende que se engaña uno cuando se afirma que no se han encontrado vestigios inflamatorios, se cree sin duda que todos hacen lo que él, pues piensa el ladron que todos son de su condicion. No obstante lo dicho, y sin aspirar á fingir, aseguro que tanto en los diversos hospitales que he asistido, cuanto en el curso de mi larga práctica, he abierto infinidad de cadáveres muertos de fiebres adinámicas, y jamás he encontrado cosa alguna parecida á lo que Mr. Broussais dice. Dejemos pues á la posteridad que haga justicia á la opinion de este médico, como la ha hecho á la de Boërhaave, del que, como he dicho, es la segunda parte. Dejémosle en la firme seguridad de esperar ser mas feliz que su modelo, pero convidémosle, en el ínterin, á moderar su cortante, y aconsejemos á los médicos jóvenes que no se seduzcan por su seguridad, que para nosotros es muy sospechosa, sino quieren ver perecer una multitud de víctimas bajo la aplicacion de un sistema exterminador.

«Volvámos á mi objeto, continúa Mr. Broussais, «sostengo que los casos de calentura llamada atágica, «en los que no han encontrado los autores flegmasias, «pertenecen á las gastro-enterítis. Se sabe ademas por «su confesion que en todos los otros casos existía una «inflamacion; segun lo que me créo autorizado para «concluir que los síntomas llamados atágicos siem- «pre estan asociados á una inflamacion local. Aun mas, «me atrevo á avanzar que dependen de ella, porque

«la experiencia me ha enseñado que estos síntomas aumentan y disminuyen con la inflamacion local que los acompaña; de manera que deben colocarse en la misma línea que todos los fenómenos que indican las irritaciones viscerales, como los dolores de los miembros, las sensaciones penosas, el estupor, el delirio ligero, y los saltos de tendones de la gastro-enteritis en el mas alto grado; fenómenos que son lo mismo que ellos, síntomas provocados por el sufrimiento de los órganos inflamados. Si los síntomas atáxicos han parecido diferentes, es por que son mas pronunciados. Respecto á ellos se ha cometido el mismo error que respecto á los llamados adinámicos que no se diferencian, de los de las calenturas supuestas biliosas mas que en un grado mayor de intensidad. Asi los síntomas gastricos, los adinámicos, y los atáxicos son todos igualmente fenómenos simpáticos que indican inflamaciones locales. Todos pueden ser excitados por la inflamacion de la mucosa digestiva; pero algunos de ellos, como los atáxicos, y aun los adinámicos son tambien provocados por otras inflamaciones, como se ve en las peritonitis, y en las pneumonias sin complicacion gástrica.

Asi es que aun cuando no háyamos descubierto vestigios de inflamacion en una autopsia, nada importa: Mr. Broussais ha dicho que es siempre una gastro-enteritis, y con esto basta. Empero hago memoria de que mas arriba atribuye los fenómenos atáxicos á la lesion de los nervios de relacion, en seguida á la inflamacion del cerebro, ó de su centro, y despues á la del estómago y de los intestinos, de modo que no sabe á que atenerse. Esta incertidumbre es la contra-seña de su error. A pesar de todo, en este párrafo asegura que es una gastro-enteritis, con la advertencia de que la pneumonia, y la peritonitis pueden provocar los síntomas de ataxia, y aun los de adinamia. Antes que Mr. Broussais lo digese, estabamos en la creencia de que las diversas inflamaciones primitivas eran susceptibles de provocar ó de jun-

tarse á los diferentes síntomas de que habla, y aun á la misma gastro-enteritis; tambien estamos persuadidos de que esta última afeccion puede hacer otro tanto. Pero esta no es una razon suficiente para admitir su constante existencia, pues que falta en casi todas las circunstancias en que Mr. Broussais quiere hacerle representar un papel. Para poder convencer á los ontologistas, sería necesario que Mr. Broussais tuviera todo el talento que se necesita para demostrarles en el hombre vivo, cuando estas complicaciones existen simultaneamente, cual de las dos ha empezado primero. Esto mismo no dejará de conocerlo Mr. Broussais, cuando dice que la atágia, y la adinamia son provocadas por otras inflamaciones: pero sería un olvido el no señalar dicha prioridad y es preciso dispensarle estas cortas inadvertencias en favor de lo sublime de su descubrimiento.

«¿Porqué el cerebro, pregunta Mr. Broussais, no presenta constantemente vestigios de flegmasia en consecuencia de los fenómenos atágicos? Sin embargo estos fenómenos dependen de una irritacion del cerebro y de sus dependencias: asi la primera y principal causa de la atagia es indubitavelmente la inflamacion del cerebro y de la médula espinal. Pero existe otro hecho que no es menos cierto que este, y es que las conexiones que unen al cerebro y á la médula espinal con los diferentes órganos son tales en algunas personas muy sensibles, que la inflamacion de estos basta para irritar al centro encefálico á términos de que produzca síntomas análogos á los de su propia inflamacion. De manera que es muy difícil determinar durante la vida si está ó nó verdaderamente inflamado. En cuanto á las muertes repentinas, estas son producidas por el consumo de las fuerzas nerviosas, y son comunes á todos los casos con flójosis ó sin ella de las fuerzas sensitivas y motrices.

He aquí, á mi modo de entender, la prueba mas completa de la incoherencia de las ideas de Mr. Broussais.

sais. Este médico acaba de decirnos mas arriba que la gastro-enteritis era la causa de las calenturas atáxicas, mientras que aquí le parece mejor atribuir esta causa á la inflamacion ó irritacion del cerebro, de la médula espinal, y dependencias. No tardará mucho en juntar la una á la otra. No puedo menos que admirar la sumision con que las inflamaciones, dóciles á la voluntad de este Dr., recorren los órganos, conforme á su capricho. Asi, á falta del cerebro, el centro de este órgano, la médula espinal, el estómago, nada importa; con tal de que haya un juego, todo le es indiferente. Nunca faltan á este médico explicaciones gratuitas; todo lo aventura con el mayor aire de autoridad, y engaña á los entusiastas. ¡Qué sofisterías! Pone por delante el estado de vida, que es un obstáculo á la convencion de la inflamacion del cerebro. Luego Mr. Broussais reconoce la imposibilidad de probar esta inflamacion quimérica, y de convencernos de su existencia.

Las muertes repentinas que resultan del consumo de las fuerzas nerviosas nos ofrecen una explicacion singular. Pero tratándose de consumo de fuerzas nerviosas, ¿por qué razon en las afecciones espasmódicas en general, en las convulsiones, epilepsías ect. donde este fenómeno parece que se presenta en el mas alto grado, no sobrevienen las muertes repentinas? Mr. Broussais no sabrá responderme; pero á su consumo nervioso sucede lo mismo que á su irritacion que confunde con la inflamacion; y de la que parece hacer aquí una abstraccion, pues dice que ocasiona síntomas análogos á los que produciria la inflamacion.

«Juzguese ahora, continúa Mr. Broussais, cuanta razon tenia yo para asegurar que si los autores hubieran dicho que la atáxia es un modo de excitacion nerviosa que puede presentarse en todos los estados febriles, hubiera sido mejor que aislarla de todos los órganos para hacer de ella un ser abstracto, como el que nos dan por una enfermedad esencial, advirtiéndonos siempre que tiene su asiento en el aparato nervioso.»

Siendo así que la atagia es un modo de irritación nerviosa, hay por consiguiente muchos modos de excitación de esta índole; luego pudiendo complicarse con todos los estados febriles ¿porqué no se le podrá aislar cuando se presente sola? ¿y porque esta excitación no determinará también la del corazón, puesto que es indudable que cada sistema tiene una influencia directa sobre cada uno de los otros?

Hay pues circunstancias en las que es primitiva la excitación nerviosa, y crea fenómenos que pueden atribuírsele esencialmente; esto es lo que prueba la experiencia diaria. Pero estas irritaciones difieren de las dichas flegmasiáticas, con las cuales no tienen relación alguna. Mr. Broussais que siempre quiere tener razón, llama al tribunal de ella misma; y para sostener su propia autoridad se vale de los argumentos más débiles y oscuros: porque su definición de la atagia es el *nec plus ultra* de las mil y una contradicciones de que está sembrada su obra, y una prueba más de la extravagancia de sus ideas.

Si la atagia fuese debida, como sienta primero, á una gastro-enteritis, ó á una flegmasia del cerebro, de su superficie ó de su centro, como dice despues, no seria en alguno de estos casos ni un consumo nervioso, ni una excitación nerviosa, pues entonces seria una inflamación. Pero la observación demuestra que los fenómenos que se presentan en la calentura maligna, tales como el delirio sombrío, la pérdida de las ideas, y los movimientos espasmódicos que se verifican en las extremidades, llevan más bien el sello de una turbación atónica del sistema nervioso, causado por la influencia deletérea de la sangre sobre el cerebro y sus dependencias: porque en la atagia como igualmente en la adinamia, el pulso es pequeño y contraído: y aunque sus pulsaciones se encuentren las mas veces aceleradas, no se sigue que deba mirarse este fenómeno como un exceso de vida.

Fuera de esto, para convencerse de que estos síntomas no son los de una inflamación, no hay más que

compararlos con los que se verifican en la inflamacion de las meníngeas, y en la cerebral propiamente dicha, que conocen todos los médicos.

«Si se pretende saber, agrega Mr. Bróussais, por-
«que todas las flegmasias de las principales vísceras
«no determinan el estado que se llama atágico: res-
«ponderé que los fenómenos atágicos suponen un
«grado de irritacion y de movilidad nerviosa que no
«pertenecen igualmente á todos los hombres. Los hay
«en quienes parece la atagia con ocasion de todas
«las flegmasias. He visto muchos sugetos en quienes
«los panadizos, y las inflamaciones articulares que se
«llaman artritis bastaban para producir un delirio ex-
«traordinario, y movimientos convulsivos muy incó-
«modos que cedian con la aplicacion de las sangui-
«juelas y de los emolientes. Tambien he encontrado
«otros, cuyas principales vísceras podian ser destrui-
«das por la inflamacion sin que resultase de esto otra
«cosa que una calentura bastante moderada, sin fe-
«nómeno alguno nervioso.»

Si es cierto que una flegmasia puede desenvolver fenómenos atágicos ó nerviosos en los sugetos muy irritables, como lo dice Mr. Broussais, este mismo estado podrá llegar á un cierto grado, en algunos sugetos, que haga presentar fenómenos febriles; y que, ¿solo por complacerlo, y en despecho del sentido comun lo calificaremos de gastro-enteritis? es imposible. De que un panadizo haya determinado algunas veces síntomas nerviosos, ¿deberemos concluir que estos fenómenos no se presenten nunca sin inflamacion primitiva?

A mas de esto, dichos fenómenos aunque nerviosos, en nada se parecen á los de la fiebre atágica: todo el mundo sabe que no hay modificaciones que ofrezcan tantas variaciones como las que resultan de las afecciones nerviosas. Es pues incontestable que cada uno de los dos modos, nervioso, y flegmasiaco puede existir solo y constituir cada uno una afeccion esencial.

Sobran pruebas en favor de mi aserto. No es mas raro el ver terminarse súbitamente por la muerte, calenturas que no habian presentado síntoma alguno alarmante. En el caso de que la inspeccion no presente la existencia de una inflamacion ¿qué será mejor, en una fiebre de este caracter, designarla por una maligna, ó bien por una gastro-enteritis? Dejo que decidan mis compañeros por Mr. Broussais ó por mí. Convencido de esto concluyo, que es evidente, que el estado atágico, y adinamico, como tambien el de calentura atágica y adinamica, pueden existir solos, no obstante que se compliquen algunas veces estas calenturas con flegmasías secundarias. ¿Pero como podrémos reconocer estas complicaciones? Por la observacion y la experiencia. Si un enfermo presenta á mi inspeccion una flegmasía, cuya marcha rápida y franca, me ofrezca todos los fenómenos que deben caracterizar esta palabra, debo combatir una inflamacion: pero si sobrevienen á esta afeccion flegmasiaca primitiva, síntomas secundarios del uno ó del otro estado precitado, me guardaré bien de despreciarlos; y si son tales los progresos que desaparezca el primer estado flegmasiaco, entrando á mandar solamente los síntomas atágicos, estos últimos formarán el objeto de toda mi atencion; y premiando el suceso mi conducta, justificará plenamente mi modo de conducirme. Ya me ha sucedido esto en muchas circunstancias, en las que habiendo empezado á tratar pleuresias, ó pneumonias, me he visto obligado, por la gravedad de los síntomas adinamicos ó atágicos que se presentaron despues, á usar la quina con el mayor suceso, cuya sustancia seguramente no conveniria en una inflamacion. Las sanguijuelas, que con tanto énfasis preconiza Mr. Broussais no estan tan exentas de inconvenientes. He visto desenvolverse con su aplicacion no solo accidentes nerviosos considerables, sino tambien una multitud de afecciones graves. Se han dado sugetos en quienes la aplicacion de dichas sanguijuelas han dado origen á fiebres pútridas

de funesta terminacion. Tambien muchas veces falta el suceso que debia esperarse de su aplicacion, por que se usan inoportunamente, fijándose en la naturaleza de unos sintomas que una ciega preocupacion quiere que se consideren siempre como flegmasíacos. En una inflamacion franca, la sangria descargando prontamente los vasos, ofrece un medio mucho mas eficaz que un cierto número de sanguijuelas. Pero se necesita la mayor precaucion para no prodigar este medio, cuyo abuso puede, debilitando mas de lo regular, provocar el estado adinamico.

«Asi es que en las gastro-enterítis, continúa Mr. Broussais, unos estan desde el primer dia en el estado que se llama adinamico, mientras que otros se presentan con los síntomas llamados mucosos, y el menor número con los que se califican de atáxicos; sin que se pueda esto atribuir á otra causa que á la «diferencia de sus temperamentos.»

He dirigido muchas gastritis verdaderas: y casi nunca he observado estas complicaciones. Pocas flegmasías hay que, segun mi opinion, marchen tan francamente como esta afeccion, caracterizada por una sensibilidad obtusa en el epigastrio, y por la devolucion de todos los ingestos. Pocas tambien ofrecen un resultado tan ventajoso de la aplicacion de las sanguijuelas al epigastrio; y ciertamente que se mataría al enfermo si en esta afeccion se le diesen pociones antisépticas ó tónicos violentos. Esto solo indicará la diferencia que hay de esta enfermedad, á otras en las que los eméticos, los evacuantes, y los mas enérgicos ingestos pasan fácilmente, y los tónicos por último reaniman la vida casi extinguida.

Sin embargo es necesario conceder alguna cosa á Mr. Broussais, admitiendo con él, el juego y la variedad de los temperamentos en estas enfermedades: porque admitiendo esta variedad, es admitir tácitamente con nosotros la diversidad de las enfermedades. En este caso ¿qué será de su gastro-enterítis?

El estómago, uno de los órganos mas importantes de

nuestra economía, sería de una susceptibilidad extrema bajo este respecto, pues sería el sitio de todas nuestras afecciones; pero en recompensa ¡qué satisfaccion para los médicos! no tendrían que combatir mas que una enfermedad. Asi haran prodigios; y gracias á la doctrina fisiológica de Mr. Broussais, la generacion venidera vivirá tan dilatados años como los antiguos patriarcas. ¡Ha! ¿por qué esta ilusion no será real? ¿Por qué este sistema tan alhagüeño no estará fundado mas que sobre errores? Por que la teoría que lo explica no se apoya en raciocinio alguno sólido, y por que la experiencia, patentiza todos los dias lo ridículo de él. Si no se tratase mas que de cambiar un nombre, importaría muy poco; pero se trata de cosa de mucha mas consideracion. La adopción ó repulsa de esta teoría debe influir de muy diverso modo sobre la existencia, y salud de los enfermos, y bajo esta atencion, debe fijar sériamente nuestro exámen.

La gastro-enterítis es únicamente una abstraccion que no existe mas que en el cerebro exaltado de Mr. Broussais: nada puede demostrarla, en los casos en que quiere constantemente admitirla. Este médico hace de ella un Protheo que reviste la forma de todas las enfermedades; y por esta falsa induccion, cometen los mayores errores los que adoptan su sistema. Asi es que en los meses de Mayo, Junio, y Julio de 1822, muchos cólicos biliosos, con vómitos prolongados, por un mal tratamiento, (se tomaron por gastro-enterítis) se usaron las sangrias, y en lugar de producir un alivio, los agravaron, y los hicieron degenerar en enfermedades pútridas, mientras que los que se trataron con el emético cedieron inmediatamente á este régimen. Los egemplos siguientes sirven á comprobar mi asercion.

La Señorita Marquet, natural de Versailles, de veinte y dos años de edad, de un temperamento sanguíneo-bilioso, fué acometida el 10 de Junio de 1822 de un calor de 29 á 30 grados, acompañado de una laxitud general, y de una violenta cefalargia. Habia ca-

lor fuerte y constricción en el epigastrio, mas tambien náuseas; en la tarde se presentaron vómitos biliosos, y un cólico violento; por la noche hubo una abundante hemorrágia nasal, presentándose una sangre vermeja, á la que se siguió un dolor de cabeza agudísimo. El 11 por la mañana, cólico violento, vómitos de la misma índole que los del dia precedente, repeticion de la hemorrágia, y mayor caimiento. La enferma no podia resistir la mas ligera luz á causa del dolor de cabeza. El médico que fué solicitado, notando la sensibilidad del epigastrio, la lengua roja en sus bordes, amarilla en el centro, y los continuos vómitos, pronunció gastro-enteritis, y mandó aplicar dos docenas de sanguijuelas al epigastrio; la evacuacion de sangre que produjo esta aplicacion fué abundante, y extrema la postracion que se le siguió; aumentaron los vómitos y los dolores se hicieron insupportables. Mayor gravámen á la tarde, y nueva aplicacion de igual número de sanguijuelas al mismo sitio; se redoblan los vómitos y duplicándose los dolores, me solicitan en la misma tarde. Encontré á la enferma en una postura supina, tenia la cara de un rojo obscuro un poco abotagada, los ojos cerrados sin poder soportar la luz, y cuando los abria los fijaba en el techo, suspiros profundos, postracion extrema y general, lengua negra, áspera y seca; dientes y labios fuliginosos, vómitos de materias verdes y negruzcas; pulso pequeño, profundo, y contraído; calor acre con sequedad de la piel; dolor obtuso en el epigastrio; pocas orinas y continuaba la abstriccion de vientre.

En el instante le hice tomar dos granos de tártaro emético en un vaso de agua de casia; despues de vomitar la sometí al uso de una limonada hecha en una infusion de la manzanilla, ordené para la noche una lavativa emoliente, é hice aplicar fomentaciones emolientes en el epigastrio. Cámaras fétidas y biliosas segundaron el efecto del abundante vómito de una bilis amarilla y espesa que produjo el tártaro. El 12 por la mañana se notó un cambio benéfico; habia ce-

sado el cólico, la enferma resistía la luz, su cara habia tomado un color natural, se habia humedecido la lengua y desaparecido la aspereza de ella, cesado la fuliginosidad, y regularizándose el pulso, se levantaron las fuerzas, se estableció un ligero mador, y solo quedó un poco de sensibilidad en el epigastrio. Continuacion de los paños emolientes, otra lavativa *idem*, y continuacion de la limonada. El 13 tuvo muchas evacuaciones á consecuencia de la lavativa, siguió el alivio y le consentí un poco de caldo.

El 14 alivios mas demarcados y convalecencia de pocos dias.

Nos prueba esta observacion que si á esta enferma se le hubiese hecho vomitar el primero ó segundo dia de la invasion de este cólico, se habria curado en el momento, y que la aplicacion de las sanguijuelas practicada bajo la idea de una gastro-enteritis fué mas perjudicial que útil. Debia haberse presentado este efecto á vista de que la epitaxis lejos de aliviar habia exasperado el mal. Segun lo dicho es constante que esta enfermedad producida por una bilis abundante y ácre presentaba la indicacion de evacuarla; esto es lo que, sin réplica, ha probado el efecto del vomitivo.

En el mismo tiempo, fueron atacadas de iguales síntomas tres religiosas jóvenes del convento del Refugio de Versailles; y me guardé muy bien de usar de sanguijuelas; un emeto-catartico, y los mismos medios restablecieron á las enfermas.

En el mes de Junio se presentaron muchas tormentas; y se observaron muchas indigestiones producidas en las mugeres de una cierta edad por el miedo, ó por el calor. Infinidad de niños fueron atacados de cólicos violentos, acompañados de vómitos biliosos y alimentarios. Los médicos jóvenes combatieron estas indisposiciones con las sanguijuelas, sin fruto alguno; el mal aumentó, y en vez de curarse los enfermos, continuaron en la languidez por espacio de cinco ó seis semanas, acabando por ser atacados de fiebres adinámicas; mientras que los que fueron emetiza-

dos se curaron en el instante. Podría citar en apoyo de lo que digo un cierto número de observaciones de enfermos tratados por los dos métodos; pero esto aumentaría mucho mi obra. La sangría se hallaba contra-indicada en estas circunstancias, por cuanto en muchos enfermos que se presentaron emorrágias nasales agravaron la enfermedad. La Señorita Marquet, las Religiosas, y otros muchos sirven de ejemplo. Las sanguijuelas en dicha Señorita empeoraron el mal, y le hicieron tomar un caracter de los mas graves; mientras que el emético, medio indicado por la violencia de los síntomas gástricos, restableció la calma evacuando los humores, causa de la irritacion gástrica. Si hubiera existido la gastro-enteritis el emético la habria agravado.

Para que se vea hasta donde llegan las quiméricas abstracciones de los médicos fisiologistas; hasta donde llevan lo que llaman ontologia; y hasta que punto se extiende su ciega terapéutica: voy á extraer una observacion inserta en el n.º 9 de los *Anales de Medicina fisiológica*, (primer año Septiembre de 1822) que copiaré literalmente:

Se trata del hijo de un médico fisiologista, de Versailles, de edad de ocho años, que en nueve de Mayo de 1822 fué acometido de laxitud vómitos, y tenesmo. La cara se encontraba alterada, habia dolor en el vientre cuyas paredes comprimia constantemente el enfermo, y el tronco por último estaba doblado sobre los muslos.

»Colocado el niño en la cama, tuvo vómitos con los que arrojó los alimentos que había tomado en la mañana; el pulso era pequeño, contraído, frecuente, é irregular, la lengua se presentaba sembrada de algunos puntos de un rojo muy vivo, el vientre se hallaba retraído, y sensible á la presion, especialmente hácia el ombligo.

«Lavativas con dos vasos de cocimiento emoliente, seguidas de una enorme cantidad de materiales duros.

«A las nueve de la mañana se puso al niño en un baño tibio, permaneció en él media hora; despues del

cual se durmió hasta las once. Despertó dando gritos á causa del dolor del vientre. Vómitos de mucosidades incóloras, filamentosas y espumosas, repeticion de la misma lavativa, la que exasperó los dolores, fomentaciones emolientes frias. A las cuatro de la mañana diez sanguijuelas al ombligo, suero edulcorado, agua ligera de goma con algunas gotas de esencia de limon. Persistencia de los dolores durante la mañana.

«Segundo dia á las doce; los dolores no habian disminuido por la depresion sanguinea, las nauseas continuaban, y habiéndose propagado rápidamente la inflamacion desde el yeyuno, que fué su sitio primitivo, hasta el duodeno y el estómago, se aplicaron diez sanguijuelas repartidas en estos sitios. Al desprenderse estas se metió de nuevo al enfermo en el baño, del que fué preciso sacarlo á causa de haberse presentado un síncope que duró dos horas, y que vino acompañado de un frio intenso y general, al que se le siguió una reaccion bien caracterizada, subseguida de un sudor general con un pulso blando, amplio y frecuente, orinas copiosas blancuscas y flecosas. Desaparecieron por un momento los dolores y se presentó una sed intensa. Al poco tiempo se reprodujeron los vómitos y habiéndose hecho frecuentes, se le prescribió una pocion opiada compuesta de tres granos del extracto acuoso del opio disueltos en cuatro onzas de un vehiculo gomoso. Las dos primeras cucharadas calmaron los vómitos. Fomentaciones frias al vientre que se hallaba tenso, retraido, caliente y extremadamente sensible; el pene estaba en una semi ereccion, y caido sobre el pubis; insonnio.

«Tercero dia. Calma en la mañana, los dolores eran menos frecuentes y vivos, el vientre no tenia tanta retraccion, menos calor y alteracion en la piel; el pulso siempre frecuente, pero menos duro, lengua blanca en su medio, roja y humeda, pupilas dilatadas, un poco de enflaquecimiento. Como al medio dia, la inflamacion se propagó á la region iliaca derecha; dolores vi-

vos, náuseas, contracciones y relajaciones alternadas de la porcion superior del músculo externo-pubiano del lado derecho: se aplicaron diez sanguijuelas, seis en el epigastrio y cuatro en la region iliaca, sin suceso alguno.

«A la una de la tarde aumentaron los dolores, el pulso se presentó pequeño frecuente, y duro, las pupilas dilatadas, la cara alterada, ansiedades, suspiros, agitacion de los miembros, calor en la cabeza, cefalalgia muy pronunciada, coloracion fuerte de la cara, inyeccion sanguinea de la conjuntiva, rechinadero y movimientos convulsivos de las mandibulas, trismo, turbulencia de las funciones intelectuales, propension al coma, vientre ardoroso, alteracion general y extraordinaria; se aplicaron sinapismos á las piernas, vejigas de agua fria á la cabeza, fomentaciones frias al vientre, y dos sanguijuelas detras de cada oreja. Al punto prorumpió el niño en gritos penetrantes, perdió el conocimiento, se perfrigeraron las extremidades, calor vehemente en la frente y en el vertice, insensibilidad, pulso desordenado, el ojo cayó en el estrabismo, salió la lengua de la boca, y se presipitó el enfermo en un sueño apoplectico que duró una hora, pero que amenazaba repetir. No obstante, el pulso se mejoró, los ojos se abrieron y se presentaron brillantes y fijos, el rostro estaba menos rojo, lo mismo la conjuntiva, sed viva. En la tarde seguía un estado comatoso, habia dolores abdominales, y náuseas; y se aplicó á los muslos la pomada amoniaca de Condret. El dolor que resultó de ella fué insoportable, se exasperaron por tres cuartos de hora los síntomas nerviosos; y otros cinco minutos despues se produjo el efecto vexicante; en cuya consecuencia se axaltaron por el espacio de una hora los dolores del vientre y de la cabeza; pero á proporcion que se desvanecia el sentimiento de ardor de los muslos, se hacia inminente el estado comatoso; la fisonomía fria y cadaverosa se animó, pero fué para pasar á una risa convulsiva mas terrible aun, á la que sobrevino inmediatamente el ran-

versamiento hacia arriba del globo del ojo; cerrando todo este aparato, el frio de los pies, de las rodillas, y cara; y por último los sudores viscosos, anormales y parciales. Se encadenó el pulso y cayó con una rapidez admirable; parecia que amenazaba la muerte; se hicieron aplicaciones calientes en las extremidades, frias en la cabeza; fomentaciones frias, cedantes, y emolientes en el vientre, fricciones en la periferie; y se prescribieron bebidas gomosas aciduladas con el ácido del limon. Esta terapeutica simple parece que mejoró el estado del enfermo: se desenvolvió el pulso, disminuyó la irritacion del cerebro, y los ojos se abrieron presentándose como espantados y gozando poca vitalidad."

En este estado de cosas se presentó un médico de Paris, aprobó cuanto se habia hecho, y aconsejó la aplicacion de una calotta de vejicatorio alcanforada sobre la cabeza. Los médicos de cabecera no juzgaron apropiado el seguir este dictámen, y continuaron la marcha prescrita anteriormente. Se desenvolvió un calor dulce, uniforme y permanente; pero no cesaron los dolores abdominales, y continuaron algunas náuseas y ansiedades. Por último hubo un sueño natural de tres cuartos de hora, y algunos subsultos de tendones.

«Dia cuarto: por la mañana calma, con pulso frecuente y vario segun la variacion de los dolores. Al medio dia, espanto causado por un ensueño; gritos, y agitacion prolongada.

«El calor atmosférico era extremo, lo que parecia perjudicaba al enfermo. Piel seca, ácre, sed viva, lengua roja, y áspera: dolor en la region hipogastrica; ardor al orinar, orinas copiosas, blancas, y limpias, vientre doloroso al tacto, acompañado de un sentimiento de calor. Se roció la habitacion con agua fria, se hicieron asperciones con la misma en las sabanas, y se dispuso un baño de 24 grados. Orinó el enfermo sin dolor, hubo una lluvia exterior; y se mejoró el niño. El pulso daba de ciento veinte á ciento trein-

ta pulsaciones por minuto, y estaba regularizado. Noche tranquila pero sin sueño.

«Quinto día, domingo dos de Junio, á las once de la mañana vuelta de los dolores hipogástricos y del vientre en general, lengua roja y áspera, é invadida de flójosis la porcion vejical del peritonéo. Se prescribieron ocho sanguijuelas, tres en cada íngle, y dos en el perinéo dejándose salir la sangre hasta la tarde. A las cinco de la misma bostezos y perfrigeracion de los miembros, palidez de la cara, pulso contraído, frecuente y duro, ansiedades, retraccion de las ventanas de la nariz, dilatacion de las pupilas, semi oclusion de los parpados con subversion del ojo: los parpados superiores como enterrados en la fosa orbitaria, la cara parecia de cera; piel como encolada sobre los huesos, deglucion ventral, sonora, suspension de las funciones de los sentidos externos, mas bien que sueño; hacia las once de la noche, propension al desfallecimiento; un piquete de las sanguijuelas no había dejado de dar sangre, y se trató de contenerla, y á fuerza de mucho trabajo llegó á reanimarse la circulacion capilar cutanea. Continuacion de las mismas medicinas.

„Día sexto. Por la mañana baño de 24 grados por espacio de quince á diez y ocho minutos, el pulso bajó hasta noventa y cinco pulsaciones, pero vuelto á la cama el enfermo, ascendió de nuevo á ciento veinte. El resto del día, dolores de vientre pasajeros con algunas remisiones.

«Entre cinco y seis de la tarde, á la misma hora que el día anterior, nuevo paroxísma caracterizado por los mismos fenómenos pero mas intensos; noche inquieta con alternativas de calor y de frio, calor irregularmente esparcido, sudores frios parciales, por interválos dolores de vientre, y algunas náuseas. La deglucion ventral siguió lo mismo; el paroxismo se extendió hasta las tres de la mañana, y se terminó por el desenvolvimiento lento, y graduado de un calor general, y de un mador ligero. No se observaron

deyecciones albinas desde el jueves que fué la mañana siguiente de la invasion.

«Séptimo dia; por la mañana temprano un cuarto de lavativa con leche y agua de malvavisco; entró sin dolores y sin ser seguida de excrecion. Se repitió el baño á la misma temperatura, y en el resto de la mañana se estuvo usando á cucharadas, una pocion oleosa compuesta de una onza de aceite de almendras dulces, seis idem de jarabe comun, y dos drahmas de ácido cítrico. Despues del mediodia se volvió la primera lavativa, y se repitió otra en los mismos términos y con igual efecto.

«A cosa de las nueve de la noche, se presentó un tercer paroxismo precedido del mismo aparato que los dos precedentes; siguió la misma marcha, y se terminó á las seis de la mañana.»

(Ya sigue aquí la enfermedad, segun parece, una marcha nueva, y presenta el segundo acceso de la calentura remitente nerviosa; solo que el dicho acceso se ha retardado tres horas).

«Octavo dia. Se prescribieron tres granos del sulfato de quinina, para tomar en tres veces con los intermedios de tres horas. A las cuatro de la tarde, despertaron al enfermo los dolores, hubo frio, bostezos, y sed, calma hasta las seis... El acceso parece que se limitó á estos síntomas. Se administró en el instante otra toma del sulfato de quinina con el fin de asegurar el suceso; pero se presentaron al punto dolores ventrales, turbacion en las idéas, pulso duro, pequeño, y frecuente, igual aspecto de cara que en los dias precedentes, movimiento lateral y como oscilatorio de los ojos, quedando estos á medio cerrar en términos que se veia la renitencia del globo, sueño con resfriamiento; en sueños, locuacidad, frio de las extremidades, y calor en el resto del cuerpo, sudor reunido en gotas sobre el ángulo del esternon con el externo-mastoidéo, extendiéndose á lo largo de este hueso hasta el hueco del estómago, pulso pequeño, y vientre sin calor.

«A las cinco de la mañana calor dulce excitado por medio de fricciones; dilatacion de la piel, desenvolvimiento del pulso, orinas turbias en bastante abundancia, y coherencia en las idéas.

«Noveno dia. A las ocho de la mañana un baño de 25.º, noventa pulsaciones, calma, poca sed, pupilas igualmente dilatadas, lengua lisa y húmeda. Al medio día dolor abdominal violento y subido, salia de la region umbilical y extendiéndose perpendicularmente del hipogastrio al epigastrio daba al niño la idéa de una sierra que obrara en este sentido. A los diez minutos de esto, decaimiento, sonnolencia, igual anomalia que el dia anterior en la reparticion del calor; sudor de un olor particular, y que se presentaba con particularidad en el dorso, pecho, y parte superior de la cabeza. A las dos horas, calma, orinas coloridas, limpias y abundantes; pupilas fuertemente dilatadas, pulso ámplio, frecuente; calor dulce é igual. Se le conceden al niño algunas cerezas cocidas, lo que le agradó infinito. Solo una toma de quinina se dió en este dia. A las ocho de la noche sueño natural que duró hasta las tres de la mañana, sin haberse interrumpido mas que por la picason de los muslos.

«Décimo dia. Despertó en buen estado, y pidiendo de comer cerezas cocidas; nuevo sueño. La mañana siguió buena; á las cuatro de la tarde, el rostro se puso pálido, hubo ansiedad, resfriamiento, y cien pulsaciones por minuto; ligero dolor en el bajo vientre, seguido de la evacuacion de una materia dura y seca, del grueso de una nuez, dejando tras sí ardor en el ano. A las ocho de la noche, evacuaciones copiosas de materias oscuras y blandas, como las que se observan en los ictéricos. A las nueve y media otra dosis de quinina. Una hora despues otra evacuacion mas abundante, y de la misma naturaleza. Los exuntorios del muslo empezaron á supurar. Fricciones en el rachis con la tintura de quina y el alcohol vulnerario, al que se siguieron tres horas de buen sueño. En la noche se dió otra toma de la

quinina, que produjo la salida, con dolor, de materiales moles como tamponados.

«Día oncenno. A la una de la mañana delirio con perfrigeracion, sueño seguido de calor; hasta el medio día, buen estado, alegría, pupilas siempre dilatadas, apetito. Al medio día, perfrigeracion de las extremidades, agitacion, pulso pequeño y frecuente, orinas turbias y abundantes; el resto del día fué satisfactorio. A las cinco de la tarde dolor de vientre, evacuacion de materiales figurados y oscuros, pulso frecuente, y calor en la piel. En la noche, nueve horas de sueño, traspiracion fuerte y general, supuracion de los exuntorios de los muslos, fuerte comezon en los sitios de los sinapismos.

«Día duodécimo. Remision muy demarcada, friccion general con la tintura de quina, menos sobre el vientre que no se dejó de fomentar, alegría, deseo de levantarse. A las cinco tres dolores de vientre sin deyeccion; palidez, ansiedad, sensibilidad circumscripita á la region umbilical, vientre tenso y sonoro, orinas abundantes sin sedimento. A las nueve y media sueño, calma toda la noche.

«Día trece. Apirexia completa, vientre abstricto, orinas raras, limpias, hinchazon de la cara; el vientre como empastado, calor natural en el cuerpo, apetito; se continuó la quinina.

«Día catorce. La noche fué buena. Continuaba la dureza del vientre y la constipacion: se puso una lavativa oleosa, á que se siguieron dos cámaras duras, figuradas, y amarillas: contension del sulfato de quinina; se hicieron fricciones con dos partes de la tintura de quina y una de la de la digital; por bebida á pasto se le puso el vino blanco muy dilatado en agua. A la tarde, para reemplazar al sulfato de quinina, se ordenaron dos granos del extracto de la quina, repartidos en dos veces con el intermedio de cuatro horas. Sobrevino agitacion, hubo perfrigeracion, é insomnio que duró toda la noche. Por la mañana orinas abundantes, muy claras, pupilas dilata-

das, y se notó una ligera tumefaccion en los maeolos.

«Dia quince. Estado natural, dos granos del extracto de la quina para una toma; á las dos horas se notaron, violentos dolores hacia el ombligo, sin deyecciones.

«Dia décimo sexto. Cámaras abundantes ocasionadas por una lavativa oleosa; fricciones con la tintura de escila y la digital; vientre siempre duro pero insensible. Se le aplicaron embrocaciones con el linimento saponoso-amniacal-alcanforado.

«Dia décimo séptimo. Buena noche, aumento en las orinas, rebajo en la dureza del vientre y en las edémas.

«Del décimo octavo al vigésimo dia convalecencia.»

Reflecciones. Esta enfermedad caracterizada de una enteroperitonitis, con complicacion de una irritacion intermitente del cerebro, por los autores de la observacion, es un egemplo visible de los errores en que puede caer una imaginacion exaltada. ¿Qué egemplo puede darse de una ontologia mas refinada, ni de un aglomeramiento mas extravagante de abstracciones? Reasúmanse bien todos los sintomas que ofrecen en su curso las inflamaciones mas graves, y será imposible reconocerlos en esta descripcion. Por el contrario, vemos en ella una simple irritacion nerviosa gastro-intestinal, que habria cedido en el instante si se hubiera atacado con un vomitivo, pero que tratada, desgraciadamente por un medio exterminador, que los médicos autores de la observacion, llaman terapeutica simple, pasó á una enfermedad de las mas complicadas y peligrosas. Apesar de los médicos y de su tratamiento, la enfermedad no cambió de carácter, solo si que los fenómenos nerviosos se graduaron exquisitamente, y el enfermo, como en otros casos dice Mr. Broussais, resistió no solo á la enfermedad, sino tambien á los remedios. Privado este enfermo de todas sus facultades fisicas por las excesivas evacuaciones de sangre, aun se vió á pique de

ser víctima de la imprudencia de aquellos que no queriendo contener los piquetes de las sanguijuelas, la dejaron correr hasta la extincion; por decir así, puesto que, como se nos dice, costó mucho trabajo llegar á reanimar la circulacion capilar. Por último el desgraciado enfermo, despues de haber sido atormentado en todos sentidos, de todos modos frotado, y conducido por todos los caminos á las puertas del sepulcro, resucitó como por milagro, y sobrevino intempestivamente una irritacion que se llamó cerebral, pero que no fué mas que la continuacion de la fiebre nerviosa con un caracter remitente. Se administran algunos granos del sulfate de quínina: y aunque no lo expresa la observacion, yo he sabido por el mismo padre del niño, que en lugar de una ligera hinchazon y dureza de vientre, se presentaron realmente síntomas que hicieron temer una hidropesía general; que no tendria nada de extraño. Se usaron las tinturas de todas las farmacopeas en fricciones; de manera que este delicado niño pareceria un viviente desollado á fuerza de tanto tormento. Por último el enfermo se restableció, los médicos cantaron victoria, que atribuyeron á la marcha que habian seguido. Dejó al juicio del lector la decision sobre este punto, y vuelvo á Mr. Broussais siguiéndole siempre en sus raciocinios.

«Otra prueba que viene al apoyo de la presedente es que las inflamaciones viscerales de la mayor intensidad, y que desenvuelven hasta el exceso la sensibilidad en todos los individuos, reunen casi siempre los síntomas de atagia, y los de adinamia. Tal es la flegmasía que se designa bajo el nombre de fiebre amarilla; tales son tambien la peste y aun las epidémias febriles de nuestros paises, conocidas con los nombres de calenturas de los campamentos, de los navíos, de las cárceles, y de los hospitales.»

Nadie niega que puedan presentarse los síntomas de atagia y de adinamia en el curso de una inflamacion visceral ó abdominal, porque muchas veces se ve que se desenvuelven en la peritonitis y en la fiebre puer-

peral de las recientes paridas, aunque en estos casos no sean mas que un efecto, y compliquen la afeccion. ¿Pero quien podrá negar, que en el curso de una fiebre cualquiera no pueda presentarse una inflamacion que la complique? Con demasiada frecuencia se tienen por inflamaciones y por apariencias de flogosis, ligeras rubicundeses que no son mas que el efecto de éstasis sanguíneos determinados por la atonia de los órganos, y casi siempre en el instante de la muerte. Sobre estas apariencias, probablemente, es sobre lo que funda Mr. Broussais sus constantes flegmasías, que con tan poco fundamento, quiere que se consideren como causa, no siendo mas que el efecto y consecuencia de la enfermedad, y casi siempre el resultado necesario de la descomposicion atónica de los fluidos.

«Examinando la naturaleza fisiológica de todas estas «enfermedades, continúa Mr. Broussais, llegaremos á la «sexta calentura esencial del Dr. Pinel. De todos los «estados febriles de que es susceptible el hombre, no «encuentra este autor en la primera edicion de su «nosografia, mas que uno del que deba formarse un órden aparte de los cinco que presenta en ella, á saber la *peste*. Los bubones y los carbuncos que casi «siempre la acompañan, le parecieron entonces suficientes para distinguirla; en cuanto á las calenturas amarilla, carcelaria, y hospitalaria, no veia en ellas mas «que una mezcla de síntomas atágicos y adinámicos, «desenvueltos bajo la influencia del contagio.

«La opinion del profesor de Paris no fué admitida «por los clásicos principales de nuestro tiempo. La mayor parte de ellos convienen en el dia en separar las «calenturas contagiosas de las que no lo son. A la adinámica y á la atágica del Dr. Pinel, las llaman calenturas nerviosas, asténicas, y aun tambien pútridas y «malignas, cuando son esporádicas, y cuando aunque «sean epidémicas, no les parecen contagiosas. Pero en «el momento que se ha podido hacer constar, su caracter epidémico, reunido á la trasmision por via del «contagio, hacen de ellas un género particular para el

«que se ha consagrado el epíteto de *Tifo*. Sin embargo, por muchos esfuerzos que hagan para distinguir dos síntomas de su *Tifo*, de los de las calenturas adinámicas y atágicas de Mr. Pinel, un observador sin prevención no puede dejar de reconocer en ellas fenómenos idénticos. En efecto la atagia y la adinamia se reunen frecuentemente en las afecciones esporádicas, del mismo modo que en las epidémicas y en las contagiosas. Las atágicas y adinámicas, epidémicas y contagiosas, han sido casi siempre precedidas de las formas de irritacion febril que se llaman calenturas inflamatoria, biliosa, ó mucosa. Las petequias que se le asignan exclusivamente á los contagios febriles, se manifiestan igualmente en calenturas que no han sido transmitidas, y que no se propagan por via de contagio. Todos estos son hechos que he presenciado como testigo ocular.

«Resulta de esto, segun mi modo de pensar, que las calenturas epidémicas y contagiosas no se diferencian realmente de las esporádicas, mas que por ser el producto de cierto foco de infeccion, y por la posibilidad que se les concede frecuentemente de ser transmitidas por el contacto ó por la atmósfera de un enfermo, á corta distancia y fuera de todo otro foco, que el que resulta de este mismo enfermo; porque solo por este caracter se puede distinguir el contagio de la infeccion.

«Habiendo llegado á ser la infeccion y el contagio, los únicos caracteres distintivos de ciertas calenturas, se debe concluir, que la diferencia que las separa de las otras reside solo en su causa remota; pero de aquí mismo resulta tambien, que el agente contagioso ejerce su accion sobre los mismos tegidos que el agente esporádico. En otros términos, pues que los síntomas son los mismos en las calenturas contagiosas, y en las que no lo son, es claro que las mismas alteraciones son comunes á estas dos suertes de enfermedades. Ahora bien, he probado que los síntomas de las calenturas de Mr. Pinel, sin contagio, dependen de la inflamacion de la membrana interna del canal digestivo;

«luego los síntomas de los tifos, que son enfermedades
 «por infeccion ó por contagio, son igualmente el efec-
 «to de esta flegmasía. Con razon pues, acabo de esta-
 «blecer que el agente de la infeccion ó del contagio,
 «provoca la inflamacion en los mismos tegidos, en los
 «que pueden desenvolverla causas muy diferentes.
 «En último análisis, y para reasumir lo dicho en po-
 «cas palabras; los síntomas que se le asignan á las ca-
 «lenturas esenciales, cualquiera que sea su causa remo-
 «ta, son siempre el resultado de una causa próxima úni-
 «ca, la inflamacion de la membrana interna del canal
 «digestivo, lo que no impide en caso alguno la coinci-
 «dencia de otra inflamacion. Pero siempre nos vere-
 «mos reducidos á convenir en que cuando un médi-
 «co diga: *esta es una calentura esencial*, equivale esta
 «asercion á la de *este es un estado febril, que segun los*
 «*clásicos, no se debe á una inflamacion local*. Ahora
 «bien, como los médicos fisiologistas consideran estos
 «casos dependientes de la flegmasía, hasta ellos desco-
 «nocida, de la mucosa del canal digestivo; estas dos
 «aserciones tendrán el valor de esta otra: *esta es una*
 «*gastro-enteritis sin complicacion*.

Ello es cierto, si se juzga por analogía, que los sín-
 tomas de la adinamia y los del tifo se asemejan mu-
 cho. Sin embargo este último se distingue de la adi-
 namia por su caracter contagioso; pero esta propiedad
 es debida á una multitud de circunstancias que la mo-
 difican mas ó menos, y cuyo conocimiento íntimo, es-
 tablecería la armonía entre los contagionistas y los que
 se pronuncian contra esta propiedad; y por esta causa
 estoy inclinado á creer que unos y otros tienen raz-
 on; que el contágio puede existir en ciertas circuns-
 tancias, mientras que en otras puede no verificarse.
 Asi es que el aire, la estacion del tiempo, los lugares,
 los climas, y el estado de la atmósfera, pueden influir
 de un modo muy sensible sobre esta propiedad. Lo
 mismo sucede de las casas mas ó menos habitadas: de
 los alimentos de buena ó mala cualidad, y de las di-
 ferentes pasiones que dominan al hombre; cuando es-

ta enfermedad carga á una comarca, todas estas cosas son otras tantas causas predisponentes para el contagio. Asi es que los que se encuentran fuera de la accion de las citadas causas no estan tan dispuestos á él.

El aglomeramiento de enfermos en los hospitales, la reunion de muchas gentes en un recinto corto é infestado, á causa de un cordon sanitario que permitia poca extension, fué el origen que tuvo el progreso tan extraordinario que hizo esta enfermedad en su última invasion en Barcelona. La identidad del tifo con la fiebre adinámica la he confirmado en el tifo de 1814, comparado con las fiebres adinámicas que he observado anteriormente. Han estado á mi direccion infinidad de personas atacadas en grados mas ó menos violentos; en la mayor parte obedeció la enfermedad al tratamiento que establecí. Aquellos cuya gravedad me presentó á esta enfermedad en toda su fuerza, y en todos sus grados hacen el objeto de las observaciones que terminan esta obra. La autopsia que he practicado (hablando con franqueza) en muy pocos sugetos, no me ha ofrecido vestigio alguno de flegmasia; pero lo que me ha asegurado mas en la falta de este modo morboso, ha sido el suceso que he obtenido constantemente del tratamiento que he adoptado. No hay cosa que pruebe mas claramente la inverosimilitud del sistema de Mr. Broussais.

Si como hemos visto mas arriba admite Mr. Broussais graduaciones en los fenómenos de las enfermedades determinadas por la diferencia de los temperamentos ¿podrá negar la predóminancia de tal ó tal humor que distingue estos temperamentos? Del mismo modo que la fisiologia nos manifiesta esta variedad en los temperamentos, del mismo modo pues la patologia nos enseña la que existe en las enfermedades dependiente de las modificaciones que imprime la sangre en los humores. Una práctica fundada sobre tales principios dará menos origen á entidades ó abstracciones, que la de los pretendidos médicos fisiologistas; y reduciendo la gastro-enteritis á su justo va-

lor, se le encontrará en muy pocas circunstancias, á pesar de la seguridad con que quiere Mr. Broussais que se le encuentre en todas partes.

«Si consideramos las gastro-enterítis, dice Mr. Broussais, con relacion á sus complicaciones accidentales, se multiplicarán los hechos para probar la importancia del estudio de la causas. Si viene á Europa la peste se ve que á la gastro-enterítis que forma su base se juntan las anginas, y las flegmasías pulmonares, efectos demasiado comunes de la influencia del frio. Nuestros tifos se asocian igualmente á estas afecciones durante el invierno, mientras que en los calores de la primavera, vienen con las flegmasías cerebrales, y en el otoño con las irritaciones de los intestinos gruesos. Otras causas determinan tambien estas variedades. Asi es que las personas dadas á las bebidas fuertes experimentan tifos que casi igualan á la fiebre amarilla; que los hombres estudiosos, los pusilánimes, los nostálgicos, y todos los desgraciados víctimas de un sentimiento, son presas de la inflamacion del cerebro en el momento que se afecta la mucosa del estómago y de los intestinos delgados.»

Es de extrañar que Mr. Broussais dé aquí tanta importancia al estudio de las causas, que tan superfluo le habia parecido hasta este punto. Pero variando las causas ¿porqué pretenderá que los efectos sean los mismos? ¿Cómo podrá persuadirnos, á que la peste, por ejemplo, ó segun él la gastro-enterítis, complicándose con diversas flegmasías, no sea mas que una enfermedad local? Si los tifos aunque se compliquen con distintas inflamaciones, pueden tambien existir solos; si las inflamaciones pueden existir aisladamente sin complicacion adinamica, y si en una y otra de estas circunstancias los fenómenos son diferentes ¿en qué consistirá esto? en que realmente cada una de estas afecciones mórbidas tiene una existencia real, y por consiguiente pueden existir aisladamente ó reunidas. Mr. Broussais para convencer á sus contrarios, no dá otras pruebas que aquello mismo que critica á los demas, esto es abstracciones, que sin cesar presentan sus gastro-enterítis.

«Se evitarán todos los escollos, dice Mr. Broussais, reduciendo siempre todos los fenómenos morbíficos á los órganos de que dependen, y estudiando el estado fisiológico de estos órganos en su relacion con los agentes que pueden modificarlos. Daré un ejemplo de este método el mas sencillo y fácil de todos, cuando haga la historia general de la gastro-enteritis.»

Incitado Mr. Broussais por un motivo particular precipitándose en lo bago de las hipótesis, como lo hace Mr. Broussais en la historia de sus gastro-enteritis, (en la que pretende probar que los fenómenos que se presentan en las innumerables enfermedades que nos afligen dependen ó son el resultado de una sola y única causa; la inflacion), nunca llegará el dicho médico al fin que quiere hacer tocar á los otros.

«En el sistema de Mr. Pinel no se completa la idea de una calentura hasta que esta ha corrido todos sus periodos. Ahora bien, hemos visto que la *angiotenia*, la *gastricidad* biliosa, la mucosa, la *adinamia*, y la *ataxia* se suceden con bastante frecuencia en los casos graves: ¿cómo hemos de conocer en el principio angioténico, ó gástrico si la enfermedad, debe conservar estos caracteres hasta el fin, ó si debe revestirse de los de las dos últimas formas? Pero si no se puede formar este diagnóstico, si nos vemos obligados á decir *esperemos*, es porque todavia no está bien caracterizado el caso patológico. Ahora pues si no se conoce bien, no puede tratarse bien, porque en una materia de esta importancia es menester no emplear remedio alguno activo sin estar en el caso de preveer sus resultados. Pero sino se dispone el tratamiento, queda el arte reducido á la nada; el médico no es mas que el expectador del proceso que se forma, segun el sistema de Hippocrates, entre la potencia que nos hace vivir y su enemigo: escucha los testigos, la defensa de los abogados, y espera el juicio para saber de que parte está el derecho, para formar una justa idea de la causa, y para imponerle definitivamente un nombre característico. He aquí lo que se

«llama la medicina expectante. Esta es la que se ha atribuido al profesor Pinel á causa de su inercia: «pero esta reconvenccion no es fundada: la expectacion «es aparente en la práctica que resulta de su teoría: «y la actividad es real como hemos aprendido por la «experiencia.»

Todo el mundo sabe que una fiebre puede presentar en el principio un caracter simple y benigno, tomar otro distinto en su curso, complicándose con muchos modos mórbidos, ó bien cambiando enteramente de tipo; lo que igualmente puede suceder á una inflamacion. Cuando se verifica este cambio, es necesario oponerse al desenvolvimiento de la complicacion si es posible, pero sino se puede contener, y llega á términos de formar la afeccion esencial, será necesario combatirla con todos aquellos medios que la prudencia y una sábia experiencia indiquen. La diferencia de los temperamentos debe fijar tanto mas nuestra atencion, cuanto que ella influye sobre los fenómenos que se desarrollan, y presenta los que le son propios. Muchas veces se ve embarazado el médico en su tratamiento por la presencia de síntomas insólitos, que le dejan por un momento indeciso sobre el caracter mórbido: en estos casos es cuando se advierte la necesidad de este conocimiento, y cuando el tino práctico adquirido por la experiencia suple fácilmente á la ausencia de los síntomas ordinarios, y permite al médico el fijar su diagnóstico. En estas mismas circunstancias es tambien cuando una sábia expectacion le pondrá en el caso de conocer al enemigo que tiene que destruir; marcha que será mas prudente que la que aconseja Mr. Broussais. Naturaleza pródiga nos manifiesta todos los dias pruebas de la ventaja de la expectacion, en curaciones maravillosas que médicos los mas célebres no han podido conseguir y que ella sola ha verificado.

Mr. Pinel tiene mucha razon cuando dice que las tres primeras fiebres tienden á la curacion, pues es cierto que muchas veces las cura la naturaleza sin

otros socorros que su propia fuerza. Casi lo mismo podria decirse de las demas fiebres, porque he visto á muchos enfermos de fiebres adinamicas de las mas intensas permanecer treinta ó cuarenta dias sin tomar nada, y estrechados á no recibir mas que débiles y momentáneos socorros.

20. Mas vale abandonar una fiebre cualquiera así misma, que desnaturalizarla por el uso inconsiderado de sanguijuelas. Cuando se presenta una enfermedad grave, y que con el conocimiento del temperamento, enfermedades reinantes, y de los síntomas que la acompañan se adquiere evidencia de su naturaleza, debe oponerse uno inmediatamente á su marcha. La administracion de un vomitivo, previo dicho conocimiento, producirá un efecto saludable, y contendrá muchas veces ó casi siempre síntomas que parecerian los mas alarmantes. Este es el medio con que hice abortar muchos tifos inminentes en 1814; por lo que me es imposible creer la existencia de la gastro-enteritis. Mas de cincuenta personas fueron tratadas por el emético desde la invasion de la fiebre que reinaba entonces en la Villa, y este remedio los garantizó de una enfermedad grave y larga á la que acaso habrian succumbido. He aquí el abismo en que cae Mr. Broussais, y en el que caerán aquellos que por un entusiasmo fanático, abrazen su doctrina, cien veces mas peligrosa que la peste y que los tifos mas intensos. Reconviene Mr. Broussais á Pinel porque ha sacado los nombres de algunas calenturas de Selle. ¿Qué reconvencion es esta? Si este profesor ha reconocido el mérito de estas denominaciones, ha hecho con admitirlas, un homenaje á su compañero; nada ha hecho en esto mas que lo que debe hacer todo hombre imparcial. Esta marcha debe seguirse siempre; pero Mr. Broussais no la sigue.

Poco importa que Mr. Pinel haya tomado su adinamia de lo que Brown llamaba astenia; si es positiva la existencia de esta fiebre, la reconvencion recae sobre Mr. Broussais que lo critica. Lo mas que po-

drá decirse es que Selle, Brown, Cullen, Sarcone, Roderer, Wagler, y muchos otros han abierto el camino á Mr. Pinel; pero esto lo sabemos todos, y este mismo sabio es demasiado modesto para negarlo; y nadie por último le quitará el derecho que se ha ganado para nuestro reconocimiento. Fuera de esto que el dicho práctico es bastante rico de hechos propios para temer tales reconvenciones.

Mr. Broussais está resentido de que Mr. Pinel en la última edicion de su nosografia no ha reimpreso el elogio que habia hecho de las flegmasias crónicas. Esto no es de admirar; porque la aprobacion de un sabio como Mr. Pinel seria el mejor agasajo que podria recibir. Esta es la causa que exalta la bilis de Mr. Broussais contra Mr. Pinel que le honra con la mas perfecta indiferencia; *inde ire*. Por lo demas, la obra sobre las flegmasias crónicas está sembrada de errores; y llena de observaciones en las que las enfermedades se han tomado unas por otras, confundido las causas con los efectos, y metamorfoseado estos en causas. Esta obra se ha preconizado mucho, lo que ha dado lugar á que se haya exaltado la imaginacion del doctor Broussais quien ha llevado esta exaltacion á todos los pobres estómagos humanos.

Mr. Broussais no se contenta con desplegar su mal humor con los médicos vivos, si no que lo estiende tambien hasta el sepulcro en persecucion de los muertos. El mismo Hipócrates, respetado de todos los tiempos, no queda libre. Este padre de la medicina, el oráculo por excelencia, se mira transformado en un tonto ú ontologista; tuvo la desgracia de haber vivido muy temprano, y de haberse ido ignorando la verdadera medicina, la doctrina fisiológica del doctor Broussais. Así la ciencia de todos los médicos no es mas que una ontologia. No obstante esto, y apesar de la famosa doctrina y de su autor, los preceptos de Hipócrates llegarán á la posteridad mas remota, mientras que la doctrina fisiológica se sepultará bajo el polvo del tiempo. Concluyo diciendo que el profe-

sor de Val-de-Grâce da preceptos falsos, que las diversas afecciones cuya existencia niega son reales, que las fiebres son enfermedades generales producidas por la afeccion morbida de los fluidos, y que por consiguiente no son enfermedades locales.

Convengo en que muchas veces puede existir una irritacion en las vísceras abdominales, pero niego que esta irritacion sea de naturaleza inflamatoria. Ella es causada por la abundancia ó la deprabacion de los humores depositados por la sangre en estas cavidades, y afirmo que las mas veces su evacuacion hace cesar la irritacion: *sublata causa tollitur effectus*. Tambien sostengo que esta irritacion no es la causa de la enfermedad, sino solo su efecto, y que considerarla de otro modo es hacer una abstraccion quimérica.

En el mismo caso se hallan las calenturas intermitentes; no reconocen por causa principio alguno inflamatorio, son sí el producto de una modificacion de los flúidos, y presentan siempre síntomas que hacen conocer que los humores deprabados han sido depositados por la sangre en el estómago ó en los intestinos. Esto es tan cierto como que diluyendolos, haciendo vomitar, y purgando una ó dos veces, cesa la fiebre; si recidiva es porque no se evacuó bien el humor, pero en este caso si se reiteran las evacuaciones, se atraza ó adelanta y acaba por desaparecer. Si apesar de esto continuan sus accesos: tómense, de quina una onza, de ruibarbo dos drahtas, divídase en doce papeles para tomarlos en dos dias, un papel cada dos horas. Este medio los extinguirá seguramente. En 1809 y 1810, en cuyos años han reinado las intermitentes epidemicamente en Versalles y sus proximidades, he curado de este modo infinidad de enfermos. Si faltase el efecto de la quina por su cualidad ó por cualquiera otra causa: el vino de Seguin, á la dosis de seis cucharadas por día, contendrá infaliblemente y en poco tiempo la calentura.

No conozco á Mr. Seguin, pero debo hacerle la justicia que merece. La desmesurada critica que se ha-

ce de su vino en el *Diccionario de Ciencias médicas* es injusta, convido á su autor á que lo use, y reconocerá por experiencia qué es menos desagradable al paladar que la quina en polvo, y que obra con tanta seguridad y mas prontamente que ella; como igualmente que es preferible al sulfato de quinina preconizado en estos últimos tiempos.

Para apoyar su sistema alega Mr. Broussais que el registro de los muertos se ha aligerado desde que se ha puesto en práctica su doctrina; pero para que estos estados ó registros mereciesen nuestra confianza seria necesario que Mr. Broussais no tuviese influencia alguna en su redaccion, y deberiamos estar seguros de la imparcialidad de los que los tienen á su cargo.

Dejemos á Mr. Broussais rebatir hechos con sofisterias; dejémosle divagar á su agrado, y derramar su bilis contra la obra de Mr. Pinel cuya reputacion europea no necesita de panegirista: que seria la cos del asno. Pero no puedo menos que compadecer la aciagá suerte de aquellos que por desgracia caigan en sus manos y se vean sometidos á sus pruebas. ¡O triste humanidad! ¿Cuándo dejarás de ser el juguete del furor de las pasiones y de los sistemas de los hombres?

Si acaso mi zelo me hace excederme, me veo al fin incitado á ello por el tono mordaz é irónico de Mr. Broussais. Conozco que no deberia emplear los mismos medios, porque no son propios de los médicos, pero su doctrina no puede refutarse de otro modo. He arreglado mis términos á los suyos, y muchas veces me he visto precisado á repetir sus propias expresiones porque le eran aplicables.

De cualquiera modo que esto sea estoy seguro que no me lo perdonará. Pero poco me importa su ira si consigo demostrar la verdad, descubrir el error y hacer patente la impostura. Entro en el examen de las proposiciones terapeuticas de la doctrina fisiológica.

TERCERA PARTE.

EXAMEN CRITICO DE LAS PROPOSICIONES

TERAPEUTICAS DE MR. BROUSSAIS.

No entra en el plan que me he propuesto el examinar todas las proposiciones que se contienen en la obra de Mr. Broussais; me he fijado en refutar aquellas que me han parecido mas importantes y que dicen mas relacion á mi fin.

Ciento diez y nueve de sus proposiciones me han parecido del mayor interes, y he creido encontrar en ellas una multitud de heregias médicas, que es indispensable hacer conocer, y combatirlas; esto es lo que me propongo, y lo que va á formar la materia de este articulo.

PRIMERA PROPOSICION.

CXXII. Los tuberculos, y los cánceres del cerebro son producidos por la inflamacion de esta viscera:

Respuesta. Los cáncros en general, ora sean del pecho ó de cualquiera otra parte, no presentan sino muy rara vez el aspecto inflamatorio, las glándulas que forman la materia de ellos, se presentan indolentes y sin rubicundez, é incrementándose acaban por hacerse dolorosas; pero estos dolores no son debidos mas que á la hinchazon y á la presion que se verifica en los nervios y tegidos adyacentes, sin ofrecer por esto apariencia alguna flojistica. Casi siempre quando llegan á ulcerarse las glándulas, y á constituir lo

que se llama cancer, se nota que no hay flegmasía. Hay sin embargo casos en los que sucede lo contrario, y entonces se ranversan los bordes de la úlcera, se endurecen é inflaman, presentando tuberculos muy dolorosos; pero estos fenómenos no se presentan siempre, y así no pueden reputarse como inherentes á los cáncros, y menos como su causa. Por lo que hace al cancer del cerebro que no se descubre hasta despues de la muerte, se hace tambien difícil el creer que se acompañe de inflamacion en este órgano, puesto que en muchas circunstancias en las que existia esta afeccion, han faltado enteramente los síntomas de flegmasía, y se ha presentado el órgano enfermo sin apariencias que indicasen haber existido tales fenómenos. Ejemplo de ello:

La Sra. Devilliers, de edad de cuarenta y cinco años, de temperamento bilioso, bien reglada, se hallaba sujeta hacia mas de veinte años á una jaqueca, que se presentaba antes de la aparicion de los menstruos y cesaba con ella. En el intervalo de un mes á otro no experimentaba incomodidad alguna, comia y bebia como en el estado mas completo de salud, y presentaba una exterioridad plausible, solo se observaba que sus ojos estaban rodeados de un círculo obscuro, que su color era moreno-lívido, y que habia perdido el olfato. Por el mes de Febrero de 1810, se presentó la jaqueca, sin síntomas precursores, y con mucha violencia; se metió en cama como tenia de costumbre, y por la mañana siguiente se le encontró muerta tendida en el suelo y acostada boca á bajo.

Practicada la autopsia con el mayor cuidado en las cavidades torácica y abdominal no se encontró lesion alguna.

El cerebro, intacto casi todo él me presentó una degeneracion cancerosa en su base. Hacia la parte anterior derecha, sobre el lado del nervio óptico que estaba desprendido del cerebro, presentaba la ulceracion una superficie como una centima y de un cuarto de línea de profundidad, los bordes estaban duros, ca-

llozos, y ranversados; su situacion era precisamente sobre la lámina cribosa, de modo que debia tocar la apófise crista-galli. Dicha lámina cribosa estaba cubierta de una sustancia pultacea gris originada de la descomposicion del cerebro.

Esta observacion prueba que se puede vivir muchos años con una afeccion cancerosa del cerebro y que esta afeccion es independiente de una inflamacion, que por consiguiente, la descomposicion de la masa cerebral puede verificarse sin que haya flegmasia.

Segunda observacion. Taupin, de edad de sesenta y dos años, carpintero en Versailles, hombre fuerte, robusto, y de un temperamento sanguineo, fué asaltado de una debilidad en los miembros, el mes de Mayo de 1818; se acompañaba este estado de algunos váhidos, no podia estar de pie; si se acostaba se dormia involuntariamente, el sueño era tranquilo; si se despertaba, habia incoherencia de idéas con las personas que habitualmente trataba, pero regularidad de ellas con los extraños. Preguntándole que sentia, respondia que nada; que se sentia bueno, solo que hacia dos años que habia recibido un golpe en la cabeza del que no habia tenido resultado alguno; respondia acorde á cuanto se le preguntaba, pero se dormia en medio de la conversacion y roncaba fuertemente. A la menor excitacion despertaba, se sentaba en la cama y decia que nada tenia, si se le continuaba preguntando volvía á dormirse y reincidia en los ronquidos.

Miraba yo estos fenómenos como precursores de una apoplejia, y el nueve de Mayo, le mandé una docena de sanguijuelas al cuello.

La mañana del dia diez le encontré mas abatido y en un sueño mas profundo. Apliqué un vejigatorio á la nuca, sinapismos á los pies, y una ligera infusion de la árnica con las ojas de naranjo. El once, idéas mucho mas incoherentes; pulso natural. El doce lengua amarilla, vómitos biliosos. Ordené dos granos del emético en un vaso de agua para tomar en

tres veces con un cuarto de hora de distancia, hubo una abundante evacuacion. El dia trece alivio señalado. El dia catorce se levantó, anduvo bien y dijo que estaba bueno, Tres dias seguidos estuvo saliendo sin que se le pudiera impedir. El dia diez y ocho debilidad extrema de las piernas; de modo que tuvo que meterse en cama. El diez y nueve amargor de boca, y propension al vómito. Emético en lavativas, evacuaciones considerables. El veinte mejoría sensible, se levantó y no salio de la pieza, anduvo bien, volvieron las fuerzas, y en el término de seis dias, pareció que todo volvía al orden natural; se restableció el apetito, se ejecutaban con regularidad las funciones y le creí curado. El dos de Julio volvió á atacarle la soñolencia, y se quejaba de un fuerte dolor de cabeza, tambien roncaba como la primera vez. Le apliqué veinte sanguijuelas en el mismo sitio que las primeras, cayó en un letargo apoplectico del que salió á beneficio de un emético. Su estado sin embargo no era satisfactorio; apesar de tener el aspecto de bueno, que el pulso era natural, la figura igualmente, y de que la palabra se hallaba libre, habia empero una debilidad tal, que no podia sostenerse. El ocho de Julio nuevo vómito de bilis, y nuevo emético en lavativa; igual efecto y aun mas pronunciado. Parecía que se restablecia, volvieron sus fuerzas, y llegó á comer y beber como tenia de costumbre. Le puse un cauterio en el brazo y ocasionó tanto alivio que el enfermo volvió á su trabajo. El dia veinte cuando menos esperaba fué atacada nuevamente su cabeza, y sin consultar á nadie se aplicó una docena de sanguijuelas; se renovó la apoplejia y murió el primero de Agosto.

Autopsia: el encéfalo sano en todas sus partes; ulceracion cancerosa, con bordes duros y ranversados de la magnitud de una peseta, en el seno longitudinal del lado derecho, con un ligero derrame de un material obscuro y pultaceo; el cerebro ni mas duro ni mas blando que en el estado ordinario, en el tórax no se encontró cosa digna de atencion: el es-

tómago y los intestinos se hallaban sanos, la vejiga de la hiel llena de bilis, el duodeno estaba cargado de una bilis muy verdosa, el hígado y las demás vísceras perfectamente sanas.

Reflexiones. Esta observacion, curiosa por otra parte á causa de los síntomas que presenta, ofrece una exulceracion que ha permanecido mucho tiempo sin dar señales de su existencia; sus síntomas no han sido de modo alguno los de una flegmasia del encéfalo. Nótese que sin prevencion y animado del deseo de ser útil al enfermo, apliqué las sanguijuelas, y su aplicacion fué constantemente perjudicial, mientras que por el contrario no puede ponerse en duda el buen efecto del emético, por lo que no puede admitirse aquí la hipótesis de la gastro-enteritis. ¿Qué concluirémos de esto, sino que las úlceras cancerosas del cerebro se pueden formar sin inflamacion? Esto es incontestable. ¿Pero como se forman estas afecciones? Esto es lo que hasta el presente se ignora. Pero lo que importa para llenar mi fin es el probar que estas afecciones morbosas no son el resultado de una inflamacion propiamente dicha, sino mas bien de otra causa que conocemos con el nombre de virus, cuya naturaleza, hasta el dia, nos es desconocida, y que seria muy ventajoso que pudieramos convertirla en una simple inflamacion.

SEGUNDA PROPOSICION.

CXXV. La arachnitis es con mas frecuencia el producto de una gastro-enteritis, que primitiva; pero el delirio, el insomnio, y las convulsiones que frecuentemente son sus señales pueden estar sostenidos por esta gastro-enteritis, desaparecer con ella, ó dejar despues de la muerte en la arachnoides y en la primera vestigios de flegmasia, nulos ó menos señalados que los que se encuentran en el estómago, ect.

Respuesta. Estoy muy distante de negar las relaciones del cerebro con el estómago. Todos los dias se

demuestran en las mas ligeras afecciones gástricas, en las que se observa siempre una cefalargia mas ó menos pronunciada, pero que se disipa al punto que se promueven evacuaciones. Lo mismo sucede en las afecciones aisladas del encéfalo. Una jaqueca, por ejemplo, cuyo sitio sea el cerebro, determinará náuseas, y á veces vómitos que serán seguidos de un alivio. Puede, sin embargo, suceder que los dos órganos se hallen enfermos simultáneamente, y si en este caso no se tienen datos ciertos sobre las causas de la afeccion del uno ó del otro órgano, habrá mucha dificultad para asegurar la prioridad de la una ó de la otra afeccion. Pero lo mas constante es que estos órganos se afectan aisladamente, y que cuando simultáneamente lo estan, el uno por lo regular no lo verifica mas que secundariamente. Resulta pues de todo lo que acabo de decir, que es un absurdo el considerar á las gastro-enteritis como las causas precisas, en todos los casos, de las inflamaciones ó afecciones del cerebro, y de sus dependencias.

TERCERA PROPOSICION.

CXXX. La inflamacion de la membrana interna ó mucosa del estómago se llama *gastritis*; pero jamas se observa en el cadaver, si no acompañada con la de la membrana mucosa de los intestinos delgados. Es pues mucho mejor darle el nombre de gastro-enteritis.

Respuesta. La gastritis puede existir aislada é independientemente de la inflamacion de los intestinos, y vise-versa.

En el mes de Enero de 1822 hice la autopsia en dos niños muertos á consecuencia de un sarampion, y me pareció observar en el uno una ligera inflamacion en los intestinos delgados, pero el estómago estaba blanco y muy intacto; el otro no presentaba vestigio alguno de flegmasia. El mes siguiente abrí otros dos, uno de dos y otro de cuatro años, muertos tambien del sarampion. En el primero se hallaban los pulmones engurgitados, y crepitantes; lo que atribuí á la

respiracion estertorosa, que duró todo el tiempo de una larga agonía; en el otro no encontré cosa que pudiese llamar nuestra atencion. He tratado gastritis bien caracterizadas y enteritis sin que se hallasen complicadas las unas con las otras; por cuya razon me parece mas natural, el dejar las denominaciones de gastritis, enteritis, y gastro-enteritis, sin confundir esta última con las otras que existen muchas veces, real y positivamente solas.

CUARTA PROPOSICION.

CXXXI. La inflamacion de la membrana mucosa de los intestinos delgados se llama *enteritis*. Algunas veces se ve sola en el cadaver; pero no se podria asegurar su aislamiento antes de la autopsia, y por otro sí, la gastritis ha tenido siempre la iniciativa.

Respuesta. Aqui puede aplicarse lo que he dicho en contestacion a la proposicion precedente. He citado un ejemplo de inflamacion de los intestinos delgados en un niño, sin complicacion de gastritis, Mr. Broussais confiesa que se encuentra algunas veces aislada; luego gratuitamente supone la iniciativa en el estómago, por cuanto no puede probarlo, y la palabra gastro-enteritis no puede servir para definir la enteritis, asi como esta tampoco es válida para designar la gastritis. Dicha palabra no puede designar mas que las dos inflamaciones reunidas.

QUINTA PROPOSICION.

CXXXII. La gastro-enteritis se presenta bajo dos formas; con predominio de flegmasia-gástrica, y con predominio de enteritis. El dolor gástrico, la repugnancia y aversion de todo alimento, ó la dificultad de soportarlo, caracterizan á la primera; la facultad de satisfacer la sed, la rápida absorcion de los líquidos apropiados son los signos de la segunda. Las demas señales son comunes á muy corta diferencia.

Respuesta. Mr. Broussais que quiere que todas las fiebres sean gastro-enteritis, no reflexiona que los síntomas de la gastritis, cuya enumeracion hace, no existen en las meningo-gástricas, adenó-meníneas, y en aquel estado que hemos llamado síntomas gástricos, que puede existir con fiebre ó sin ella. Es cierto que hay ganas de vomitar; pero los síntomas nunca son tan intensos como en la gastritis, y no pueden confundirse los unos con los otros. Los vómitos siempre alivian en estas especies de fiebres, mientras que constantemente son perniciosos en la gastritis aguda. Fuera de de esto, hay arcanos tan grandes en la naturaleza, que he visto varias veces apariencias de gastritis aguda con los síntomas mas violentos y demarcados, los que despues de haberse resistido á las repetidas aplicaciones de sanguijuelas y á los anti-espasmodicos, han cedido como por encanto, y con admiracion mia, a la aplicacion inmediata de un emético, aun antes de producir esta medicina su efecto ordinario. Esta es cosa que me ha sucedido á mi mismo, una ocasion en que no pudiendo contener un vómito continuo, con dolores viscerales, para lo que habia empleado sin suceso diversos medios, tomé dos granos del emético y en el instante me alivié, y volví en seguida una cantidad de humores biliosos ácidos, etc. Estos dolores son muchas veces nerviosos, y ceden á los anti-espasmódicos, todo esto me ha confirmado mas y mas en la opinion en que estoy de que estas especies de inflamaciones estan muy lejos de ser tan frecuentes como quiere Mr. Broussais.

SEXTA PROPOSICION.

CXXXIII. La inflamacion aguda de la membrana mucosa, de los intestinos delgados sin afeccion del peritonéo no ocasiona cólico en la mayor parte de los hombres. Casi siempre carece de dolor circunscripto: pero frecuentemente está acompañada de una sensacion de ardor y de laxitud vaga, mas tambien de constipacion. La invaginacion de este intestino, léjos de cau-

sar el íleo], no produce ordinariamente ni el cólico.

Respuesta. La enterítis, tal como la presenta Mr. Broussais en esta proposicion, es obscura, y aun puede que no exista; porque uno no deberá considerar un ligero calor visceral, los ligeros cólicos que ceden á las bebidas diluyentes, á los baños, á las fomentaciones, ó á los evacuantes, como una enterítis caracterizada. La mas ligera irritacion intestinal puede ocasionar este efecto. Es cierto que he encontrado muchas veces invaginaciones intestinales, sin que signo alguno haya demostrado su presencia. En 1803 abrí muchos cadáveres de enfermos que habian existido en el hospicio general de Ruán y que habian muerto de fiebres mucosas, y he encontrado en ellos una y muchas invaginaciones que no se habian hecho sospechar por signo alguno. Pero no por esto debemos negar que en la práctica encontramos con mucha frecuencia el íleo acompañado de los vómitos estercoráceos.

SÉPTIMA PROPOSICION.

CXXXV. Estando consagrada á la inflamacion de los intestinos delgados la palabra enteritis; no puede servir para distinguir la del cólon: es necesario llamar á esta colitis: pero ambas se suceden y se asocian.

Respuesta. Admitimos la palabra *colitis* y aun la de *rectitis* si es necesario, para distinguir la inflamacion del cólon y del recto, porque es muy cierto que estos intestinos pueden inflamarse aisladamente; y por esta misma razon debemos conservar los de gastritis y enterítis que se presentan con mas frecuencia; reservando el de gastro-enterítis para la inflamacion general de las visceras abdominales.

OCTAVA PROPOSICION.

CXXXVII. La gastro-enterítis se reconoce por los síntomas que desenvuelve, á saber: 1.º los orgánicos,

rubicundez y calor de las aberturas de las membranas mucosas y de la piel, alteracion de los secretorios de la bilis, de la orina, y sobre todo de la cabeza y de los miembros, la aberracion de la facultad de sentir y de juzgar. La influencia que egerce en el corazon es como en otras muchas flegmasías.

Respuesta. Las inflamaciones se reconocen en general por unos mismos fenómenos genarales, pero la del estómago difiere esencialmente de las otras inflamaciones; y los que Mr. Broussais le asigna aquí no son signos inflamatorios particulares: ellos existen en casi todas estas enfermedades, pero no en todas las fiebres; y cuando llegan á existir, no son la causa sino complicacion y efectos. Mr. Broussais admite aquí la alteracion de la bilis, de la orina, y del moco: ¿Porqué no se mirarán estas alteraciones como signos particulares y distintos que las hagan reconocer, y que ocasionen los accidentes que la son propios? (*Véase la proposicion CXXXII y la respuesta.*)

PROPOSICION NOVENA.

CXXXVIII. Las gastro-enteritis agudas que se exasperan traen todas estupór ú obscurecimiento, lividez, fetidez, postracion, y representan lo que se llama calentura pútrida, adinámica, tifo: aquellas en las que la irritacion del cerebro llega á ser considerable, elévese ó no al grado de flegmasía, producen el delirio, las convulsiones etc., y toman el nombre de calenturas malignas nerviosas ó atágicas.

Respuesta. De ningun modo niego que una gastritis ó gastro-enteritis, y aun toda especie de flegmasía franca y bien caracterizada (pero no tal como la concibe Mr. Broussais) pueda degenerar ó complicarse, aunque se trate convenientemente, con una fiebre pútrida ó maligna. ¿Si una flegmasía puede en tales circunstancias, presentar tales complicaciones, que será de una fiebre pútrida ó atágica que se trate como una inflamacion? Esta imprudente marcha será seguida de los

mas graves accidentes, y de sin número de complicaciones, que pondrán en peligro la vida, en caso de que no ocasionen la muerte. Asi pues, una simple fiebre, ora bien sea biliosa, ó mucosa, en la que á todo trance se sangre, degenerará en fiebre pútrida ó maligna.

DECIMA PROPOSICION.

CXXXIX. Todas las calenturas esenciales de los autores, se refieren á la gastro-enteritis simple ó complicada. Todos la han desconocido cuando no la acompaña el dolor local; y aun cuando se presentan en ella dolores, los han mirado siempre como un accidente.

Respuesta. Si hay gastro-enteritis simple y complicada, debería Mr. Broussais darnos el caracter de esta afeccion simple y decirnos de qué naturaleza son las complicaciones que admite. Una de dos: ó la gastro-enteritis es simple, y entonces forma una enfermedad *sui generis*; ó es complicada y entonces hay en ella complicacion de dos enfermedades, y por consiguiente no se podrian confundir, ni mirar como una sola afeccion, porque esto formaría un enigma imposible de explicar. Tampoco se pueden considerar las diferentes complicaciones como diferentes grados de la flegmasía, porque nunca los grados de la inflamacion presentan los fenómenos que pertenecen á la atágia ó á la adinamia que son muy diferentes de ellos. Admitir complicaciones es admitir dos afecciones simultáneas. Esta es una inconsecuencia, porque entonces, ¿que seria de la gastro-enteritis de la que Mr. Broussais no quiere salir en uno ni en otro caso? Nada tiene de extraordinario que los prácticos hayan desconocido un dolor que no existe; porque no está en la esencia de las facultades humanas el comprehender lo que no hay. Han tenido razon en considerar á este fenómeno, cuando existe, como un accidente ó un síntoma, porque para poder caracterizar una inflamacion, asi como á cualquiera

otra afección mórbida, es necesario que presente á nuestra observacion una série de síntomas, para formar un grupo que pueda darnos la idéa de una entidad cualquiera. La consideracion de los síntomas, es sin disputa indispensable, para sacar un juicio cierto sobre la naturaleza de las enfermedades.

UNDECIMA PROPOSICION.

CXL. Los autores han dicho algunas veces que ciertas calenturas dependian de una inflamacion de los órganos digestivos; pero nunca han dicho que las pretendidas calenturas esenciales pudiesen tener alguna otra causa; nunca que fuesen producidas por el mecanismo que las fiebres de la perineumonia ect., nunca en fin que no las hay esenciales. Todo esto se ha dicho despues de la doctrina fisiológica.

Respuesta. Ya he dicho que Boërhaave fué el primero que dijo que todas las fiebres dependian de un estado inflamatorio. Admitiendo esta idea, estaba ya negada la esencialidad: asi esta hipotesis no pertenece á la medicina fisiológica. Pero supóngase de que esta opinion sea real, y que esté probada; la asercion de Mr. Broussais (esto es que las fiebres en general dependen de una inflamacion) no probará cosa alguna en favor de la localidad; porque se preguntaría si la causa de la inflamacion no es tambien la de la fiebre; y en la afirmativa, estos dos fenómenos no serian el uno y el otro mas que el resultado de una causa general, la alteracion de los fluidos, cuya accion se fija á preferencia sobre un órgano. Convengo sin embargo en que una flegmasía puede ser primitiva: tal será, por egeemplo, la ocasionada por un golpe, por una caida, ó por cualquiera otro agente externo. Si llegan á venir síntomas febriles, deben mirarse como el efecto de la reaccion de los sólidos sobre los fluidos, la que pasa á accionar sobre todos los sistemas en general. La inflamacion no debe considerarse como local, mas que cuando su accion ó la de la cau-

sa que la ha determinado no pasa del órgano que ha afectado. Segun esto, es del mayor interes, el distinguir la inflamacion local sin fiebre, de la que ofrece síntomas generales caracterizados por ella: asi pues, la fiebre y la inflamacion son dos modos morbosos muy distintos, que pueden existir uno sin el otro, y complicarse juntamente. Si las fiebres dependiesen siempre de una inflamacion, constantemente nos demostraria la autopsia su existencia; y si el mismo Mr. Broussais conviene en que no siempre ofrece vestigios que la hagan conocer ¿En qué fundamentos apoya su existencia, cuando falta el único que podria presentar? Nunca se debe emitir una proposicion sin probarla, pero esto es lo que Mr. Broussais no puede hacer. Las calenturas se presentan pues con fenómenos *sui generis*, aislados de los que presentan las inflamaciones; es por lo tanto esencial el hacer dos clases de ellas para no confundir estas dos afecciones diferentes.

DUODECIMA PROPOSICION.

CXLII y CXLIII. La viruela empieza por una gastro-enteritis, reemplazada por la flegmasia cutánea; la que se reproduce en la confluyente desenvolviendo la calentura que se ha llamado *secundaria* ó de *supuracion*. El sarampion y la escarlatina principian tambien del mismo modo, juntándosele á mas un catarro ocular, nasal, gutural, ó bronquial agudo.

Respuesta. La viruela como casi todas las fiebres eruptivas, se anuncia por náuseas, estornudos, coriza, lagrimeo, y dolores de cabeza con adormecimiento ó modorra; pero estos no son síntomas de gastro-enteritis. La mayor prueba de esto es que administrado un emético en el principio aun antes de la erupcion, la facilita y destruye todos los síntomas gástricos. Otra prueba es, que he abierto un cierto número de niños muertos á consecuencia de la viruela confluyente, y no he encontrado vestigio alguno inflamatorio: la muerte, en estas circunstancias, es debida á que el humor

varioloso, no saliendo del todo ó bien retrópeándose destruye la vitalidad de los fluidos. También hay casos en que faltan los síntomas gástricos en la viruela y sarampion, y en ellas conservan los niños el apetito, y toman alimentos sin que les resulte perjuicio alguno. ¿En estos casos se puede en razon admitir la existencia de la gastro-enteritis? En aquellas circunstancias graves, en las que en los niños la erupcion es difícil, y por el mismo hecho se ven amenazados de un gran peligro, he obtenido siempre los mejores efectos del emético; al paso que he notado que el empleo de la sangria, haciendo desenvolver una atonia profunda, impedia la erupcion variolosa, y determinaba síntomas adinámicos. El sarampion está colocado en la misma línea: esta erupcion presenta menos síntomas gástricos que las viruelas, y no presenta fenómeno alguno que pueda hacer presumir una inflamacion del estómago. Su principio está precedido las mas veces de toz seca, gutural, con coriza, y lagrimeo mas ó menos pronunciado; la garganta se presenta roja, é inflamada; la respiracion entre-cortada, acelerada y con ruido, el pulso frecuente, vivo, concentrado, y la erupcion se verifica al cabo de algunos dias. Algunas veces se verifica espontáneamente, y sin síntomas precursores. El mes de Febrero de 822 reinó epidémicamente en Versalles por espacio de tres meses el sarampion, y siguió invariablemente la marcha que acabo de diseñar. La proporcion en que son atacados los dos sexos, es de ocho niñas para cada dos niños. De cerca de cuarenta que asisti murieron cuatro: que son los que he citado mas arriba. El tratamiento que seguí fué el mas simple: los primeros dias prescribia la dieta, hacia ventilar varias veces las habitaciones, les ponia el agua de cebada con miel á pasto, y daba caldos de tiempo en tiempo; á los tres ó cuatro dias concedia el jugo de las ciruelas y aun daba á chupar las mismas ciruelas. Aumentaba los alimentos á proporcion de la disminucion de los síntomas, y daba un minorativo cuando desapare-

cia la erupcion. Observé que los que no se purgaban inmediatamente eran molestados mucho tiempo por una toz incómoda la que cesaba á beneficio de un minorativo ligero tal como el maná.

DECIMA TERCIA PROPOSICION.

CXLIV y CXLV. La hipocondria, la mayor parte de las dispepsias, las gastrodinias, las gastralgias, pirosis, cardialgias y todas las bulimias son efectos de una gastro-enteritis crónica.

Respuesta. Todas estas enfermedades, ó mejor dicho, todos estos síntomas de enfermedades, han sido hasta el presente el escollo en que se han estrellado todos los médicos; pero estaba reservado á Mr. Broussais, el desenredar este caos, levantando el grito, y pronunciando atrevidamente que estos fenómenos son debidos á una gastro-enteritis crónica. Este médico creyó haber disuelto el nudo gordiano; probemos que está muy léjos de ello.

Casi todos estos síntomas (porque no son enfermedades primitivas) son efectos de profundas afecciones de los órganos de la digestion. En buen hora que estas afecciones puedan haber estado precedidas de inflamaciones antiguas, pero no las reconocen por causas; son sí, debidas á las alteraciones de los humores que se reparten y descansan en estos órganos, que alteran su textura y causan en ellos el infarto de las vísceras secretorias, y en seguida todos los fenómenos que han recibido varias denominaciones, segun el sentimiento desagradable que hacen experimentar. Así es como una secrecion de la bilis, alterada con el jugo pancreatico, y el muco intestinal, producirá una reunion de humores ácras en el estómago y los intestinos; estos humores, ora bien ácidos, ó alcalinos, irritando las paredes del estómago y de las vísceras, produzcan en ellas los efectos precitados en esta proposicion. Las mas veces los hace desaparecer la evacuacion de estos humores, y si

bien se reproducen, es á causa de la tendencia que estos mismos humores tienen á volver á tomar el mismo carácter, en razon de la cualidad de la sangre que los segrega. Cuando estos humores por su acritud han producido en los órganos profundas impresiones, á las que se han seguido engurgitaciones pronunciadas, resulta una atonia en las partes, se pierden las fuerzas digestivas y se altera la asimilacion. Entonces es necesario juntar á los evacuantes, á los eméticos, los tónicos y los amargos, en fin todo lo que pueda dar tono á los órganos y restablecer las funciones que se hallan interrumpidas: suponiendo que no haya desorganizacion, porque en este caso es imposible la curacion: He demostrado en el curso de esta obra el efecto de los humores sobre los sólidos, y he apoyado mis opiniones en hechos; he invocado muchas veces la autoridad del inmortal Bichat, y no tengo miedo de asegurar, segun mi propia experiencia, que la mayor parte de las enfermedades son debidas á la alteracion de los fluidos, que los fenómenos que de aquí resultan, son debidos á la reaccion de ellos sobre los sólidos, y que las irritaciones que producen no son de modo alguno inflamatorias, por cuanto la evacuacion de dichos humores conduce casi siempre á la curacion.

DECIMA CUARTA PROPOSICION.

CLXXI. No expresando la palabra tisis pulmonal, mas que la desorganizacion que es el producto de la flegmasia del parenquima pulmonal, no puede aplicarse á esta flegmasia. Es mejor llamarla pneumonia crónica, especificando por cual de los tegidos de la viscera ha empezado.

Respuesta. Siendo la pneumonia una inflamacion aguda del pulmón, que recorre sus períodos en un tiempo pronto y determinado, no puede confundirse con la tisis pulmonal, cuya esencia inflamatoria no está probada. Considerando esta enfermedad en su marcha lenta, en la irritacion prolongada, el enflaqueci-

miento sucesivo y graduado que se verifica en su curso, primero sin fiebre, y despues con síntomas febriles de un carácter particular, en el órgano primitivamente afectado, el *lárinx*, y sucesivamente la traquearteria, los bronquios, el tegido celular que rodea las glándulas de que se componen los pulmones, y la misma masa pulmonal, se convencerá uno de que estas enfermedades no tienen relacion alguna entre sí, y de que no pueden tratarse del mismo modo. Si á lo que acabo de decir juntamos el carácter contagioso de la pulmonía, nos penetrarémós mas de esta verdad. Nada autoriza el cambio de nombre que quiere introducir Mr. Broussais, y bajo este concepto la tisis pulmonal y la pneumonia formarán siempre dos entidades particulares.

DECIMA QUINTA PROPOSICION.

CLXXIX. Las escrófulas son irritaciones de los tegidos exteriores, en los que predomina la parte albuminosa de la sangre; pero como el calor es poco considerable en ellas, y no existe nunca la rubicundez, se las puede distinguir por una expresion particular. ¿Convendrá la de sub-inflamacion?

Respuesta. Las escrófulas son el resultado de una accion deletérea, *sui generis*, de los fluidos sobre los sólidos, debida á la pérdida que han experimentado estos de una parte de su vitalidad, pero que no es la misma que la que experimentan en las otras afecciones morbosas que se conocen con el nombre de *virus*. Si los efectos que resultan de ella se pueden caracterizar de irritaciones, como dice Mr. Broussais, estos fenómenos son interiores; y los que exteriormente sobrevienen son consecutivos á los primeros. Así los huesos, las glándulas linfáticas de las vísceras, se hallan afectadas profundamente en esta enfermedad, la albúmina parece que abunda ó predomina en ella solo porque hay falta de asimilacion de la gelatina y de las otras sustancias que forman la sangre: de donde

resulta una atonía general en los sólidos, que no recibiendo ya de la sangre los principios que necesitan, sufren una desorganizacion lenta, á corta diferencia semejante á la que produce la tisis pulmonal. Así es que resultan de ella enormes depósitos consecutivos, acompañados de una calentura lenta ética que hace perecer á los enfermos.

La carie de los huesos es uno de los fenómenos mas pronunciados; parece que esta afeccion se fija con preferencia sobre este tegido. Mr. Broussais ha admitido ya el escorbuto como no inflamatorio; y aquí se ve obligado á substraer á las escrófulas de la denominacion de sus inflamaciones; y para caracterizar esta afeccion, propone la palabra sub-inflamacion, que ciertamente no puede convenirle, pues que la sub-inflamacion no puede ser mas que una ligera modificacion de la inflamacion, y las escrófulas estan exentas de todos los fenómenos inflamatorios, y son el producto de una atonía general, inferida en los tegidos por la sangre que se encuentra despojada de una parte de su vitalidad. Esta proposicion nos manifiesta lo atollado que se encuentra Mr. Broussais; ya ha separado á las escrófulas y al escorbuto de las inflamaciones. Con pocas afecciones de este género que se encuentren ¿qué haremos de su gastro-enteritis?

DECIMA SEXTA PROPOSICION.

CCLXII. Siempre es peligroso no cortar una inflamacion en su principio, porque las crisis son esfuerzos violentos, y con frecuencia peligrosos, que despliega la naturaleza para librar á la economía de un peligro grande; es pues útil prevenirlas, é imprudente esperarlas.

Respuesta. Casi nunca está en las manos de uno el contener el curso de una inflamacion. Las depresiones sanguíneas muy abundantes producen un cambio mas pernicioso á veces que la enfermedad primitiva; conducen á los enfermos á una extrema postra-

cion y alguna vez á la adinamia, y dado caso que superen á la enfermedad quedan esclavos de una penosa convalecencia.

He visto algunos flemones pasar al estado de gangrena despues de la aplicacion de algunas sanguijuelas. En el capítulo anterior he presentado egemplos de la misma naturaleza en la observacion de la Sra. Senechal; mientras que otros por el contrario, tratados por los medios mas simples, sin emisiones sanguíneas, han salido de su mal del séptimo al catorceño dia sin accidente alguno.

En el curso de una larga práctica he empleado muy poco las sanguijuelas, aun en los casos de pleuresias, peripneumonias, y equinancias. No niego por esto el que haya muchos casos en que pueden ser muy útiles. Pero esto no será prodigándolas á troche moche, como lo aconseja Mr. Broussais, sin tener consideracion á los diversos grados, á las complicaciones, y á las crisis saludables provocadas muchas veces por la naturaleza. Vale mas, en todo caso, curar con medios simples, que jugar al gana-pierde como dice Mr. Broussais, empleando un tratamiento desordenado, é intempestivo que trastorne el orden natural, y que es siempre seguido de los mas graves accidentes.

DECIMA SEPTIMA PROPOSICION.

CCLXIII. De cuatro medios nos podemos valer para cortar las inflamaciones: el debilitante, el revulsivo, el tónico fijo, y el estimulante mas ó menos difusivo.

DECIMA OCTAVA PROPOSICION.

CCLXIV. Los debilitantes propios para contener las inflamaciones son, la sangria, la abstinencia, y las bebidas emolientes y aciduladas; pero la sangria es el mejor de todos.

Respuesta. De todos los medios propuestos por Mr. Broussais la sangria es el menos oportuno las mas

de las veces: los otros son indispensables. Instruido, como lo tengo repetido, por una larga y feliz experiencia, empleo muy poco la sangria, que prefiero á las sanguijuelas.

DECIMA NONA PROPOSICION.

CCLXVI. No hay inconveniente alguno en continuar la sangria hasta el síncope en las inflamaciones recientes de los sujetos que estaban sanos antes de la enfermedad: en los casos contrarios seria exigir del enfermo, por está práctica, un sacrificio, del que seria incierto que pudiese obtener resarcimiento. Lo mismo se puede decir de la completa abstinencia de alimentos y de su prolongacion. Las hemorragias de las sanguijuelas con frecuencia llegan á ser excesivas en los niños, y en los jóvenes cuya piel es sanguínea, y cuyo corazon es muy enérgico. Debe pues detenerse el flujo de las picaduras en el instante que se perciba el desfallecimiento.

Respuesta. Toda especie de inflamacion, exceptuando muy pocas, se puede curar fácilmente sin sangria. Los anti-flogísticos, los dulcificantes y la dieta, son los medios mas eficaces. Es mas que imprudencia el usar la sangria hasta el síncope. Tampoco debemos ser muy rígidos en la dieta, porque la experiencia nos acredita que de cien individuos apenas habrá diez que la resistan. En una de las observaciones anteriores, se ha visto un ejemplo del abuso de las sanguijuelas en un niño, y del resultado de sus picaduras abandonadas así mismas. Los niños tienen mas necesidad, que alguno otro, de su sangre, porque las reparaciones que dá este fluido estan en compensacion con el crecimiento y las pérdidas que experimentan. Es preciso ser económico de este reparador. Hay muy pocas ocasiones en que se empleen las emisiones sanguíneas con provecho, y en los niños siempre son perjudiciales.

VIGESIMA PROPOSICION.

CCLXVII. Las sangrias locales son comunmente dañosas en las flegmasías antiguas de las principales vísceras cuando no hay superabundancia de sangre en la economia. Es raro que no aumenten entonces la congestión; es pues preferible abstenerse de ellas, ó practicarlas á alguna distancia del punto principal de irritación.

Respuesta. Mr. Broussais falta en este punto á sus principios; para esto es menester que admita dos irritaciones diferentes, una en la que halla pletora, y otra en la que por el contrario, predomine la atonia, pues la congestión no puede ser mas que el resultado de una debilidad orgánica. Esta es una de las inconsecuencias de su sistema.

VIGESIMA PRIMA PROPOSICION.

CCLXVIII. Las sangrias generales ó locales practicadas en una persona que tiene poca sangre, determinan siempre mucha ansiedad, aumentan las congestiones viscerales, y producen con frecuencia las convulsiones y la calentura.

Respuesta. Esta proposición es una consecuencia de la precedente: solo que encuentro digno de admiración que Mr. Broussais haga nacer las congestiones y la fiebre del mismo medio que tan á larga mano emplea para destruirlas ¿y cómo no siendo la calentura (según su sistema) mas que un producto de una inflamación, puede, según él, producirla la sangría?

VIGESIMA SEGUNDA PROPOSICION.

CCLXXII. Las sanguijuelas colocadas en la parte inferior del cuello entre las inserciones de los músculos externo-mastoideos, quitan el catarro bronquial, y previenen la tisis pulmonal. Este medio es eficaz en los catarros que acompañan al sarampion, y que sin él producirían algunas veces una estrangulación mortal.

El aspecto purulento de los esputos, no suministra entonces contra indicacion alguna.

Respuesta. Toda emision sanguínea me ha parecido siempre perjudicial en todo catarro. Provoca la congestion humoral pulmonal, y determina la tisis. La experiencia me ha confirmado en esta opinion relativamente á los catarros brónquicos.

La tos que se observa en el sarampion no es catarral, es producida por el engurgitamiento de la tráquea causada por los granos del mismo sarampion que se encuentran en ella. Esta tos por lo general disminuye á medida que la erupcion se presenta: sin embargo se prolonga algunas veces durante el curso de la enfermedad, y aun despues de la curacion. En el primer caso la calman los dulcificantes, tales como el uso de un lok gomoso, y en el segundo cede con tanta mas facilidad á los evacuantes, cuanto mas cerca de la terminacion de la erupcion se administran. Las mas veces basta el maná, como lo he dicho mas arriba, para conseguir este fin.

VIGESIMA TERCIA PROPOSICION.

CCLXXIII. Las sanguijuelas aplicadas al rededor de las clavículas, y bajo las axilas detienen los progresos del catarro que acaba de introducirse en el lobulo superior, y que produciría infaliblemente la tisis pulmonal. Un sonido apagado, ó menos claro repentino, anuncia que el catarro ha penetrado en el parenquima, é indica que es necesario insistir en las sangrias locales.

Respuesta. Es muy fácil curar en hipótesis; si siempre que Mr. Broussais ha aplicado sanguijuelas al rededor de las clavículas en las afecciones catarrales, se figura que ha curado y evitado la tisis, no le faltarán aserciones de este género. Pero desgraciadamente la experiencia, cuando hay una verdadera predisposicion á la tisis, no acredita que el uso solo de las sanguijuelas pueda contener esta tendencia. Con el fin

de desengañarme de si era cierto el precepto de Mr. Broussais, sometí á él á una muger de treinta años, que despues de una prolongada lactacion, fué atacada de un catarro con todos los síntomas de tisis pulmonal. Le apliqué sucesivamente en distintos sitios del pecho las sanguijuelas, y agregué el uso de los dulcificantes y del lichen, cuando al cabo de tres meses de tratamiento murió la enferma. Una jóven de veinte años atacada de los mismos síntomas, y sometida á distintas aplicaciones de sanguijuelas murió á los seis meses de tratamiento. Una tercera de veinte y cuatro años que dirigía al mismo tiempo, no ha experimentado alivio alguno, y al fin tuvo el mismo término que las anteriores: mientras que una cuarta que habia adquirido dicha enfermedad por via de contagio, vive en el dia (1); y hace mas de un año que está al uso del jarave hidrocianico del Dr. Magendie, y aun parece ofrecer una completa curacion. He remitido á la academia de Paris esta observacion acompañada de otras muchas sobre la naturaleza contagiosa de la tisis pulmonal.

VIGESIMA CUARTA PROPOSICION.

CCLXXIV. Las sanguijuelas aplicadas al epigastrio detienen mejor la gastritis que las que se aplican al ano; pero estas últimas son el remedio mas eficaz de la colitis.

Respuesta. En una verdadera gastritis he reconocido la utilidad de las sanguijuelas aplicadas al epigastrio. Es casi el único caso en que he observado esta eficacia tan decantada: y este es el motivo de porque las he empleado siempre que he tenido que combatir esta inflamacion.

VIGESIMA QUINTA PROPOSICION.

CCLXXV. Cuando la colitis resiste á las sangui-

(1) año de 1823. N. del T.

juelas aplicadas al ano, y se distingue un punto de dolor y de tumefaccion en el trayecto del cólon: una nueva aplicacion de sanguijuelas en este lugar, ó las ventosas escarificadas terminan la enfermedad.

Respuesta. La mayor parte de los cólicos por intensos que sean, son muchas mas veces nerviosos que inflamatorios: y entonces ceden á los anti-espasmódicos, y á las fomentaciones emolientes. Con mucha mas frecuencia aun son determinados por una superabundancia gástrica: y me ha sucedido muchas veces que despues de haber empleado alternativamente y sin provecho, las sanguijuelas, las sangrias, y todas las aplicaciones posibles, he conseguido una pronta curacion con el uso de un emético. En efecto en mí mismo he experimentado la eficacia de este medio, una ocasion en que atacado de un cólico violento, que llevaba veinte y cuatro horas de duracion, sin alivio alguno apesar de haber usado y agotado todos los medios conocidos; tomé dos granos del emético, y como por encanto cesó el dolor, y arrojé una cantidad abundante de unos materiales ácrs y ácidos. Desde entonces no empleo mas que este medio y siempre con suceso.

VIGESIMA SEXTA PROPOSICION.

CCLXXVI. Quitar las colitis incipientes por las aplicaciones de sanguijuelas en sitios convenientes es destruir las epidémias de las disenterías.

Respuesta. Nada cuesta esto á Mr. Broussais: con dejar correr la pluma hace milagros. Hago los votos mas valederos porque el tiempo nos confirme este alagüeño anuncio.

VIGESIMA SEPTIMA PROPOSICION.

CCLXXVII. Las anginas tonsilares, faringéas, ó laringo-traqueales, tales como la membranosa de la laringe, y la toz convulsiva, ceden mejor á las sangrias locales, que al emético que las exaspera frecuentemente, sobre todo cuando hay pletora ó gastritis.

Respuesta. Todas las anginas ceden con mas facilidad al emético que á las sangrias locales, cuyo uso casi nunca evita que se vea uno obligado á dar este remedio: en vez de que dando el emético, rara vez hay necesidad de aplicar despues las sanguijuelas. Los casos de angina membranasea de la laringe que he visto desgraciarse han sido aquellos en los que empleé con preferencia estas aplicaciones.

He colectado un cierto número de observaciones de dichas anginas que demuestran la eficacia del vomitivo y del sulfuro de potasa. Muchas de ellas he remitido oportunamente á la sociedad médica de emulacion. De nada he conseguido tantas ventajas en el coqueluche como del vomitivo, y tengo observado que en esta enfermedad debilitaban las sangrias á los niños y los predisponian á afecciones mas graves, tales como los engurgitamientos linfáticos ect.

VIGESIMA OCTAVA PROPOSICION.

CCLXXIX. Las ictericias que casi siempre dependen de una gastro-duodenitis, ó de una hepatitis, se curan con las sanguijuelas aplicadas entre el epigastrio y el hipocondrio, con tal que se siga el uso de los dulcificantes, y un régimen apropiado.

Respuesta. Casi nunca dependen las ictericias de una inflamacion: son si debidas á una modificacion morbosa que se verifica en las funciones secretivas del higado. El duodeno y el estómago no se hallan afectados mas que consecutivamente, é irritados por la bilis que se encuentra en ellos abundante y degenerada. El emético y los evacuantes me han probado siempre en estas afecciones; tambien he conseguido buenos efectos de las limonadas nítricas. El mes de Junio último he asistido á una muger que tenia una ictericia con endurecimiento en el hígado, hacía mucho tiempo que padecia esta ictericia; ensayé las sanguijuelas en el hipocondrio, se desenvolvió la fiebre y aumentó el color ictérico. Trató de alimentarse y se ma-

nifestaron síntomas gástricos, tales como la cefalalgia intensa. Se puso amarga la boca, sobrevinieron náuseas, y la lengua se presentó cubierta de una crápu-la amarillenta, todo esto me determinó á administrar-le un vomitivo, el que produjo una abundante eva-cuacion de bilis amarilla que la alivió mucho, é hizo mas claro el color; en seguida la sometí, por tres dias, al uso de una tipsana compuesta de diente de leon y de regaliz. Se vió de nuevo atacada de náuseas y por sí misma pidió un segundo vomitivo que no le negué; produjo deposiciones biliosas abundantes por una y otra via. Le di despues una purga compuesta del sul-fate de sosa, las ojas del sen y del jarabe de espino serval; la tomó y desde entonces se sintió perfecta-mente buena. Podria citar infinidad de egemplos de esta naturaleza si no temiera ser demasiado largo y exceder los límites que me he prescripto.

VIGESIMA NONA PROPOSICION.

CCLXXVIII. Los síntomas biliosos, mucosos y otros llamados saburra gástrica se curan mas pronta-mente y con mayor seguridad por las sanguijuelas apli-cadas al epigastrio, ó solamente por la abstinencia y por el agua, que con los eméticos.

Respuesta. Quien todo lo quiere probar, nada prue-ba. Quien quiera desenvolver ictericias, engurgitamien-tos en el higado ó en otras vísceras de parenquima, pirosis, cefalalgias etc., que empleé las sanguijuelas. Con su uso, se crearán síntomas adinámicos en una calentura biliosa ó meningo-gástrica. Quien, por el contrario, quiera curarlas prontamente, *tuto, cito et ju-cunde*, que use de un emético y no tema que le acarree inconveniente alguno.

Mr. Broussais ha terrorizado tanto con su fanto-ma de irritacion, que apenas se atreven sus discípulo-s á administrar una corta dosis de ruibarbo en una ligera saburra estomacal, de miedo de no despertar ó

aumentar los progresos de esta irritacion que tienen continuamente á la vista como un espantajo.

TRIGESIMA Y TRIGESIMA PRIMA PROPOSICION.

CCLXXX y CCLXXXI. Siendo la fiebre que se llama de incubacion de las flegmasías cutaneas agudas, y la calentura secundaria de la viruela confluyente, el efecto de la erisipela producida por las pustulas, puede moderarse y algunas veces evitarse por las sangrias practicadas en la fiebre de incubacion.

Respuesta. Esto está en contradiccion con las proposiciones 142 y 143, en las cuales atribuye Mr. Broussais estas fiebres á una gastro-enterítis.

(Véanse estas proposiciones y sus respuestas.)

TRIGESIMA SEGUNDA PROPOSICION.

CCLXXXIII. No siendo la calentura llamada adinámica, que sobreviene en la viruela confluyente, mas que una gastro-enterítis producida por la erisipela cutanea, puede evitarse por los medios que detienen los progresos de esta erisipela.

Respuesta. Léjos de evitar las calenturas adinámicas que vienen á complicar las viruelas confluentes, por las emisiones sanguíneas, se la provocan. La experiencia me ha demostrado que son perjudiciales en todas las erupciones en general, y que hay pocas circunstancias en que pueden ser útiles.

TRIGESIMA TERCIA PROPOSICION.

CCLXXXIV. Siendo las lombrices que acompañan á las gastro-enterítis agudas efectos de estas flegmasías, no exigen remedios particulares, y se expelen por la naturaleza despues de concluida la inflamacion.

Respuesta. Si las lombrices que existen en los intestinos ó el estómago son el producto de las gastro-enteritis, ¿qué de gastro-enteritis ambulantes habrá!

Todos los médicos saben que en ciertos países, no hay individuo joven ó viejo, muger ú hombre, que no las tenga. Nunca he visto en la Normandia enfermo alguno que no las tenga, y aun los sanos las tienen como si padeciesen la gastro-enterítis mas intensa. En general las lombrices que se encuentran complicando una enfermedad, existian antes del desenvolvimiento de esta, y son como ella misma un efecto del mal estado de los humores.

TRIGESIMA CUARTA PROPOSICION.

CCLXXXVI. Las reliquias del sarampion son inflamaciones de los bronquios del pulmon ó de las vias gástricas, y no exigen otro tratamiento que el de estas inflamaciones.

Respuesta. Que se sangre á los niños ya abatidos por ocho, diez y á veces mas dias de enfermedad y se verá el resultado. Estas reliquias no son inflamatorias, son debidas á una ligera irritacion causada por un ligero engurgitamiento humoral, que se desvanece purgando suavemente al convaleciente. (*Véase la proposicion CXLII.*)

TRIGESIMA QUINTA PROPOSICION.

CCLXXXVII. Los eméticos no curan las gastro-enterítis sino por la revulcion, y las evacuaciones críticas que provocan; su efecto es pues incierto en los casos ligeros, y en los graves siempre son peligrosos, porque nunca dejan de aumentar la inflamacion. Lo mismo sucede con los purgantes.

Respuesta. Si Mr. Broussais habla de una verdadera gastro-enterítis, convengo; pero en las demas circunstancias, comete un error. Toda irritacion gástrica, provocada por la presencia de humores ácrs, cederá constantemente á un vomitivo; las sanguijuelas por el contrario agravarán la enfermedad, y aun demasiado felices seríamos si se pudiesen contener sus estragos

con un emético que se habria debido emplear con preferencia.

TRIGESIMA SEXTA PROPOSICION.

CCLXXXVIII. Los vejigatorios aumentan frecuentemente las gastro-enteritis, porque la irritacion que producen aumenta la de la mucosa digestiva en lugar de causar su revulsion: luego no hacen los servicios que se esperan de ellos en el grado de estas enfermedades que se designa con el nombre de calentura adinámica.

Respuesta. Siempre he experimentado una ventaja de la aplicacion de los vejigatorios en las calenturas adinámicas: cualquiera que sea el período de la enfermedad, obran no solo como revulsivos de los humores ó fluidos morbosos, procurando su evacuacion crítica, sino aun restableciendo la sensibilidad muchas veces apagada: y aunque pretenda Mr. Broussais haber encontrado la panacéa universal en las sangrias, la aplicacion de los vejigatorios es mucho mas ventajosa. He observado que en los primeros períodos de una calentura adinámica no obran efecto alguno en el principio: pero luego que empiezan á supurar es un signo de alivio que muy rara vez engaña.

TRIGESIMA SEPTIMA PROPOSICION.

CCLXXXIX. Los vejigatorios exasperan por lo comun las inflamaciones de los diferentes tegidos del pulmon, sean agudas ó crónicas, cuando se les aplica antes del tratamiento anti-flogistico; pero despues de las sangrias repetidas, operan la revulsion muy eficazmente.

Respuesta. Muchas veces he aplicado un vejigatorio en las pleuresías, y su aplicacion ha sido seguida de la cesasion súbita del dolor. En las pneumonias es muchas veces saludable su aplicacion hecha en puntos distantes al afecto, como en las piernas ó muslos por egemplo. Ordinariamente no empleo este

medio, como tampoco la sangría, mas que cuando la gravedad de los síntomas me obligan á ello; y apesar de todo, curo á mis enfermos.

Lo que acabo de emitir no se apoya en un *dicen* ni en observaciones ajenas, sino en hechos que he confirmado, y que me son propios.

TRIGESIMA OCTAVA PROPOSICION.

CCXC. El estómago es un órgano que necesita ser estimulado para sostener por medio de las simpatías que despierta el grado de irritacion necesario para el egercicio de las funciones; pero debe serlo en un grado y de un modo convenientes á su vitalidad porque es el asiento del sentido interno regulador de la economía.

Respuesta. Cuando el estómago está en estado de sanidad jamas tiene necesidad de ser estimulado. Una sobre escitacion podria ser perjudicial, y haria desenvolver accidentes nerviosos ó inflamatorios. Mr. Broussais está aquí en contradiccion consigo mismo: despues de haber hecho del estómago el sitio de las gastro-enteritis permanentes, y por consecuencia el mas susceptible de nuestros órganos, nos dice con gravedad que el estómago necesita ser escitado para sostener sus funciones. ¿No es esto ridículo? Todo el mundo sabe que esta entraña egerce un papel de los mas importantes en las funciones asimilatrices de la economía; pero que este papel lo debe á la sangre y á los nervios, y que á la accion vital de este primer fluido, y á la accion secundaria de los nervios es deudora de sus propiedades. Segun esto, si la sangre se encuentra modificada, obrará sobre los nervios, y su accion simultánea producirá el desarreglo del estómago. Si en toda especie de enfermedad, la afeccion que resulta de este cámbio es una gastro-enteritis ¿en qué circunstancia pues habrá necesidad de que este órgano sea escitado? Hagámos abstraccion de las gastro-enteritis, remitámoslas á su lugar, y veremos como representan un papel menos importante que aquel que quiere dar-

les Mr. Broussais. Es cierto que el estómago peca muchas veces por inercia, por una irritacion nerviosa, y algunas veces por inflamacion; pero estos diferentes modos son efectos secundarios, y piden uno los tónicos, los evacuantes otro, y otro por fin los calmantes, algunas veces tambien hay necesidad de asociar estos diferentes remedios para poder triunfar de estas afecciones. La afeccion nerviosa egerce una grande influencia en las afecciones morbosas del estómago y conducto alimenticio, despues de la que es producida por los humores. Con este motivo puedo citar la enfermedad de nuestro compañero el Dr. Tartra, en la que habria sido víctima este médico de la obstinacion en que cayó Mr. Broussais de considerar su enfermedad como una gastro-enteritis, si agotado por una aplicacion de cerca de doscientas sanguijuelas, y viéndose próximo á morir bajo la direccion de este médico exterminador, no hubiese reclamado el socorro de otros muchos compañeros. Mr. Tartra atacado de una afeccion espasmódica de las entrañas, no debió su salud mas que á los calmantes mas enérgicos (la morfina) obstinándose Mr. Broussais en su opinion, y sosteniendo la existencia de la gastro-enteritis queria volver á empezar la aplicacion de las sanguijuelas. No por eso ha dejado de declamar contra los médicos ontologistas que, á pesar suyo, sacaron de los brazos de la muerte á nuestro apreciable compañero.

TRIGESIMA NONA PROPOSICION.

CCXCII. El exceso de irritabilidad del estómago no se manifiesta siempre por el dolor, ni por el vómito, sino mas bien por la violencia de la calentura, por el delirio, por el estupor, y por los movimientos convulsivos: estas simpatías deben bastar al práctico para determinarse á renunciar á los estimulantes.

Respuesta. Es cierto que ni el vómito ni el dolor se presentan siempre en una calentura biliosa que no aparece muchas veces mas que con los sintomas de una simple afeccion gástrica; pero no sucede lo mis-

mo en una verdadera gastritis, en la que siempre se verifican estos fenómenos. Los otros síntomas de que habla Mr. Broussais, tales como el delirio, y el estupor, son fenómenos que pertenecen á otra afeccion, y que pueden sin embargo encontrarse unidos á toda especie de enfermedad formando una complicacion. Mr. Broussais tiene necesidad de un agente secundario para probar sus gastro-enteritis, y recurre para ello á las simpatías. Segun esto, si se ve una persona atacada de una violenta cefalalgia con calentura, somnolencia, y estupor dirá Mr. Broussais: esta es una gastro-enteritis, y los fenómenos que la acompañan no son mas que efectos simpáticos. Si llega á morir el enfermo, y la autopsia en lugar de presentar una lesion en el estómago, la señala en el cerebro, responderá que los vestigios primitivos de la irritacion del estómago han desaparecido despues de la muerte, pero que no por eso dejaba este órgano de haber sido el sitio de la enfermedad, y que la lesion del cerebro no era mas que secundaria, y un efecto puramente simpático. Asi es como este profesor tiene siempre razon. Parece que la hipótesis de las simpatías se creó expresamente para favorecer su sistema: pero como nada real se ha demostrado de las simpatías, y ellas no son mas que el producto de la debilidad de nuestro entendimiento y de nuestra imaginacion, para quien siempre estarán ocultas las primeras causas de nuestra existencia, sirven para hacer juzgar de la solidez de los sofismas del médico fisiologista. Mr. Broussais quiere, arrostrándolo todo, que reconozcamos bajo su simple palabra la realidad de sus gastro-enteritis, apesar de que falten los fenómenos que podrian demostrarlas; quiere tambien que aun cuando nos muestre la evidencia un órgano enfermo y otro sano, deba considerarse el último como el sitio de la enfermedad principal. Esto es fácil para los ignorantes que todo lo creen; pero la sana razon ¿permitirá á los demas el admitir semejante opinion?

Se sabe efectivamente que un órgano ó un tejido cualquiera puede estar afecto primitivamente; que es-

ta afeccion puede en seguida, dejando su primer sitio, pasar á otro sin que el primero conserve vestigio alguno de su lesion. Pero ha habido siempre fenómenos que han indicado con certeza este ataque primitivo, y señalado su transito á un otro sitio. El médico atento que sepa discernir, no se creará autorizado, apesar de este cámbio, á no considerar en su terapeutica mas que la afeccion primitiva: antes bien fijará toda su atencion en la segunda, sin miedo de cometer error. Tambien á veces una enfermedad, sin dejar su tipo primitivo, se complica de síntomas extraños que ofrecen mas peligro que la misma enfermedad. Es aquí necesario, sin temer la reconvencion de Mr. Broussais, hacer la guerra á los síntomas, combatir estos nuevos fenómenos, procurando contener su curso, y solicitar reducir la enfermedad á su simplicidad primitiva; de no obrar así, el enfermo correría gran riesgo. Es un imprudente el médico que considere siempre á un órgano solo como el sitio de una enfermedad, es necesario que se examine el conjunto de la economía enferma, y que esté como un centinela vigilante pronto siempre á acudir con el socorro donde quiera que se presente el peligro.

Con frecuencia se ve uno obligado, en la practica de la medicina, á ordenar medicinas diferentes de las que se habian mandado en la visita anterior: los cámbios que en este intermedio sobrevienen en la economía del enfermo exigen imperiosamente esta conducta. Penetrado de la ventaja de este principio he obrado siempre de este modo. No se entienda por esto, que yo creo que sea necesario remediar todos los síntomas que se presentan en una enfermedad; el entenderlo así es no haberme comprendido. Sin embargo creo que me he explicado en términos de no temer esta imputacion.

CUADRAGESIMA PROPOSICION.

CCXCIH. Atormentado el estómago con los estimulantes, se desembaraza algunas veces de la irrita-

cion, arrojándola sobre los exhalantes y secretorios por medio de las simpatías que naturalmente pone en accion por su destino. Esto explica el porque todas las gastro-enterítis sobre irritadas no son mortales.

Respuesta. Una irritacion local no puede curarse por otra irritacion sino cuando esta última está distante del sitio de la primera; y que obra determinando allí un punto mas doloroso que desvie la afeccion primitiva. Pero jamas se vencerá la irritacion con los estimulantes en una verdadera gastritis, antes por el contrario, morirá infaliblemente el enfermo en quien se usen; á excepcion de algun caso extraordinario que se ve muy rara vez, y que no pueden hacer una ley en medicina. Asi esta proposicion de Mr. Broussais es una confesion tácita de su error. Partiendo de un principio tan reconocido como el de que los estimulantes son esencialmente mortales en las gastritis, se deducirá que los casos en que se curen los enfermos con su aplicacion, no serán gastro-enterítis. Mr. Broussais lo sabe perfectamente; pero no queriendo convenir en ello, echa mano de las simpatías que está destinado el estómago á poner en juego por medio de los absorbentes y exhalantes, para explicarnos á su modo lo que quiere hacernos entender en favor de su sistema.

CUADRAGESIMA PRIMA PROPOSICION.

CCXCIX. En las gastritis, y gastro-enterítis crónicas no complicadas de colitis se obtiene algunas veces la curacion combatiendo la constipacion por los celomelanos y por las sales néutras; pero esto es solo en los casos de ligeras flegmasías, porque si son inveteradas y profundas, y si sobre todo se halla la viscera expuesta á la desorganizacion, esta cura es solo paliativa, asi como tambien las demas que se intentan con los otros estimulantes.

Respuesta. Es difícil saber cuales son las enfermedades que Mr. Broussais quiere designar en esta proposicion; porque casi todas las enfermedades cró-

nicas de las vísceras abdominales, exceptuando las diarreas y disenterías, estan siempre acompañadas de constipacion mas ó menos prolongada, que está uno en la precision de combatir con las sales néutras, ú otros evacuantes. Pero esto no supone que estas diversas afecciones tan diferente por su causa y su sitio, sean gastro-enterítis. En efecto la mayor parte de las afecciones crónicas de las vísceras ofrecen en general la debilidad de estos órganos: asi la constipacion que es hija de una falta de contractilidad orgánica, debe combatirse con los evacuantes excitantes.

En las afecciones del colon, en las que sus paredes se hallan fuertemente distensas por los gases (lo que dá lugar á lo que se llama cólico) es necesario variar los medios segun la causa que se presume. Asi es necesario emplear ya los calmantes simples, ya los opiados, y con mucha mas frecuencia los evacuantes y los eméticos: este es un hecho que todos los dias confirman los médicos en su práctica, y que destruye la proposicion de Mr. Broussais. La abertura de los que han muerto de afecciones crónicas ofrece, como los que mueren de enfermedades agudas, rara vez vestigios de flegmasías. Sin embargo repito aqui (como lo he dicho en otra parte con ocasion de las enfermedades agudas) que no excluyo este modo mórbido, porque puede existir como todos los otros en estas afecciones.

CUADRAGESIMA SEGUNDA PROPOSICION.

CCC. La irritacion hemorroidal es frecuentemente efecto de una gastritis, ó de una gastro-enterítis crónica, y debe tratarse por los mismos medios.

Respuesta. Es verdaderamente querer llevar la mania de la gastro-enterítis un poco mas lejos, admitirla como causa de las hemorroides: si esto fuese asi sería necesario confesar que los dos tercios del género humano son presa de la gastro-enterítis. Pero como la experiencia nos demuestra, sin cesar, que se puede comer bien, beber mejor, y llenar todas las funciones

con esta incomodidad, cuyo flujo periodico se hace muchas veces saludable, y que vemos por el contrario, que las flegmasías viscerales producen los mas graves accidentes, nos vemos en la precision de desterrar la existencia y el influjo de la gastro-enteritis de las afecciones hemorroidales.

CUADRAGESIMA TERCIA PROPOSICION.

CCCVII. El que no sepa dirigir la irritabilidad del estómago, jamás sabrá tratar ninguna enfermedad. El conocimiento de la gastritis y de la gastro-enteritis es pues la llave de la patologia.

Respuesta. Para ser buen médico no se necesita mas que creer á Mr. Broussais y á sus palabras: y confieso que seria muy fácil el hacerlo, si consistiese en esto el ponerse en estado de practicar con suceso. Pero ¿no ha probado Mr. Broussais su ignorancia ó temeridad en el tratamiento á que sometió al Dr. Tartra? ¿Cómo pues hemos de creer en sus milagros? ¿Qué puede deducirse de todo esto? Que sus gastro-enteritis en el sentido que él las entiende no son mas que quimeras que atestigüarán siempre sus malos sucesos. Que se confronten estos diversos axiomas de Mr. Broussais. El estómago es un órgano que tiene necesidad de ser exitado: y en otra parte. El estómago está dotado de un exceso de irritabilidad que es menester conocer bien para tratar las enfermedades. Juzgo que Mr. Broussais nos trata como á niños que se les hace creer todo lo que se quiere.

CUADRAGESIMA CUARTA PROPOSICION.

CCCVIII. Cuando las inflamaciones pulmonales han resistido á los antiflogísticos, y á los vejigatorios se les puede combatir todavia con eficacia con los cáuterios, los sedales, y los moxas colocados lo mas inmediato que se pueda del mal. Pero no sucede siempre lo mismo con las flegmasías mucosas del canal digestivo.

Respuesta. Las inflamaciones agudas de los pulmones deben tratarse con los anti-flojísticos y los exuntorios, aplicados á distancia del sitio principal de la enfermedad. Cuando estos diferentes medios son acompañados de suceso, suponen un engurgitamiento humoral sobre estos órganos, que derivan los exuntorios. La sangría se emplea muchas veces en ellos con ventaja: pero nadie podrá negarme que he curado muchos mas enfermos sin emision de sangre, que con este medio que no acostumbro usar mas que muy rara vez. Convengo no obstante en que hay circunstancias en las que sería reprehensible el facultativo que no la usase. Pero será siempre perjudicial este medio en los catarros antiguos, en los que hay asma, ó una tendencia al hidro-tórax. En la tisis pulmonal aumentaría la debilidad, y facilitaria la destruccion del órgano. Los sucesos diarios que se obtienen del empleo de los diferentes medios de que habla Mr. Broussais se hallan tan patentizados, que no los quiere contestar, y no se porque los excluye Mr. Broussais del mismo tratamiento de las diferentes inflamaciones que padecen las visceras abdominales.

CUADRAGESIMA QUINTA PROPOSICION.

CCCX. Las hepatitis crónicas se palian algunas veces con los eméticos, los purgantes, los calomelanos, y los jabonosos; pero rara vez se curan de otro modo que por la perseverancia de un régimen dulcificante por los revulsivos, y los cauterios colocados cerca del órgano afecto.

Respuesta. Las enfermedades crónicas del higado, sus engurgitamientos son afecciones atónicas causadas por la bilis que se halla en demasiada abundancia ó degenerada: esta es la causa de porque se les palian con los eméticos y otros evacuantes. Si estas enfermedades fuesen flegmasiáticas se exasperarian con dichos medios: Mr. Broussais confunde las flegmasias con las enfermedades opuestas. Observare á mas, que

su gastro-enteritis aun aquí está defectuosa; me parece que la inmediacion del higado al estómago debería someterle á la influencia de la gastro-enteritis, mas bien que al recto que está tan distante de él.

CUADRAGESIMA SEXTA Y CUADRAGESIMA SEPTIMA

PROPOSICIONES.

CCCXI y CCCXII. Sucede lo mismo á la ictericia de los recién nacidos, y á la peritonitis incipiente: estas enfermedades no ceden mas que á las sanguijuelas.

Respuesta. Si Mr. Broussais hubiese asistido á muchos niños de ictericia, habria observado que las sanguijuelas son perjudiciales en ellos, y que dicen tendencia á producir el endurecimiento del tegido celular, como desgraciadamente me ha sucedido una ó dos veces poniendo en práctica su precepto. Tambien habria observado que se obtiene la curacion en muy poco tiempo dando por mañana y tarde una cucharada de jarabe de chicorias y un simple cocimiento de cebada con miel. Siempre he tenido que arrepentirme de haberme separado de un método que mi experiencia me habia enseñado que era plausible y feliz; pero el deseo de hacer bien nos precipita muchas veces en el mal, cuando cedemos á proposiciones inciertas y que no ha acreditado la experiencia. Si algun práctico llega á dejarse llevar alguna vez del tono decisivo de Mr. Broussais, no tardará, como á mi me ha sucedido, en arrepentirse de ello, y en volver á entrar en la ruta de que se habia separado. La peritonitis que asegura Mr. Broussais curarse segurísimamente con las sanguijuelas, jamas se cura con este solo medio. El emético y las sales neutras son mucho mas eficaces, siendo este un hecho que puedo asegurar con mi propia experiencia.

CUADRAGESIMA OCTAVA PROPOSICION.

CCCXIII. Siendo ordinariamente la peritonitis de

las mugeres paridas efecto de una inflamacion del útero, debe detenerse en su principio por las sanguijuelas aplicadas con profusion sobre el hipogastrio: nunca cede á los eméticos sino por revulsion; es decir, que comunmente se exaspera con su uso.

Respuesta. Aplicaré aquí lo que acabé de decir en la respuesta precedente; esto es, que en una infinidad de mugeres paridas á quienes he asistido de esta afeccion, he obtenido constantemente mas suceso de los evacuantes que de las sanguijuelas. Tambien he observado que su aplicacion conducia á la adinamia. Jamas me ha sido infiel la aplicacion de un emético ó de un emeto-catartico: su resultado fué siempre un efecto pronto y saludable. Las evacuaciones por arriba y por abajo restablecian prontamente la calma, y los loquios se presentaban al instante sin necesidad de sanguijuelas. Algunas veces he empleado con ventaja dos granos de tartaro emético y dos drahmas del tartrate de potasa, disueltos en cuatro cuartillos de un caldo vegetal del que hacia tomar una tasa cada cuarto de hora.

Puedo asegurar que estos medios contienen los progresos de la calentura puerperal, y restablecen prontamente á las enfermas. Las veces que he empleado las sanguijuelas caian aquellas en un estado de extrema debilidad, del que llegaba á sacarlas con mucho trabajo por los medios que dejo indicados.

Mr. Broussais conviene en que los eméticos curan esta afeccion; pero por revulsion, dice, el caso es que se curan y sea por lo que el quiera.

Siendo Mr. Broussais un médico militar, no puede tener en esta materia la competente instruccion. Yo, que he practicado los partos muchos años, puedo responderle con certeza, que en tales circunstancias, jamas he tenido porque arrepentirme de haber empleado los eméticos y los evacuantes, y como quiera que para aprobar ó reprobar un método es necesario haberlo ensayado, convidó á Mr. Broussais á que lo use cuando tenga ocasion.

CCCXVI. Cuando la inflamacion ataca simultaneamente la mucosa del pulmon y la de las vias gástricas se puede, despues de las sangrias, aplicar el frio sobre el abdomen, teniendo una cataplasma caliente sobre el pecho; pero si se exaspera la tos es necesario renunciar el frio.

Respuesta. Es difícil comprehender esta proposicion á causa de que Mr. Broussais se separa á cada instante del lenguaje médico recibido. Sin embargo, como él tiene la costumbre de confundir á cada paso los fenómenos gástricos con las flgmasías viscerales, sospecho que quiere hablar de una complicacion biliosa con una peripneumonia. En esta suposicion choca al buen sentido el método que prescribe. Siéndome imposible citar la autoridad de otros médicos que recusa Mr. Broussais, me veo reducido á apoyarme en mi propia experiencia, y guiado por ella, diré que las inflamaciones del pecho se complican pocas veces con las afecciones gástricas, sin embargo que no faltan egemplares de ello; pero que entonces el uso de un vomitivo, haciendo desaparecer estos síntomas, restablece el curso de la afeccion principal. Stoll nos presenta numerosas observacion de lo mismo. El uso del calor y del frio forma un contraste que no puede ser ventajoso: y parece que Mr. Broussais lo prevee pues dice, que si se exaspera la tos, es preciso suspender el frio. Pienso que seria mejor no emplearlo para evitar esta exasperacion.

QUINQUAGESIMA PROPOSICION.

CCCXVII. Siendo los tifos gastro-enteritis por envenenamiento miasmático, es decir, por gases pútridos frecuentemente con complicacion de alguna otra flgmasía, y sobre todo de las de la cavidad encefalica, pueden contenerse por el tratamiento apropiado á estas enfermedades, cuando se atacan en su principio.

Respuesta. Si es causado el tifo por los gases pútridos, no tiene nada de extraño que presente en su marcha los fenómenos que caracterizan la putridez, y si fuese posible admitir al mismo tiempo una inflamacion del estómago y de los intestinos, no se podría caracterizar esta complicacion de otro modo que bajo la denominacion de gastro-enterítis pútrida: porque siendo así que en las otras gastro-enterítis no hay sintoma alguno de putridez, no se puede menos que considerar en ellas dos enfermedades diferentes, y distinguirlas con diversos nombres; y aun no puede convenirles el mismo tratamiento. Siendo los miasmas pútridos que han sido conducidos á la circulation por los absorbentes, la causa de los síntomas de putridez que se manifiestan segun Mr. Broussais, ¿no deberemos concluir de que la sangre es la que recibe la primera impresion; que ella misma participando entonces de esta putridez, lleva su influencia á los demas órganos, modifica sus propiedades vitales, altera las secreciones, el fluido nervioso, y produce los fenómenos de putridez que se unen á los síntomas nerviosos? Esto es incontestable, porque extendiéndose la sangre generalmente, y llevando su influxo sobre toda la economía, debe necesariamente hacer desenvolver síntomas de enfermedad general. Esto es lo que el egercicio asiduo y racional de la medicina nos enseña todos los dias.

QUINQUAGESIMA PRIMA PROPOSICION.

CCCXVIII. Cuando no se ha atacado en un principio la inflamacion de los tifos, son comunmente peligrosas las evacuaciones sanguineas, porque el veneno gaseoso pútrido debilita la potencia vital y la química viviente hasta tal punto que no pueden repararse las pérdidas.

Respuesta. Algunas veces empieza el tifo con un carácter que no le pertenece; pero un médico observador no podrá equivocarse en esta circunstancia. Es posi-

ble que acaso llegase á contener esta enfermedad, por medio de una táctica sábia y raciocinada. Pero no siempre está en la mano de uno el hacer esto; porque empieza algunas veces con una intensidad tal, y su marcha es tan rápida, que parece hallarse ya en un grado avanzado. Pero en todos casos las sangrias deben ser perjudiciales por las mismas razones que da Mr. Broussais, pues que confiesa que los miasmas que determinan esta enfermedad, tienen un carácter particular de putridez, y que pasado el principio son perjudiciales las sangrias. ¿Serán tan ventajosas en el principio? Esta es una consecuencia de la prudencia de Mr. Broussais, que sabe jugar con dos barajas para salir del apuro. De cualquier modo que se mire, la sangria es siempre eminentemente contraria, ora sea en el principio, ora en el curso de esta enfermedad. Si no basta mi asercion para convencer de esto, baste la duda de Mr. Broussais, y su misma confesion por la cual conviene en que las propiedades vitales se hallan debilitadas como igualmente, valiéndome de su expresion, la química viviente; por cuanto las evacuaciones sanguineas no pueden menos que aumentar esta debilidad y facilitar la absorcion y el tránsito de los miasmas pútridos al torrente de la circulacion.

QUINQUAGESIMA SEGUNDA PROPOSICION.

CCCXX. El mas ligero estímulo aumenta mucho la intensidad de los tifos de los paises calientes cuando se usa en el primer período. Los eméticos pues son frecuentemente muy peligrosos: sirva de ejemplo la fiebre amarilla.

Respuesta. He ejercido la medicina en muchas comarcas de la Francia, y sé por experiencia que la terapeutica médica debe sufrir modificaciones, segun los lugares que uno habita. Podrá ser que en los climas calientes haya tambien necesidad de modificar el tratamiento del tifo. No discutiré sobre este pun-

to, por no disputar de lo que no se, y por no salir de la ley que me he impuesto de no referir hechos que mi práctica no me haya confirmado. Pero diré como cierto, que en los tifos de nuestras comarcas, se puede aplicar el emético con mucha ventaja no solamente en el principio sino tambien en el curso de esta enfermedad; y que en muchas circunstancias, como a mí me ha sucedido, se puede contener por su medio la marcha de un tifo.

QUINQUAGESIMA TERCIA PROPOSICION.

CCCXXVII. Cuando las flegmasías agudas tifoideas, ó no tifoideas han resistido á las sangrias capilares hechas en el epigastrio, y despues en el pecho y en la cabeza en casos de repeticion de la flegmasía en estas cabidades, cuando aparecen el entorpecimiento, el estupor, y la debilidad del pulso, es necesario alimentar con bebidas gomosas, azucaradas, y aciduladas; pero si se limpia la boca, y se manifiesta el apetito es menester usar de águas lacticinosas, y despues de caldos muy ligeros: de otro modo podria el enfermo perecer de inanicion antes que se terminase la flegmasía.

Respuesta. Mr. Broussais aconseja y manda sostener y reanimar las fuerzas del enfermo, despues de haberlo puesto casi sin recurso por las repetidas sangrias capilares que se han administrado con el fin de combatir un principio inflamatorio que no existe. ¿Y con que se reanimarán estas fuerzas? con el agua gomosa, la leche aguada, extendiéndose, en su abandono filantrópico, hasta permitir algunos ligeros caldos. Pues ahora bien, el agua gomosa nada vale; á mas de no ofrecer un alimento propio para ser asimilado, hace desenvolver flemas ácidas, facilita la generacion de las lombrices, y ocasiona fenómenos mucosos gástricos perjudiciales. Lo mismo sucede con la leche aguada, la que provoca los mismos accidentes, acaso con mas intensidad. Los medios á propósito son mas fáciles de prescribir que de aplicar. Muchas veces á la cabe-

cera del enfermo, falta nuestra experiencia, y es preciso acomodarse á la voluntad del doliente. Tal bebida, por egemplo, conviene á uno, y la misma desagrade á otro; uno no quiere mas que agua fria, mientras que otro se niega absolutamente á toda especie de *ingesta*. En estos casos se ve uno precisado á esperar todo de las fuerzas de la naturaleza, y de la aplicacion de los medios exteriores. La inapetencia reina constantemente en estos enfermos; si algunos por casualidad, manifiestan inclinacion á algunos alimentos y no se les conceden, no pueden satisfacer aquella idéa pasagera; y si apesar de todo quieren satisfacer su falsa hambre, resultan accidentes mas ó menos graves. Hay sin embargo circunstancias en las que se puede acceder á las importunas sollicitaciones de los enfermos, sin que resulte mal ninguno. Conocida es la historia de aquel borracho, que en una peripneumonia de las mas violentas pedia vino con instancia. Este hombre estaba en el último instante de su vida, y el médico creyó no deberle negar su peticion. Se bebió con ansia una botella de vino, y curó, con admiracion de todo el que lo vió. Pero acaso sea este el único egemplo de este género, y así es que no puede hacer ley.

Entre todos los medios terapeuticos no hay uno mas importante de observar que la dieta. Conozco que es necesario proporcionarla á la edad, al temperamento de los enfermos, y á la naturaleza mas ó menos grave de la enfermedad, ¡Pero cuánto no debemos admirar á próspera naturaleza, que en el estado patológico, quita ó debilita en nosotros el sentimiento del hambre! Los animales nos presentan un egemplo admirable; ellos rehusan toda especie de alimentos cuando están enfermos, y se curan. En efecto, de comer en estos casos no podria menos que resultar una mala asimilacion, la que derramaria en el quilo y la sangre nuevos principios deletereos que darian nuevo pábulo á las modificaciones y aumentarían la enfermedad. Pero ¿para que repetirlo? la

mayor parte de los enfermos repugnan los alimentos. He visto enfermos que por el espacio de quince, veinte, y aun treinta dias, no han tomado otra cosa que lo que se les podia dar furtivamente: alguna bebida, algunas gotas de buen vino, y como lo he dicho, el agua pura que es casi siempre lo que apetecen los enfermos. No se debe temer que perezcan de inanicion pues ellos se curan por las pérdidas de las materias morbosas que han causado la enfermedad; y apesar del temor que manifiesta Mr. Broussais, se restablecerán perfectamente, si no se ha tenido la imprudencia de atacar todas las propiedades vitales, debilitadas ya, por un tratamiento que repugna á todo médico verdaderamente instruido.

Pero si durante el curso de una enfermedad de esta especie se debe ser severo en la dieta ¡cuánta circunspeccion no deberá tenerse para la prescripcion de alimentos en las convalecencias, en las que los órganos debilitados han perdido, por decirlo así, la costumbre de llenar sus funciones! ¡cuántas recaídas no he visto conducir á la muerte á enfermos que con mucho trabajo se habian librado de la primera enfermedad, por haber comido mucho, ó demasiado pronto! ¡cuán doloroso no es para un médico filantrópico, que por sus asiduos trabajos ha conseguido restituir un padre de familia á sus hijos, una esposa á su marido, verse privado repentinamente de tan dulce satisfaccion, por una inesperada muerte, fruto de la imprudencia del enfermo ó de aquellos que le rodean!

QUINGUAGESIMA CUARTA PROPOSICION.

CCCXXVIII. Las náuseas y los vómitos que se observan en el principio de las gastro-enteritis agudas, no exigen el emético, y si las sanguijuelas al epigastrio, y las cataplasmas emolientes bien calientes á las extremidades inferiores.

Respuesta. No hay cosa mas sábia que este precepto, si hablára Mr. Broussais de la verdadera gas-

tritis; pero si, como creo, se trata aqui de las calenturas biliosas ó pútridas, no hay cosa mas absurda, mas intempestiva, ni mas peligrosa. Es tan descabellado como si dijese que en una pneumonia ó en lo que nosotros llamamos gastritis, en lugar de los antiflogísticos se usase á todo trance el emético. Es pues preciso olvidar estos principios perniciosos, que acarrearían las mas fatales consecuencias. *Timeo Danaos et dona ferentes*. Temed las palabras de Mr. Broussais; guardaos de sangrar en una fiebre pútrida bien conocida, y procurar distinguir por medio de un feliz discernimiento las inflamaciones de con cualquiera otro modo mórbido; aplicad á cada uno el remedio apropiado, y el suceso mas brillante premiará vuestro cuidado.

QUINCUAGESIMA QUINTA PROPOSICION.

CCCXXIX. La constipacion del vientre es ventajosa en la gastro-enteritis aguda, porque indica que el colon no participa de la inflamacion. Ella no exige mas que una lavativa emoliente por dia aun cuando persista: y si el calor es considerable debe ponerse fria.

Respuesta. Una constipacion duradera es siempre un síntoma malo en una enfermedad; la práctica médica lo manifiesta todos los dias, aun en los mismos casos que yo miro realmente como inflamatorios. Esta constipacion desenvolverá síntomas gástricos, los que deben remediarse con algunos purgantes suaves, como el agua de casia, el aceite de ricino, preferible al calomelano que Mr. Broussais, semi-ánglico, se empeña en preconizar. Las lavativas, las losiones, las fomentaciones, y las cataplasmas aplicadas á la parte, calientes y no frias son medios que todos usamos.

QUINCUAGESIMA SEXTA PROPOSICION.

CCCXXX. La diarrea de las gastro-entero-colitis agudas se quita en el principio por las sanguijuelas.

al año en número proporcionado á las fuerzas del enfermo; pero si la postracion es considerable, y el aparato sanguíneo deficiente, debe satisfacer el agua de arroz gomosa, y las lavativas con la disolucion del almidon, y algunas gotas de la tintura acuosa del ópio.

Respuesta. La diarrea, en el mayor número de casos, de las enfermedades agudas, es un principio de crisis que obra la naturaleza para desembarazarse de las materias excrementicias ácras ó pútridas. Exponerse por las sangrias á perturbar esta crisis, es oponerse á sus benéficos y naturales efectos, y volver estos humores pútridos á la circulacion, y provocar, por último, fenómenos morbosos los mas alarmantes. Mas prudente será rechazar todo medio perturbador, y echar mano de las fomentaciones emolientes calientes, sobre el vientre, de las bebidas de agua de arroz azucarada, la de cebada del cocimiento blanco de Sydeham; y si es muy abundante la diarrea, del extracto acuoso de ópio. Las lavativas de la linaza, y de las yerbas emolientes son preferibles á las de almidon.

QUINQUAGESIMA SEPTIMA PROPOSICION.

CCCXXI. Cuando la abundante resudacion de las picaduras de las sanguijuelas ha producido una grande debilidad en el principio de una gastro-enteritis aguda, es menester guardarse mucho de reanimar al enfermo con estimulantes; se le debe dejar en este estado, si no se interrumpe la circulacion, porque comunmente es seguido de una curacion pronta, y de una convalecencia extremadamente rápida. Si sucede un estado persistente de síncope y de asfixia, se deben administrar algunas cucharadas de agua vinosa y volver á los dulcificantes en el momento que se haya restablecido el pulso.

Respuesta. Llega á tal punto la manía de la gastro-enteritis que el mas ligero dolor en el abdomen, la mas corta rubicundez de la lengua, es un signo nada equivoco de la inflamacion de la mucosa gastro-

intestinal, á los ojos de Mr. Broussais y de sus secretarios. Pero la práctica médica nos prueba todos los dias la falsedad de esta asercion. Acabo de ver á una muger de sesenta y siete años, vecina de Montreuil de Versailles, la que en el curso del mes de Agosto último (1822) habia padecido dolores viscerales ocasionados por el flato. Se atribuyeron estos síntomas á una gastro-enteritis; se le aplicaron cincuenta sanguijuelas, y se le puso á pasto el agua gomada. Este tratamiento exasperó el mal lejos de calmarlo; y me solicitó la enferma viéndose atormentada de los mas crueles dolores. (Hacia diez años que yo la habia sangrado en una perigneumonia.) La encontré con el rostro alterado, el pulso débil, deprimido, pequeño, y profundo, en un estado tal de postracion que no podia articular una palabra; el vientre estaba tenso, sensible en el epigastrio y como timpanítico, se encontraba la lengua amarilla, habia cefalargia supra-orbitaria y náuseas. Le ordené dos granos del emético; y despues de su efecto, mandé hacer fricciones sobre el vientre con un linimento compuesto de dos onzas del amoniaco, un escrúpulo de láudano líquido y dos onzas del aceite de manzanilla, cubriéndola en seguida con compresas de balleta cargadas de un cocimiento emoliente caliente. La mañana siguiente encontré una calma muy pronunciada, y el semblante habia vuelto á su estado natural. En la noche habia habido evacuaciones de vientre abundantes, de una índole biliosa. El vientre permanecia sensible, y aún se presentaban algunos cólicos, pero se encontraba alguna flexibilidad en él. Continué el mismo régimen; ordené lavativas emolientes, y recomendé, si no cesaban los cólicos, el uso del agua de tilia y de azahar, tomando de media en media hora una cucharada de la pocion siguiente: RS. de agua de lechuga, y de azahar de cada cosa dos onzas, de gotas de Rousseau seis, de eter sulfúrico ocho gotas, y onza y media de jarabe de cantueso.

Estas prescripciones produjeron todo el efecto que yo deseaba, y la enferma se alivió prontamente. A la

mañana siguiente se habia desenvuelto el pulso, se habia regularizado y estaba natural, las fuerzas reaparecieron y se restableció la enferma. Este caso es semejante al del Dr. Tartra.

Júzguese segun esto si se debe seguir lo que dice Mr. Broussais en esta proposicion. «Abandónese el enfermo que se ha debilitado con una desmedida evacuacion de sangre, especialmente si no se interrumpe la circulacion. Si hay síncope y asfixia, agrega este médico, bastan algunas cucharadas de agua vinosa para reanimar al enfermo. Guardaos bien de procurar reanimar la vida pronta á extinguirse, porque la «gastro-enterítis es aqui como una nueva hydra renaciente sin cesar y siempre pronta á devoraros.»

QUINQUAGESIMA OCTAVA PROPOSICION.

CCCXXXII. Cuando la hemorragia de las sanguijuelas persiste apesar del estado de síncope y de asfixia se debe detener la sangre, sobre todo en los párbulos que estan mas expuestos á morir de hemorragia, y que por lo mismo exigen un cuidado particular.

Respuesta. Esta proposicion no ofrece réplica alguna. Seguramente que no puede hacerse cosa mejor que lo que prescribe; pero aun estaria mejor hecho si no se hubiesen aplicado las sanguijuelas; porque pudiéndose probar que dicha aplicacion se habia hecho sin necesidad ¡qué remordimientos no cabrán al que las haya aplicado!

QUINQUAGESIMA NONA PROPOSICION.

CCCXXXIII. Las sangrias locales, la abstinencia y las bebidas acuosas hacen siempre abortar las flegmasías incipientes cuando la inflamacion no es todavia muy extensa en las visceras; pero si muchos órganos estan inflamados al mismo tiempo, y en una grande extension, lo que indican el exceso de ansiedad, de postracion, y la extrema frecuencia del pulso, se eva-

cuará toda la sangre antes que detener la enfermedad. En estos casos persiste la frecuencia del pulso, apesar de la abundancia de las evacuaciones sanguíneas; entonces se debe economizar este fluido y limitarse á alimentar al enfermo con bebidas acuosas, que se les hace gomosas ó lacticinosas, cuando la boca no está cubierta de una costra negrusca.

Respuesta. Como no nos entendemos Mr. Broussais y yo, acerca de las enfermedades que él llama inflamacion, y yo fiebres biliosas etc.; dice que cuando en una fiebre cualquiera que sea suceden á una sangria los síntomas de que habla Mr. Broussais, dicha fiebre ha sido mal dirigida, y que los fenómenos presentados han sido hijos del mal tratamiento; las ansiedades, la postracion, y los demas síntomas, manifiestan el cambio de la enfermedad primitiva en otra mas complicada, que yo llamaré adinamica. Este creo que es el motivo que ha obligado á Mr. Broussais á decir que en esta circunstancia era necesario, contener las emisiones sanguíneas. Mira estos efectos como el producto de una gran pérdida de sangre, y los medios restaurantes que prescribe son muy pobres para levantar las fuerzas del enfermo: mucho mejor habria sido no haber sangrado.

SEXAGESIMA PROPOSICION.

CCCXXXIV. Un meteorismo incipiente en las gastro-enteritis agudas se disipa por la aplicacion de las sanguijuelas al abdomen: tambien se cura por la de la nieve. Si se deja persistir, ó se dan estimulantes puede cambiarse en peritonitis. Los saltos de tendones y el delirio que sobrevienen en el curso de esta flegmasia, ceden igualmente á la aplicacion de las sanguijuelas.

Respuesta. No deben aplicarse las sanguijuelas mas que en los casos de verdaderas inflamaciones: tan perjudiciales serian en las fiebres adinamicas y nerviosas, como los estimulantes en una inflamacion bien carac-

terizada. En una inflamacion real del estómago ó de las vísceras, debe combatirse el meteorismo, con los medios generales propios á las flegmasías, tales como las compresas empapadas de un cocimiento emoliente, y las cataplasmas muy calientes; porque el yelo debe producir una revulsion interior mas perjudicial que útil. Pero en las enfermedades pútridas y malignas, cede este fenómeno á los mismos remedios juntos á los que interiormente se emplean en estas enfermedades, esto es á los evacuantes, á los tónicos, y á las friegas hechas con un linimento amoniacoal alcanforado. No siendo este fenómeno mas que un síntoma de la debilidad de las vísceras, las sanguijuelas lo aumentarán, y determinarán á mas el engurgitamiento, y la postracion de las fuerzas, y por consiguiente deben proscribirse.

SEXAGESIMA PRIMA Y SEXAGESIMA SEGUNDA PROPOSICIONES.

CCCXXXVI y CCCXXXVII. Despues de haber vuelto el enfermo del estupor se le pueden permitir caldos apesar de persistir la frecuencia del pulso, el calor ácre, la rubicundez de la lengua: pero si se manifiesta dolor de cabeza, mal sabor de boca, náuseas, ansiedad, y frecuencia de pulso, es porque el convaleciente ha comido demasiado. Entonces es necesario cercenar los alimentos, y al dia siguiente estará restablecida la convalecencia.

Respuesta. Es raro que en el curso de una enfermedad haya que suspender enteramente el caldo. Sin embargo en las fiebres adinamicas y atónicas, se presenta tal hastío, que lo rehusan los enfermos, y entonces se deben abstener de ellos, pero si no hay una total repugnancia, se pueden seguir sin riesgo alguno.

Cuando despues de una larga enfermedad se permiten algunos alimentos, es necesario darlos con graduacion y con la mayor circunspeccion, por cuanto un exceso en el régimen puede atraer los mayores peligros y aun la muerte; por consiguiente es necesario,

en este punto, ser mas mirado que Mr. Broussais á quien un dia de abstinencia parece bastar para restablecer al enfermo.

SEXAGESIMA TERCIA PROPOSICION.

CCCXXXVIII. Cuando sobreviene dificultad de orinar en el curso de una gastro-enteritis, es que se ha propagado á la vejiga la irritacion. Una pronta aplicacion de sanguijuelas al hipogastrio destruye esta complicacion, y evita muchos accidentes.

Respuesta. Aqui recomienda Mr. Broussais lo mismo que ordinariamente critica, esto es, la medicina sintomática. Siempre que en una fiebre se presente algun embarazo en las funciones de la vejiga no hay que inquietarse, las sanguijuelas son inútiles. Una bebida nitro-asidulada, ó un cocimiento de linaza, deshace esta complicacion y precave muchos accidentes, pues aquella las mas veces se verifica cuando la evacuacion de las orinas está reemplazada por sudores mas ó menos abundantes. A veces es tambien uno de los síntomas generales de las enfermedades, que sería nimia escrupulosidad detenerse en él.

SEXAGESIMA CUARTA PROPOSICION.

CCCXL. Cuando sobreviene una epistaxis en una gastro-enteritis aguda, es ventajosa si disminuye la frecuencia del pulso. Si se hace excesiva se combate con un vejigatorio aplicado á la nuca ó entre los omóplatos.

Respuesta. No olvidémos lo que entiende Mr. Broussais por gastro-enteritis. Asi digo que en las fiebres adinámicas, he observado siempre que la epistaxis era seguida de una postracion mayor; siendo muchas veces el precursor del delirio sordo, y del salto de tendones. La aplicacion del vejigatorio no puede ser conducente para contener esta hemorragia, porque su efecto es lento, y podria morir el enfermo antes que pro-

dujese su accion. Vale mas usar la aplicacion de las compresás, cargadas de vinagre frio, en las extremidades y cienes para producir una revulsion interna, y en caso necesario los manilubios en agua del pozo.

El vejigatorio conviene para evitar la residiva, y para reanimar los sistemas; pero es necesario colocarlos en las extremidades á fin de hacer la revulsion en puntos distantes. Los vejigatorios aplicados á la nuca en las enfermedades graves, presentan muchas dificultades que no son compensadas con las pocas ventajas que se podrian sacar de ellos.

SEXAGESIMA QUINTA PROPOSICION.

CCCXLII. Se previene la tisis pulmonal destruyendo con tiempo, por los antiflojísticos y la revulsion, las irritaciones del aparato respiratorio. Se cura la hipocondria y se previenen los cirros del canal digestivo, y aun la tisis pulmonal, por los medios que destruyen las gastro-enteritis. Los infartos del hígado se evitan y curan con los medios que son propios para las gastro-enteritis crónicas.

Respuesta. Ya he contestado á esta proposicion, por lo que alude á la tisis pulmonal en mi respuesta á la proposicion CCLXXIII. Pero agregaré que no debe darse fe á lo que dice Mr. Broussais con respecto á la tisis, tampoco á la seguridad que nos da de su tino en curar los cirros, en precaverlos, y aun los engurgitamientos del hígado. Es muy fácil el precaver y curar con palabras enfermedades que no existen. Aseguran los partidarios de Mr. Broussais, siguiendo esta máxima de su maestro, que no han vuelto á observar fuliginosidades desde que han puesto en práctica su método. Pero ¿quién no sabe, que un práctico (por regla general) no encontrará en muchos años mas que muy pocas enfermedades en las que se manifieste este síntoma; mientras que á otro que le siga no se le presentarán mas que enfermedades de esta clase? En este caso se verá obligado

el médico fisiologista á convenir en que no á su método exclusivo, sino mas bien al estado del aire, es á quien debe atribuirse el que no se hayan visto dominar las fiebres adinámicas. Habia mas de dos años que no habia observado en Versailles calenturas intermitentes y este año ha habido muchas de ellas (1822) Muy pocas han sido las fiebres adinámicas que he tenido desde 1814, mientras que este año he dirigido una multitud de ellas: un ejemplo de esto tenemos en la enfermedad de San Ciro. Me encontraria autorizado á vanagloriarme y á decir, como estos señores, que mi práctica ha contenido el desenvolvimiento de estas enfermedades, en los años que no se han presentado.

SEXAGESIMA SEXTA PROPOSICION.

CCCXLV. Las gastro-enterítis crónicas se curan por los alimentos ligeros y sobre todo por la precaucion de refrescar el estómago con bebidas acuosas administradas en pequeñas dosis, desde la primera hora que sigue á la ingestion de los alimentos, hasta la comida siguiente, ó hasta la hora del sueño.

Respuesta. La curacion de las enfermedades crónicas habia presentado, hasta el dia, obstaculos las mas veces insuperables; pero gracias á Mr. Broussais, que ha vencido esta dificultad. Este médico, que por lo ordinario nada concede á la naturaleza, la deja enteramente obrar en estas circunstancias. Por último, dudo que con tal tratamiento, se consiga el fin deseado, esto es, la curacion; porque las enfermedades crónicas no ceden en general, mas que á las medicinas mas enérgicas; y muchas veces sucumben los enfermos apesar de los mas asiduos cuidados, y de un tratamiento el mas bien dirigido.

SEXAGESIMA SEPTIMA PROPOSICION.

CCCXLVI. No se deben tratar con sangrias locales repetidas y con la abstinencia completa sino las gas-

tro-enterítis crónicas de los sujetos robustos; porque este tratamiento postra á las personas débiles en una decadencia que es menester años para reponerse de ella; y en todo este tiempo es extrémada la movilidad, y muy fáciles las recaídas. La persistencia en el régimen dulcificante, y en el uso de las bebidas acuosas durante la digestión, basta siempre á esta clase de enfermos, y les procura la curacion si las visceras no están desorganizadas. Pero se les ha de prevenir la longitud de estas curaciones, advirtiéndoles que son las únicas durables.

Respuesta. Como todas las enfermedades crónicas de las visceras ofrecen siempre un diagnostico incierto, seria muy ventajoso para los médicos el considerarlas bajo el mismo punto de vista que Mr. Broussais; pero mientras mas reflexiones se hacen hay mas incertidumbre. Solo las gastro-enterítis crónicas ceden al tratamiento que prescribe Mr. Broussais, linda perspectiva; pero está muy distante de demostrarnos la naturaleza de las enfermedades crónicas, pues que este médico que las considera primero como gastro-enterítis, las convierte despues en enfermedades atónicas que no deben tratarse con sangrias. El tratamiento que adopta entonces, digno del doctor Sangredo, es el colmo del ridículo. Aunque el agua y la dieta hayan sido anunciados como los dos mas grandes medios que queria dejar tras sí Dumoulin, hay sin embargo una multitud de circunstancias en las que seria imprudencia esperar ventajas de suceso. El médico pues debe ayudar á la naturaleza cuando lo contemple necesario: así en la atonia del estómago, será necesario, separando toda idéa de gastro-enterítis, dirigirse á despertar la sensibilidad casi adormecida de este órgano, con los amargos, los tónicos ó los evacuantes. En la mayor parte de las ictericias, en los infartos inveterados del hígado, se despertará la accion secretriz de este órgano, por medio de los eméticos, de los evacuantes, de los fundentes, de los amargos, ect.

SEXAGESIMA OCTAVA PROPOSICION.

CCCXLIX. Los vomitivos, los purgantes, y los tónicos no hacen sino curas paliativas en las gastritis, y en las gastro-enteritis crónicas, y hacen mas difícil la curacion radical. Reconociendo las mismas causas los infartos del higado, bazo, y mesenterio, deben curarse con los mismos medios.

Respuesta. Los eméticos, los purgantes, y los tónicos, son medios mas enérgicos que producen curas maravillosas en las enfermedades crónicas, cuando se administran con prudencia; pero se les debe variar, y proporcionarlos segun la enfermedad de que esten atacados los órganos. Jamas podrán curarse las enfermedades crónicas por el método que enseña Mr. Broussais, pues no presenta mas que un medio para remediar esta numerosa variedad de afecciones morbosas.

SEXAGESIMA NONA PROPOSICION.

CCCLIX. La locura no existe sin un grado cualquiera de irritacion en el cerebro, acompañada y comunmente dependiente de una gastritis crónica; y estas enfermedades deben tratarse con las sangrias locales, con los antiflojísticos, y con los revulsivos. En abandonándolas á la naturaleza se exponen los maníacos á la epilepsia como igualmente á la parálisis y á la apoplejía, que son las consecuencias de la desorganizacion inflamatoria del encéfalo. Se exponen tambien á las alteraciones orgánicas del abdomen que son siempre el término de las gastritis despreciadas.

Respuesta. La locura cuyo verdadero sitio es y será largo tiempo un problema; pero que sin embargo, parece depender de una modificacion llevada por la sangre al encéfalo y sistema nervioso, sin vestigio sensible, es como todas las enfermedades nerviosas susceptible de llevar al estómago su influencia, y ocasionar en él afecciones consecutivas que no sean inflamaciones. Bajo este supuesto la experiencia nos ha

manifestado la inutilidad de las sangrías en esta afección, y todos los prácticos las han abandonado por un tratamiento mas racional.

Parece que la locura es producida muchas veces por un aglomeramiento de bilis ácre, ó una congestión humoral en las vísceras abdominales. La experiencia nos manifiesta diariamente el buen efecto de los vomitivos y de los evacuantes. Hipócrates nos ha transmitido, acerca de este punto, preceptos juiciosos que ha confirmado el tiempo y que Mr. Broussais no podrá hacer olvidar.

SEPTUAGESIMA PROPOSICION.

CCCLXII. La tisis laringéa y la traqueal son constantemente el efecto de una flegmasía local que no ha sido detenida en su principio; y no llegan á ser mortales sino por una peripneumonia ó por una gastro-enterítis.

Respuesta. La tisis laringéa se encuentra en el número de las enfermedades determinadas por la congestión atónica de las partes y que exaspera la sangría derivando sobre los pulmones esta debilidad. Los vejigatorios volantes, el moxa, los sedales, como revulsivos exteriores, serán mas ventajosos. La gastro-enterítis se presenta en esta proposición, solo por no hacerle perder el papel ordinario que hace en todo, pero ciertamente que no tiene parte alguna en la causa de esta afección.

Esta enfermedad, aunque conocida, no ha fijado lo bastante la atención de los prácticos. He asistido una muchedumbre de estos enfermos, tengo un ejemplo reciente, y puedo asegurar que la naturaleza inflamatoria de esta enfermedad es muy poco sensible. Existe una apariencia de flójosis, sin la rubicundez intensa de las inflamaciones francas, la membrana mucosa se encuentra sembrada de puntos rosáceos blancos y glandulosos manifestando una sequedad áspera; pero no se encuentran señales reales inflamatorias. Las san.

grias locales no producen efectos ventajosos, yo he observado solamente un rebajo en el color rosáceo; pero la granulacion y la sequedad han aumentado á punto de causar un cosquilleo insoportable, que excita la tos, se relaja la campanilla, como tambien el velo del paladar; en una palabra todas las apariencias de la atonia de las partes se presentan en esta afeccion. Se junta á ella una fiebre que repite periódicamente á horas muy señaladas, que empieza por calos-frios ligeros, con laxitud general y que exaspera la tos. Primero es de poca duracion, vuelve á las cuatro de la tarde, y á la una de la mañana, y entonces hay insomnio. Los vejigatarios volantes entre las escápulas, á la nuca, la leche de burras, el sagú, el egercicio á caballo ó en burro, un régimen dulcificante, algunos opiados, y el extracto de la quina; tales son los medios que me han aprovechado. Repito que he empleado en el principio las sanguijuelas sin ventaja alguna.

DE LAS INTERMITENTES.

SEPTUAGESIMA PRIMA PROPOSICION:

CCCLXXVII. Cinco modos se han puesto en uso para tratar las inflamaciones intermitentes y remitentes: 1.º por los anti-flojisticos durante el período del calor: 2.º por los estimulantes y tónicos durante la apirexia: 3.º por los estimulantes dados durante el calor: 4.º por los estimulantes administrados al momento de los calos-frios, y 5.º por los anti-flojisticos durante la apirexia.

Respuesta. Tanto en las fiebres intermitentes como en las remitentes, es esencial el disminuir el acceso del frio, y apresurar el del calor, porque el primero es siempre el mas peligroso; por consiguiente las bebidas calientes deben emplearse, y se deben continuar en los otros períodos hasta su terminacion. En el intermedio de un acceso á otro es cuando se ad-

ministran ordinariamente los tónicos ó los febrífugos, para disminuir el acceso de frio que debe seguir. Siempre son debidas las fiebres intermitentes a un embarazo de las primeras vias, y ceden con frecuencia á un vomitivo y á uno ó dos purgantes. No se observa síntoma alguno inflamatorio durante su curso y por consiguiente son inútiles en su tratamiento las sangrias y las sanguijuelas. He comprobado este hecho en una epidemia de calenturas que reinó en Versalles los años de 1808 y 1809. En las intermitentes perniciosas, en las que parece mas manifesto el peligro, es urgentísimo el usar los evacuantes y los tónicos antes de la terminacion del último período, á fin de que haya tiempo de administrar la quina. Se debe aplicar este remedio en el mismo acto cuando la necesidad lo exiga imperiosamente. En ciertas calenturas se prolongan tanto los accesos que el intervalo del último período al acceso siguiente es apenas sensible, entonces es necesario emplear la quina sin esperar la terminacion del último período.

SEPTUAGESIMA SEGUNDA PROPOSICION.

CCCLXXVIII. Las inflamaciones intermitentes ceden á las sangrias y al frio aplicados durante el período del calor en la primavera cuando el sugeto está robusto y pletórico, y cuando es reciente la enfermedad. En estos casos deben colocarse las sanguijuelas lo mas cerca posible del principal punto de irritacion.

Respuesta. Puede ser que por una rara casualidad, hayan cedido á la sangria algunas calenturas intermitentes; ¿pero qué puede concluirse de unos hechos aislados que contradice la experiencia? Lo mas seguro es abstenerse de las sangrias, que regularmente prolongan los accesos, y predisponen á los infartos viscerales. Con mas cuidado se evitarán aun las aplicaciones frias, pues, por el contrario, hay necesidad de hacer sudar. Los medios perturbadores que

propone Mr. Broussais tenderán á desnaturalizar la enfermedad, la harán perniciosa y comprometerán la vida del enfermo. Siendo producidas estas calenturas por el embarazo humoral de las primeras vias, ceden como lo he dicho mas arriba, á los eméticos y á los evacuantes.

SEPTUAGESIMA TERCIA PROPOSICION.

CCCLXXIX. Las inflamaciones intermitentes ceden sin peligro á la quina y á los otros tónicos durante la apirexia cuando no hay plétora y cuando las vísceras principales, y sobre todo los órganos de la digestion, no conservan vestigio alguno de inflamacion, despues del período del calor; es decir cuando la calentura no es remitente. Raras veces curan estas inflamaciones por los estimulantes administrados durante el período del calor.

Respuesta. Dice Mr. Broussais en esta proposicion, que las inflamaciones intermitentes ceden á la quina, cuando no existen vestigios de inflamacion en las vísceras principales, y cuando no hay plétora; pero si desaparecida la enfermedad no existe ya su causa, tampoco habrá necesidad de dar la quina. Mr. Broussais no sabe que hacer para explicar las curaciones que ha producido este medicamento. Es necesario que cree una explicacion para dar razon del efecto de la quina; mas su propia explicacion prueba que no hay tal inflamacion en estas fiebres, y que elevandonos á su causa se la encuentra en los humores cuya evacuacion es necesaria antes de dar la quina, sin esta precaucion con dificultad se cortarian los accesos ó se harian susceptibles de residivar. Solo cuando la gravedad de un acceso haga temer un peligro en el siguiente, se debe dar la quina sin evacuar. Los médicos fisiologistas desprecian la experiencia de los demas, porque saben que la mayoría de los prácticos se han pronunciado contra lo que ellos dicen.

SEPTUAGESIMA CUARTA PROPOSICION.

CCCLXXXI. Raras veces se curan las inflamaciones intermitentes por los estimulantes administrados al instante de los calos-frios, porque la irritacion que provocan aumenta la intensidad del período del calor.

Respuesta. Obligado muchas veces á emplear los calmantes y los estimulantes en el instante del frio, por el poco tiempo con que contaba, á causa de la brevedad de los intervalos entre los períodos del sudor y el frio, jamas he visto que me ocasionasen daño alguno. He llenado constantemente mi objeto, que era disminuir lo largo de los períodos en general, y sobre todo el del frio que es el mas peligroso. En consecuencia concluyo, que no hay peligro alguno en dar los tónicos en el acceso del frio, cuando lo exige la gravedad del mal.

SEPTUAGESIMA QUINTA Y SEPTUAGESIMA SEXTA PROPOSICIONES.

CCCLXXXIII. El mejor método para curar con seguridad las inflamaciones con exasperaciones periódicas, consiste en usar al principio los antiflojísticos durante el calor, de modo que se haga completa la apirexia, en continuar este tratamiento despues del acceso, si aun no lo es, en dar la quina y demas tónicos en toda la duracion de la apirexia, en administrar los estimulantes difusivos durante los calos-frios para volver en seguida á las bebidas refrigerantes cuando se ha desenvuelto el calor.

Respuesta. El mejor modo de curar todas las enfermedades en general es siempre el mas simple. Con los antiflojísticos durará años una fiebre intermitente; el verdadero remedio es la quina precedida de las evacuaciones. Muchas veces no hay necesidad de llegar á la quina, las evacuaciones bastan: el emético obra maravillas. ¿Es posible que Mr. Broussais se sofoque tanto para complicar una regla tan simple?

Es preciso confesar que sus inflamaciones son muy dóciles pues se acomodan á sus caprichos, y ceden segun su voluntad, ya á la quina, ya á las sangrias. De buena gana habria él desechado el uso de la quina, pero hay muchos hechos que hablan en su favor, y para explicar lo que Mr. Broussais no puede negar, es necesario que admita la ausencia de la inflamacion. Pero una de dos, ó las intermitentes son inflamatorias, y entonces no hay necesidad de quina, de febrífugos, ni de tónicos; ó no son mas que el producto de un embarazo gástrico, en cuyo caso son útiles los evacuentes, como tambien la quina y los otros medios de que acabo de hablar. En esta alternativa, que nos da Mr. Broussais una explicacion mas satisfactoria, y nos diga porque sacamos tantas ventajas de unos medios que no puede menos que aprobar. Hablemos por él, y digamos, porque la inflamacion no existe mas que en la voluntad de este médico, que habiendo avanzado que las enfermedades en general son debidas todas aun principio inflamatorio, no quiere volverse atrás, y mas quiere sostener errores que decir que se engaña.

SEPTUAGESIMA SEPTIMA PROPOSICION.

CCCLXXXIV. La quina y los estimulantes administrados mientras haya inflamacion en las vias gástricas elevan la flegmasía al estado agudo y continuo, ó la sostienen en una graduacion crónica haciendo cesar los accesos; entonces se desenvuelven la irritacion y la congestion en las vísceras parenquimatosas. De este modo produce la quina las obstrucciones.

Respuesta. Administrada la quina con las precauciones que he recomendado mas arriba, jamas produce los accidentes que teme Mr. Broussais; mi experiencia me lo ha probado sin dejar réplica. Por el contrario las sanguijuelas y las sangrias producen este efecto. Conozco muchos sugetos que han sido dirigidos por Mr. Broussais y que han perdido su sa-

lud para largo tiempo. Entre estas personas citaré á Mr. M.^{***} estudiante de medicina, que viniendo de su pais en el que habia cometido algunos excesos en la comida fué atacado en Paris de una terciana. Cuarenta sanguijuelas ordenadas por Mr. Broussais le hicieron cambiar el tipo en cuotidiana. Otras cuarenta sanguijuelas la redujeron al primer tipo; por último de ciento cincuenta á doscientas sanguijuelas que se aplicaron redujeron al enfermo á un estado extremo de atonia, seguido de infartos en el hígado, bazo y casi todas las vísceras. Entonces propinó Mr. Broussais el sulfato de quinina que no obró porque este remedio no puede combatir los síntomas gástricos tan manifiestos que habia. Sin embargo la fiebre quedó estacionaria, y despues faltaron algunos accesos que repitieron por intervalos. Se presentaron abotagamiento en la cara, edema en las extremidades y una tumefaccion mas fuerte en el bazo. Se aplicaron nuevas sanguijuelas y volvió con mas fuerza la calentura.

No sabiendo ya que hacer Mr. Broussais, le mandó el aire del campo. Pasó el enfermo á Versailles á casa de un médico amigo de Mr. Broussais. El aire de este pais hizo que cesará la fiebre, pero aumentaron los accidentes, y se pronunciaron mas los síntomas gástricos. Yo le aconsejé un emético garantizándole el suceso, y no quiso tomarlo; tanto era el miedo que le tenia á la gastro-enteritis. Le puse al uso de una infusion de manzanilla con limon, lo que le alivió mucho. Volvió el enfermo á Paris, se reprodujo la fiebre y cesó regresando á Versailles. Se hincharon los hipocondrios, el rostro se tiñó de amarillo, y perdió el apetito. Se presentan náuseas y la lengua se pone amarilla. Insisto en los evacuantes, y rehusándose á su uso lo sometí al del vino de agenos que lo alivió mucho; pero que no le curó. Fascinado, por último el enfermo, por la doctrina fisiológica suspendió toda medicina y determinó pasar á su pais.

Este jóven estaba próximo á recibirse de doctor. Se convencia de la fuerza de mis razones, pero la ter-

rible gastro-enteritis era el asombro de su imaginacion. Primero se habria dejado morir que contrariar los preceptos de Mr. Broussais, siendo así que un vomitivo y algunos minorativos habrian extinguido esta calentura y aun disipado todos los accidentes acaso sin necesidad de echar mano de la quina. Este desgraciado se encuentra atacado de una afeccion visceral que hecha crónica se curará difícilmente.

SEPTUAGESIMA OCTAVA PROPOSICION.

CCCLXXXVII. Cuando la quina contiene los accesos de una calentura intermitente, y sobrevienen la ansiedad, los infartos viscerales, la inapetencia y una pequeña calentura, es porque el medicamento administrado demasiado pronto interin que las vias gástricas conservaban todavía la irritacion, ha producido una inflamacion crónica de la mucosa de estos órganos. En este caso se obtiene la curacion por los anti-flojísticos.

Respuesta. Nunca se verificará este efecto como se llenen las indicaciones que he dado mas arriba; pero en el caso de no haberlas llenado, despréciase el temor quimérico de la inflamacion, hágase evacuar, dése en seguida la quina ó los tónicos amargos, como la manzanilla y la centáura menor en infusion; con lo que se conseguirán los resultados mas ventajosos y desaparecerá la fiebre. Cuando por el tratamiento de Mr. Broussais se desenvuelvan los síntomas gástricos, úsense sin temor los mismos medios, y aunque con mas dificultad, se restablecerán los enfermos. Dos caminos se presentan aquí para llegar al mismo fin, el uno tortuoso, difícil, y lleno de peligros, este es el que presenta Mr. Broussais, el otro recto, fácil, y sin riesgos, este es el que yo propongo. Parece pues que no puede titubearse en la eleccion.

SEPTUAGESIMA NONA PROPOSICION.

CCCLXXXVIII. Cuando la supresion de los ac²

cesos de una calentura intermitente es seguida de un estado patológico apirético, la vuelta de los accesos solicitada por los baños frios y por los purgantes es un bien; si la crisis de los accesos quita la irritación de las vías gástricas, de manera que llegue á ser completa la apirexia; pero si no sucede así, este regreso es un mal. En el primer caso debe darse la quina durante la apirexia; en el segundo es menester ocurrir á los anti-flojísticos que curan la enfermedad ó hacen completa la apirexia, de modo que pueda volverse á administrar en ella la quina con ventajas.

Respuesta. Las enfermedades que suceden á las fiebres intermitentes son siempre debidas aun empleo prematuro de la quina ó aun tratamiento perturbador. El que prescribe Mr. Broussais se halla en este caso, y siempre originará accidentes consecutivos más ó menos graves. Cuando se presenten estas circunstancias, se obrará segun los fenómenos que se verifiquen; esto es, evacuando los humores si hay síntomas gástricos, y fortificando con los amargos, para reanimar el tono del estómago; despues se volverá con mas discernimiento al uso de la quina asociándola á los purgantes tónicos, tales como el ruibarbo, ó al ópio como calmante; pero nunca se ocurrirá á los anti-flojísticos que no llenarán este fin.

OCTOGESIMA PROPOSICION.

CCCLXXXIX. Cuando el estómago no puede soportar la quina en una calentura intermitente, debe administrarse este medicamento en lavativas; pero si se hallan inflamados los intestinos gruesos, no puede emplearse la quina sino al exterior, ya en un tópico, ya en fricciones con su tintura alcoholica. En este caso deben darse al mismo tiempo los dulcificantes al interior: tambien convienen los rubefacientes en la apirexia.

Respuesta. Aunque el mejor modo de usar la quina es en sustancia, se le puede dar tambien en for-

ma de extracto, en píldora, diluida en el vino, ó en una infusion acuosa con un poco del éter sulfúrico, para impedir el vómito. El vino de Seguin es mas eficaz en estas enfermedades que el sulfate de quina que en el dia se preconiza tanto. Si nada se consigue de este modo, se puede ocurrir á los amargos, como la manzanilla, la centaurea menor, y otros muchos cuyos buenos efectos están confirmados. De todos los métodos de usar la quina el de las fricciones es el menos seguro. La inflamacion del intestino grueso no debe temerse, porque nunca existe, y así no podrá oponerse al uso de las lavativas si se creen oportunas. Los rubefacientes son poco necesarios, ó acaso nada, en las fiebres intermitentes.

OCTOGESIMA PRIMA PROPOSICION.

CCCXC. Las calenturas intermitentes llamadas perniciosas deben tratarse como las que no tienen este epíteto, solo que es menester obrar con mas prontitud.

Respuesta. Nada prueba mas el error en que está Mr. Broussais, como el sostener la presencia de la inflamacion en estas enfermedades, porque si hay algun caso en el que la quina goze de una virtud pronta y positiva, es este. Si la mucosa digestiva se encontrase inflamada, seguramente la quina no tendria suceso, antes bien determinaria los mas graves accidentes. El médico no debe perder aqui tiempo, la menor morosidad puede comprometer la existencia del enfermo, el triunfo consiste en la pronta administracion de la quina. Luego es preciso concluir de estos hechos, que la accion de la quina en estas enfermedades es la prueba mas segura de la ausencia completa de la flegmasia en ellas.

OCTOGESIMA SEGUNDA PROPOSICION,

CCCXCI. Algunas veces se declara la hidropesia

desde los primeros accesos de las calenturas intermitentes; pero por lo comun es el resultado de su prolongacion.

Respuesta. He visto anteceder las hidropesías á las fiebres intermitentes; estas hidropesías asi como la fiebre, eran juntamente el resultado de una lesion considerable de todas las funciones de la economía; pero las mas veces las hidropesías son el resultado de las calenturas abandonadas ó maltratadas. Así es que la quina administrada sin discernimiento, y especialmente las sangrias producirán este efecto.

OCTOGESIMA TERCIA PROPOSICION.

CCCXCII. La hidropesía producida por un obstáculo en la circulacion cede á las sangrias, y á los diuréticos ligeros, si no es incurable la causa del obstáculo. La digital es útil entonces, si esta causa depende de la hipertrofia del corazon.

Respuesta. Las hidropesías incipientes ceden á los diuréticos; mas adelantadas cuando no hay desorganizacion de las vísceras ó de los órganos, á los evacuantes, ó á los excilíticos: muchas veces he visto que las sangrias las agravan. Hay varias observaciones que parece hacen recomendable á la digital, pero la he empleado muchas veces, y no he notado que tenga la eficacia que se le atribuye.

Mr. Broussais quiere que la hipertrofia del corazon haga aquí el papel, que segun su sistema, pertenece á la gastro-enteritis; pero aun suponiendo que exista este fenómeno, la digital no puede ser de un gran socorro en él; porque como es imposible destruir la hipertrofia nada se conseguirá contra la hidropesía. Pero lejos de mirar este último síntoma, como hijo de la hipertrofia, yo no veo en ellos mas que dos efectos producidos por la misma causa, esto es, un estado atónico causado por el empobrecimiento general de la sangre, que acaba por producir la desorganizacion de los sólidos, y hace perecer al enfermo.

OCTOGESIMA CUARTA PROPOSICION.

CCCXCIII. La hidropesía ocasionada por la influencia simpática de una flegmasía crónica, es raras veces curable, porque esta flegmasía casi nunca la ocasiona sino despues de haber desorganizado la parte donde está. El tratamiento se compone del que conviene á la flegmasía, y de los diuréticos administrados de manera que se economice la accion de las vias gástricas.

Respuesta. La hidropesía es siempre el resultado de las enfermedades largas y graves. Cuando no existe desorganizacion del órgano es curable, porque entonces no depende mas que de una modificacion morbosa de la sangre, y destruyendo esta modificacion, se despierta el tono de los absorbentes, los que ponen entonces en juego su accion sobre los fluidos derramados, los absorven y los arrojan fuera, por los sudores ó las orinas. Para conseguir este resultado es menester emplear los tónicos amargos, los evacuantes, los escilíticos, los purgantes, incluso los drásticos, y los diuréticos. Las sangrias que tienden á debilitar toda la economía, determinan el aumento de la coleccion acuosa, los infartos que ya existen y determinan la muerte.

OCTOGESIMA QUINTA PROPOSICION.

CCCXCIV. La hidropesía que depende de una separacion accidental de los fluidos serosos, es decir de la cesacion de la accion en los capilares depuradores, cede al restablecimiento de la transpiracion y del curso de las orinas. Los vapores calientes y secos aplicados á la piel, los baños secos y estimulantes (arena caliente, orujo de uva etc.) los diuréticos y tambien los purgantes, procuran estas curaciones; pero es menester tener cuidado de destruir la plétora, y de no exasperar las inflamaciones que podrian existir simultáneamente.

Respuesta. La sangre modificada, y cargada de prin-

cípios deletéreos, tiende á desembarazarse de ellos depositando, en las diferentes cavidades, la serosidad que en el estado de salud, esta destinada á lubricar y á sostener la dilatacion de estas partes; pero si esta serosidad contiene principios ácrés, ó no tiene la cualidad requerida para excitar los orificios de los absorbentes, resulta una acumulacion de fluidos en estas cavidades, que constituye una hidropesía. En el primer caso es necesario procurar destruir esta armonia, y dar una sobre-excitacion á los vasos absorbentes, á fin de que puedan absorber los fluidos derramados. En el segundo, tambien se necesita deshacer las modificaciones morbosas que ha sufrido la sangre, y dar á los absorbentes una accion que los obligue á llenar el mismo fin que en el caso precedente. Por la transpiracion activa, mas veces por la orina, y algunas ocasiones por las cámaras se llega á conseguir este desvio. Los medios de conseguirlo son todos excitantes; y perjudicial todo lo que tiende á debilitar. Los baños de vapores y los estimulantes, como dice Mr. Broussais, producen muchas veces buenos efectos; pero los purgantes, los diuréticos, y los escilíticos nos ofrecen una multitud de recursos en estas circunstancias. Estando demostrado el buen efecto de estos remedios, no hay motivo de temer la inflamacion; por consiguiente no se deben emplear las sangrias, puesto que las hidropesías se originan muchas veces de las evacuaciones sanguíneas inmoderadas. Luego debemos colocar las hidropesías, no en la clase de las flegmasías, sino en la de las enfermedades producidas por el empobrecimiento de la sangre y la atónia de los órganos.

OCTOGESIMA SEXTA PROPOSICION.

CCCXCVI. Las hidropesías debidas á la debilidad, á las hemorroides, y á las demas causas de extenuacion, se curan con los tónicos, los buenos alimentos, el vino, el alcohol, y los diuréticos activos, cuando no existe punto alguno de desorganizacion en las vísceras;

pero es necesario mucho cuidado para graduár la restauracion.

Respuesta. Consúltese la proposicion CCC. y se verá que Mr. Broussais considera las hemorroides como el producto de una gastro-enteritis. Verémos mas adelante que mira las hemorragias como un resultado de la inflamacion, y en esta proposicion considera las hemorroides como afecciones atónicas, y prescribe en consecuencia los tónicos mas enérgicos: esta es una nueva contradiccion en su sistema.

OCTOGESIMA SEPTIMA PROPOSICION.

CCCXCVII. Las escrófulas incipientes al exterior del cuerpo, bajo cualquiera forma que sean, pueden quitarse por las sanguijuelas aplicadas con atrevimiento: entonces no se establece la diátesis, que no es mas que la repeticion de la irritacion por la semejanza de los tejidos.

Respuesta. Las escrófulas que se presentan al exterior del cuerpo, no son mas que el efecto secundario y mediato de la diátesis general de la sangre. Las sangrias no son los medios profilácticos propios para destruir esta diátesis, antes la aumentan debilitando á los enfermos. Tengo al presente (Marzo de 1822) dos monjas de diez y ocho á diez y nueve años á quienes habia sobrevenido un infarto considerable en las glándulas submaxilares, que se pretendia curar con la aplicacion de sanguijuelas. Se le aplicaron doce á cada una, sobre los tumores, pero lejos de disminuirse se pusieron las glándulas como huevos de paloma, se infartaron todas las del cuello, se formaron en los sitios de las picaduras depresiones con ulceraciones lentas que formaron cicatrices profundas y deprimidas, las que jamas desaparecieron. Consultado para estas enfermas ordené el jarabe anti-escorbútico, y por bebida un cocimiento de la saponaria, agregándole un poco de vino, y el emplasto de los cuatro fundentes sobre las glándulas. Dos meses de tratamiento han he-

cho desaparecer estos accidentes, y las he enviado despues á tomar los baños del mar á fin de completar la curacion y de reanimar la accion orgánica de la economía. Las escrófulas son enfermedades de debilidad, producidas por un vicio de asimilacion en la sangre. Parece pues que ni la gelatina, ni la albúmina son las que estan viciadas, como sucede en el escorbuto; el vicio parece residir en el fosfate calcáreo y en la parte colorante de la sangre. Los tejidos que se atacan con preferencia en estas afecciones, son los secretores y glandulosos, como tambien el oseo.

OCTOGESIMA OCTAVA PROPOSICION.

CCCXCIX. Los estimulantes tomados interiormente no curan la disposicion escrofulosa, sino por la excitacion de los depuradores, esto es, por revulsion; y si no la producen exasperan la irritacion escrofulosa como otra cualquiera.

Respuesta. Es constante que los estimulantes y los amargos curan muchas veces las escrófulas; si esto es por la excitacion de los depuradores, señal de que hay debilidad en estos órganos; si por revulsion, luego hay humores que reveler, y no puede mirarse como una irritacion inflamatoria. Aunque estos remedios sean muchas veces capaces de curar dicha enfermedad, no obstante resiste muchas veces á las medicinas mas enérgicas, mientras que el egercicio, un alimento nutritivo, la edad, y especialmente el tiempo, van perfeccionando la asimilacion de los humores, modifican la diatesis escrofulosa y desaparece. Las escrófulas son unas enfermedades *sui generis* cuyos efectos difieren de los de las otras enfermedades y virus, y cuyo tratamiento no puede ser el mismo.

OCTOGESIMA NONA PROPOSICION.

CD. Cuando los estimulantes tomados interiormente en las escrófulas no producen la revulsion, desen-

vuelven la gastro-enterítis, y la añaden á las irritaciones escrofulosas del exterior; esta es la atrofia mesentérica de los autores. Si el pulmon contrae la irritacion, se verifica entonces la tisis llamada escrofulosa.

Respuesta. He aquí otra enfermedad que no es producida por la gastro-enterítis. Mr. Broussais sin embargo, no renuncia absolutamente á ella, pues dice que sobreviene á causa de los estimulantes tomados interiormente, y que no producen la revolucion; y asegura que la atrofia mesentérica no es otra cosa que la gastro-enterítis. Pero la atrofia mesentérica no tiene mas relacion con la gastro-enterítis que los infartos glandulosos exteriores que se notan en estas afecciones. Mas probable es que esta enfermedad que depende de un vicio de asimilacion particular, altere la sensibilidad orgánica de las glándulas en general, produzca este efecto en las mesentéricas, cause su infarto, y determine lo que se llama atrofia mesentérica. Pero este engurgitamiento precede al de las demas glándulas, y á todas las irritaciones exteriores que reconoce Mr. Broussais. Esta afeccion de las glándulas mesentéricas está en el rango de aquellas que no pueden mirarse como flegmasiacas; lo mismo sucede á la tisis pulmonal escrofulosa. He abierto una infinidad de niños en quienes habia el engurgitamiento mesentérico escrofuloso, y visos de la tisis consecutiva; pero estos órganos no me presentaron vestigio alguno de inflamacion real.

NONAGESIMA PROPOSICION.

CDI. La diátesis escrofulosa inveterada al exterior del cuerpo, se destruye con el tiempo, por el ejercicio al aire libre, la sobriedad, y los alimentos sanos, como los estimulantes se manejen de modo que no desenvuelvan flegmasías viscerales.

Respuesta. Las escrófulas exteriores son el producto de una diátesis general interna, y solo se pueden curar corrigiendo esta diatesis. Es cierto que esta y aun la interna se curan con los medios de que habla

Mr. Broussais, y que dejo indicados mas arriba; pero no debe atribuirse la muerte que se sigue á los progresos de esta enfermedad, á los tónicos y amargos que se han usado; porque todas las enfermedades en general pueden resistir y terminarse por la muerte, apesar de los remedios mas apropiados; y esto consiste en que la diátesis es tal que no puede ser modificada, por encontrarse los sólidos privados de la fuerza vital suficiente para poder regenerar á los fluidos, y no porque esten atacados de inflamacion. De cualquier modo que esto sea, el uso sostenido de los amargos suaves, como el cocimiento de la saponaria, la dulcamara, del hambrecillo mezclado con el vino, y bebido en las comidas, la infusion fria y acuosa del ruibarbo, alivian mucho, cuando se tiene la paciencia de continuarlo por mucho tiempo.

NONAGESIMA PRIMA PROPOSICION.

CDV. La sífilis es una irritacion que afecta el exterior del cuerpo, como las escrófulas, y se previene su repeticion, que forma la diátesis, atacandola en su principio con los antiflogísticos locales, y sobre todo con sanguijuelas abundantes.

Respuesta. La seguridad con que habla Mr. Broussais de la sífilis, me hace sentir vivamente, que no hubiese nacido este médico con algunos siglos de anticipacion: ¡cuántas víctimas de esta cruel enfermedad habrian muerto tranquilamente en sus camas! ¡cuántos dolores y sufrimientos no habria evitado al género humano! Ya no existiría la enfermedad mas asquerosa, la mas desagradable y terrible. Esta no es mas que un ser imaginario, una abstraccion, una simple irritacion exterior, que debe ceder á la aplicacion de algunas sanguijuelas. ¡Cuán miserables sois MM. Fracastor, Astruc, y todos los doctores modernos que confundidos en un laberinto de discursos os habeis desvelado para buscar un remedio contra esta plaga destructora! ¿De qué sirve toda vuestra erudicion, y la celebridad

que os han adquirido vuestras averiguaciones? Que no se haga mas cuestion de esto; que se olvide para siempre el mercurio que ha producido tantas calamidades, curando esta enfermedad: vuestra estrella se ha eclipsado á presencia del sublime ingénio de Mr. Broussais. Si á Mr. Mazet se ha levantado un mausoleo por su noble sacrificio, ¿qué deberá hacerse al médico de Val-de-Grace, cuando pague su tributo á la naturaleza? digo, porque aun no se encuentra en el caso de librarse de este destino. El Dr. Mazet era un ontologista que pereció víctima de su zelo en socorrer á la humanidad: menos feliz que el médico fisiologista, pues egercia su talento en combatir estas abstracciones, estas entidades mórbidas facticias, cuya naturaleza desconocia. Si se hubiese mandado á Barcelona á Mr. Broussais con un cargamento de sanguijuelas habria sido mucho mas útil que todos los médicos del mundo. Pero por último, es tal la fragilidad humana, que un hombre célebre se eclipsa por otro que le aventaja. Los descubrimientos que se han reputado por los mas sublimes se reducen á la nada, cuando un ingénio superior demuestra el absurdo de ellos: esta gloria estaba reservada á Mr. Broussais; él sin disputa, eclipsando á todos sus compañeros debia hacer desaparecer una de las enfermedades mas crueles. Mas venturosos que nuestros padres no deberemos temer que al placer suceda la enfermedad; y de aqui en adelante, á cubierto de un azote tan destructor, las generaciones venideras darán rendidas gracias á Mr. Broussais, cuyo nombre llegará á la mas remota antigüedad. Apesar de lo pomposo de este descubrimiento, temo mucho que se convierta en humo la oferta de este médico, sin que nos quede mas que el sentimiento de ver deshechas las esperanzas con que nos habia saboreado.

NONAGESIMA SEGUNDA PROPOSICION.

CDVI. La irritacion sifilítica inveterada cede á los antiflogísticos, y á la abstinencia, pero como esta cura

es penosa se prefieren el mercurio y los sudoríficos.

Respuesta. Se podría creer que Mr. Broussais está de concierto con Mr. Boiveau-Laffecteur; pues como se sabe el uso del remedio de este último exige una abstinencia tal, que fatiga á los enfermos mas robustos.

NONAGESIMA TERCIA PROPOSICION.

CDVII. El mercurio, los sudoríficos y otros estimulantes no curan la sífilis sino egerciendo la revulsion sobre los capilares depuratorios, pero es necesario que sea favorecida por la abstinencia, porque una hematosis demasiado copiosa sostiene la irritacion sífilítica.

Respuesta. El mercurio es el verdadero remedio de la sífilis; pero puede administrarse bajo mil formas diferentes. Yo uso muchas veces el licor de Vanswieten, y no sujeto á los enfermos á abstinencia alguna. Con frecuencia empleo la prescripcion siguiente con la misma ventaja. Aunque los enfermos no dejen su régimen ordinario, no sufren el mas ligero accidente.

Tómese:

De ácido nítrico -- Una onza.

De sublimado corrosivo -- Doce granos.

Échese en una botella ordinaria de agua el ácido, y disuélvase en seguida el mercurio. Esta disolucion se hace con mucha facilidad, triturando la sal en un mortero de vidrio, echando encima el agua asidulada, y decantándolo hasta la perfecta disolucion. Se toman dos, y á veces tres cucharadas de esta mezcla, por dia, poniendo cada cucharada en un vaso de agua con azucar, se pueden echar las tres cucharadas en una botella ordinaria de agua azucarada ó melada, y beberla en el dia; continuando este procedimiento todos los dias hasta la perfecta curacion. No conozco fórmula análoga, ni creo que hasta el dia haya empleado alguien el ácido nítrico con el sublimado corrosivo. De cualquier modo que sea, he obtenido numerosos sucesos con el uso de este remedio, cuya dosis puede

aumentarse ó disminuirse á voluntad. Se puede comer y entregarse á sus negocios como en el estado de salud sin temer accidente alguno. Cura con tanta seguridad y prontitud, como las demas preparaciones, las sífilis mas inveteradas, y no provoca la salivacion.

NONAGESIMA CUARTA PROPOSICION.

CDVIII. Los estimulantes llamados anti-venéreos, deben administrarse interiormente con mucha prudencia; de otro modo desenvuelven gastro-enteritis, que reflejan sobre las irritaciones sifilíticas, exteriores, y no se verifica la revulsion, ó bien se llama la irritacion sobre las vísceras que acaban desorganizándose.

Respuesta. Si Mr. Broussais hubiese tratado un número considerable de enfermedades sifilíticas, se guardaria bien de hablar de este modo. Por lo que á mí hace, que he curado una infinidad de enfermos de esta especie por los medios que he citado en la precedente proposicion, puedo asegurar que jamas he visto sobrevenir inconveniente alguno de los que habla Mr. Broussais, ni la misma gastro-enteritis. Mi larga experiencia me ha hecho conocer que dos personas atacadas de esta enfermedad, se tratan simultáneamente, pudiendo curarse perfectamente, habitar juntos, sin dejar su régimen ordinario, y sin miedo de las gastro-enteritis.

NONAGESIMA QUINTA PROPOSICION.

CDIX. Cuando los estimulantes llamados anti-venéreos han desenvuelto una gastro-enteritis, y no se ha curado la sífilis, no puede ceder esta sino con la gastro-enteritis á una larga perseverancia en el tratamiento anti-flojístico; pero si se han desorganizado las vísceras gástricas, ó se ha debilitado demasiado el enfermo, es imposible la curacion.

Respuesta. Las enfermedades que sobrevienen despues de un tratamiento mercurial muy prolongado, ó mal dirigido, no dependen de la infeccion sifilítica,

son sí el resultado de una nueva modificacion atónica de la sangre por el mercurio, que determina una mala asimilacion, y se asemejan, bajo esta relacion, al escorbuto en los fenómenos que ellas presentan. Por consiguiente, en estas circunstancias no puede aplicarse el tratamiento que conviene á las flegmasías, sin producir una exacerbacion de estos fenómenos. Es pues necesario restablecer las propiedades vitales debilitadas, dando tono á los fluidos; pero, fuera de esto, jamas sobrevienen, despues de un tratamiento sabiamente dirigido, ni gastro-enteritis, ni algun otro accidente.

NONAGESIMA SEXTA PROPOSICION.

CDXII. La predisposicion á la sífilis es la misma que la predisposicion á las escrófulas; asi es que los sugetos que la tienen son mas dificiles de curar que los demas.

Respuesta. Aunque me encuentre inclinado á mirar el desenvolvimiento de las escrófulas congénitas como la influencia de un virus venéreo antiguo y degenerado, la experiencia sin embargo nos prueba, que estos dos virus no tienen relacion alguna de semejanza, y que no ceden á los mismos medios curativos. La observacion atenta de su marcha nos demuestra, que se desenvuelven simultánea y separadamente, y cuando existen á la vez, se nota su complicacion por fenómenos particulares á cada uno de ellos. Se encuentran sin embargo en estas dos afecciones síntomas que se asemejan, tales son los infartos glandulosos, y la carie de los huesos; pero apesar de esta apariencia de conformidad, el habito y tino médico harán distinguir muy pronto el infarto escrofuloso del venéreo. Los depósitos frios de las escrófulas jamas vienen á supuracion, sin que se exaspere la enfermedad; en lugar de que en los depósitos venéreos la supuracion es saludable. Los depósitos por congestion y aquellos que se manifiestan en la piel, en las escrófulas, no son simples irritaciones exteriores como quiere Mr. Broussais; todo prue-

ba que estos fenómenos son el producto de las modificaciones morbosas de los fluidos, cuya accion deletérea se hace sentir en todos los sistemas de la economía. Nada presenta menos el aspecto de la flegmasia, que estos accidentes que sobrevienen en las escrófulas.

La observacion siguiente sale al apoyo de lo que digo; y prueba que esta afeccion es debida á un estado particular y aislado que se debe distinguir de cualquiera otra enfermedad. Presentará tambien á esta en su estado de simplicidad, complicándose con una flegmasia de la cavidad torácica, y volviendo á tomar despues su curso natural; igualmente ofrece un ejemplo de una afeccion de este género tocando á su mas alto grado, y presentando fenómenos los mas graves, y que rara vez se encuentran.

Victor Hennequin, de edad de 22 años, temperamento linfático-sanguíneo, tuvo una pleuresía en el mes de agosto de 1821, de la que se curó con una aplicacion inmoderada de sanguijuelas. Desde esta enfermedad no volvió á recobrar sus fuerzas; anteriormente á ella estaba robusto, y su semblante manifestaba una excelente salud. A fines de agosto se le presentó en el talon derecho un tumor frio sin inflamacion, que llegó á abrirse dando lugar á una úlcera que no se pudo hacer cicatrizar.

Se le dieron muchos baños calientes, en cuyo intermedio fué sobrecogido de laxitud, de disgusto, y perdió el apetito: la úlcera del talon se puso pálida, y se formó, en la articulacion de la clavícula con el esternon, un tumor, que en muy poco tiempo tomó tal acrecentamiento que se puso igual á un niño de nueve meses. Permaneció en este estado por espacio de tres meses, á cuyo tiempo sobrevino una calentura ética, acompañada de sudores muy fuertes que le debilitaban extremadamente. Se emplearon los fortificantes y un cauterio. En el mes de diciembre de 1821 habia perdido enteramente el apetito, era extremada la debilidad y se vió precisado á alimentarse. Se abrió el tumor, y presentó un pus blanco de un olor insulso, se-

mejante al que sale de los tumores, por congestion, de las grandes cavidades. Le vi por primera vez el 3 de enero de 1822. Rostro pálido alterado, pómulos ligeramente encendidos, lábios llenos de grietas, lengua mucosa blanquecina, frios irregulares, frecuentes; y sudores copiosos. Le ordené la tipsana amarga hecha con el hambrecillo, la dulcamara, el vino de quina y la genciana. A los quince dias se conocia algun alivio, la calentura era menor, y los sudores mas moderados; las úlceras tomaron un color rosado, disminuyó la supuracion y el enfermo pudo levantarse. El 20 de enero se acostó con frio, y laxitud, y se declaró una tos seca y violenta. El 21 rostro muy encendido, lengua amarilla, tos violenta, expectoracion dificil con esputos blancos estriados de sangre, dolor pleurítico en el costado derecho. Dia 22 rostro pálido, respiracion estertorosa, tos violenta sin expectoracion, pulso vivo y frecuente. Tipsana de cebada con miel, dieta, doce sanguijuelas al costado. Dia 23, el dolor se habia hecho muy agudo, tópico con la avena molida y amasada con vinagre, sobre el lado doloroso; alivio conocido. Dia 24, pulso pequeño, profundo; dolor violento, respiracion estertorosa; segunda aplicacion de sanguijuelas. Dia 25, continuó el mismo estado. Dia 26, dolor de costado insuportable; vejigatorio sobre el mismo sitio. Dia 27, cesacion subita del dolor. Mas alivio en la noche. Casi habia estado resuelto á hacer tercera aplicacion de sanguijuelas; pero reflexionando que las dos primeras no habian producido alivio alguno, y que habian debilitado al enfermo, preferí la aplicacion del vejigatorio. Dia 28 continuó el alivio. Dia 29, se le consintió un poco de alimento; entró en una convalecencia segura y me despedí.

El seis de abril sintió el enfermo un dolor fuerte bajo la tetilla izquierda, que se propagaba hasta el corazon, y me volvió á llamar. Examinado el sitio afecto, percibí un tumor formado por la elevacion de las costillas, que me hizo sospechar una lesion del corazon y de los grandes vasos. El dolor cedió á algunas

fricciones calmantes hechas con el aceite de manzanilla, el láudano y el bálsamo tranquilo, quedó en un estado estacionario y sin fiebre, conservando su apetito hasta el 14 de abril en que reapareció la fiebre acompañada de un dolor muy fuerte en el costado izquierdo. Se pasaron dos dias sin que pudiera verlo. El dia 17 supinacion, imposibilidad para moverse, posturacion extremada, y se presentó otro tumor en los lomos. El del externo-cleido-mastoideo habia crecido prodigiosamente, el de la tetilla izquierda me presentó una fluctuacion obscura, con una crepitacion apenas sensible, que me hizo sospechar que los cartilagos se habian desprendido de las costillas. Sospeché la comunicacion de este tumor con el de los lomos, sin poder explicar el como esto se verificaba. Era tan fuerte el dolor del costado, que apesar de la debilidad, mandé aplicar doce sanguijuelas que no llegaron á prender; las ventosas escarificadas moderaron el dolor, que al menor movimiento se hacía sofocativo. Se declaró otro tumor entre las escapulas, de la longitud de medio pie que iba casi á juntarse con el de los lomos, lo que hacia que el enfermo, obligado á decubitar boca arriba, lanzase lastimosos quejidos. El 23 de abril, al cambiar de postura al enfermo, en mi presencia, se abrió el dicho tumor. Noté en este mismo tiempo que el cuello del enfermo tenia un grosor extraordinario, de lo que no se habia quejado, aunque segun dijo, hacía mucho tiempo que tenia este accidente pero sin haberle molestado cosa alguna. Este tumor me pareció sin fluctuacion sensible. El 1.º de mayo, el tumor de la tetilla izquierda habia aumentado extraordinariamente, y presentó pulsaciones isocronas á las del corazon, lo que me hizo presumir la hipertrofia de este órgano. El pus salió con una violencia extraordinaria: se sostuvo al enfermo con caldos nutritivos de jaleas, y no hubo calentura sensible. Por último murió agotado de fuerzas y consumido de padecer. Este jóven habia tenido siempre una conducta arreglada; sus padres habian sido sanos, y nunca habian padecido enfermedad.

alguna venérea. Tenia tres hermanos y otras tantas hermanas que aun existen, y estan saludables. Esta terrible enfermedad se declaró en él, sin poderse sospechar cual fuese su causa.

Autopsia. Hendí el tumor exterior del cuello, que ocupaba toda la parte posterior, desde la nuca hasta debajo de la séptima vértebra cervical, y le encontré lleno de una materia mitad concreta, y mitad como el cerebro diluido. La segunda vértebra cervical estaba destruida en su parte posterior; el pus penetraba, por un trayecto fistuloso, entre la médula oblongada, y el cuerpo de las otras vértebras cervicales, y habia desprendido la prolongacion rachidiana de la membrana que envuelve esta médula, y salia por entre la última cervical y primera dorsal, cuyo cuerpo estaba cariado. Llegando á este sitio, se extendia esta materia en un foco principal, del que salian tres conductos fistulosos, uno que pasaba al tumor dorsal, por bajo del omóplato, y de aquí corria, por un conducto estrecho, al grueso de los lomos. El segundo conducto pasaba, bajo los músculos del cuello, entre las dos inserciones de los músculos externo-cleido-mastoideos, y formaba el tumor que se encontraba en la parte supero-anterior del tórax sobre el esternon, y que era del grueso de dos puños. El tercer conducto fistuloso, se separaba de este, pasaba por cima del externo-cleido-mastoideo, por debajo de la clavícula, é iba á dar á un tumor del grueso de la cabeza de un niño de nueve meses, fluctuante, y que ocupaba una gran parte del lado izquierdo del tórax. Sentí la crepitacion que habia reconocido, cuando vivia el enfermo, aun que muy obscura. Hice una incision crucial en este tumor, y salió de él una cantidad de pus sanioso, que llenaba toda la cabidad izquierda del tórax. Las tercera, cuarta, quinta, y sexta costillas estaban medio corroidas, y los cartilagos habian desaparecido, el pericardio estaba distendido y lleno de mucha serosidad amarillenta, el corazon disminuido de volúmen, de modo que apenas igualaba á un huevo de paba. Este órga-

no estaba como marchito, flácido y blanco; el pulmón izquierdo tenia un color obscuro subido, pero no se hallaba desorganizado; en el mismo estado se hallaba el derecho; el cerebro se encontraba sano en todas sus partes, solo que me pareció mas pequeño que lo regular; la dura madre estaba muy blanca é inspissada; su prolongacion en el canal rachidiano me presentó un inspissamiento de mas de dos líneas, lo que nunca habia visto en sugeto alguno. El sistema nervioso me pareció muy desenvuelto en grosor pues lo vi, cuando menos, doble del estado ordinario en que se encuentra. El olor infesto que se desprendia del cadáver era tal que no me dejó continuar una diseccion detallada y que el pasante que me ayudaba en esta abertura no pudo resistir. Este pasante es el sugeto de la observacion inserta mas arriba, que estaba atacado de una fiebre intermitente, y que Mr. Broussais habia enviado á Versailles.

El estómago se encontraba distendido por gaces infestos; sus paredes estaban muy blancas sin señal de flójosis; el duodeno en su estado natural, el cólon lleno de materias fecales figuradas; los demas intestinos sembrados de manchas negruscas, que creí primero gangrenosas; pero que me hizo ver la inspeccion que eran producidas por un moco negro que se hallaba en el interior. El estómago y los intestinos abiertos y lavados, estaban perfectamente blancos y sanos, y contenian, el estómago un moco obscuro, y un moco negro los intestinos. El pancreas estaba sano, el bazo adherente al peritoneo, en su parte convexa tenia un color violado particular; las glándulas del mesenterio generalmente infartadas; los riñones mas tensos que en el estado natural, y lo mismo la capsula suprarrenal. El hígado era muy voluminoso y estaba adherente al diafragma.

Aunque he preguntado á los parientes del enfermo, por ver si me daban alguna luz sobre la naturaleza de este mal no he adelantado paso. Lo que hay de cierto es que esta enfermedad, que ha producido

tantos estragos, que ha afectado todos los órganos, no puede mirarse como una simple irritacion local, antes mas bien presenta el egemplo de una enfermedad general. Negar estas afecciones es negar la verdad mas evidente. Esta enfermedad que yo miro como de naturaleza escrofulosa se trató en su principio por las sanguijuelas y sangrias generales, lo que contribuyó en gran manera á inferir la atonia en todos los sistemas.

NONAGESIMA SEPTIMA PROPOSICION.

CDXIV. Las irritaciones cutáneas que se llaman herpes, deben tratarse con las sangrias locales, los emolientes al exterior, al interior los refrigerantes, ínterin exista inflamacion en la piel; cuando no queda en ella mas que una irritacion sub-inflamatoria, pueden aplicarse á la piel los estimulantes, sobre todo los sulfúreos, y puede intentarse la revulsion por via de los sudoríficos, de los diuréticos, y de los purgantes; pero es menester no llevar el estímulo interior hasta producir la gastro-enteritis, porque esta hace volver á parecer los herpes, ó sino desorganiza las vísceras de la digestion, ect. Esto es lo que se llama herpes retropulsos. Todo lo dicho puede aplicarse á la lepra llamada de los griegos, ó tuberculosa.

Respuesta. Las sangrias no curan los herpes; pueden cuando mas moderar la inflamacion que sobreviene á causa de rascarse cuando es insoportable la picazon; pero esta inflamacion es siempre independiente del herpes, el cual encontrándose aislado, jamas presenta el caracter inflamatorio. Cuando se emplean las sanguijuelas para quitar la inflamacion causada por las frotaciones, desaparece, en efecto, pero queda el herpe. Acabo de tener dos egemplos en una muger que tenia un herpe en el dedo pulgar de la mano izquierda, y otro que cubria todo el dorso de la mano derecha. Se rascó con tanta fuerza que le sobrevino una hinchazon considerable en el pulgar izquierdo y en la mano derecha. Se disminuyó la inflamacion

con la aplicacion de algunas sanguijuelas sobre la parte, pero han permanecido los herpes. Otra muger tenia un herpe de consideracion en el muslo, hizo sobrevenir á él una violenta inflamacion, por el mismo procedimiento que la anterior, y fué aplacada con una aplicacion igual; desapareció la inflamacion pero tambien quedó el herpe. Los baños de Vallatria, las duchas del mismo agua, los baños de vapores sulfurosos, son medios muy eficaces contra los herpes. Todos conocen el tratamiento que se emplea en el hospital de S. Luis para la curacion de los herpes por la piedra infernal, medió que se ha puesto en uso por el Dr. *Alibert*. Esto mismo prueba que estas afecciones no son de naturaleza inflamatoria. Si existen inflamaciones interiores que tienen relacion ó conexiones con lo que se llaman flegmones exteriores, ¿por qué no podran darse igualmente afecciones herpéticas en el interior? No dudo de modo alguno que lo que llamamos herpes retropulso produzcan sobre los órganos interiores los mismos efectos, que los que ocasionan en los tejidos exteriores. Pero estos fenómenos deben modificarse segun los tejidos que ocupan. La gastro-enteritis de Mr. Broussais no se presenta allí mas que para representar su papel ordinario, quiere decir, que ella no es de temer; y que casi nunca un herpe, dicho retropulso, fija su accion deleterea sobre el estómago, sino mas especialmente en el hígado, los pulmones y las vísceras de parenquima; á veces tambien se nota esta accion sobre las membranas serosas, y determina fenómenos particulares segun el órgano que reviste la membrana afectada. En semejantes casos, es precisamente cuando debemos redoblar nuestros esfuerzos para atraer el herpe al exterior, por medio de las revulsiones mas enérgicas. ¡Mil veces felices cuando podemos conseguirlo! porque de lo contrario esta afeccion produce infartos, cirros, úlceras, y otros mil males que tarde ó temprano, destruyen al enfermo.

NONAGESIMA OCTAVA PROPOSICION.

CDXV. En las curaciones que se obtienen de las flegmasías, de las subinflamaciones, de las ulceraciones, en una palabra de todas las irritaciones situadas al exterior del cuerpo, por medio de los astringentes, de los narcóticos, de los rubefacientes, y de los cáusticos, en los eritemas, las oftalmías, las blenorragias, las sarnas, los herpes, las escrófulas, las afecciones sifilíticas, ect.; no se deben ver mas que irritaciones morbíficas, que ceden a irritaciones medicamentosas.

Respuesta. Las irritaciones pueden destruirse por medicamentos irritantes y revulsivos; pero aplicados en sitios distantes al del mal. Los remedios irritantes que destruyen las irritaciones, aplicándolos sobre el mismo mal, no obran como tales; por el contrario se hacen modificadores ó calmantes de estas irritaciones. Así tal remedio que es irritante cuando se aplica sobre una parte sana, se hace calmante cuando se le aplica sobre una parte enferma. Así es como en las oftalmías, el sulfate de zin, y de cobre, el sublimado, y las diversas preparaciones arcenicales, obran realmente como sedativos curando estas afecciones: mientras que en otras circunstancias, producirian efectos enteramente contrarios. Así desde que una sustancia reconocida generalmente por irritante, se haga el modificador de una afeccion inflamatoria, no podremos considerarla como tal irritante: lo que está en armonía con este axioma latino: *Contrariis contraria curantur.*

NONAGESIMA NONA PROPOSICION.

CDXVII. La curacion de las flegmasías intensas, tales como la peritonitis, sea ó no puerperal, el reumatismo agudo, la pneumonia, ect., por el tártaro estibiado, los calomelanos, las fricciones mercuriales, el ópio, el aceite de trementina, y por los drásticos, no es efecto de una accion sedativa directa: sino que re-

sulta de la excitacion de un gran número de simpatías orgánicas que abren la puerta á la revulsion; así es que no se obtienen sino por evacuaciones críticas: y si el estimulante es demasiado débil para producir las, ó si la irritacion morbifica es demasiado intensa para dejarse desalojar, se aumenta la enfermedad, y la desorganizacion aguda ó crónica es la consecuencia. Este método de tratamiento debe pues ser precedido del antiflojistico, y aun con esta precaucion se aventura mucho en él.

Respuesta. La peritonitis puerperal es el resultado de una imperfecta asimilacion de la leche; hallándose privada la sangre de las cualidades necesarias á la secrecion de este fluido, no puede determinar la accion secretiva de las glándulas mamarias. Entonces se encuentra cargada de principios imperfectos, que procura depositar como excrementicios en el canal intestinal, y determina en él una irritacion inflamatoria que destruye el emético, produciendo la evacuacion de los principios deletéreos, y restableciendo por la misma razon el equilibrio en las diferentes partes de la economía. Segun esto, la curacion de esta enfermedad, es debida á la accion pura y simple de una medicina cuya accion, llevada sobre los órganos afectos, los obliga á espeler el humor que los irrita y entraba sus funciones. Así revivificada la sangre, y desembarazadas las vísceras de la causa irritante que se oponia al libre ejercicio de sus funciones, se restablece el orden, y se extiende la calma en toda la máquina. Esta misma teoría se puede aplicar, á las demas afecciones que tienen una causa diferente, pero que consiste, sin embargo en un humor cualquiera. Las fricciones mercuriales, el ópio, y la quina, no pueden obrar del mismo modo, porque difieren del emético en sus propiedades físicas y medicamentosas; ellos no pueden obrar como evacuantes, pero si como modificadores que mezclándose á la sangre destruyen el efecto mórbido que la altera, y por esta modificacion restablecen el orden

natural, destruyendo los principios de las enfermedades.

Para emplear un medicamento con suceso, es necesario juntar la observacion al raciocinio; consultar no solamente nuestra propia experiencia, sino aun la de los demas. Siguiendo una marcha tan sábia y prudente no temeremos engañarnos, ni correr las exposiciones que corre Mr. Broussais.

CENTESIMA PROPOSICION.

CDXXXIII. Entre los agentes externos hay modificadores que extinguen la vitalidad sin producir reaccion apreciable: entonces la debilidad por sí sola constituye la enfermedad; pero estos casos son mucho mas raros que lo que se ha creido hace mucho tiempo.

Respuesta. Aquí vemos á Mr. Braussais reconocer una afeccion primitiva causada por agentes de tal modo deletéreos que constituyen una enfermedad por debilidad; esta verdad que reconoce y confiesa Mr. Broussais, es la mayor prueba de la falsedad de su sistema, pues que todo él se dirige á probar que no hay mas que una especie de afeccion morbosa, que es la irritacion ó la inflamacion (y esta proposicion admite formalmente una enfermedad solo causada por la debilidad); me parece que esto establece dos clases muy distintas de enfermedades: una por irritacion, y por atonia de las partes la otra. De este modo es como se explican Brown y sus discípulos; luego ya tenemos á Mr. Broussais convertido en Browniano. Sin embargo, se apresura á decirnos, como si estuviera arrepentido de su confesion, que estos son casos mas raros que lo que comunmente se ha creido. Puede que sea así, pero ellos existen, y es todo lo que necesitamos, para ganar en la causa, y es como si le dijéramos: vuestras irritaciones son mucho mas raras que lo que decis; luego jamas existen. Nos guardaremos muy mucho de usar este lenguaje, porque no pretendo ser exclusivo.

CDXXXIV. Los miásmas que provienen de la descomposicion de los cuerpos animales y vegetales muertos, y de las emanaciones de los animales enfermos ó reunidos en un lugar muy cerrado, son algunas veces bastante deletéreos para ocasionar la debilidad, y aun la muerte sin la reaccion; pero siempre que estos producen el dolor y la calentura, se ha establecido una irritacion en la mucosa digestiva, y sobreviene por simpatía en las demas vísceras; y esta es la que suministra las indicaciones principales: que es lo que constituye el tifo, que entonces es producido por la infeccion. (Veáanse las proposiciones sobre el tratamiento de las gastro-enteritis agudas.)

Respuesta. Esta proposicion es una confirmacion nueva, de la division que hace Mr. Broussais de las enfermedades, en dos clases; pero empeñado en sostener su sistema, cae en sus errores acostumbrados; vuelve á sus gastro-enteritis que tanto idolatra, y avanza, que siempre que hay dolor y calentura se establece una irritacion en la mucosa digestiva. Es muy fácil demostrar lo contrario, porque los miásmas deletéreos pútridos se introducen por via de la absorcion; pasan por esta misma via á la sangre elaboradora principal de nuestros humores, y repartidora de todas las propiedades vitales de que gozan nuestros sistemas y nuestros órganos. Con su presencia, se encuentra modificado este fluido en sus principios, y privado de una parte de sus propiedades, egerce sobre nuestros órganos su influencia deletérea. El corazon, principal agente de la circulacion, es el primero que se resiente de esta influencia, que provocando un desórden en sus movimientos constituye lo que se llama calentura. Extendiéndose en seguida la sangre á toda la economía, produce en ella un desórden general, que crea sintomas análogos á la naturaleza de las modificaciones que ha recibido. Tales son los fenómenos particulares que distinguen el tifo, la fiebre adinámica. En estas enfer-

medades se hace sentir á la vez dicha influencia, en el corazon, los músculos, el sistema gástrico y visceral, y aun en el sistema nervioso; y de aqui es que se alteran todas las secreciones. Nada hay que demuestre que sea atacado un órgano primero que otro; luego es un error el no considerar en estas fiebres mas que una gastro-enterítis. Supongamos pues la existencia de esta inflamacion con los síntomas gástricos; y nos encontraremos precisados á distinguirla, por el caracter que presenta, de aquellas que no ofrezcan los mismos fenómenos, y de darle el nombre de gastro-enterítis pútrida. Aun para esto mismo deberiamos estar seguros de que la flegmasía hubiese precedido á los síntomas adinámicos; porque de lo contrario no deberia mirarse esta flegmasía mas que como una complicacion secundaria á la adinamia.

Mas: para probar que las inflamaciones son inherentes á las calenturas pútridas, que son constantemente su causa, y que no pueden separarse de ellas, sería preciso que se encontrasen constantemente en las autópsias signos ciertos de esta inflamacion: porque si estos fenómenos faltan algunas veces: se podrá deducir con certidumbre, que la adinamia puede existir sola. Esta cuestion está ya resuelta, y sin réplica, por la confesion precedente de Mr. Broussais, por la no existencia de la flegmasía, en las aberturas, y por la falta de síntomas de este modo mórbido durante la vida.

Como, por otra parte, la fiebre adinámica deja vestigios sensibles sobre muchos sistemas y tejidos á la vez, y aun á ocasiones en toda la economía, de ahí es que debe considerarse como una enfermedad general, esencialmente distinta de la inflamacion local de un órgano cualquiera, y aun formando una enfermedad *sui generis*.

La accion contagiosa que reluce en el tifo, debe servir para distinguir esta afeccion mórbida; y aunque no esten de acuerdo los prácticos sobre el modo de propagacion, es sin embargo constante que esta enfer-

medad puede ser contagiosa en ciertas circunstancias, mientras que en otras carece de esta maléfica propiedad. Por ejemplo en un aire impregnado ya de miasmas pútridos, y en el que haya una gran reunion de individuos, se desprenderá una gran cantidad de efluvios contagiosos que viciarán el aire, tanto mas cuanto menos se renueve. Asi es como un cordon sanitario muy estrecho, hará que esta enfermedad se haga mas exterminadora, y que perezcan una multitud de victimas, en quienes el terror, la desesperacion, y todas las afecciones morales se agregarán á la influencia deletérea. Viciado de este modo el aire, puede ser trasportado por ciertos vientos, y extenderse á comarcas lejanas.

Desde la invasion de esta enfermedad, es preciso alejar todas aquellas medidas cuya severidad hace mas desastroso el mal. Mas prudente es dejar á cada enfermo la libertad de retirarse al campo ó á sitios solos y elevados, y hacer que salgan los enfermos de las ciudades, cuya gran poblacion es un foco continuo de infeccion. Se debilitará de este modo el contagio, y no se verá sucumbir una poblacion entera á este azote destructor. En los paises donde se toman estas medidas de seguridad, en aquellos en que los enfermos tienen la libertad de salir, y donde son fáciles las emigraciones, se encuentra el aire mas puro y apenas sensible el contagio: esta es la razon de porque muchos observadores, que han sido testigos de estos efectos, niegan la propiedad contagiosa. Tambien hay climas en los que no puede alojarse esta propiedad. De aqui es que no haya ejemplo de haber existido en Francia la fiebre amarilla, porque el clima de este pais, el aseo de sus habitantes, y el aire templado que se respira en él, son otros tantos obstáculos á su desenvolvimiento.

El tifo que reinó en 1814 entre nuestras tropas y las aliadas causó terribles extragos, mientras que estuvieron reunidas las tropas en un espacio reducido; pero se disipó por sí mismo, y disminuyó su propiedad contagiosa, en el instante que los soldados se diseminaron y se adistaron unos de otros. Versailles fué

el teatro donde se reunió un gran número de éstos enfermos. La enfermedad se comunicó con mucha rapidez á varios individuos en un principio, pero bien pronto perdió su fuerza y su acción contagiosa; muchos individuos fueron atacados muy ligeramente; algunas precauciones, un vomitivo, evacuentes, y bebidas asiduladas, bastaron para contener su marcha, é insensiblemente desapareció el caracter contagioso.

Versalles, por su posición en un sitio elevado, es una ciudad cuyas calles largas y rectas, y cuyas plazas muy extensas ofrecen un libre curso al aire. Su extensión es capaz de alojar de ciento, á ciento cincuenta mil habitantes. Así es que cada enfermo, estaba, por decir así, aislado y respiraba un aire puro; y por lo mismo disminuyó con mucha facilidad de intensidad el mal, porque, repito, mientras mas se renueve el aire, es mas sano, y dá menos acceso al contagio.

La enfermedad que ha reinado mas recientemente (1822) en la escuela militar de S. Ciro, que caracterizaron muchos médicos de gastro-enteritis, y que trataron como tales sin suceso, no fué mas que una especie de fiebre pútrida, que habia tomado un caracter contagioso, pero que desapareció luego que se sacaron los enfermos jóvenes. Esta fiebre presentó algunas irregularidades en su marcha, y algunos síntomas particulares á ella misma. Yo asistí á tres individuos que estaban atacados de ella, que vivian en la miniera por cima de S. Ciro. Usé, á corta diferencia, los mismos medios terapéuticos que uso en las fiebres pútridas, y se restablecieron completamente, mientras que el método de Mr. Broussais usado por algunos médicos careció de suceso, y la mayor parte de los que lo sufrieron murieron bajo su empleo.

CENTESIMA SEGUNDA PROPOSICION.

CDXXXV. Todo enfermo afectado del tifo, puede por sí solo llegar á ser un foco de infección para las personas sanas y comunicarles su enfermedad, si está

encerrado en un lugar estrecho, y si se estancan á su rededor sus emanaciones: este es el contagio febril; pero si está colocado en un lugar sano, bien ventilado y limpio es difícil esta comunicacion. El tifo pestilencial y el varioloso ¿son los únicos que pueden contagiar á pesar de estas precauciones?

Respuesta. Ya he desenvuelto en mi respuesta á la proposicion antecedente, lo que se anuncia en esta; pero el contagio pestilencial es mas enérgico, y se comunica con mas facilidad que el varioloso; porque muy pocas personas pueden presentarse á la peste sin ser atacadas de ella, mientras que un gran número se expone impunemente al contagio varioloso.

La tisis pulmonal es una enfermedad mucho mas peligrosa bajo este respecto, pues se contrae fácilmente de persona á persona, apesar de un aire sano y renovado, por el contacto de los vestidos, de las camas, y aun de la habitacion en que han muerto individuos atacados de ella.

Esta cruel enfermedad, cuyo caracter contagioso no ha fijado bastantemente la atencion de los médicos, ha causado tantos mas estragos cuanto mayor ha sido el desprecio que se ha hecho de su caracter. Tengo remitidas muchas observaciones á la academia de medicina, que prueban el efecto contagioso de esta enfermedad, yo mismo debo ser víctima de él. No entro en mayores detalles sobre este punto porque me separaría mucho de mi fin.

CENTESIMA TERCIA PROPOSICION.

CDXXXVII. El síncope es el efecto de una interrupcion del curso de la sangre que va al cerebro, y suministra siempre la indicacion de los estimulantes, pero despues que ha cesado se presentan indicaciones contrarias cuando la causa de la interceptacion de la sangre es una irritacion.

Respuesta. El síncope es el efecto de una constriccion espasmódica de los vasos capilares, que pro-

duce una revulsion al interior. En este estado los órganos internos, como el cerebro, gozan de una actividad vital de que carecen los exteriores; es una especie de sueño forzado. Me acuerdo que siendo practicante en el Hotel-Dieu de Ruan, caí un día de rodillas, y recibí un golpe tan violento que me arrojó en un síncope por mas de treinta minutos. En este estado creía que estaba divirtiéndome con un amigo mio, que íbamos al monte bolognes en un bombé, y que en el camino nos divertíamos en cosas las mas gratas; pero que al llegar á la puerta de la montaña volteeé con mucha prontitud, pisé el límite y cayó el bombé. El terror que me causó esta caída me hizo volver en mí, despues de haberse empleado, segun me dijeron, una infinidad de remedios para conseguirlo. Esto prueba que la circulacion interior estaba en toda su fuerza y que las facultades intelectuales habian conservado su integridad. Desde este acontecimiento, he preguntado y me han asegurado muchas personas haber experimentado los mismos efectos en los sínopes.

CENTESIMA CUARTA PROPOSICION.

CDXXXVHL. La asfixia que depende de la aspiracion de los gases llamados deletereos es una abirritacion; pero cuando se ha disipado queda siempre una irritacion en las principales vísceras.

Respuesta. La asfixia por los gases deletéreos es una alteracion súbita de la contractilidad orgánica sensible del tejido pulmonal que rehusa admitir estos gases en su interior; lo que consiste en que estos gases no están dotados de los mismos principios que el aire atmosférico respirable, que es solo susceptible de poder penetrar en el interior de las vias respiratorias, para sostener la vida. ¿Qué significa la palabra abirritacion en esta circunstancia? Juzgo que no sirve para explicarnos el mecanismo de este afecto, y así es preciso conservar el que hace tanto tiempo le ha consagrado el uso. No se si pasada la asfixia queda realmente un

estado de irritacion en las vísceras; lo que sí puedo asegurar es, que en los individuos que he salvado de esta afeccion, jamas he notado que quedase mas que una grande debilidad.

CENTESIMA QUINTA PROPOSICION.

CDXXXIX. La debilidad que sucede á las pasiones llamadas depresivas, como el terror, etc., supone siempre una irritacion de las principales vísceras, que llega con el tiempo á ser la enfermedad principal.

Respuesta. Las enfermedades que suceden al terror son de naturaleza nerviosa; asi es que muchas veces son su resultado, el temblor, las convulsiones, la manía, y el idiotismo. Sin embargo los fenómenos que se siguen á estas pasiones, varían tanto como los individuos que los sufren. Cuando se hace resentir en las vísceras el efecto, son casi siempre atónicos los accidentes que sobrevienen, y rara vez presentan el caracter flegmasiaco. Como el terror no es mas que una causa, no deben fijar nuestra atencion mas que los fenómenos que le sucedan.

CENTESIMA SEXTA PROPOSICION.

CDXL. La debilidad del escorbuto no suministra las indicaciones principales sino cuando no existe punto de inflamacion simultánea.

Respuesta. Aun cuando existiese alguna inflamacion en el escorbuto, esta no podria ser sino atónica, complicacion que no podria perjudicar al tratamiento principal, y se curaria al mismo tiempo que el escorbuto. (Véase mas arriba lo que he dicho sobre este punto.)

CENTESIMA SEPTIMA PROPOSICION.

CDXLI. Cuando la gastro-enteritis mas violenta se prolonga hasta un cierto punto, la debilidad suministra indicaciones que es necesario llenar con materiales asi-

milables para evitar la muerte *per inediam*; porque llega una época en la que la digestion es posible apesar de la persistencia de la inflamacion sin producir la exasperacion de esta.

Respuesta. Ya he tratado este punto en una de las respuestas anteriores. Repito que en una enfermedad aguda no se deberá ser demasiado reservado con respecto al régimen; sé que hay personas que necesitan de mas alimento; los viejos y los niños se hallan en este caso. Pero se necesita tener cuidado para no dar lugar á una recaída que seria funesta, ó mucho mas grave que la enfermedad primitiva.

CENTESIMA OCTAVA PROPOSICION.

CDXLVI. La debilidad general sin flegmasía no exige mas que buenos alimentos, y una dosis moderada de vino si se digiere bien. Si la digestion se hace con trabajo se necesitan los amargos.

Respuesta. La debilidad general anuncia siempre una alteracion profunda en alguna de las funciones asimilatrices. Es necesario buscar la causa de ella, y combatirla si se le puede descubrir, permitiendo los alimentos si el estómago los soporta. Pero si son penosas las digestiones, los amargos, los vinos tónicos, el ruibarbo, la manzanilla, y la centáurea menor, son muy útiles. Si acompañan náuseas á la inapetencia, y la boca está amarga ó pastosa, la lengua amarilla y hay cefalalgia, un vomitivo restituirá la salud.

CENTESIMA NONA PROPOSICION.

CDXLVII. La debilidad con flegmasía situada en otra parte que en el canal digestivo exige alimentos ligeros y que dejen poco residuo, si es aguda la flegmasía; pero repugna los estimulantes, cuya irritacion se repetiría en el órgano inflamado: si la flegmasía es crónica exige esta debilidad alimentos sustanciosos, pero siempre de facil digestion. En cuanto á los tónicos

solo convienen en dosis ligeras y momentáneamente.

Respuesta. La dieta es una de las precauciones mas esenciales en el tratamiento de una flegmasía aguda. Nunca se prescribirán alimentos en una pneumonia, pleuresia, y menos en una gastritis. Los cocimientos de cebada, el agua de pan, los caldos de ternera, las limonadas, y las bebidas con el jarabe de vinagre, son las únicas prescripciones nutritivas que se pueden consentir. En las inflamaciones crónicas hay necesidad de conformarse con el estado del enfermo, y seguir de todo punto la marcha y la naturaleza de la enfermedad, reglando la dosis de los alimentos segun las indicaciones que se presenten.

CENTESIMA DECIMA PROPOSICION.

CDXLVIII. La debilidad con un catarro que apure por una expectoracion demasiado copiosa y sin calentura, exige alimentos sustanciosos y de fácil digestion, con el uso de tónicos astringentes en dosis muy moderadas. Tales son la quina, el líquen, y el acetate de plomo. Tambien pide los revulsivos pero sin supuracion prolongada.

Respuesta. Siempre se necesita sostener las fuerzas en los catarros prolongados, que atacan casi siempre á las personas empobrecidas y de un temperamento débil, y los tónicos tales como los que aconseja Mr. Broussais, menos el acetate de plomo que es peligroso y que no goza de una virtud bastante pronunciada, para compensar el peligro que puede inferir su uso.

Las preparaciones del plomo son las menos asimilables con nuestros humores, y casi siempre causan cólicos violentos. Este remedio debe desterrarse de la materia médica.

CENTESIMA DECIMA PRIMA PROPOSICION.

CDLII. La debilidad que sigue á las convulsiones violentas y sin gastritis, necesita el uso de los mismos

alimentos que la que resulta de las hemorragias; pero es necesario añadirles algunos anti-espasmódicos difusivos.

Respuesta. Esta debilidad nunca trae consecuencias. Si no vuelven las convulsiones, bastan para restablecer el estado natural, los alimentos de fácil digestion, y los ligeros anti-espasmódicos.

CENTESIMA DECIMA SEGUNDA PROPOSICION.

CDLIV. Cuando predomina la debilidad en las gastro-enteritis producidas por un ejercicio muscular excesivo, y por el uso de los estimulantes, de que se abusa con frecuencia en estos casos, deben practicarse las sangrias con moderacion, y siempre deben ser locales. Los estimulantes tanto internos como externos son útiles despues de la submersion en todas las asfixias que por otras circunstancias exigen igualmente la introduccion en los pulmones de un aire respirable.

Respuesta. Un ejercicio violento, jamas produce gastro-enteritis ni inflamacion á menos que no haya supresion de transpiracion. En este caso la materia transpirable se revulciona hácia los órganos internos, y puede producir fenómenos inflamatorios. Pero un ejercicio inmoderado produce por lo general una grande fatiga, que cuando se acompaña de fiebre, constituye lo que se llama fiebre efemera simple, ó una fiebre inflamatoria, ó angioténica, pero casi nunca con inflamacion local de un órgano. Esta ligera afeccion no necesita para curarse mas que el reposo y el uso de bebidas calientes y diluyentes unido á la dieta. Siguiendo esta marcha tan simple, los sudores y las orinas establecen una crisis saludable y se restablece el enfermo prontamente; mientras que con las sangrias indiscretas se aumenta la debilidad, y se provocan síntomas biliosos ó adinámicos que forman complicaciones ó cambian la enfermedad de simple que era en una mucho mas grave. Esto es lo que se llama, si no me engaño, jugar al gana pierde.

La asfixia por submercion difiere poco ó nada de las demas asfixias, excepto la accion inmediata de los gases sobre los órganos; pero esta accion debe limitarse á pocos sitios, por cuanto estos gases no pueden penetrar en las vias aéreas por impedirlo la constriccion de la glotis.

CENTESIMA DECIMA TERCIA PROPOSICION.

CDLVIII. Cuando desde el principio de una afeccion aguda existe una debilidad extrema, y un profundo abatimiento, significa esto que la inflamacion ocupa un grande espacio en los órganos respiratorios, ó en los de la digestion, ó en los dos á un tiempo. Entonces si una sangria general, ó local proporcionada á las fuerzas y á los síntomas, en lugar de reparar las fuerzas las disminuye, no se le debe repetir, porque es una prueba de que estas vísceras introductoras naturales de los materiales conservadores de la vida no han llenado esta funcion, y que por consiguiente la economía no tiene ya medios para reparar las pérdidas de alguna consideracion. Los dulcificantes al interior, el frio y la revulsion al exterior son los débiles recursos que quedan á la medicina en estos casos desgraciados. (Véanse las proposiciones sobre el tifo y sobre las gastroenterítis.)

Respuesta. La extrema debilidad y el profundo decaimiento, en el principio de una enfermedad aguda, lejos de anunciar la inflamacion, son la contra seña de la ofensa profunda mórbida y atónica que sufren nuestros órganos; una ofensa de esta naturaleza repugna y mira como perjudicial el uso de las sangrias. Mr. Broussais las mira como sugetos de una inflamacion profunda, pero no sabe si es de los órganos respiratorios ó de las vísceras. Es sin embargo esencial el saber hacer esta diferencia, antes de emplear tratamiento alguno, porque cada una de estas inflamaciones pide tratamientos diferentes. De cualquier modo que sea, Mr. Broussais sangra; y si de ello resultan accidentes mas

graves, dice, que no hay necesidad de repetir la sangría, porque es una prueba de que la naturaleza ó la economía no tiene ya medios de reparar las pérdidas de alguna consideracion. ¿Como puede establecerse una doctrina tan subversiva? ¿Qué expresiones tendrán toda la energía necesaria para combatir semejantes errores? ¡Cuán culpable no será el médico que, por semejantes medios, haya quitado al enfermo las pocas fuerzas que le quedaban! Tales serán los precipicios en que caerán los médicos jóvenes, si se dejan seducir por la falaz gerigonza de este peligroso innovador.

CENTESIMA DECIMA QUARTA PROPOSICION.

CDLXI. Para practicar la medicina con buen suceso no basta referir los síntomas á los órganos, es necesario tambien poder determinar en que difieren estos órganos del estado de salud: es decir, la naturaleza de la enfermedad.

Respuesta. Solo por los fenómenos que representan una cosa á nuestra vista, ó á nuestra imaginacion, se puede determinar de ella. Solamente por la comparacion de los síntomas entre sí, podemos caracterizar la lesion de un órgano, de con la de un otro órgano; esto es lo que se llama tratar de conocer la naturaleza de la enfermedad. El que se separe de esta marcha caerá en el error; y esto es lo que precisamente sucederá siempre que se conduzca uno por los preceptos contenidos en la precedente proposicion. Por la consideracion exacta de los síntomas, es por la que se puede formar un diagnóstico seguro, y llegar al caso de aplicar un tratamiento justo.

CENTESIMA DECIMA QUINTA PROPOSICION.

CDLXII. La naturaleza de la enfermedad debe ser para el médico la que suministre las indicaciones curativas. Esta resulta pues, 1.º del conocimiento de los modificadores que han exaltado, disminuido, ó desna-

turalizado de una manera cualquiera la accion del órgano primitivamente afecto: 2.º de el de la influencia de este órgano sobre los demas; 3.º en fin del de los modificadores que puedan restablecer el equilibrio, ó por lo menos disminuir la intensidad de la enfermedad. La naturaleza de las enfermedades resulta pues para el médico, de la modificacion fisiológica apreciable de los órganos.

Respuesta. Para conocer bien la naturaleza de una enfermedad, se necesita estudiar cuidadosamente sus causas, examinar con atencion su principio, y seguir su marcha progresiva; este es el estudio de los síntomas. Siguiendo esta misma marcha es como podrá el médico juzgar de la naturaleza de las modificaciones que se verifiquen en el curso de la afeccion primitiva, y podrá formar un juicio cierto. Pero para llegar á este fin, se necesita despojarse de toda prevencion, y echar á un lado el espíritu de sistema: de este modo se percibirán los cámbios ó las complicaciones que puedan sobrevenir en una afeccion primitiva. Porque no hay duda en que una enfermedad puede cambiar y tomar un caracter enteramente diferente de aquel que habia tenido en su principio, tambien puede complicarse de diversos fenómenos extraños á su esencia sin que por esto se interrumpa su marcha. Lo que acabo de decir está de acuerdo con los preceptos contenidos en esta proposicion. ¿Qué necesidad hay de que se separe de ellos Mr. Broussais, negando en otra parte la necesidad de conocer estos síntomas, pues es claro que solo por ellos podemos juzgar de la naturaleza de las modificaciones que se verifican en una enfermedad?

CENTESIMA DECIMA SEXTA PROPOSICION.

CDLXIII. Los grupos de síntomas que se toman por enfermedades sin referirlos á los órganos de que dependen, ó ya refiriéndolos á los órganos sin haber determinado bien la naturaleza de la aberracion fisiológica de estos últimos, son abstracciones metafísicas

que no representan un estado morbífico constante, invariable, y cuyo modelo sea seguro volverlo á encontrar en la naturaleza. Estas son pues entidades facticias, y todos los que estudien la medicina por este método son *ontologistas*.

Respuesta. Cuando llega un médico á la cabecera de un enfermo, no empieza como Mr. Broussais, diciendo usted tiene una gastro-enterítis (porque segun él todas las enfermedades son gastro-enterítis): sino que mas prudente y guiado por el camino que le han abierto sus predecesores, da principio por informarse de la enfermedad, de la causa que la ha producido, y de los síntomas que ha presentado desde su invasion. Si se queja el enfermo de dolor de cabeza, de laxitud, de calofrios generales ó parciales, si estos estan seguidos de calor, de sudores, y si el pulso está acelerado; pronuncia que la enfermedad es una calentura. Si se junta á este grupo la amarillez de la lengua y ojos, si hay cefalalgia supra-orbitaria, si está amarga la boca y hay náuseas y á veces vómitos, agrega que la calentura se asocia á síntomas gástricos, y que por consiguiente es una fiebre biliosa, que Mr. Broussais llamaria, fuera de propósito una gastro-enterítis, la que él mismo no podria calificar de tal sin tener en consideracion estos mismos síntomas; en cuyo hecho él mismo sería un ontologista. Por último mas vale pertenecer á esta clase de médicos, que el aventurarse á calificar una enfermedad cuya naturaleza no se haya averiguado por la consideracion de los síntomas que la caracterizan.

CENTECIMA DECIMA SEPTIMA PROPOSICION.

CDLXIV. Considerar las entidades morbíficas facticias como potencias maléficas que obran sobre los órganos, y los modifican produciendo en ellos tal, ó tal desórden, es tomar los efectos por las causas: esto es practicar la ontologia.

Respuesta. Admitir por causa de todas las enfermedades un solo modo morbífico, la inflamacion, es

lo que se llama crear entidades mórbidas facticias, y es precisamente lo que hace Mr. Broussais. Luego el es el mayor de los ontologistas: porque aunque se supusiera la existencia de esta flegmasía, nunca sería mas que el efecto de una causa general; por consiguiendo Mr. Broussais es quien toma los efectos por las causas. Ya tengo demostrada la debilidad de la teoría de este médico en el hecho de fundarla sobre una base que designa con el nombre de irritacion ó de inflamacion, que son dos modos diferentes; pues es constante que hay irritaciones de muchas naturalezas, y que la irritacion puede provocar la inflamacion; pero puede existir tambien sin que se verifique esta última afeccion. Amen de esto, la irritacion, lo mismo que la inflamacion, no puede ser mas que efecto, pues es sabido que una irritacion dada no puede haberse verificado sin la accion de un agente irritante. Dado como incontestable este principio, será preciso mirar la irritacion como un efecto, buscar su causa, y procurar determinar la naturaleza del agente irritante. Esta pesquisa nos traerá el convencimiento de que esta causa reside en el agente principal de todas nuestras funciones, esto es, en la sangre; que modificado este fluido, y cargado de principios deletereos, no puede suministrar á los sistemas sus propiedades vitales, y transmitiendo á los órganos, en vez de vitalidad, su influencia deleterea determina en ellos fenómenos que no pueden considerarse sino como efectos.

Segun lo que acabo de decir, se ve que aun admitiendo, con Mr. Broussais, esta inflamacion, falta para conocerla bien, considerar las modificaciones que se han actuado en las funciones fisiológicas de uno ó de muchos órganos; esto es lo que constituye los fenómenos morbíficos que llamamos síntomas, siendo de la consideracion y de la reunion de ellos de la que formaremos, admitiendo siempre su existencia, una entidad mórbida verdadera que calificaremos de irritacion ó de inflamacion.

Asi es que no podremos caracterizar una inflama-

cion exterior si previamente no hemos observado tumor, dolor, y rubicundez: síntomas sin los cuales no podria verificarse la entidad mórbida real, que llamamos flegmon, etc. Lo mismo nos sucederá para distinguir una inflamacion ó una enfermedad cualquiera: nos veremos obligados á agrupar una série de efectos ó de síntomas, cuya reunion formará entidades mórbidas verdaderas que se llamarán gastritis, pneumonia, escorbuto, sífilis, escrófulas, etc.

CENTESIMA DECIMA OCTAVA PROPOSICION.

CDLXV. Considerar la sucesion de los síntomas que se han observado, cómo la marcha necesaria é invariable de una enfermedad, y de aquí formar caracteres esenciales á su diagnóstico, es crear una entidad facticia; y pues que las afecciones de los órganos se comportan diferentemente segun los modificadores que obran sobre ellos, es ponerse en la imposibilidad de tratar esta enfermedad antes de su terminacion, sin estar en contradiccion con sus propios principios. Esto es practicar siempre la ontologia.

Respuesta. Si las afecciones de los órganos se comportan diferentemente segun los modificadores que obran sobre ellos ¿no será caer en el vicio que pretende evitar Mr. Broussais, admitir en ellos un solo modo mórbido? ¿No será esto ponerse en la imposibilidad, como él dice, de tratar las enfermedades antes de su terminacion? Como es imposible formarse una idea exacta de lo que no se ha visto, y que si no se ha reconocido lo que caracteriza una enfermedad, ó en una palabra sus síntomas, es tambien imposible formarse una idea verdadera de ella, no podrá crear su inflamacion, el mismo Mr. Broussais, sin que haya reconocido su pretendida existencia por los síntomas que la presentan á su imaginacion; ¿y él mismo no creará una entidad mórbida facticia, admitiendo la gastro-enteritis? Se dá, no obstante, una diferencia entre él y los otros médicos, á saber; que ellos llegarán positivamente á

conocer una enfermedad, mientras que él no engendrará mas que una abstraccion quimérica.

¿Habrian llegado á conocer los químicos la composicion del aire, del agua, y del fuego, si no hubiesen llegado á descomponer sus antiguos elementos, y á recomponerlos en seguida, operando artificialmente la combinacion de las diferentes sustancias, cuya reunion forma un solo objeto?

¿Es racional el admitir una variedad tan grande en los modificadores que obran sobre los órganos, y en sus afecciones morbosas, sin reconocer, apesar de esto, mas que un solo efecto, que aun se disfraza como causa? Ciertamente que nó; es preciso reconocer en los efectos otras tantas variedades, como las que se advierten en las causas; luego la irritacion de Mr. Broussais es una entidad facticia, luego este Dr. es un ontologista.

CENTESIMA DECIMA NONA PROPOSICION.

CDLXVI. Dirijir remedios á una entidad morbífica facticia sin apreciar sus efectos sobre los órganos que los reciben, y sobre los que simpatizan con estos órganos, es curar, ó exasperar una enfermedad sin conocer su razon.

Respuesta. Sangrar en una afeccion gotosa, sangrar en la sífilis, hacer lo mismo en una fiebre pútrida ó maligna, y sangrar en la mas ligera indisposicion, es dirigir un remedio á entidades morbíficas facticias, es aplicar un remedio sin apreciar su efecto, y es tomar una enfermedad por otra. A esto no podemos llamar curar, sino obrar á tente bonete, y empeñarse en exasperar una enfermedad que se desconoce, y que con un tratamiento mas racional, fundado sobre su naturaleza, su causa, y en la consideracion de sus síntomas, se habría terminado favorablemente.

CENTESIMA VIGESIMA PROPOSICION.

CDLXVII. El que cura una enfermedad sin haber apreciado con exactitud las modificaciones fisiológicas, por cuyo medio ha hecho esta curacion, no tiene la

certeza de reconocer, ni de curar la misma enfermedad cuando se vuelva á presentar de nuevo; de donde resulta necesariamente que ni los buenos sucesos, ni los reveses de los ontologistas, pueden servir para hacerlos buenos prácticos, ni para darles los medios de formar á otros.

Respuesta. Si se aprecian con justicia los síntomas de una enfermedad, si se le ha caracterizado bien, el tratamiento responderá de la sabiduría del práctico; porque el feliz éxito confirmará la justa aplicacion de su tratamiento; y en cualquiera otra circunstancia en que se presenten los mismos síntomas á corta diferencia, se conseguirá el mismo resultado. Entonces se podrá decir sin temor de engañarse. Tales modificaciones fisionomistas han sobrevenido en tales circunstancias: despues de estas modificaciones, han resultado efectos que he considerado como síntomas, y que he reunido en un grupo constituyéndolo en una enfermedad, la cual he combatido con remedios que han destruido las modificaciones mórbidas: de este modo he restablecido el equilibrio que se encontraba deshecho, y en una palabra he curado mis enfermos. Estas mismas circunstancias se han multiplicado en mi práctica, la experiencia me ha confirmado con numerosas curaciones la justicia de mis racionios; luego puedo decir que he adoptado una marcha conforme á una sana doctrina, luego se equivocan los que sigan la contraria, y á mas de ser ellos lo que acriminan á los otros, son tambien unos impostores.

Los médicos mas distinguidos han seguido la misma marcha, su experiencia les ha probado la excelencia y sabiduría de estos principios: ¿he errado yo y ellos han errado? ¿Son unos ontologistas creadores de entidades mórbidas facticias, como dice Mr. Broussais? Dejo al lector la sentencia de este pleito, que se decidirá muy pronto á los ojos de todo hombre sensato é imparcial; y Mr. Broussais será declarado por incapaz, mientras que siga en sus errores, de curar á sus enfermos, y aun mucho mas de sacar buenos discípulos,

OBSERVACIONES.

SOBRE EL TIFO DE 1814.

La historia de las fiebres, y el origen de sus causas estan aun muy distantes de conocerse, apesar de los decantados descubrimientos de los médicos que se llaman fisiologistas. Este punto ha dado origen á muchos sistemas, en el espacio de algunos siglos : un crecido número de médicos han egercitado su pluma y su talento para crear teorías mas ó menos ingeniosas, cuyo brillo se ha opacado delante de la experiencia.

Hippocrates nos ha dejado una descripcion exacta de las fiebres. Amigo de la simple naturaleza, deja lucir á la verdad en sus escritos, y los trabajos del padre de la medicina, dignos de servir de modelo, sobrevivirán á todos los sistemas creados despues de él.

Erasistrato, discípulo de Chrysippo y de Theofrasto, célebre médico griego, inventor de la teoría de las cualidades ocultas, admitia un fluido sutil que, segun él, cuando se extraviaba en su marcha, causaba las enfermedades; este médico reprobó la teoría de la alteracion de los humores, emitida por Herofilo y Protagoras, y pretendia que se declaraban la fiebre y la inflamacion siempre que este fluido, separado por la sangre que penetraba en las artérias, recibia una impulsión nueva y un movimiento desordenado. Cuando se limita el desvio de este fluido á los vasos pequeños se produce solo la inflamacion, pero tiene lugar

la calentura siempre que la turbulencia se extiende hasta el corazón. «Estas ideas, dice el Dr. Jourdam (*Bibliografía médica*) merecen señalarse á causa de las «relaciones que tienen con aquellas á que la doctrina fisiológica ha conducido á muchos médicos modernos en su victoriosa lucha contra los partidarios de «las fiebres esenciales, y de otras alteraciones patológicas. Segun esto, habiendo Erasistrato aproximado las «fiebres á la inflamacion, debe mirarse como el primer «autor de esta idea, de la que se valió Boërhaave, como diré mas abajo.»

Pero para probar hasta donde puede llegar el error y lo bago de las hipótesis, cuando nuestras proposiciones no estan fundadas sobre la experiencia y la observacion, véase á Erasistrato desterrar á la sangria del tratamiento de estas inflamaciones, prescribiendo solo el agua de cebada, el aceite, y las ventosas; que equivale, á corta diferencia, al agua gomosa de Mr. Broussais. Erasistrato sentó tambien como pernicioso el uso de los purgantes; nueva relacion con la teoría fisiológica, que ha establecido de poco tiempo á esta parte, si se cree al Dr. Jourdan, un estudio profundo de las leyes de la vida.

Parece que á la manera que sucede en nuestros dias, se prodigaba acérrimamente la sangria en el tiempo de Erasistrato. Para desacreditarla se necesitaba una teoría abusiva, contraria; porque los excesos conducen á otros excesos. La sangria y los purgantes prodigados alternativamente, las más de las veces sin discernimiento ó por sistema, por partidarios ignorantes, produjeron funestas consecuencias, y fué necesario combatir estos medios, no con moderacion, como debería haberse hecho, sino con aquel tono exclusivo que tiende á trastornarlo todo, y que ciega á la clase vulgar; porque asi es como se llega por algun tiempo á conseguir fama y á ser tenido por gefe de secta. Pero bien pronto la reflexion y la observacion de mancomun, conducen á caminos mas sanos, y desaparecen estas fútiles teorías.

Galeno unió de los talentos mas brillantes de la antigüedad, imbuido en los principios de *Aristóteles*, tomó de ellos los rudimentos de su doctrina. Formó enfermedades de diversos síntomas, y multiplicó extraordinariamente las distinciones de ellas. Fué el primero que dividió los temperamentos en cálidos, frios, y humedos, llegando á deducir de ellos todas las causas y las diferencias de las fiebres; pero no pudiendo explicar satisfactoriamente una multitud de fenómenos, inventó una teoría nueva de las cualidades ocultas, la que ha renovado en nuestro tiempo *Mr. Broussais*, bajo el nombre de fenómenos simpáticos. Su teoría fué, para los médicos que le siguieron, un manantial fecundo de errores.

Paracelso, y *Vanhelmont*, combatieron todo el edificio de *Galeno* para substituirle nuevos sistemas, acabando con esto de sumergir á la ciencia en el caos de la supersticion. Siguió esta confusion hasta que vinieron á abrir los ojos los trabajos de *Bacon*, y de *Harvey*: entonces se empezó á conocer la necesidad de buscar el apoyo de la experiencia, con cuyo motivo se dedicaron los médicos á estudiar la marcha de las enfermedades, y á observar los efectos de los remedios.

Willís nos ha dado una descripcion de la peste que asoló á la Inglaterra en 1643.

Sydenham y *Morton* nos hablan de las ventajas que han sacado de la quina, en el espacio de veinte años que han gastado en observar la marcha de las fiebres.

Borelli redujo á la mecánica todas las funciones de la economía animal, en 1616. *Bellini*, *Lower*, *Keil*, y *Freinds*, siguieron sus pasos, y propusieron resolver, como un problema matemático, el tratamiento de las fiebres, viéndose en este tiempo reemplazada la observacion por el cálculo; pero el absurdo de la teoría de esta escuela cayó en ridículo, y desapareció para dar lugar á otra nueva.

Declarándose contra ella *Sthall* y *Hoffman*, resucitaron la no menos absurba de *Vanhelmont*; pero con la aparicion de *Boërhaave* se desplomó todo este edifi-

cio. Este médico zeloso admirador de Hippócrates adoptó su doctrina; y aplaudiendo á Sydenham y á los partidarios del padre de la medicina, dió un impulso benéfico á las ciencias médicas. Dotado de una imaginacion viva, y de una rara elocuencia, quiso tener un sistema propio. Entonces dando vuelo á los desbarros de su fantasía, formó su teoría favorita, abandonando el camino que hasta entonces habia seguido, y se perdió en lo vago de las hipótesis. Fijó la causa de las fiebres en un embarazo en los capilares, y en un movimiento desordenado del fluido nervioso. Formó de las diferentes fiebres cantínuas, de la continente pútrida, de la ardiente, y de las fiebres intermitentes, un solo género, que no difiere mas que por la violencia de cada una; tal es la base del sistema de Broussais. Considera la primera especie, como el primer grado de inflamacion; y dice que cuando esta inflamacion aumenta en la sangre, produce infarto en los vasos capilares; lo mismo piensa Mr. Broussais y fija todo su tratamiento sobre el sistema capilar. Cuando se acompaña esta inflamacion de una acrimonia particular en los humores, se vuelve pútrida la fiebre. Segun este médico, la fiebre ardiente no es mas que una intermitente con accesos dobles; las fiebres tercianas, y las cotidianas deí generan, dice, muchas veces en ardientes malignas.

Apoyado Boërhaave con el prestigio de su elocuencia, tuvo la mayor influencia en su siglo; los médicos mas famosos de la Europa fueron sus discipulos, y se hizo general su doctrina; pero apesar de su brillantez no ha hecho beneficio alguno á la ciencia; y aunque ha contribuido á desterrar muchas distinciones inútiles, correspondiendo su teoría de los nervios, á la de las cualidades ocultas de los antiguos, y á la de las simpatías de nuestros dias, ha servido mas bien para ocultar la ignorancia que para descubrir la verdad. No se ven en ella mas que obstrucciones, é inflamaciones, doctrina que ha sido el origen de los mayores abusos y errores. Huxam, Horn, Pringle, Gringer, Cleghorn, Roussel, Tissot, Monró, y Lind, nos han dejado des-

cripciones de las fiebres que nada dejan que desear. Casi en nuestro tiempo, Sauvages, Cullen, Macbride, Selle, y otros muchos han procurado clasificar y distinguir las enfermedades, al modo que los botánicos, en clases, órdenes ó géneros y especies. Este método que á primera vista parece tan natural, ha presentado dificultades insuperables á estos nosógrafos, y sus nosologías han ido opacándose ante la antorcha de la experiencia. (Lafisse, J. de Med.)

A un médico frances estaba reservado el desenvolver este caos. Mr. Pinel Filósofo esclarecido, amigo de la verdad, é infatigable observador, simplificando las especies, y agrupando séries de síntomas propios á las diversas fiebres, los ha referido á la irritacion de cada uno de los órganos splanchnicos, ó de las tunicas arteriales. Asi la calentura angioténica está caracterizada por una irritacion fijada principalmente en las tunicas de los vasos sanguíneos.

La adeno-meníngea, cuyos síntomas indican una irritacion de las membranas mucosas que revisten las vias alimentarias.

La meningo-gástrica, cuyo sitio primitivo parece corresponde á la region epigástrica, y que se halla en las membranas mucosas del estómago, del deudeno, y de sus dependencias.

La adinámica que consiste en una disminucion de la sensibilidad general, y en un estado de atonia de que parecen atacados los músculos ó las fibras musculares.

La atájica que manifiesta síntomas nerviosos ó espasmódicos, desordenados, á causa de una accion fijada en el origen de los nervios.

La adeno-nerviosa, especie de fiebre atájica, con afeccion simultánea de las glándulas (*Nosog. filos. clase primera, fiebres. p. 11.*)

En esta division que hace de las fiebres Mr. Pinel, se encuentra á poca costa, la teoría de la irritacion: su fijacion sobre un órgano no pertenece á priori á Mr. Broussais. He referido esta clasificacion para manifes-

tar la mala fe de los que quieren atribuir este honor á Mr. Broussais, siendo asi que Mr. Pinel es quien lo merece por haberla emitido antes que el (*Diario general de ciencias médicas*, t. VIII. cuad. 29. p. 54.)

La teoría de Mr. Pinel, y su clasificacion tan natural, apoyada en la experiencia, y fundada sobre la observacion, ha facilitado, por primera vez, el estudio de las fiebres que habia estado tan enredado hasta entonces. Ha hecho tan sensibles sus diferencias, que es imposible desconocer los síntomas que caracterizan á unas y á otras. El sábio y modesto Pinel ha ampliado con sus tareas los límites de la ciencia. Su profunda sagacidad, su modo simple, preciso y claro, le han dado una celebridad tan justamente adquirida. En efecto ¿qué escuela ha sido mas seguida que la suya? Su teoría es al presente la que siguen todos los médicos célebres. Sus numerosos discípulos la han propagado, y la han hecho, por decir asi, européa, mientras que otros la han extendido á las demas comarcas del mundo. En vano, para obscurecer su gloria, se dirá que debe á Bichat sus luces, como se dice haberse aprovechado de las de Bordeu: no por esto Pinel y Bichat dejarán de merecer el aplauso de su patria y del mundo entero.

A Mr. Pinel han sucedido dos escuelas cuyos principios se aproximan mucho, y amenazan trastornarlo todo, separándose otra vez de la observacion y de la experiencia: la escuela de Italia que reconoce por gefe á Razoni es una, y la de Val-de-Grace en Francia, la otra, á cuya cabeza se encuentra Mr. Broussais. Este último resucita la teoría de la inflamacion de Erasistrato y de Boërhaave, se aprovecha de las ideas emitidas por Mr. Pinel, y construyendo un sistema propio, aspira á hacerse gefe de secta. A la inflamacion, que él llama irritacion, le hace egecutar el principal papel en las fiebres, la fija constantemente en la membrana mucosa del estómago, la designa bajo el nombre de gastro-enterítis, y quiere que se considere como la causa de todas las enfermedades. No pudiendo,

á ejemplo de sus predecesores, explicar una multitud de fenómenos que contradicen su teoría, hace abstracciones de ellos, y revive la teoría de las cualidades ocultas de los antiguos, los principios de los quimistas, la influencia del archeo de Vanhelmont, y la teoría de los nervios de Boërhaave, y la designa bajo el nombre de simpatías; pero estas simpatías son abstracciones que sirven á probar su impotencia, y la ignorancia en que se encuentra del mecanismo de nuestras afecciones morbosas. «Tantos extravíos de la imaginacion, y tantos errores como se ven patrocinados por la ambicion, hacen desear que se limiten los médicos, á cultivar su arte con candor y simplicidad, únicos medios capaces de ponerla al abrigo de imposturas, y de hacerla tan útil á los hombres como perjudicial les ha sido tantas veces.» (Lafisse, *Diario de Medicina* T. 1.)

De esta diversidad de teorías ha nacido esta diferencia que se nota en el tratamiento de las fiebres. Hippócrates recomienda el hidromel, y las bebidas diluyentes. Asclepiades, empleaba el vino en las enfermedades, y fué el primero que opinó que la misma fiebre era un remedio. Erasistrato declamó contra la sangría; apesar de no hacer mas que una misma abstraccion de la inflamacion y la fiebre; se contentó con recomendar, el agua de cebada, el aceite y las ventosas. Galenó prescribe los baños, la sangría; multiplicó los remedios, é hizo numerosas distinciones. A él pertenecen las denominaciones de resfrigerantes, aperitivos, calefacientes, desecantes, humectantes, incrasantes, atenuantes, relajantes, astringentes, histéricos etc.; que en parte se han desterrado de la ciencia; por último no fué este médico mas feliz en la eleccion de los medicamentos, que en la explicacion de las enfermedades. No tardó mucho el que el descubrimiento de Harvey y las aplicaciones que de él se hicieron, rectificasen las ideas sobre este punto, y no se permitiese juzgar de la virtud de los medicamentos mas que por su efecto. El de la quina vino á cambiar to-

da la faz de la medicina, y aprobada por los médicos mas célebres su eficacia en las fiebres, hizo desplomar todos los sistemas que habia construido la ignorancia apesar de la encarnizada oposicion de hombres preocupados.

La ignorancia, la supersticion, el amor propio, y el interes, primer móvil de los hombres, la mala fé, por último, y todas las pasiones reunidas, llegaron á proscribirla por un espacio de tiempo; pero la verdad que siempre triunfa, evidenció, y la victoria fué el galardón de sus partidarios.

Willis, Sydenham, Morton, y otros muchos médicos no menos distinguidos la han preconizado. En este estado de cosas se presentó Boërhaave, y su teoría de la inflamacion fué un nuevo anatéma contra este remedio. A pesar de esta terrible alternativa, esta corteza conservó partidarios vigorosos; y Vanswieten fué uno de los mas célebres; su autoridad fijó ventajosamente la opinion de los médicos que le siguieron. La quina desde este tiempo pareció encontrarse al abrigo de todo ataque, quando vemos á Mr. Broussais pretender proscribirla de nuevo.

Refiriendo la teoria de Boërhaave las fiebres á las inflamaciones, fué necesario contrarrestarlas con las sangrias y un régimen análogo, desterrando el uso de la quina; y como la doctrina de Mr. Broussais está fundada sobre el mismo fenómeno, exige precisamente los mismos medios; de ahí es que vemos á la quina sufrir reiterados ataques de parte de los nuevos sectarios, y vemos igualmente á su gefe abrazando la idea de Boërhaave sobre la obstruccion de los vasos capilares, fijar en ella toda su atencion, y dirigir conforme á este sistema el tratamiento mas activo, aplicando sanguijuelas á tente-bonete.

He hablado mas arriba de la reputacion de Mr. Pinel, y de la simplicidad de su clasificacion que hará siempre época en los fastos del arte, por mas que diga Mr. Broussais. ¿Sucederá lo mismo á la teoría de este? ¿se la podrá admitir sin hacerle reconvenções

que no le serán ventajosas, y que nos manifestarán el plagio que ha hecho á aquellos mismos que con tanta arrogancia trata? ¿No recuerda lo que debe á Mr. Pinel? ¿no ve que su idea de inflamacion es tomada de Boërhaave, como lo tengo dicho, y que sus simpatías no hacen mas que cambiar de nombre? No obstante esto, dicen que una multitud de discípulos se apresuran para oírle; muchos médicos ansiosos de sistemas y amigos de la novedad adoptan su opinion, por errónea que sea, mientras que el mayor número mas sábio y circunspecto, espera para declararse, que la opinion y la experiencia le hayan hecho justicia.

«Todas las ciencias físicas, é igualmente las fisiológicas, se componen de dos cosas. 1.º del estudio de dos fenómenos que son los efectos; 2.º de la investigación de las conexiones que se dan entre ellos y de las propiedades físicas ó vitales, que son las causas.» (Bichat, *anat. gen. consid. gen.* pág. xxxvii.)

Como los fenómenos ó efectos que se desenvuelven en una enfermedad, son los primeros que se presentan á nuestra observacion, ha sido necesario reunirlos y agruparlos para formar de ellos enfermedades, y tambien ha sido preciso reconocer aquellos que se presentan con mas frecuencia en cada enfermedad; y señalar los que eran propios á ciertas afecciones morbidas con preferencia á otras. Esta série de fenómenos particulares que nos ha hecho conocer la observacion, es lo que designamos bajo el nombre de síntomas, que nos conduce insensiblemente al conocimiento distinto de la diferencia de las enfermedades. Asegurados bien de esta variacion, se ha hecho preciso el distinguirlas nominalmente, asignándoles un nombre, segun la naturaleza y el caracter que hemos creído reconocer en ellas, y de aqui nacen las diversas denominaciones de las enfermedades. Del examen de los efectos hemos debido extender nuestra consideracion hácia las causas, cuya diferencia hemos observado. Nos ha parecido que ellas obraban diferentemente segun los sistemas, los órganos, ó tejidos, en los que desen-

volvian sus efectos. Tambien hemos conocido que á veces extendian su influencia sobre todos los sistemas á un tiempo, pero no hemos dejado de notar que á ocasiones parecia limitarse su accion á un solo órgano; de aquí la distincion de las enfermedades en generales y en locales. Se ha empleado ordinariamente esta última denominacion, cuando la causa no ha sido conocida, y cuando el efecto ha afectado presentarse sobre un solo órgano. Pero exceptuando las causas evidentes que provienen de los agentes externos particulares, no puede un órgano caer enfermo con fiebre, sin que la causa se haga general; esta causa tan difícil de conocer como de definir, es la que ha sido, y será largo tiempo, el objeto de todas las disputas que se han promovido entre las numerosas sectas que alternativamente se han presentado. Los antiguos médicos la encontraban en los humores ácidos, y degenerados. Habian observado que los humores predominaban en nuestra economía, y que nos imprimian un sello particular que influía sobre nuestro físico. Enjuiciando de este modo, se sigue que siendo los humores formados por la sangre, se hacia necesario buscar en este fluido el principio de la perversion de aquellos, y por consiguiente la causa de las enfermedades.

La medicina humoral, ora admitida, ora despreciada, ha caido completamente en el olvido, y sin embargo de excluirla totalmente en la teoría, existe como un principio en la práctica, porque nos es imposible dejar de ver los efectos perniciosos de la bilis, los del contagio, y de la absorcion mórbida llevada á la sangre, cuya alteracion se admite tácitamente, que existe verdaderamente en casi todas las enfermedades. Creo haber desenvuelto completamente esta idea en los precedentes capítulos, y así no debo detenerme mas en ella.

Separando la escuela moderna de Mr. Broussais toda causa humoral, vuelve al sistema de localidad de las afecciones mórbidas en las fiebres; generaliza esta á todas las afecciones, y hace de la simple irrita-

cion admitida por Mr. Pinel, una inflamacion común, y causa de todas las enfermedades. Un solo principio de enfermedad, un solo modo de tratamiento, formarian, si esto fuese admisible, un sistema muy seductor. Si no se tratase mas que de una teoría, se podría lucir en una cátedra, pues ya se sabe hasta que punto, los desbarros de una imaginacion exaltada, pueden revestir de una aparente evidencia los sistemas mas erróneos y ridiculos; pero al someter este sistema á la observacion, en la cabecera del enfermo, cuando numerosas complicaciones, cuando fenómenos enteramente extraños á este solo principio, lleguen á ofrecerse al atento observador, cesará toda ilusion, y desaparecerá el prestigio, cediendo su lugar al temor que inspirará el peligro que se ha corrido por haberse separado de la marcha natural.

Se conoce fácilmente el resultado que podrá tener la obstinacion de no considerar en las enfermedades mas que una inflamacion. El que sangre en las adinamias, y en el escorbuto, método que se ha llevado adelante por los preconizadores de la irritacion inflamatoria, y que ha decantado uno de ellos en una observacion inserta en el *diccionario de ciencias médicas*, en la que dice el autor haber empleado, con buen suceso, las sanguijuelas en una afeccion escorbútica; aquel, repito, que sangre en tales efeciones, apoyado en semejantes autoridades, correrá ciertamente el riesgo de jugar al gana pierde.

¿Quien ignora que las inflamaciones no siguen la misma marcha, ni ceden á los mismos medios? Una obedecerá á los emolientes, y á las sangrias, mientras que otra se exasperará por estos medios, y degenerará en gangrena, cuyos progresos serán tan rápidos, que apenas darán tiempo para ocurrir con el remedio. En el curso de esta obra tengo presentada una observacion de esta especie ¿No sucederá lo mismo á una fiebre biliosa que se trate por las sangrias? Al instante se verán seguir los accidentes mas terribles á este tratamiento. ¿Quien no ha visto seguir un trata-

miento tan poco indicado, en las ictericias, é infartos profundos de las vísceras splanchnicas; cuando un emético dado oportunamente, habria hecho cesar los accidentes, imprimiendo una sacudida saludable, y solicitando la evacuacion de la bilis superabundante?

Conozco á una muger que quedó ciega en el instante de haberla sangrado en una fiebre biliosa; otra he conocido, á la que sobrevino una risa convulsiva inmoderada, en la misma circunstancia, á consecuencia de una aplicacion de dos docenas de sanguijuelas. La evacuacion de unos materiales biliosos amarillentos y verdosos, procurada por un vomitivo restituyó la vista á la una, y quitó la risa á la otra.

La aplicacion en medicina de los sistemas y teorías que no ha confirmado la experiencia, es la causa de que se separen del verdadero camino, el de la observacion, que nos han abierto nuestros maestros. El que ve inflamaciones en todas partes, hace una guerra abierta á la sangre, que no considera como la causa de la inflamacion, sino como un agente inerte, cuya presencia únicamente excita la irritacion preexistente, mientras que el que no ve mas que extragos causados por la bilis, prodiga el emético; de aquí nace el abuso que se ha hecho de los eméticos y de las sangrias. Echemos á un lado todo espíritu de sistema, guiémonos por la antorcha de la experiencia, sigamos una marcha analítica, considerémos los fenómenos que nos presenta la enfermedad, saquemos de ellos los síntomas, y cuando manifiesten una verdadera inflamacion, opongámonos á su marcha, con los diluentes, los refrigerantes, las sangrias, y aun en caso necesario con las mismas sanguijuelas; pero no por esto rehusemos el aplicar los eméticos cuando esté pronunciada una predominancia biliosa. Seámos avaros de las evacuaciones sanguíneas aun en los casos en que tanto se preconizan; y (no temo afirmarlo aquí de nuevo) mi experiencia me ha probado que las esquinancias y peritonitis se curan con mas prontitud y seguridad con los vomitivos y purgantes que con las sanguijuelas. Tambien se sacan

muchas ventajas del emético en otras inflamaciones, como por ejemplo en las erisipelas en general, especialmente en las que se presentan en la cara. Hacia el séptimo ú octavo día de las peripneumonias, no titubeo en administrarlo en lavativas ora en el caldo de ternera ó en un cocimiento emoliente. En ciertas pleuresías facilita una crisis favorable, por la expectoracion, sudores, ect.: que en vano se procura muchas veces por otros medios. Uniendo en las fiebres pútridas dos granos del tártaro emético á dos drahmas de una sal neutra, tal como el cremor de tártaro, y diluyéndolo en el vehiculo arriba mencionado ó en un poco de limonada, he conseguido, al fin de estas enfermedades los resultados mas lisongeros. He mandado que cada cuarto ó cada media hora se tome una tasa de esta bebida provoque ó nó el vómito. He repetido este remedio por seis ó siete veces en el curso de dichas fiebres cuando se manifestaban en ellas síntomas gástricos.

La apoplejía, enfermedad tan frecuente en la Normandía, (pais en el que he ejercido mucho tiempo la medicina) que ataca indistintamente á los dos sexos desde la edad de cuarenta años, ha cedido siempre al uso del emético; y he observado que se ha sostenido con mas rebeldía, cuando he usado las evacuaciones de sangre, por condescendencia con los compañeros. En los diez y nueve años que hace práctico en Versalles, rara vez he ocurrido á las sangrias ni á las sanguijuelas, y he obtenido siempre el mismo resultado.

Procurémos no separarnos de la observacion, no temamos el decir la verdad, superémos todos los obstáculos, señalemos el error donde quiera que le encontremos, usémos un espíritu filosófico y de calma en nuestras proposiciones y reflexiones, alejémos toda especie de prevencion sistemática, no veámos mas que lo que realmente existe, abandonémos el deseo de brillar, la ambicion de elevarnos por cima de nuestros contemporáneos, procurando abatir á los demas, meditémos, sigámos á la naturaleza en sus mas profundos secretos, y llegaremos de este modo, sin trabajo ni cábula

á distinguirnos del vulgo; y aprovechándonos de las lecciones que nos han dado los Morgagny, los Bonnet, y otros muchos, tendremos el placer, de que nuestros trabajos sean útiles á nuestros nietos, á imitacion de estos profundos observadores.

Oigo preconizar por todas partes la anatomía patológica, pero esta es la piedra de escándalo de los ánimos sistemáticos. Todos invocan esta ciencia en favor de lo que aseguran; todos pretenden haber visto mejor que sus antagonistas. «Pero no llevémos muy lejos los análisis anatómicos, (dice el Dr. Lobstein) ni usémos un espíritu demasiado minucioso en el estudio de la organizacion, cuando se trata de descubrir en ella los resortes y las leyes que la rigen. El que en una víscera enferma no vea mas que pequeños detalles insignificantes, que se dirija solo á seguir sólo las ramificaciones de una arteria; que con el microscopio en la mano se detenga en considerar una careola del tegido celular, no dudemos que este tal, es un hombre perdido para la ciencia.”

En efecto ¿no es fácil tomar por una inflamacion del pulmon las infiltraciones sanguíneas que se encuentran con tanta frecuencia en este órgano despues de la muerte, que le hacen tan pesado, y de un rojo obscuro, mientras que sabemos que esto no es mas que un efecto de la misma muerte?

Lo mismo dirémos de las infiltraciones generales de todos los sistemas, aun de las que se encuentran en el encéfalo, que las mas veces no se encuentran mas que despues de la muerte de la que son una consecuencia; esto es lo que ha precipitado á Mr. Broussais en el error en que está; porque queriendo fijar la causa única de su pretendida irritacion sobre una parte, se ha visto obligado á considerar como causa lo que no es mas que un efecto. Lo mismo sucede con las inflamaciones que él y sus discipulos pretenden haber encontrado en las aberturas de los enfermos que han muerto de fiebre; ¿porqué no se supondrá que el que acaba de una enfermedad que ha du-

rado cuarenta, cincuenta ó sesenta dias, y en cuyo cadaver se encuentra, ó mas bien se cree encontrar síntomas de flegmasía, haya muerto de esta inflamacion? La sana razon nos dice positivamente que estos fenómenos sean los que fueren, no son mas que unos efectos. Persisto pues en decir que Mr. Broussais toma los efectos por causas, que no puede darse lesion de órganos con fiebre, sin una causa primera, y sin que las mas veces se alteren al mismo tiempo los demas órganos, sea primitiva ó consecutivamente; que cuando hay muchos órganos afectados, es difícil, por no decir imposible, señalar cual fué el que padeció primero. He probado que la definicion que dá de la fiebre está en contradiccion con él mismo, pues los fenómenos que presenta como característicos prueban que aquella no puede ser mas que el efecto de una causa general. Concluyo de lo dicho, que la doctrina de este médico es falsa en sus principios, incoherente con la sana lógica, perturbadora en su aplicacion; tan cierto es que el hombre dominado por el espíritu de sistema marcha á la casualidad, y se deja dirigir por el ímpetu de sus opiniones sin preveer el escollo en que debe tropezar.

He demostrado lo vago de la definicion de su irritacion, que califica de energía vital, de exceso de vida; he hecho ver que la irritacion difiere de la inflamacion, que hay irritaciones extrañas á las flegmasías; que cuando la irritacion es susceptible de producir la inflamacion, presenta muchas veces, antes de desenvolverla grados mas ó menos fuertes, que varian segun la causa que los produce, y los órganos que ocupa, y por último que no es una energía vital, sino mas bien un defecto de esta, que tiende á la desorganizacion por la poca vitalidad. Repito que se equivoca Mr. Broussais, en quererlo referir todo á su gastro-enterítis, 1.º porque la inflamacion no existe realmente en las fiebres; 2.º porque los diversos fenómenos que acompañan á cada especie de fiebre, difieren esencialmente entre sí, segun el sitio que ocupan y la causa que los

ha producido; 3.º en que las causas de las fiebres se encuentran siempre en una modificacion deleterea de la sangre y de los humores, cuyo efecto se hace sentir en una parte de nuestros órganos, y las mas veces en todos nuestros sistemas á la vez: 4.º en que aun cuando se encuentren vestigios de inflamacion, estos no son mas que efectos, y de ningun modo causas. Esto es tan cierto, como que si las inflamaciones fuesen realmente las causas de las fiebres, se encontrarian constantemente en estas afecciones, y casi siempre ocuparian el mismo órgano; y sucede precisamente lo contrario: ó falta la inflamacion, ó varía en el sitio que ocupa, ó existe en muchos órganos á la vez. 5.º Una afeccion morbosa que lleva su accion á una funcion principal, no puede dejar de rehacerse sobre las otras, alterar en seguida los fluidos, y por consiguiente producir fenómenos generales. 6.º Siendo totalmente opuesto á los fenómenos de la flegmasia, lo que se observa en las calenturas adinámicas, el tifo, la peste, la calentura amarilla, etc., se sigue que esto mismo atestigüa la diferencia que hay entre estas enfermedades. 7.º Los buenos sucesos que se han obtenido constantemente por el tratamiento aplicado á estas especies de fiebres, es una prueba convincente de que no son inflamatorias, porque si este modo existiese en ellas ¿cómo se explicarian las curaciones que se han logrado con los irritantes, de un modo tan pronto, mientras que el mal suceso del tratamiento opuesto ha obligado á que se abandone en largos intervalos? 8.º Las numerosas aberturas en las que no se ha encontrado vestigio alguno inflamatorio. 9.º Las autópsias que ha practicado Mr. Broussais no merecen fé, como tampoco las que han hecho sus discípulos, que entusiastas de su sistema, consideran en sus disecciones como signos y pruebas de la inflamacion, la mas ligera rubicundez, la mas pequeña inyeccion, ó la menor mancha negra. 10. Para entenderse Mr. Broussais con sus compañeros, y aun para comprehenderse á sí mismo, se verá obligado, para distinguir sus gastro-enteritis, á agregar-

les los epítetos de inflamatorias , nerviosas , malignas, contagiosas, epidémicas biliosas, mucosas , y pútridas, ó bien tendrá que usar las diversas denominaciones de M. Pinel, ó de otros nosógrafos, porque sin esto jamas podrá distinguir las graduaciones de las enfermedades. De todo lo dicho resulta, que el médico que desnudo de todo espíritu de prevencion y de hipótesis, no quiera otra guia que la verdad, se guardará bien de no ver mas que inflamaciones, y se abstendrá de prodigar las sangrias, que son siempre perjudiciales en las fiebres biliosas, mucosas ó pútridas, cuya gravedad aumentan produciendo la debilidad.

En vano, repito, se nos opondrá la antorcha de la anatomía patológica, cuya utilidad no trato de negar, pero si digo que se ha abusado de ella. ¿Cuántas veces no se han visto médicos anatomistas tomar las concreciones albuminosas que encontraban en el corazon por pólipos: siendo asi que estas concreciones se forman espontáneamente, en el momento de la muerte, en las enfermedades en las que predomina la debilidad, como sucede en las fiebres adinámicas ó pútridas en las que se encuentran órganos que llevan un caracter de flójosis, y donde los intestinos inyectados generalmente parece que demuestran la inflamacion? Pero estos engurgitamientos no son la mayor parte del tiempo, mas que éxasis producidos por una falta de estímulo en los fluidos y en los sólidos.

Estos fenómenos se observan constantemente en las apoplegias y en el escorbuto. No hay cosa mas notable que el aspecto de un apoplético; su rostro está abotagado, sus lábios espesos, su boca abierta, aun antes que se declare el ataque sale involuntariamente la saliva, y se intercepta la palabra: no tarda en cubrirse de un viso amarillento, se distiende el sistema celular, y anuncia la predominancia sanguínea venosa, signo de la atonia general; privada la sangre de su vitalidad, se coagula en los vasos, se descompone en ellos, y forma derrámenes de toda naturaleza, que muchas veces se han tomado por causas, cuando realmente no son

mas que efectos. ¡Cuán lejos estamos todavia de conocer las causas remotas de los innumerables males que afligen á la especie humana! Conocemos perfectamente los síntomas que caracterizan á la inflamacion, pero casi siempre ignoramos la causa que la produce. No es raro el ver sugetos al parecer sanos, ser atacados de pleuresías ó de otras inflamaciones sin salir de sus salas.

Las fiebres de toda especie se desenvuelven tambien en individuos buenos, sin que podamos adivinar la causa de ellas.

¡Cuánta obscuridad no nos ofrece todavia la historia de las calenturas! Nos es desconocida la graduacion que hay entre las contagiosas y las que no lo son; ignoramos la diferencia que existe entre la adinamia simple, la peste, el tifo, y la fiebre amarilla; por que via, y como se verifica el contagio. Por último aun no estamos ciertos de si existe realmente el contagio en esta especie de enfermedades. Solo la observacion y la experiencia prolongadas podrán ilustrar estas materias aun en cuestion.

Mi fin, como lo indica el título de esta obra, es presentar algunas observaciones á cerca del tifo que reinó en 1814 en nuestros ejércitos, que pasó de ellos á Paris y á ciertos departamentos de la Francia. Versailles, á cuyo punto se retiraron infinidad de militares de todas graduaciones, fué asaltada de esta enfermedad propagándose su contagio de dichos militares á los habitantes. Juzgo poder excitar algun interes sometiendo al juicio público el resultado de mi práctica y de mis propias observaciones. El tifo que considero como una fiebre adinamica ora simple, y muchas veces complicado de ataxia, tomó algunas veces el tipo de una fiebre continua, remitente, maligna ó perniciosa, y se manifestó siempre con el caracter contagioso. Le advertí mucha analogía con las descripciones de las fiebres de mal caracter que nos ha dado Hippócrates, y que se encuentran en Celso. Tambien se aproximan mucho á aquellas cuya descripcion nos han dado Willis

y Mórton: la una asoló á Inglaterra en 1643, y la otra en 1658, y duró hasta 1664. Huxam, Horn, Pringle, Tissot, Monró, y Lind, hicieron tambien descripciones de fiebres que presentan igualmente la mayor analogia con el tifo de 1814. Invasion subita, por lo regular, frios, laxitud general, insomnio, cefalargia, ya general ya parcial ya supra-orbitaria, en las regiones temporales, ó en el occipucio. Los ojos pierden su vivacidad, hay aturdimiento, se entumece la cara, poniéndose de un rojo obscuro, el pulso es duro, vivo, frecuente ó pequeño, contraído, profundo, irregular, la lengua se cubre de una costra amarilla ó negra, en su medio, y hay amargor de boca. Se presentan náuseas y vómitos de materias amarillas, negras, ácras, fétidas, y á veces sanguinolentas; se tumeface toda la superficie del cuerpo, y se pone morena; el vientre se pone tenso y timpanítico. Hay constipacion tenaz ó precipitacion continua, hipo: aumenta el vómito, el pulso se pone pequeño, contraído, remitente, profundo, y miserable: y se abaten las fuerzas insensiblemente. Muchas veces se presentan desde la invasion los síntomas mas formidables: como la afoña, la opresion, la sofocacion, el sultito de los tendones, y un coma que dura algunos dias y aun semanas. La lengua se pone negra, fuliginosa, los dientes, tambien, se cubren de una costra mucosa negra y espesa; se presentan igualmente ya en un sitio ya en otro de la superficie del cuerpo, manchas rojas, lividas, ó negras, erupciones miliares, petequiales, ó bien ampollas llenas de una serosidad límpida. Júntase á estos síntomas un delirio á veces furioso, pero por lo regular sordo y taciturno; crece la debilidad, se presenta una larga agonía, precedida de manchas gangrenosas que degeneran en costras de la misma naturaleza, hasta que por fin la muerte llega á poner término á tantos males.

Algunas veces corren los síntomas en toda su fuerza los periodos mas largos, en esta enfermedad; mientras que á ocasiones apenas dan tiempo para conocerlos, tomando tal intensidad que mueren los enfermos

antes de poderles aplicar remedio alguno. A los síntomas enunciados debo agregar que la lengua se encontraba algunas veces roja, seca, y cubierta de una materia mucosa que se endurece con prontitud, y se pone negra. Un humor semejante se segrega de los ojos, los que en lugar de hallarse abatidos, se presentan claros, vivos, y fijos, el rostro está animado, y el pulso fuerte é irregular. También observé hemorragias nasales y auriculares. Se presentaron diarreas sanguinolentas, orinas raras, claras, otras veces espesas, rojas, y de mal olor; los sudores eran fétidos, pegajosos, frios, parciales, y otras ocasiones generales; los pies y las manos estaban frios como el mármol, y cubiertos de un sudor viscoso. Observé algunas veces una constricción en la faringe que impedía el paso de las bebidas, y cuando llegaban al estómago se oía como si cayese en él, una masa de plomo. La respiración se manifestaba á veces difícil, frecuente, y estertorosa, combinándose en un alto grado los síntomas de adinamia ó malignidad; de modo que se presentaban un delirio furioso, convulsiones, salto de tendones, violentos calambres. etc. Hubo depósitos frios sin caracter inflamatorio, que no supuraron pero que los abría una escara gangrenosa; las úlceras de los vejigatorios, se presentaban primero blancas y sucias, pero tomaban luego un color obscuro, dando una sánies espesa, fétida, y mezclada de sangre, hasta que por último caían en gangrena.

Tal es la série de síntomas que me presentó esta enfermedad en sus diversos grados y complicaciones, y cuando á beneficio de un tratamiento regular lograba el salvar á los enfermos, sufrían la mas penosa convalecencia aquejados de dolores considerables. Algunas mugeres tuvieron caneros uterinos por reliquia de este mal. Un tal Bizard, que hace el objeto de una de las siguientes observaciones, hombre muy robusto, sufrió por mas de dos años unos violentos dolores en las piernas, á consecuencia de esta enfermedad, los que no cedieron mas que al tiempo, habiendo consultado

inútilmente, á los médicos mas célebres de la capital. Tal será la série de síntomas que voy á describir en las observaciones siguientes; síntomas que á la verdad estan muy distantes de indicar una afeccion local puramente; todo por el contrario conduce á creer la opinion opuesta, esto es, que no son mas que efectos de una afeccion mórbida general, con lo que se demuestra lo absurdo de la teoría de Mr. Broussais.

El tratamiento que me ha probado ha sido muy diferente del que conviene en las inflamaciones. El objeto que me propuse en él, se redujo á evacuar los humores irritantes, á sostener las fuerzas del enfermo, á contener el principio vital próximo á exhalarse, y á restablecer el equilibrio, deshecho en los sistemas y en las diversas funciones de la economía. Habiendo triunfado con él, debo concluir que he obrado bien y que no he forjado abstracciones, ni entidades mórbidas facticias. Curar á sus enfermos, es el grandioso fin que debe proponerse todo médico amante de su reputacion.

Desde el principio evacuaba el estómago, con dos granos del emético disuelto en un vaso de agua, agregándole un poco de azucar; dividia esta cantidad en tres tomas, y las daba de cuarto en cuarto de hora. Algunas veces di los dos dichos granos en un vaso de disolucion de la casia, y tambien hubo vez que substituí la fórmula siguiente:

De Tártaro Emético -- Uno ó dos granos.

De hipecacuana -- Diez ó doce granos.

De jarabe de rosas -- Dos onzas.

Hágase una pocion emeto-catartica que se tomará en una dosis. Facilitaba el vómito con el agua tibia, y las cámaras con los cocimientos herbáceos. Despues prescribia por agua á pasto, una limonada con azucar, ó el agua de cebada asidulada con el jarabe de vinagre; y aun ordenaba el emético en lavativas si nuevamente se presentaban algunos síntomas gástricos. Estos medios terminaban, por lo general, la enfermedad en diez ó doce dias, si se cogia en un principio, en el

cáso opuesto, desembarazando las primeras vías, facilitaban siempre la marcha de la afección mórbida.

Cuando apesar de estos medios no conseguia mi fin, y la enfermedad continuaba con un caracter alarmante, empleaba la pocion anti-séptica siguiente:

R.S. De quina amarilla -- Una onza.

De raiz de Valeriana } De cada cosa dos drahmas.
De serpentaria..... }

Hiérvase en cuatro cuartillos de agua hasta que se reduzca á una tercera parte, y despues de colado agréguense dos drahmas de etér sulfúrico, y la S. C. de jábabe de azahár, de corteza de cidra ó simplemente del comun. Usese una cucharada cada cuarto de hora.

Si continuaban los síntomas de putridez agregaba la limonada nítrica siguiente:

De ácido nítrico cuanto baste para comunicar una agradable acidez á una botella de agua melada. Hacía, tomar de ella una tasa chica cada media hora, y en los intermedios la cucharada de la anterior pocion.

Siempre saqué las mayores ventajas de estas dos prescripciones, solas ó dadas alternativamente.

La quina en sustancia la usé muchas veces del modo siguiente:

De quina superior -- Una onza.

De ruibarbo en pólvó -- Dos drahmas.

Mézclese y divídase en doce partes de las que se tomará una cada media hora, en un poco de agua vinoso y azucarada, ó bien diluida en vino puro.

Cuando se presentaban síntomas gástricos, hacía tomar en los interválos las primeras prescripciones emetizadas, ó la sal compuesta siguiente:

De Tártaro emético -- Dos granos.

De Tartrite de Potasa, ó de sulfato de sosa -- Dos drahmas.

Mézclese y disuélvase en una tipsana herbacea. Para tomar una tasa cada cuarto de hora vomítese ó nó. Esta prescripcion producía muchas veces vómitos y evacuaciones albinas saludables. Yo la renovaba siempre que se reproducian los síntomas gástricos.

Los vejigatorios me han sido de grande utilidad, y los reiteraba en distintos puntos. De ciento treinta y cinco individuos que han estado á mi cargo, he curado sesenta del décimo al vigésimo dia sin otros medios que los evacuantes, la dieta, y la limonada cocida de limon; cuarenta con el uso de los evacuantes, y de las otras prescripciones ya solas, ya usadas alternativamente. Los que se citan en las observaciones siguientes, me han presentado el *nec plus ultra* de los síntomas, y me han ofrecido la mayor gravedad. Los enfermos se han tratado con el mismo método. Murieron nueve, cuyas autópsias presento, advirtiendo que no me indicaron vestigio alguno de inflamacion. Muchas veces he empleado con el mayor suceso la limonada nítrica sola, en las fiebres adinámicas, pero creí que no seria prudente atenerme solo á esta limonada en el tifo de 1814, el caracter contagioso de esta afeccion fué un motivo poderoso para conducirme al empleo de una marcha mas compuesta y mas enérgica, sin embargo de que la experiencia me habia probado, hacia mucho tiempo, que esta limonada podia reemplazar á la quina, como tónica, y como un poderoso anti-pútrido.

No insistí en el uso del alcanfor porque á mas de que con él nunca he conseguido las mayores ventajas, observe que los enfermos lo repugnaban terriblemente.

El año de 1813 terminó con una estacion lluviosa, húmeda y fria; por cuyo motivo se observaron catarros, pleuresías, y algunas pñeumonías. Esta misma temperatura reinó casi constantemente en el primer trimestre del año de 1814, y la mayor parte de los que fueron atacados del tifo acababan de padecer una de estas afecciones, ó se encontraban constipados, y por consiguiente presentaban ya una tendencia á la atonia, por lo que se hallaban mas susceptibles para contraer la influencia contagiosa. Casi todos los que fueron atacados se habian sometido á la influencia directa del contagio, bien frecuentando los hospitales, ó

los sitios donde habian estado depositados los enfermos.

Si á esta predisposicion atónica juntamos, la influencia debilitante de las pasiones, que en esta época dominaban todos los ánimos, como el temor, la tristeza, y las visicitudes continuas de un aire frio, humedo é insalubre, mas las lluvias frecuentes, se conocerá que todo parecia contribuir á disminuir la vitalidad. Agréguese aun los felices resultados obtenidos con un tratamiento tónico, tambien la falta de vestigios inflamatorios en los órganos de los individuos que murieron, y encontraremos una masa importante de hechos mas que suficientes para convencernos de que esta enfermedad no era debida á una gastro-enteritis, sino que fué un afecto general, cuya causa residia en la alteracion de los humores. Las observaciones que siguen y que he colectado yo mismo (en una época en la que no se pensaba en la doctrina fisiológica), no se hallaban destinadas entonces, á presentarse en oposicion de dicha doctrina: pero seguro de su veracidad, de su precision, y animado de mi experiencia propia, no temo presentarlas hoy como pruebas, en la lucha que emprendo. Confrontándolas con la doctrina errónea del médico de Val-de-Grace, podrán juzgar los médicos amigos de la verdad, y desnudos de todo espíritu de partido. Mi fin es hacer bien, librar del error, y animar á los mas sábios que yó, para que uniendo sus esfuerzos á los míos, consigámos destruir esta nueva hydra. Una multitud de médicos han combatido ya esta doctrina: el Dr. Castel es uno de aquellos, cuyo estilo preciso, y lleno de lógica, ha hecho ver lo ridículo de esta teoria. Otros muchos no menos distinguidos guardan silencio porque creen que el medio mas seguro de hacer olvidar tales absurdos es el dejarlos caer por sí mismos. Pero el público amante de la novedad, incapaz de apreciar la causa de este silencio, lo toma por una confesion tácita de la excelencia de esta doctrina, de lo que se aprovechan muy bien el autor y sus partidarios, que no dejan de cantar victo-

ria porque se ven sin antagonistas. Importa contener esta teoría con tanta mas razon, quanto que los estudiantes la adoptan con atrevimiento, á causa de las pocas dificultades que ella ofrece, y porque imbuidos en estos falsos preceptos, irán un dia á llevar la desolacion á las familias, poniéndola en práctica. Es de desear que se pronuncie cada médico, á fin de que se decida esta cuestion. En medicina lo mismo que en política, son perjudiciales las opiniones ocultas ó mixtas, es necesario herir de cerca la cuestion, y hacer justicia al que la tenga. Si Mr. Broussais lleva razon, sus compañeros no dejarán de preconizar su doctrina; pero si es falsa y sin verosimilitud, se debe desterrar para siempre de la enseñanza.

PRIMERA OBSERVACION.

Sofia Pessé, de edad de veinte y dos años, temperamento bilioso-sanguíneo, y de una constitucion robusta, tuvo una indigestion el 15 de setiembre de 1813, por haber comido uvas y otras frutas no maduras. Se siguió á esta indigestion una constipacion tenaz que duró cerca de tres semanas, en cuyo espacio de tiempo tuvo fuertes cólicos, y una laxitud tal que la hizo perder sus carnes. Siguió en este estado hasta el mes de febrero de 1814, en cuya época habiendo tenido que alojar á unos soldados enfermos, se enfermó ella y tuvo que hacer cama. La visité el ocho de febrero y la encontré con una calentura fuerte acompañada de todos los signos de un infarto gástrico é intestinal. Un emeto-catartico produjo una abundante evacuacion por arriba y por abajo. El dia nueve se encontraba mucho mejor. Hasta el dia 14 siguió sin calentura, y tomando un poco de alimento. En este intermedio quiso salir á pesar del tiempo frio y humedo, y al volver á su casa se vió obligada á meterse en cama. El dia 15 me llamaron otra vez, y la encontré con el rostro muy rojo, la lengua árida y negra, los dientes cubiertos de un limo negrusco, como igualmente los labios, sordera, delirio taciturno, pul-

so pequeño, deprimido, profundo y poco sensible, pos-
tracion absoluta de fuerzas, hemorragia nasal, dejec-
ciones involuntarias verdosas y negras, fetidez en el
aliento, dolores dorsales, sensibilidad en el epigastrio,
y agitacion general de miembros. Duró este estado has-
ta el dia 27, en cuyo intervalo usé alternativamente, la
quina unida al alcanfor y al nitro, las pociones forti-
ficantes y calmantes, el vino, las bebidas vinosas, las
asiduladas, y la aplicacion variada de vejigatorios. El
28 delirio obscuro, insomnio, é igual estado que en el
dia precedente; mandé aplicar unos vejigatorios á las
pantorrillas. El 1.º de marzo, se presentó un estado le-
tárgico, con insensibilidad, del cual volvió á beneficio
de unos sinapismos que le mandé aplicar; se presen-
taron tambien manchas gangrenosas en distintos pun-
tos de la periferie, entre otros en los pies y en las úl-
ceras de los cáusticos, que fueron curadas con la in-
fusion de la quina. El dia 2 se habian disminuido las
citadas manchas y los vejigatorios supuraban abundan-
tamente; y el dia 4 parecia que la enferma estaba suc-
ra de peligro. Desgraciadamente se le habia formado
una escoriacion en la rabadilla, y la enferma á quien
le habia quedado una debilidad en las vias urinarias,
no pudiendo retener las orinas, dió lugar á que, con
este motivo, se pusiese dicha escoriacion gangrenosa,
formando una escara de la extension de dos manos. La
necesidad de estar acostada sobre el uno y otro lado,
dió lugar á que el incendio gangrenoso estallára sobre
los dos lados, en el sitio correspondiente á los tro-
cánteres, formándose, por último, una cuarta escara so-
bre la espina anterior y superior de los huesos íleos.
La caida de las escaras se hizo con mucha lentitud, y
aun me ví obligado á quitar parte de ellas para dis-
minuir el olor infesto que se desprendia, cuya opera-
cion pareció producir algunos cámbios; se pusieron ro-
jas las úlceras, se produjeron algunos mamelones, y aun
llegué á tener alguna esperanza de cicatrizacion. Pero
no tardó mucho en desvanecerse esta esperanza; cam-
biaron de aspecto las úlceras, se pusieron sórdidas y

sembradas de algunos tubérculos negros, se ranversaron los bordes, y la totalidad tomó un aspecto horroroso y exhalaba una fetidez insoportable. Llegaron últimamente á unirse estas ulceraciones, y ofrecían un aspecto terrible por su magnitud y profundidad.

Cerca de un mes duró este estado, y á pesar del uso de las bebidas un poco tónicas y nutritivas, de la quina, de los ácidos, de los cordiales y antisépticos mas poderosos, cada dia se aumentaba este estado gangrenoso: se llenó el cuerpo de manchas oscuras y lividas, las apófisis espinosas de las vértebras eran otras tantas escaras gangrenosas, hasta que vino la muerte á terminar una existencia demasiado prolongada, por sufrimientos inauditos, por el hedor y las consecuencias mas terribles de esta enfermedad, cuyo horroroso cuadro es difícil de pintar, y de la que, por dicha, se presentan pocos egemplos en tan alto grado.

No pude hacer la abertura de esta enferma, y por consiguiente no puedo dar razon de las lesiones interiores que existirían. Pero puedo asegurar que esta jóven extenuada por todas las pérdidas que experimentó, murió en un estado de marasmo y consunción, que declaraban la pérdida graduada de la vitalidad, mas bien que un exceso de vida.

SEGUNDA OBSERVACION (10 de Marzo de 1814).

Moreau, de edad de diez y ocho años, temperamento sanguíneo-bilioso, hacía quince dias que sufría un catarro fuerte, cuando habiendo visitado el 10 de marzo los enfermos del hospital, fué acometido al volver á su casa, de frío general con calentura, y de frecuentes ánsias de vomitar. Se le administró al instante un vomitivo, que produjo evacuaciones de una bilis verde y amarilla. Los dias 11, 12, 13 y 14, presentaron un alivio demarcado. Quedó estacionario su estado, se reformó un poco, y descando salir de la cama lo hizo con trabajo: este dia hemorragia nasal abundante que lo debilitó

extraordinariamente, se agravó y volvió á la cama. El 15 supinacion, delirio obscuro, tumefacion súbita de la cara, se redobló la tos, se inyectaron los ojos y hubo un debilitamiento general: vejigatorio á las piernas, pocion antiséptica compuesta de la quina, la serpentaria, la valeriana, y el éter sulfúrico. El 16 el mismo estado, delirio fugaz, pulso pequeño y decaído. El 17 lengua negra, el pulso mas regular, y mas desenvuelto; dientes faliginosos, y ojos fijos en un punto: iguales prescripciones, agua de cebada acidulada. El 18 repeticion de la hemorragia con mas fuerza que la primera vez: quina en sustancia con el agua vinosa, que la vomitó: pocion etérea alcanforada, que siguió la misma suerte. Tomó bien el agua de cebada acidulada y la pocion anti-septica. El 19 debilidad extrema: nuevos vejigatorios á los muslos, igual estado. El 20 delirio taciturno todo el dia, tos, frecuente sin expectoracion; agua de cebada con el jarabe de goma, limonada cocida; lengua seca, negra, y árida. El 21 desvario, siguió el mismo estado: nuevos vejigatorios á la parte externa de los muslos, sin efecto. Hasta este tiempo las llagas de los vejigatorios estaban secas, empezaron á negrear: se las curó con el cocimiento de quina. El 22 liaba la ropa, todo el dia estuvo pasandose la mano por la nariz; por lo demas, el mismo estado. El 23 progresion de todos los síntomas, afonía, y muerte en la noche.

Autópsia. El encéfalo sano en todas sus partes, pero cargado de sangre negra; hábito externo en bastante buen estado, mas lleno de manchas negras, nariz muy negra. Los vejigatorios cubiertos de una sanies espesa, negra, sanguinolenta, y fétida: los bronquios llenos de un moco espeso y obscuro, los pulmones sanos, el corazon y sus aurículas llenos de una sangre negra y espesa. El estómago contenia una cantidad de materiales negruscos verdosos, y fétidos; sus paredes limpias y muy blancas, el duodeno lleno de una bilis de un color verde subido, el bazo in-

yectado de sangre negra, lo mismo que los riñones, y el pancreas; los intestinos llenos de gases pestíferos.

Reflecciones. Esta observacion nos presenta una fiebre pútrida ó adinamica muy caracterizada. El sujeto predispuesto y debilitado por un catarro violento, contrajo espontaneamente la enfermedad, yendo á ver aun enfermo del tifo al hospicio. A la verdad que es imposible encontrar en él síntoma alguno inflamatorio, ni de una lesion principal y aislada de un órgano. Los diversos infartos de la sangre negra que se encontraron en los diferentes órganos, y que produjeron la muerte, fueron debidos al empobrecimiento sucesivo de los humores y de la sangre. Todo concurre á que se mire esta enfermedad como dependiente de una accion mórbida y deleterea dirigida sobre toda la economía. Me encuentro pues autorizado para pronunciar que esta afeccion no es de modo alguno inflamatoria y que en nada se parece á una gastro-enteritis.

TERCERA OBSERVACION (17 de Marzo de 1814).

Mr. Desbarras, capitán de infantería, edad de 34 años, temperamento bilioso-sanguíneo, hombre fuerte y robusto, volviendo de tomar unas aguas minerales, á causa de las heridas que habia recibido en la campaña de España, caminó con muchos militares que estaban ya heridos del tifo. Llegó á Versalles á casa de un amigo suyo y se metió en cama. El 17 de Marzo tubo dolor de cabeza, frio general, y una calentura fuerte. El 18 cefalalgia violenta, ojos fijos, temblor de los miembros superiores, palabra corta, pulso irregular, pequeño, profundo, supinacion, lengua gruesa, y amarilla; conatos al vómito: se le propinaron dos granos de tártaro emético disueltos en un vaso de agua y compartidos en tres tomas, prescribiéndole en seguida una bebida acidulada. El 19 alivio conocido. El 20 continuó en el mismo estado.

El 21 vomitó de materias amarillas porraceas. El 22 constipacion, vientre tenso, frecuentes ganas de vomitar; el emético por lavativas en un cocimiento vegetal; evacuacion abundante, y alivio. El 23 tubo una incomodidad, seguida de una abundante hemorragia nasal que lo debilitó extraordinariamente, prostracion general, delirio obscuro, lengua negra, dientes faliginosos; vejigatorios á las piernas; aumento progresivo de los síntomas, y repugnancia á toda especie de bebida. El 24 afonía, y muerte á las 11 de la noche.

Autopsia. Hábito externo, color amarillo general, meteorismo en el vientre; nada de particular en el encéfalo, y sano en todas sus partes el tórax. El estómago lleno de materiales verdosos y negros, el duodeno lleno de los mismos materiales, ocupados los intestinos de gases pestíferos, y revestidos de un color amarillento. Nada particular noté en el hígado, bazo y demas vísceras.

Reflecciones. Teniendo en consideracion las causas que ocasionaron la muerte á este oficial, observamos que todas fueron debilitantes: ni en el principio, ni curso de la enfermedad, se presentó sintoma alguno inflamatorio; por el contrario, un emético que socorrió el embarazo gástrico produjo un alivio conocido. La exasperacion de su enfermedad pareció debida á una incomodidad, y agravada por el efecto debilitante de una hemorragia nasal, que acarreó una descomposicion pronta y la muerte.

CUARTA OBSERVACION (13 de Marzo de 1814)

Mortellet, pintor y vidriero, de 25 años de edad, temperamento bilioso, de complexion débil, que acababa de pasar un fuerte constipado, y que habia tenido roce con enfermos atacados del tifo; experimentó el 13 de Marzo de 1814 un frio general seguido de dolor de cabeza y fiebre. El 14 gravamen, supinacion, constriccion del lárins, imposibilidad de

tragar, delirio obscuro, pulso pequeño contraído, é irregular. El 15 el mismo estado, lengua negra, imposibilidad en la deglucion, delirio violento, y ojos fijos en el techo. El dia 17 le vi por primera vez, y habia delirio continuo, cara entumecida, descomposicion en las facciones, ojos inyectados, lengua obscura, seca, pulso pequeño, profundo, miserable; en la noche afonía y á las tres de la mañana muerte.

Autopsia. Hábito externo, lleno de manchas violadas, vientre inflado, el cerebro inyectado de sangre negra, ligero derramamiento en los ventriculos, los bronquios y los pulmones lleno de un moco obscuro, pero sanos, el corazon mas grueso que en el estado ordinario, y llenas de sangre negra las aurículas.

Distenso el estómago por la presencia de gases pestíferos, y lleno de un humor negro y verdoso; intestinos en el mismo estado, y nada de particular en las demas vísceras.

Reflecciones. Esta observacion presenta una adinamia complicada con síntomas nerviosos, tales como la constriccion de la laringe, ect. Tampoco se encuentran en ella síntomas de inflamacion; los derramenes y los infartos son el resultado necesario de la atonía de los fluidos y de los sólidos. La grosura del corazon parecia hacer creer la preexistencia de una enfermedad de este órgano; pero yo no estoy seguro de ella, y aun juzgo que en muchos individuos, esta afeccion en apariencia morbosa, es una conformacion natural.

Yo conocia á Mortellet hacia muchos años y jamas se habia quejado de síntomas que pudiesen haber hecho sospechar una enfermedad orgánica del corazon. Seria necesario admitir que esta afeccion se habia formado espontaneamente y en un tiempo tan corto que no es creible. La enfermedad en cuestion no debe mirarse mas que como una afeccion morbosa general sin inflamacion alguna.

QUINTA OBSERVACION (20 de Febrero de 1814).

Azemar, negociante en vinos, de edad de 50 años, temperamento sanguineo, alojó en su casa á varios militares atacados del tifo, y despues de sufrir un constipado que le duró quince dias, cayó en cama el 20 de Febrero. Frio general, cefalargia intensa, tos muy fuerte sin expectoracion, abatimiento, vomitos de materias verdes porraceas; cara entumecida, y cubierta de un color rojo obscuro, vientre meteorisado; lengua negra y árida, labios y dientes cubiertos de una costra mucosa negra; delirio fugaz, falta de conocimiento, pulso pequeño, profundo, y contraído; tal fue el estado en que encontré al enfermo el 22 de Febrero en que fui llamado. No habia usado mas que el agua de violetas con un poco de goma, y se habia sangrado del brazo. El 28 cuarto dia de su enfermedad, se agravó mucho en la noche, se presentó la afonía y murió el 29 de mañana.

Autopsia. Hábito externo, exceso de envoltura, manchas negras extendidas sobre toda la superficie, cara hinchada apoplectica, y llenas boca y nariz de una espuma negra.

Injectado de sangre negra el encéfalo, y ún ligero derramen en sus ventriculos laterales, sobrecargados de materias puriformes los pulmones y los bronquios, pero sanos; el corazon muy grueso y engurgitado de sangre negra.

Cargado de gases pestilentes el estómago, el cólon lo mismo, y llenos uno y otro de materiales negruscos. Sanas las demas vísceras.

Reflecciones. La inspeccion de este cadaver nos presenta los mismos resultados que el anterior; y es uno de aquellos cuyo corazon mas grueso en apariencia, se encontraba, sin embargo, en su estado natural. Los liquidos negruscos, los gases fétidos encontrados en él denotaban la misma causa. El engurgitamiento encefálico no puede considerarse mas que

como uno de los efectos generales; por último nada apoya la existencia de una flegmasía.

SEXTA OBSERVACION (26 de Marzo de 1814).

La Sra. Pincherot, de edad de 30 años, y de temperamento linfático, fué atacada, por contagio, de frio con fiebre, cefalalgia intensa, vómitos, estupor, prostracion general de fuerzas, rostro de un rojo obscuro, y ojos tiernos. Empeoró los dias 27, 28, y 29. El 1.º de Abril fui llamado y encontré que habia una sordera completa, delirio sordo, pulso pequeño, profundo, y contraído, lengua negra, y dientes fuliginosos, El dia 2 murió.

Autopsia. Hábito externo lleno de manchas negras, tension de vientre, cerebro poco inyectado, nada particular en el tórax. El estómago, duodeno y demas intestinos llenos de materias negras y verdosas, y distendidos por gases pestíferos; las otras vísceras se encontraban en un estado natural.

SEPTIMA OBSERVACION (24 de Marzo de 1814).

El capitan Pourcelles, de edad de 33 años, llegó á su depósito el 24 de Marzo estropeado de fatiga y aquejado de una violenta tos. El 25 frio general, fiebre, delirio obscuro, mirar inquieto, semblante pálido y abotagado, vientre tenso timpanítico, cámaras involuntarias, lengua negra pero humeda, y pulso pequeño, profundo, contraído, é irregular. El 26 continuó en el mismo estado, rostro y ojos naturales, Tartamudez, delirio, desórden extremado del pulso, vientre enormemente distenso; aplicaciones emolientes, lavativas dulcificantes, cámaras involuntarias. El 27 el mismo estado afonía, y muerte el 28 en la mañana.

Autopsia. Hábito externo grueso; el cerebro y pecho no presentaron cosa particular; el estómago y el duodeno estaban llenos de materias verdes y negras,

los intestinos enormemente distensos por gases pestíferos y buen estado en las demas entrañas.

OCTAVA OBSERVACION (26 de Marzo de 1814).

D'Eucorreé, enfermó por contagio, de edad de 56 años, habia sido atacado de frio y demas síntomas de que he hablado en las observaciones anteriores, hasta los diez y seis dias de enfermedad que se cumplieron el 26 de dicho mes en cuyo dia su cara estaba enormemente hinchada y lívida, y muy inyectados los ojos. Hubo una hemorragia auricular especialmente del oido derecho. Lengua seca y negra, dientes fuliginosos, pulso precipitado, pequeño, profundo, é irregular; delirio obscuro, opresion, respiracion ardorosa, y estertorosa; afonía, y muerte en la misma noche. No habia tomado mas remedio que agua de violetas y cebada con miel.

Autopsia. Hábito exterior, flaqueza extremada, ligero derrame seroso y sanguinolento en los ventrículos del cerebro; los vasos engurgitados de sangre negra. El cerebro me pareció mas blando que en el estado natural; dividido el temporal no me dió luz alguna acerca del sitio de donde había salido la sangre que se presentó en la hemorragia auricular. Los pulmones estaban sanos, pero llenos de moco espumoso, el estómago contraído, ó al menos muy pequeño y conteniendo bilis y moco negro; el duodeno lleno de bilis negra, los intestinos distensos por los gases fétidos, sanas las demas vísceras.

Reflecciones. No se dirá que el enfermo fué victima de un tratamiento perturbador, pues nada hizo, y el tratamiento que tuvo del agua de violetas y la de cebada con la miel se aproxima mucho al que prescribe Mr. Broussais en sus gastro-enterítis, á excepcion de que no se usaron las sanguijuelas. La blandura del cerebro no puede explicarse mas que por la falta de vitalidad de este órgano, y debe atribuirse á la debilidad por cuanto se mira el endure-

cimiento de este órgano como un efecto de la inflamacion. Por lo demas hay muy poca diferencia de las demas autópsias.

NOVENA OBSERVACION (22 de Marzo de 1814).

Joly, carpintero, de 55 años de edad, y de temperamento bilioso, hacia quince dias que estaba enfermo. La enfermedad empezó como en las observaciones precedentes, y tambien fué producto del contagio. Fuí llamado el 22 de Marzo, y encontré al enfermo con aire de inquietud, el semblante abotagado y lívido, los ojos inyectados, tos violenta y seca sin expectoracion, pulso pequeño, frecuente, é irregular; ensueños, delirio obscuro, lengua negra, y dientes fuliginosos: vejigatorios á las piernas, agua de cebada, jarabe de vinagre, y pocion anti-séptica que no quiso tomar. El 23 y 24 postracion general y delirio continuo. El 25 pérdida absoluta de las idéas, aire de inquietud, y adormecimiento; los cáusticos supuraban. El 26 negacion á toda especie de bebida, y sordera completa, le prescribí la limonada nítrica con miel. El 27 tomaba con gusto dicha limonada, respiracion estertorosa, cara lívida é hinchada, lengua y dientes fuliginosos, vientre meteorizado, costra espesa en los labios, nariz, y ojos; afonía. El 28 murió.

Autópsia. Hábito externo, rociado de manchas violaceas, cara apopletica, y flaqueza extremada.

Cerebro engurgitado de sangre negra, derrame de serosidad amarilla en los ventrículos; pulmones y bronquios llenos de moco espeso y sanguinolento; el parenquima del pulmon sano, y engurgitado de sangre negra el corazon.

El estómago lleno de materias negras y verdosas, á la manera que el duodeno, los demas intestinos, llenos de gases pestíferos, el higado engurgitado de sangre negra y viscosa; la vejiga de la hiel llena de bilis, y algunas ascarides en los intestinos delgados.

Reflecciones. Estas nueve observaciones forman la

serie de aberturas que he hecho, habiendo tenido la dicha de salvar á los otros enfermos que han estado á mi cargo. De los efectos que se han presentado en las autópsias, la distension de los intestinos, y el derrame de los materiales negros, y biliosos en el estómago y el duodeno, han sido los mas constantes. A los ojos de los partidarios de la nueva doctrina, estos fenómenos no serán mas que el resultado de la lesion principal del órgano splanchnico inflamado, pero como se encuentran al mismo tiempo derrámenes en el cerebro y el tórax, no pueden ser mirados estos efectos mas que como hijos de una misma causa á saber: de la modificacion mórbida de la sangre y de los humores. Estos humores negros, y viciados se han depositado por la sangre, en lugar de las excreciones ordinarias, en el tubo intestinal, canal destinado por la naturaleza para la separacion de los humores excrementicios; pero habiendo perdido estas vísceras su resorte, no pueden ejecutar sus funciones, y se distienden por los gases que se acumulan en ellas. Con esto se interrumpe toda especie de asimilacion, se empobrece continuamente la sangre, y resulta de aquí la atonía general, y una postracion de todas las fuerzas. Los accidentes aumentan progresivamente, hasta que destruido el enfermo por la debilidad, y privado enteramente de sus facultades vitales, de que se halla desprovista la sangre, sucumbe despues de hemorragias nasales abundantes, que destruyen aun sus fuerzas, y que por su efecto pernicioso, estan muy distantes de animar al médico á hacer uso de las sanguijuelas, ó de las emisiones sanguineas, en circunstancias tales. Los partidarios de la doctrina fisiológica podrán ver que en estos enfermos no se ha seguido tratamiento alguno que haya podido agravar la inflamacion, en caso de que la hubiera habido. Muchos de ellos murieron sin tratamiento, esto es, sin tomar mas que tipsanas insignificantes; uno se sangró en el principio y no por eso dejó de morirse. Puede que si estos enfermos

se hubiesen sometido aun tratamiento metódico, hubiesen escapado: como parece comprobarlo las observaciones siguientes.

DECIMA OBSERVACION (10 de Marzo de 1814).

Margarita Molet, panadera, de edad de 28 años, llevaba el pan á los hospitales, y despreció un catarro que mucho tiempo hacia le habia atacado. El 10 de Marzo fué sobrecojida de un frio general, de cefalargia, tos ferina, y de vómitos; un vomitivo produjo una evacuacion biliosa abundante, por arriba y por abajo. El 11 se sintió aliviada, el 12 lo mismo; bebida de agua de cebada con miel, y lok gomoso. El 13 una hemorragia nasal muy abundante á consecuencia de la tos. El 14 caimiento, pulso deprimido, pequeño, profundo y concentrado, lengua obscura, boca amarga, cefalargia supra orbitaria intensa; agua de cebada acidulada con el jarabe de vinagre: El 15 repeticion mas fuerte de la hemorragia, cara tumefacta y ojos tiernos. El 16 delirio, postracion general, cara descompuesta, de un rojo obscuro; ensueños, pulso pequeño profundo y precipitado; vejigatorios á las piernas, y pocion anti-séptica. El 17 peor estado; otros vejigatorios á los muslos. El 18 estaba lo mismo. El 19 lengua negra, dientes fuliginosos. Se aumentó el peligro y el aspecto de los vejigatorios era lívido. Del 20 al 22 siguió el mismo estado, lo volvía todo indistintamente; sin embargo decia que estaba mejor y no habia delirio. El 23 limonada nítrica que ya no devolvió. El 24 tomaba con gusto dicha limonada, y el agua de cebada con el jarabe de vinagre; por la tarde se asustó mucho á causa del ruido que ocasionó la caída de una puerta; nueva hemorragia nasal. El 25 se infló el vientre y tuvo dolor en el epigastrio; postracion extrema, atontamiento, lengua amarillosa y negra. Hubo vómitos biliosos. Emético en lavativas, vómitos y cámaras copiosas. El 26 se presentó la lengua en mejor estado

y húmeda, y soportaba mejor las bebidas. El 27 mas vómitos, lengua limpia, y colorado el rostro, pulso vivo y regular, los cáusticos supuraban bien y estaban vermejos. El 28 mas alivio. El 29 continuó su buen estado. El 3o apirexia y convalecencia.

UNDECIMA OBSERVACION (26 de Marzo de 1814.)

Isabel Eucorrée hija del enfermo de una de las observaciones anteriores, de edad de 24 años, y de temperamento sanguíneo bilioso, cayó enferma con frio general, laxitud, cefalargia violenta, y propension al vómito. El 26 de marzo sexto dia de su enfermedad la ví al mismo tiempo que á su padre, tenia la cara encendida, inyectados los ojos, y estaba cubierta de una erupcion general, sensible, y semejante á las gotas transparentes del sudor. Esta especie de erupcion, que jamas habia observado en el curso de mi práctica, se me presentó con mucha frecuencia en Versalles. El 27 en la noche sudores abundantes, fiebre fuerte, ganas de vomitar, lengua amarilla, obscura, boca seca y amarga; agua de cebada asidulada con el jarave de grosellas. El 28 lengua negra, dientes fuliginosos, postracion general, delirio obscuro; vomitivo, evacuaciones abundantes por arriba y por abajo. El 29 alivio, disminucion de la erupcion. El 1 de abril vientre tenso, doloroso, ganas de vomitar, lengua amarilla, negra; bebida emetizada. El 2 alivio, y se quitó la erupcion. El 3 piel escamosa, mejoría sensible. El 4 boca pestífera, conatos al vómito, lengua cargada y amarilla; Tártaro emético con el sulfato de sosa en tipsana; evacuaciones abundantes de materiales biliosos, fétidos y negros. El 5 alivio muy notable. El 6 continuó la mejoría, cesó la fiebre, y entró en convalecencia.

DUODECIMA OBSERVACION (28 de Febrero de 1814.)

Heister, prusiano, de edad de 26 años, temperamento bilioso, avecindado en Versalles hacía cuatro años,

y destinado en la fábrica de armas; fué atacado el 28 de febrero de un frio general, con cefalalgia intensa, y ganas de vomitar; permaneció sin socorro alguno hasta el 2 de marzo, en cuyo dia le ví por primera vez. Tenia el rostro trastornado, estaba como insensato, habia hemorragia nasal abundante, postracion absoluta de fuerzas, lengua negra y seca, pulso deprimido, salto de tendones, supinacion, y conatos al vómito; vomitivo, sin efecto. Aumentaron los síntomas, se puso la lengua negra, los dientes fuliginosos, se cubrieron de una costra negra y espesa la nariz y la boca, respiracion estertorosa, abatimiento total, pérdida del conocimiento, balbucéo, y falta de movimiento. Levantado alguno de sus miembros caia por su propio peso. El 4 de marzo se repitió el vomitivo, y produjo dos vómitos de unos materiales verdes porráceos, y una cámara de la misma naturaleza. El 5 mejor estado: vejigatorios á las piernas, pocion anti-séptica alcanforada, que la arrojó; quité el alcanfor, y no hubo vómito. El 6 continuó el mismo estado, limonada nítrica, alternada con la pocion. El 8 pareció en peor estado. El 9 hipo, respiracion ardorosa, pulso apenas sensible, y una costra mucosa espesa y negra continuaba recubriendo la nariz, boca, lengua y dientes: vejigatorios á los muslos. El 10 el mismo estado. El once ojos fijos insensibles á toda especie de excitacion; pulso insensible y miserable: otros vejigatorios á la parte externa de los muslos; insensibilidad general absoluta. Continuó el mismo estado los dias 12, 13, 14 y 15, la vida parecia pronta á extinguirse; agua de cebada vinosa alternada con la limonada nítrica, y la pocion anti-séptica. Siguió en el mismo estado los dias 16, 17, 18 y 19. Reiteré los sinapismos con mucha frecuencia. Se meteorizó el vientre; inmovilidad constante, y estado letárgico; otros vejigatorios volantes á los muslos por bajo de los anteriores, que ningun efecto produjeron. Vómitos de todo lo que tomaba. El 21 los vejigatorios estaban sórdidos, el 22 se cubrieron de una sánies espesa fétida y sanguinolenta; el 23 formaron manchas

gáñgrenosas, que se curaron con la quina y el carbon molido; continuó el meteorismo, y se hicieron aplicaciones emolientes muy calientes sobre todo el abdomen; se retubo la pocion y la limonada sin vomitarlas, y los vejigatorios quedaron estacionarios. Duró este estado hasta el 2 de abril; en esta fecha se facilitó mas la deglucion y tragó mejor las bebidas; agua de cebada con el lamedor de vinagre. Continuó de este modo hasta el 28, en cuyo espacio de tiempo parecia el enfermo una máquina sin movimiento, recibiendo el poco líquido que se le metía en la boca, y que caia al estómago por su propio peso; yo en este estado esperaba á cada paso la muerte. El 29 me aventuré á que tomase un caldo vegetal emetizado, que produjo enormes evacuaciones, y me pareció entre-ver un poco de sensibilidad, y se reanimó algun tanto el pulso. El 2 nuevo caldo emetizado, evacuaciones considerables; los vejigatorios se pusieron un poco sensibles, cesaron los progresos de la gangrena, y tomaron mejor aspecto, se aclararon los ojos y pareció reconocerse algun ligero movimiento. El 4 aun repetí el mismo caldo emetizado; vómitos considerables de materias negras fétidas, cámaras copiosas de la misma índole, graduadamente fué volviendo la sensibilidad, como tambien los movimientos de los miembros, y ya la luz le causó una impresion fuerte. El 6 alivio muy notable. El 7 y el 8 se declararon los movimientos. El 9 recobró el uso de la palabra, y pedia él mismo lo que le agradaba; al concluir este dia se restablecieron completamente las funciones y entró en convalecencia.

Reflecciones. Si alguna vez me ha parecido inminente la muerte, ha sido precisamente en este caso; y reflexionando sobre la situacion de Heister, me preguntaba á mi mismo, porque camino sobre natural habia podido escapar de una enfermedad tan larga y peligrosa. En él, como en los sugetos anteriores, las hemorragias nasales fueron seguidas de los mas graves accidentes: lo que me confirmó en la idea en que yo estaba de que las evacuaciones sanguíneas eran perniciosas en estas enfermedades; constantemente han sido se-

guidas de una postracion considerable en las fuerzas, y las funciones vitales se han resentido profundamente ofreciendo un estado alarmante. La experiencia me ha confirmado y lo prueba indubitavelmente esta observacion, que la evacuacion de las primeras vias es la indicacion mas importante de satisfacer en estas enfermedades, porque la sangre deposita en ellas los materiales morbíficos de que está sobrecargada; y no teniendo estos órganos la fuerza que se necesita para expellerlos, es necesario excitarlos á fin de que llenen esta operacion, la que siempre es seguida de los mejores resultados. Tambien se hace necesario renovar esta provocacion, porque no pudiendo desembarazarse la sangre, de una vez, de dichos humores, lo verifica en distintas ocasiones: de lo que provienen las repetidas manifestaciones de los síntomas gástricos. En efecto casi todos los individuos que han sido atacados de esta fiebre, han tenido constantemente el vientre tenso, meteorizado y doloroso, fenómenos que han sido debidos, como me ha comprobado la autópsia, á la presencia de materiales pútridos, y de gases pestilentes, que distendiendo ó irritando el estómago é intestinos, acababan por destruir su sensibilidad; no pudiendo entonces los intestinos arrojar estos humores, una nueva absorcion llevaba á la sangre los principios mas sutiles de ellos, y daba lugar á otros fenómenos mas graves que los anteriores; así es que siempre se aliviaron los enfermos, reanimando el tono de las vísceras, y solicitando la salida de los materiales que se encontraban ellas; Heister no debió su salud mas que á las evacuaciones abundantes que provoqué en él; habiendo desde este momento empezado á parecer algunos signos de sensibilidad; habiéndose igualmente sostenido y aumentádose la mejoría en razon de la abundancia de las evacuaciones.

DECIMA TERCIA OBSERVACION (1.º de Febrero de 1814),

Hurrache, soldado lancero, de edad de 18 años,

temperamento bilioso, fué conducido al depósito de su regimiento en consecuencia de las fatigas que habia experimentado en las campañas de Dresde y de Francia; tuvo comunicacion con los enfermos del tifo, y enfermó el 1.º de Febrero de 1814. Tenia el rostro abotagado, de un color rojo subido, lengua negra, seca y árida, frio general, cefalalgia violenta, labios cubiertos de una costra oscura é hinchados, pulso pequeño profundo y contraído, postracion general, vómitos de materias alimenticias antiguas con especialidad pedazos de queso no digeridos, lo que parece extraordinario, al saber que hacia quince dias que no habia comido el enfermo. Un vomitivo produjo la expulsion de materias análogas mezcladas de una bilis verde y negra, continuaron los mismos síntomas, los dias 2, 3, 4, y 5, vientre meteorizado, fiebre con recargos á las seis de la tarde: agua de cebada con jarabe de vinagre; hasta el dia 9 siguió en el mismo estado: delirio fugaz, ensueños, salto de tendones. El dia 10 pérdida del conocimiento, constipacion, lengua negra y seca, ganas de vomitar: emético en lavativas, seguidas de evacuaciones biliosas abundantes. El 11 recobró el conocimiento. El 12 vómito natural de bilis porracea, debilitamiento; pocion anti-séptica, doce evacuaciones naturales. El 13 bebida emetizada, evacuaciones fuertes. El 14 completo conocimiento, lengua menos negra: limonada nítrica; no quiso tomar mas que esta bebida, y hasta el dia 20 quedó en un estado estacionario sin empeorar. El 21 bebida emetizada, evacuaciones copiosas. El 22 alivio. El 23 la lengua estaba mas negra; pulso siempre febril. El 24 alivio, menos fuerza en la fiebre. El 25 ocho cámaras espontaneas de materias biliosas. El 26 mucha mejoría. El 27 y 28 siguió el alivio y el enfermo entró en una convalecencia que fué penosa.

Reflecciones. La observacion confirma lo que acabo de anunciar en las precedentes reflexiones, esto es, que la detencion de los materiales en el estómago y los intestinos aumenta su atonía, y que estos

materiales que se depositan en aquellos sitios para ser expelidos, no pudiendo verificarlo, producen todos los fenómenos de putridez, y su evacuacion debe ser el principal fin del médico. Los alimentos no digeridos, arrojados á los quince dias de haberlos tomado, prueban que las funciones del estómago estaban coartadas y por consiguiente que se verificaba una mala asimilacion, de la que debia resultar la afeccion mórbida de los fluidos.

DECIMA CUARTA OBSERVACION (1.º de Febrero de 1814).

Bizard, bodegonero, de edad de 38 años, hombre corpulento y que habia sido militar, alojó á un soldado enfermo. Hacía ya quince dias que tenia un constipado, y el dia 1.º de febrero fué atacado de un frío general, acompañado de laxitud, de fiebre y de dolor de cabeza, se le aumentó la tos, sintió dolor en la garganta, y se restringió la campanilla; la lengua estaba áspera, seca, roja en el medio, y morena en sus bordes; postracion extremada de fuerzas, delirio fugaz: vientre tenso y meteorizado, cara abotagada, con fiebre intensa, y vómitos de bílis. Un vomitivo le hizo volver gran cantidad de bílis negra; cáusticos á las piernas, limonada cocida vegetal, y agua de cebada con el jarabe de vinagre; duró este estado hasta el dia 11 en el que se graduó la postracion, y hubo pérdida de la sensibilidad y del conocimiento: vejigatorios á las piernas, pocion anti-séptica, y limonada nítrica. El 12 el mismo estado, lengua negra, pulso concentrado, y pequeño; no obraron los vejigatorios; otros nuevos á las partes internas de los muslos, quina en sustancia diluida en el vino. (Una onza de la dicha en doce papeles), la tomó con facilidad. El 15 igual estado los vejigatorios estaban sordidos, y continuó tomando la quina con la limonada nítrica; se humedecieron la garganta y la lengua y volvió á su estado natural la campanilla. El 16 desapareció la negrura de la lengua y se levantó el

pulso. El 17 volvió al conocimiento y sintió los vejigatorios. El 18 exhalaban los dichos un humor muy fétido. El 19 ganas de vomitar, la lengua de un amarillo subido, y el pulso obscuro; bebida emetizada, evacuaciones abundantes y saludables. El 20 volvió el vientre á su estado natural: lavativas con un cocimiento de linaza, un puñado de sal marina y un poco de miel; evacuaciones abundantes. El 21 alivio, cámaras espontaneas. El 22 continuó la mejoría que siguió aumentando hasta la convalecencia que fué larga. Le quedó la reliquia de un dolor en las piernas que le duró mas de dos años.

DECIMA QUINTA OBSERVACION (10 de Marzo de 1814).

Victoria Bizard, muger del precedente, de edad de 28 años, de temperamento sanguineo, estaba constipada hacía quince dias. El 10 de marzo fué atacada de frio general, de dolor de cabeza y de garganta, cara abotagada y aplomada, ojos inyectados y tiernos, lengua amarilla, negra y húmeda, y de conatos al vómito; un vomitivo produjo abundantes evacuaciones. El 11 estaba mejor y no se quejaba de la garganta. El 12 hemorragia nasal, tos fuerte, frio, dolores en todos los miembros, y postracion extrema. El 13 ensueños, mayor debilidad. El 14 lo mismo. El 15 delirio obscuro; vejigatorios á las piernas, pocion anti-séptica. El 16 continuó el delirio, aletargamiento, lengua obscura y negra; limonada nítrica. El 17 pulso miserable, pérdida absoluta de las idéas. El 18 lo mismo: bebida emetizada, seguida de muchas cámaras. El 19 lengua menos negra, despejo en las idéas, por intervalos. El 20 renové la bebida emetizada; vómitos abundantes de bilis verde, cámaras copiosas. El 21 mejor, pero mas delirio. El 22 el mismo estado. El 23 tres cámaras espontaneas. El 24 lengua limpia, menos postracion. El 25 continúa el alivio. El 26 ganas de vomitar; bebida emetizada, evacuaciones copiosas de materiales negros, una lombriz. El 27 mucha mejoría.

Su estado siguió mejorándose y entró en la convalecencia.

DECIMA SEXTA OBSERVACION (27 de Marzo de 1814.)

Delongpré, guardia de honor, temperamento bilioso, de edad de 20 años, lo trajeron enfermo del ejército. El 27 de marzo se encontraba con la cara abotagada y renegrida, los ojos claros, las ideas vagas, la lengua negra, seca y árida, dientes fuliginosos, pulso pequeño, débil y deprimido, mal gusto de boca, y ganas de vomitar; un emético determinó muchos vómitos y una cámara considerable. El 28 mas claridad en las ideas pero noche inquieta. El 29 en la noche cámaras espontaneas, se levantó el pulso, la lengua continuó seca, pero menos negra, sudores en la noche. El 30 se graduaron los sintomas, la lengua volvió á ponerse negra, y se demarcó una postracion extrema; vejigatorios, limonada nítrica, y pocion anti-séptica. El 1.º de abril ganas de vomitar: bebida emetizada, evacuaciones considerables. El 2 lengua limpia, labios bermejos, tres cámaras en el dia. El 3 buen dia, la lengua y la boca se limpiaron perfectamente, las ideas claras, pulso vivo y frecuente. El 4 cámaras involuntarias. El 5 menos debilidad. El 6 alivio, cara encendida pulso desenvuelto y febril. El 7 pulso dilatado é igual, lengua limpia y roja. El 8 siguió el mismo estado, cámaras copiosas, orinas claras, y noche tranquila. El 9 continuó el alivio, cesó la fiebre, y el enfermo se restableció.

Mr. Delongpré, padre, que vino expresamente de Ruan para asistir á su hijo, habiéndoselo llevado, cayó con la misma enfermedad, y murió á los 15 dias.

DECIMA SEPTIMA OBSERVACION (18 de Marzo de 1814.)

Latour, edad de 19 años, negociante en muebles, y de temperamento sanguíneo, acababa de curarse de unas heridas, cuando el 18 de marzo fué atacado de

un frio general, y de dolor de cabeza; todo este dia estuvo con la cabeza inclinada sobre una estufa. El 19 cefalargia violenta, gana de vomitar, lengua amarilla, cara de un rojo subido, erupcion purpurea general; se le administro un emético que produjo vómitos y cámaras abundantes de unos materiales verdosos y oscuros. El 20 se hallaba la erupcion en toda su fuerza; cefalargia intensa, lengua negra, dientes fuliginosos, delirio sordo: apliqué unos vejigatorios á las piernas. El 21 hemorragia nasal, postracion violenta, y dolor epigástrico: cataplasmas emolientes sobre el abdomen, embrocacion con el aceite de manzanilla, y el bálsamo tranquilo; agua de cebada con el jarabe de goma, pocion con el agua de azahar, el éter sulfúrico, y el jarabe de cantuezo. El 22 menos dolor en el epigástrico, repeticion de la hemorragia nasal, pulso pequeño, frecuente é irregular; delirio en la tarde. El 23 siguió en el mismo estado; vejigatorios á los muslos; limonada nítrica, y pocion anti-séptica; continuaba la erupcion. El 24 seguia el delirio, la lengua persiste negra, los dientes fuliginosos, y el pulso irregular, pequeño y profundo, los vejigatorios entraban en supuracion. El 25 el mismo estado de delirio, y los vejigatorios se presentan sordidos. El 26 vómitos espontaneos de materiales verdes porraceos, meteorismo sin dolor: se aplicaron compresas calientes. El 27 se sostuvo todo el dia el enfermo en una violenta agitacion, y se presentaron nuevos vómitos. El 28 bebida emetizada, siguió el mismo estado, El 29 hubo muchos vómitos de materiales verdosos y negros, igualmente cámaras; se presentó algun alivio, vientre muy inflamado, continuacion de las cámaras. El 30 y 31 lengua limpia, supuraron los vejigatorios y presentaron mejor aspecto; se levantó el pulso, desapareció la erupcion, y quedó un ligero delirio. El 1.^o de abril pulso regular y disminucion progresiva de los síntomas. El 2 cesó enteramente el delirio que se habia sostenido hasta entonces. El 3 de abril mucha mejoría, y entró en convalecencia.

DECIMA OCTAVA OBSERVACION (18 de Marzo de 1814.)

Joly, de edad de 30 años, de temperamento bilioso y que acababa de curarse de unas heridas fué atacado el 18 de marzo, de frio, cefalargia, conatos al vómito, tos, irritacion, epitaxis, y de erupcion púrpurea. El 19 lengua negra, delirio obscuro, postracion general de fuerzas, y vómitos espontaneos: se le propinó un emético y produjo vómitos considerables. El 20 mejoría, lengua menos negra, y humeda; pulso pequeño, profundo, y contraído, erupcion general. El 21 la lengua mas negra, hemorragia nasal, postracion absoluta: pocion anti-séptica. El 22 el mismo estado: vejigatorios á las piernas, quina en polvo diluida en agua con azúcar, á la dosis de una onza repartida en doce tomas con una hora de intermedio. El 23 continuó el mismo estado; los vejigatorios no actuaron, caimiento y delirio sombrío. El 24 lo mismo: limonada nítrica. El 25 no hubo variacion: no tomó mas que la limonada y el agua de cebada con el jarabe de vinagre. El 26 lo mismo; vejigatorios á los muslos. El 27 perdió el conocimiento: no obraron los vejigatorios: conatos inútiles al vómito; se agravó su estado, y desapareció la erupcion; en la noche vómitos de materiales verdosos. El 28 bebida emétizada; evacuaciones considerables que parecieron provechosas. El 29 se vuelve á presentar la erupcion; cesó el delirio, la lengua limpia, pulso desenvuelto y febril. El 30 supuraron un poco los vejigatorios. El 31 continuó el mismo estado: los vejigatorios despiden un humor muy fétido. El 1 de abril tres cámaras espontáneas de materiales verdosos y que fueron seguidas de un alivio. El 2 presentaron los cáusticos un material mas laudable: náuseas; emético en lavativas; evacuaciones abundantes, lengua limpia, y se aumentó la erupcion. El 3 ligero delirio, y conocimiento completo por intervalos. El 4 mejoría que se sostiene el día quinto. El 6 buen estado de lengua y pulso regular. El 7 muchas cámaras con lom-

brices. El 8 bastante mejoría. El 9 cólico fuerte, seguido de diez cámaras espontáneas muy abundantes: buena noche. El 10 desaparece la fiebre y sigue bien. El 11 y el 12 sigue bien y entró en convalecencia el 15.

DECIMA NONA OBSERVACION (18 de Marzo de 1814.)

Resson, de edad de 34 años, temperamento sanguíneo, estuvo asistiendo á los enfermos en los hospitales, y el 18 de marzo fué atacado de frio, cefalalgia intensa, cara entumecida, y de un rojo obscuro; ojos inyectados, lengua obscura en el medio, y roja por los bordes; ganas de vomitar, y pulso vivo, irregular y pequeño: un vomitivo que se le propinó produjo abundantes evacuaciones. El 19 alivio y tranquilidad todo el dia; agua de cebada acidulada. El 20 hemorragia nasal abundante, postracion de fuérzas. El 21 erupcion purpúrea en la noche. El 22 delirio, erupcion general, debilidad extrema. El 23 el mismo estado, la erupcion desapareció, delirio, pulso apenas sensible: vejigatorios á las piernas. El 24 volvió á parecer la erupcion. El 25 el mismo estado, constipacion; vientre meteorizado: fomentaciones emolientes, fricciones con el aceite de manzanilla alcanforado, emético en lavativas. El 26 muchas cámaras. El 27 delirio, erupcion muy fuerte; pulso profundo, pequeño, y muy frecuente. El 28 disminucion en la erupcion; sigue el delirio, lengua negra, y dientes fuliginosos. El 29 delirio mas tranquilo, igual estado. El 30 inflacion de vientre; en la noche hubo dos cámaras muy fuertes y cesó el delirio. El 31 ligero abatimiento, delirio. El 1 de abril pulso mas desenvuelto y mas regular, menos frecuente, por lo demas el mismo estado; dos evacuaciones biliosas abundantes. El 3 y el 4 los pasó muy regulares. El 5 continuó la mejoría. Desde este dia siguió el enfermo de bien en mejor, y entró en convalecencia.

VIGESIMA OBSERVACION (21 de Marzo de 1814.)

Vanes, Holandes, de la ex-guardia imperial, de edad

de 32 años, de temperamento linfático-sanguíneo, había ocho días que se hallaba enfermo, y había empezado su mal, por un frío general, cefalargia intensa y ganas de vomitar. Le ví por primera vez el 21 de marzo, y noté una cefalargia violenta, cara abotagada y oscura, lengua negro-amarillenta, dolor en la garganta, y ganas de vomitar: le administré un emético. El 22 hubo vómitos abundantes de materiales verdosos y negros. El 23 disminuyó el dolor de cabeza y la lengua se presentó menos negra. El 24 se presentó una hemorragia nasal considerable, seguida de la mayor debilidad, de sopor, y de un pulso pequeño, profundo, y miserable; también hubo constricción de la faringe, reserramiento de dientes, y sofocación; sin que el enfermo tuviese facilidad para tragar los líquidos. El 25 siguió en el mismo estado; y se hicieron unas inyecciones para humedecer las fauces que se hallaban muy resecas. Lo mismo continuó el 26, mas la lengua estaba negra, árida, y áspera al tacto, seguía la dificultad de tragar á causa del reserramiento de los dientes. El 27 hice pasar un poco de bebida á favor de un conducto de goma elástica que introduje por la nariz; continuó el mismo reserramiento y sopor. El 28 se entre abrió la boca, y se pudo hacer que pasara un poco de agua de cebada con el jurabe de vinagre; también apliqué unos vejigatorios á las piernas. El 29 pasaban mejor las bebidas; el pulso era pequeño, concentrado, é irregular, hubo delirio bago; en la noche se presentó aumentada la erupcion purpúrea, mas la hemorragia nasal. El 30 las manchas se habian puesto casi imperceptibles, la bebida pasa con facilidad, la debilidad es extrema, hubo delirio, y falta de conocimiento. El 30 cargó con tanta fuerza la erupcion que parecia presentarse una inyeccion general de todos los capilares sanguíneos. El 31 se presenta aun mas pronunciada la erupcion; menos delirio pero sigue la falta de conocimiento. El dia 1 y 2 de abril continuó en el mismo estado, y se presentaron algunas manchas negras; se prescribió la limonada nítrica que la pasaba

bien. El 3 despedían los cáusticos una materia saniosa fétida y espesa; ellos tenían un color moreno obscuro: se sometió al uso de la poción antiséptica alternada con la limonada nítrica; y arrojó una cantidad de moco espeso. El 4 expectoracion de moco negrusco, recobro del conocimiento. El 5 lengua humeda: lok gomoso kermetizado: desenvolvimiento del pulso. El 6 mejoría, la erupcion disminuye progresivamente, vientre tenso doloroso, boca amarga, y lengua amarilla y sucia. El 7 continuó en el mismo estado: bebida emetizada. El 8 evacuaciones copiosas por arriba y por abajo. El 9 alivio. El 10 se disminuyó la erupcion en la cabeza, brazos y pecho; la de los muslos presentó unos granos de la magnitud de la cabeza de un arfiler, llenos de un humor puriforme. El 11 sudores copiosos que duraron hasta el 13. La erupcion de los muslos presentó algunas películas que habian sido levantadas por el sudor. El 14 vómitos de bilis, ligero delirio: bebida emetizada, evacuaciones considerables. El 16 alivio, ningun vestigio de erupcion, pulso lleno, regular, y sin fiebre. Desde este dia todo siguió bien, y el enfermó entró en convalecencia.

VIGESIMA PRIMA OBSERVACION (21 de Marzo de 1814.)

Mr. Sambin, médico, de poco mas de 25 años de edad, y de temperamento bilioso sanguíneo; estuvo asistiendo á unos soldados heridos; y el 21 de marzo fué atacado de un frio general, laxitud, cefalargia intensa, y de fiebre. El 22 su cara estaba muy encendida, la lengua amarilla, negra y seca, tenia ganas de vomitar, y se le administró un emético. El 23 hizo muchas evacuaciones, que le aliviaron. El 24 sudores fuertes, ligero delirio. El 25 sudores continuos, distraccion, ideas vagas, pulso irregular, pequeño, y concentrado. El 26 continuaron los sudores, la lengua negra, se agrietaron los lábios, las mejillas se pusieron de un rojo subido, se entumeció la cara, se presentó el pulso pequeño é irregular, y se manifestó la erupcion. Siguio en el mis-

mo estado, el 27 y 28 se manifestó alguna opresion y tension en el vientre al que se aplicaron algunas embrocaciones calientes, y se pusieron en uso las bebidas asiduladas. El 29 sudores abundantes, dificultad de tragar, y agitacion extremada: vejigatorios á las piernas: siguió en el mismo estado hasta el 1.º de abril, en cuyo dia se presentó la erupcion en la cara y el pecho, ofreciendo pequeñas vejiguillas transparentes semejantes á las gotas del sudor. Manifestó inclinacion á lo frio y á los ácidos, y se le concedió la limonada nítrica; la lengua estaba negrusca. El 2 se extendió por todo el cuerpo la erupcion llevando el mismo caracter, y permaneció estacionario por espacio de siete dias, mas delirio, estado de estupor, postracion extrema, sin inclinacion mas que á la limonada nítrica. El 10 se allana la erupcion y sigue el mismo estado. El 11 la erupcion se presenta en el estado de descamacion, el pulso pequeño é irregular, dolor de cabeza, ligero delirio, cara siempre descompuesta. Se quejó de dolor en las parotidas, y hubo una ligera hinchazon en estas partes, por lo que se le aplicó una franela caliente. El 12 desapareció dicha hinchazon, hubo ganas de vomitar y la lengua estaba amarilla; emético en lavativas. El 13 hubo un vómito bilioso y muchas cámaras. El 14 alivio, nada de delirio, pulso desenvuelto y sin fiebre. El 15 recobró su estado natural la cara: continuó el alivio. El 16 mejoría sensible, cámaras expontáneas. Desde el 17 entró en convalecencia, que fué muy larga.

VIGESIMA SEGUNDA OBSERVACION (20 de Diciembre de 1813.)

-il' Bourdin, criado, de 38 años de edad, temperamento bilioso, apesar de tener unas tercianas no dejaba de servir á los enfermos que estaban á su cuidado; quando el 21 de diciembre fué atacado de calentura con cefalargia violenta, y gana de vomitar. El 22 estaba desfigurado, sus ojos tiernos, la lengua negra, y habia una postracion extremada. El 23 en la

noche hubo una hemorragia nasal, seguida de mayor postracion y de delirio, con un pulso pequeño, profundo y concentrado. El 24 lengua negra, sudores fétidos, delirio, igual estado de pulso. El 25 y el 26 continuó en el mismo estado; yo preveia una erupcion. El 27 todo el cuerpo estaba lleno de unas manchas marmoreas, la lengua negra y el vientre meteorizado: embrocaciones con el aceite de manzanilla alcanforado, fomentaciones emolientes y tibias; agitacion; agua de cebada con el jarabe de limon. El 29 vientre doloroso, y sentimiento de peso en él; dos onzas de maná en una botella de agua de cebada con lo que hizo tres cámaras. El 30 siguió el mismo estado, pero con imposibilidad de salir al sillico, hizo seis cámaras provocadas con dos onzas del aceite de ricino, una del jarabe de chicorias mezclado para que tomase dos cucharadas cada dos horas. El 31 alivio, menos caimiento, pulso mas desenvuelto. El 1.º de enero de 1814 el mismo estado. El 2 vientre tenso sin estar doloroso. El 3 rubicundes de los pómulos, lengua humeda por sus bordes, obscura en su centro: limonada vegetal cocida. El 4 boca amarga, lengua muy amarilla; renové la pocion oleosa, cámaras copiosas y alivio sensible en el estado del vientre. El 5 bajaron las manchas, pulso regular, y sudores. El 6 nada de manchas; mejoría. El 7 y el 8 entró en convalecencia.

VIGESIMA TERCIA OBSERVACION (22 de Febrero de 1814.)

Cantiniere, de edad de 22 años, y de temperamento sanguíneo, se hallaba asistiendo enfermos, y el 22 de febrero fué atacado de frio, dolor de cabeza, y laxitud general; continuó esta enferma en dicho estado hasta el 1.º de marzo en cuyo dia fuí llamado para verla. En este dia tenia la cara abotagada, habia una tos violenta, y dolor de garganta, cuya parte se presentó inflamada; las reglas se le habian suprimido desde la invasion de la enfermedad: hice

una aplicacion de sanguijuelas al rededor del cuello; en la tarde hubo un poco de delirio. El 2 postracion terrible de fuerzas, me arrepentí de haber aplicado tales sanguijuelas; cara trastornada, y abotagada, ojos tiernos, afonía; la garganta continuaba inflamada, la lengua estaba negra y seca, y tambien áspera, los dientes se hallaban cubiertos de una costra mucosa negra, la boca entre abierta, y respirando con trabajo. Hice humedecer la boca con una esponja cargada de agua de cebada acidulada con el jarabe de limon. El 3 continuó en el mismo estado, imposibilidad de tragar sin sofocacion, respiracion estertorosa, pulso miserable, insensibilidad general; por último apenas llegan á su estómago algunas gotas de agua de cebada. El 4 se exasperaron los síntomas, delirio obscuro; pasaron algunas gotas de agua de cebada y de limonada nítrica. Continuó en el mismo estado hasta el dia 8. El 9 estado desesperado, vejigatorios á las piernas. El 10 no habian actuado, los dejé quietos y apliqué otros á los muslos; aumentaron los síntomas: epitaxis seguida de mayor postracion. El 11 debilidad extrema, pulso apenas sensible, lengua seca, árida y negra. Del 12 al 14 continuó en el mismo estado pasando alguna bebida; le agregué la pocion anti-séptica; continuaba la tension de vientre y la insensibilidad, é hice embrocaciones con el aceite de manzanilla alcanforado, aplicando otros vejigatorios á la parte externa de los muslos. El 15 sudores fétidos. El 16 erupcion en todo el cuerpo de la misma naturaleza que las precedentes, un poco de sensibilidad y mas facilidad para tragar. El 17 se animaron los cáusticos; cámaras involuntarias. El 18 bebida emetizada, seguida de copiosas evacuaciones. El 19 disminuyeron como por encanto todos los accidentes; los vejigatorios supuraron mucho. El 20 boca amarga, ganas de vomitar; bebida emetizada, evacuaciones considerables. El 21 mejoría sensible. El 22 se marchitó la erupcion, y algunos granos se llenaron de un humor lactisinoso puriforme. El 23 desecacion

de toda la erupcion. El 24 siguió la mejoría, la que continuó el 25 y el 26, y entró la convalecencia.

Reflecciones. La supresion de las reglas y la inflamacion de la garganta me determinaron á hacer una aplicacion de sanguijuelas, de lo que tuve que arrepentirme. Debia haberme acordado de que hasta entonces, todos los enfermos que habían tenido hemorragia de narices se habian agravado; no debí haber puesto atencion en un fenómeno que necesariamente coincidia con la erupcion que debia verificarse, y que desapareció con los demas síntomas en el curso de la enfermedad. Un sugeto de los precedentes me habia presentado ya este fenómeno, en el que no me fijé, y no resultó cosa alguna de ello, lo que debió haberme servido de egemplo en esta ocasion.

VIGESIMA CUARTA OBSERVACION (21 de Marzo de 1814.)

Crest, de edad de treinta años, de un temperamento sanguíneo, trabajador en la fábrica de armas, habiéndose expuesto al contagio, fué atacado el 21 de un frio fuerte y de cefalargia violenta. El 22 hubo una epitaxis tan fuerte que apenas se le pudo contener, y se repitió tres dias consecutivos. El 23 pulso pequeño, profundo y miserable, rostro demudado, ojos fijos, y tiernos, lengua negra, seca, é hinchada; continuó la sangre por la nariz. El 24 ojos inyectados, delirio, salto de tendones, los mismos síntomas que el dia anterior. El 25 quejidos, temblor de los miembros. El 26 afonía, insensibilidad absoluta. El 27 ojos fijos, evacuaciones involuntarias: vejigatorios á las piernas; píldoras de quina, de alcanfor, nitro, y valeriana, que arrojó al instante; limonada nítrica. El 28 igual estado, vientre tenso; embrocaciones de aceite de manzanilla alcanforado; fomentaciones emolientes, bebida de agua de cebada con el jarabe de limon; otros vejigatorios á los muslos. El 29 sudores fétidos considerables, que duraron cuatro dias; durante los cuales ni se alivió el enfermo, ni obraron

los cáusticos. El 2 de abril otros vejigatorios á la parte externa de los muslos. El 3 y el cuatro siguió en el mismo estado, y la acción de los cáusticos fué nula. El 5 postracion extremada de fuerzas, sudores considerables, y falta de conocimiento. Sospeché una erupcion: la lengua estaba negra y tragaba con dificultad la poca bebida que se le daba; en la tarde se presentó el delirio acompañado de un pulso irregular. El 6 erupcion incipiente, que adquirió tal fuerza en el dia, que parecia no haber en el cuerpo mas que una sola ampolla llena de serosidad clara. El dia séptimo despertaron un poco la sensibilidad y el conocimiento. El 8 se distinguian con facilidad y separacion las vejigas de la erupcion. Quedó estacionario los dias 9, 10, 11, 12 y 13: sin embargo se notó algun alivio y la erupcion se marchitó en los miembros inferiores. El 15 permanecian aun muchas vejiguillas llenas de un humor lactisinoso. El 16 estaba completamente marchita. El 17 fiebre fuerte, lengua obscura, mucha debilidad y delirio. El 18 mal gusto de boca, ganas de vomitar: se propinó el emético en lavativas y hubo muchas cámaras. El 19 alivio. El 20 nuevos síntomas gástricos; se repitió el emético en lavativas, y hubo evacuaciones abundantes y salutíferas. El 21 alivio sensible que continuó hasta entrar en convalecencia.

VIGESIMA QUINTA OBSERVACION (*17 de Marzo de 1814.*)

Raboin, de edad de treinta y cuatro años, de temperamento sanguíneo, calesero, hacia tres semanas que estaba constipado, y despues de tomar el lok y algunas tipsanas, sin dejar de ir al hospital á ver aun amigo suyo que estaba enfermo, fué atacado el 17 de marzo de frio general, acompañado de dejadez, de dolor de cabeza y ganas de vomitar. El 18 continuó la propension al vómito. El 19 se abotagó la cara, y se puso roja, los ojos se inyectaron, se puso negra la boca, los dientes fuliginosos, y vomitó algunos materiales verdosos y oscuros. El 20 se le dió un emético que pro-

dujo vómitos de la misma naturaleza. El 21 alivio. El 22 opresión, lengua negra, pulso pequeño y profundo, rostro aplomado; bebida de agua de cebada vinosa. El 23 postracion general: pocion anti-séptica, algunas cucharadas de vino generoso. El 24 sudores fuertes, pulso concentrado, vientre tenso y doloroso; embrocaciones y fomentaciones, como en las observaciones precedentes: erupcion de la misma naturaleza en pequeña cantidad. El 25 alivio. El 26 cámaras abundantes. El 27 se generalizó la erupcion, sudores fétidos muy fuertes, y sin interrupcion por espacio de tres ó cuatro dias. Del 1 al 2 de abril se marchitó la erupcion en las partes superiores. El 3 alivio. El 4 siguió en el mismo estado. El 5 se marchitó enteramente la erupcion. El 7 lengua limpia, constipacion: emético en lavativas y cámaras abundantes. El 8 continuó la mejoría, y empezó la convalecencia.

VIGESIMA SEXTA OBSERVACION (25 de Marzo de 1814.)

Dessarvins, de 19 años de edad, y de temperamento bilioso, habia frecuentado á los enfermos, y acababa de pasar un resfriado, cuando el 18 de marzo fué acometido de frio, dolor de cabeza, calentura, y de ganas de vomitar. El 19 cefalalgia violenta, epitaxis, y conatos al vómito: se le administró un emético que fué seguido de vómitos de materias biliosas, y de una erupcion purpúrea en toda la superficie del cuerpo. El 20 deliró, cara roja y abotagada, ojos inyectados, postracion, lengua negra, y dientes fuliginosos: vejigatorios á las piernas. El 21 abatimiento general, lengua negra; pocion antiséptica, limonada nítrica. El 22 se hallaba en toda su fuerza la erupcion. Permaneció estacionario el 23, 24 y 25. El 26 delirio y mucha supuracion de los vejigatorios. El 27 cámaras copiosas y expontáneas. El 28 sudores muy fuertes. El 29 era muy considerable la erupcion. Del 30 al 4 de abril continuó la erupcion en el mismo estado y siguió el delirio. El 6 se limpió la lengua, y volvió al conocimiento; se regularizó, y des-

envolvió el pulso; y disminuyó de intensidad la erupcion. El 7 pulso pequeño, profundo y concentrado; delirio. El 8 nueva erupcion de pequeñas vejigas llenas de una serosidad clara, cuya erupcion engrosó en los dias 9, 10 y 11. El 12 cesacion del delirio, desenvolvimiento del pulso, y marchitamiento de la erupcion en las partes superiores; lo mismo se verificó en las inferiores el 13 y 14. Desde este tiempo siguió el enfermo de bien en mejor, y entró en la convalecencia.

VIGESIMA SEPTIMA OBSERVACION (25 de Marzo de 1814.)

La jóven Pourcelle, de edad de 24 años, y de temperamento sanguíneo, estaba dedicada á la asistencia de los enfermos, y fué asaltada el 25 de marzo de frio, dolor de cabeza, y de ganas de vomitar. El 26 tenia la cara abotagada y roja; los ojos inyectados, y la lengua roja y árida, con conatos al vómito: y se le propinó el emético. El 27 tuvo vómitos abundantes, se humedeció la lengua, pero siguió roja, y tenia el pulso pequeño, profundo y débil. El 28 erupcion purpúrea general muy fuerte. El 29 violentos esfuerzos para vomitar, y se le acordó otro vomitivo que pedia con ansia. El 30 tuvo unos vómitos de materiales biliosos de varios modos coloreados, que jamas habia visto otro caso igual. El 2 de abril estaba roja toda la superficie de su cuerpo, y la lengua negra, pero humeda. El 3 disminucion de la rubicundez del cuerpo, mejoría, pulso desenvuelto y regular. El 4 casi ninguna rubicundez, lengua humeda y roja; agua de cebada asidulada. El 5 desaparecimiento completo de la rubicundez. El 6 alivio, ninguna fiebre. El 7 un minorativo que produjo muchas cámaras. El 8 buen estado y convalecencia.

VIGESIMA OCTAVA OBSERVACION (1 de Marzo de 1814.)

Giral, almonedero, de edad de 23 años, temperamento sanguíneo, muy colérico, fué al hospital á vez

á un amigo suyo el 1 de marzo, y fué atacado de repente de frio, ganas de vomitar, y de dolor de cabeza. El 2 vómitos biliosos, dolor violento en el occipucio, y en las regiones temporales, como si se las comprimiesen en un torno, segun el decia; se le dió un emético que fué seguido de evacuaciones abundantes de bilis. El 3 alivio en sus dolores. El 4 lengua negra, pulso pequeño, profundo, y contraído; cara roja y abotagada. El 5 ojos inyectados, y delirio, cuyo estado duró hasta el día 8: agua de cebada con el jaraवे de vinagre; sudores abundantes. El 9 erupcion general sin vejigas separadas, cesacion del delirio. El 10 lengua muy seca, erupcion muy fuerte, pulso regular y desenvuelto. El 11 disminuyó la fuerza de la erupcion, y hubo alivio. El 12 sudores abundantes. El 13 ningun vestigio de erupcion. El 14 nada de fiebre; alivio. El 15 continuó la mejoría. Al fin del mes ya estaba en una completa convalecencia.

VIGESIMA NONA OBSERVACION (25 de Marzo de 1814.)

Lefort, droguero, de edad de 34 años, permaneció en casa de Girard, su vecino, todo el tiempo de su enfermedad. El 26 de marzo fué acometido de frio, ganas de vomitar, dolor de cabeza, y de erupcion general purpúrea. El 27 apenas se habia completado la erupcion, seguian los conatos al vómito, y propiné un emético que produjo una abundante evacuacion. El 28 siguió en el mismo estado, abatimiento, pulso pequeño, profundo, y deprimido, sensacion de peso en el epigástrico. El 29 continuó el peso, lengua amarilla, negra, y árida, vómitos con esfuerzos violentos: emético seguido de abundantes evacuaciones, por arriba y por abajo. El 1 de abril sudores muy fuertes, alivio. La piel estaba de un color rojo intenso. El 2 pulso desenvuelto y regular; lengua mas limpia y humeda. El 3 disminucion de la rubicundez, sudores. El 4 terminacion escamosa de la rubicundez, poca fiebre.

El 5 y el 6 estado análogo, continuacion de la mejoría y convalecencia.

TRIGESIMA OBSERVACION (*1 de Marzo de 1814.*)

Estrau, destinado al alumbrado, de edad de 32 años, de temperamento bilioso, tenia un catarro pulmonal desde el 1 de febrero, é iba á encender todas las noches los quinquettes del hospicio; y el primero de marzo fué acometido de frio, laxitud, y de cefalalgia supra-orbitaria muy violenta. El 2 rostro abotagado y lívido, lengua negra, y ganas de vomitar: le administré dos granos de emético en un vaso de agua para tres tomas. El 3 hubo vómitos abundantes; en la noche delirio, y agitacion extremada. El 4 salto de tendones, rostro pálido, y delirio continuo. El 5 convulsiones en las extremidades inferiores, evacuaciones involuntarias, lengua amarilla: vejigatorios á las piernas. El 6 aumento de todos los síntomas, opresion, sofocacion, y dificultad de tragar: pocion con el agua de tilia, de azahar, y el éter sulfúrico; una onza de quina y dos drahmas de ruibarbo, todo en pólvoro y dividido en quince tomas, para tomar una cada hora, diluida en un poco del agua de Tilia. El 7 alivio. El 8 cesacion del delirio, cámaras abundantes. El 9 continuó la mejoría. El 10 apirexia completa. Hasta el 16 de marzo tomó siete onzas de quina y catorce drahmas del ruibarbo. El 17 salió bueno.

TRIGESIMA PRIMA OBSERVACION (*20 de Febrero de 1814.*)

Chapelle, criado, de sesenta años de edad, y temperamento bilioso-sanguíneo, fué atacado repentinamente, sin causa manifiesta, de dolor de cabeza, frio, dolor de garganta, y de fiebre. El 21 lengua puerca, negra, y espesa; se quejaba de dolor en la garganta, pero no habia rubicundez en ella; el rostro estaba de un rojo subido, y habia vómitos espontáneos: se le propinó el emético. El 22 vomitó mucho, y se alivió. El 23 de-

lirio violento, salto de tendones, convulsion en los miembros, y agitacion extremada. El 24 ojos fijos, aumento de los síntomas, opresion, y respiracion estertorosa: quina en sustancia como en la observacion precedente. El 26 buenos efectos de la quina; cesó el delirio, y hubo muchas cámaras. El 27 cesó la fiebre. El 28 continuó la mejoría, se empezaron á reparar las fuerzas, y el 15 de marzo estaba en plena convalecencia.

TRIGESIMA SEGUNDA OBSERVACION (1 de Marzo de 1814.)

La Sra. Verdou, posadera, de edad de 28 años, y de temperamento bilioso, hospedó á dos militares enfermos; y sintió el primero de marzo, frio, laxitud, cefalalgia intensa, y ganas de vomitar. El 2 semblante demudado y abotagado, pulso postrado, delirio, lengua negra, y conatos al vómito; se le propinó el emético. El 3 tuvo fuertes evacuaciones por arriba y por abajo. El 4 desapareció el delirio. El 5 continuaron las ganas de vomitar, y hubo hemorragia nasal. El 6 postracion extrema y delirio; vejigatorios á las piernas. El 7 habian actuado los vejigatorios y no habia delirio. El 8 la lengua estaba negra, los dientes fuliginosos, y el pulso pequeño, profundo, y apenas perceptible: pocion anti-séptica. Continuó lo mismo el 9 y el 10. El 11 estaban negros los vejigatorios y daban un pus sanioso: curacion con la quina y el carbon en pólv, y mandé una onza de quina y dos drahmás de ruibarbo divididos en quince papeles para tomar uno cada hora. El 12 tomaba bien la quina. El 15 sigue el mismo estado, y la misma prescripcion. El 16 tomaron mejor aspecto los vejigatorios y hubo muchas cámaras. El 17 alivio general. El 18 estaban vermejos los vejigatorios, la lengua menos negra, y habia ganas de vomitar: el emético en lavativas. El 19 hubo muchas cámaras. El 20 ninguna fiebre. El 21 y 22 continuó la mejoría, y al fin del mes completa convalecencia.

TRIGESIMA TERCIA OBSERVACION (1 de Marzo de 1814.)

Batouflet, labrador propietario en Versailles, de edad

de cuarenta y cinco años, de temperamento bilioso-sanguíneo, y de una estatura excesiva, fué atacado por contagio de frio, cefalalgia muy fuerte, y de vómitos: le propiné dos granos de emético. El 2 nada habia obrado el emético: vientre tenso y doloroso, supinacion: embrocacion al vientre con el aceite de manzanilla alcanforado, y fomentaciones emolientes. El 3 ensueños, abatimiento, constipacion; lavativas con un cocimiento de linaza, y la miel. El 4 continuó la constipacion: dos onzas de aceite de ricino con el jarabe de chicorias; cámaras ligeras, igual estado de vientre. El 5 continuó lo mismo, por la noche se agravó el enfermo. El 6 postracion general, delirio, lengua negra, semblante abotagado, y demudado, no puede tragar cosa alguna, y por la noche se aumentan todos los síntomas. El 7 delirio obscuro, supinacion, inmovilidad, clamores agudos, salto de tendones, dientes fuliginosos y cerrados. Temiendo, con razon, el crecimiento de la noche, ordené una onza de quina con dos drahmas del ruibarbo, para quince tomas. Escupió la primera toma á la cara del que se la daba, manchó á todos los que le rodeaban, se tiró de la cama, y cayó en el suelo. Dejó despues que lo volvieran á la cama, y no se opuso á cosa alguna. Se presentaron en seguida el salto de tendones, una postracion general, el singulto, y todos los síntomas mas alarmantes; puso los ojos en blanco, la lengua se presentó negra, espesa, y cubierta, como tambien los dientes y lábios, de una costra fuliginosa; pérdida absoluta del movimiento. Desde este instante formé un pronóstico fatal, y creí cierta la muerte. Reunido con sus hijos y parientes, pasé la noche á su lado, y yo mismo le administré la quina en sustancia, dándole cada media hora una toma diluida en vino generoso. Su estado fué el mas cruel, desde las cinco de la tarde hasta las ocho de la mañana siguiente. El 7 de marzo tomó dos onzas de quina, y cuatro drahmas de ruibarbo. Todo el dia del siete permaneció como muerto, con el pulso pequeño, profundo, contraido, é irregular. El 8 habia tomado cuatro onzas de quina y ocho

drahmas del ruibarbo, y encima de cada toma una cucharada de la pocion siguiente:

RS. De agua de azahar, y de Toronjil -- De cada una dos onzas.

De Éter nítrico -- Dos drahmas.

De Extracto de Quina -- Una onza.

De Jarabe de Corteza de Cidra--Onza y media:

Ningun cambio en la noche. Agregué de tiempo en tiempo algunas cucharadas de la limonada nítrica. Hasta el dia diez duró este estado desesperado; á cuya fecha habia tomado ocho onzas de quina, y diez y seis drahmas de ruibarbo. Desesperado ya del poco suceso, estaba decidido á no hacer nada, y á abandonarlo á sí mismo. Quería limitarme á las bebidas y á la curacion de los cáusticos que eran en número de cuatro, dos en las piernas, y dos en las partes internas de los muslos. Apliqué sinapismos á los pies, y le di la última toma de quina. Al instante de haber tragado esta toma, dió un grito espantoso que nos llenó de terror, y pensamos que era su último momento; tuvo una fuerte briega, é hizo una evacuacion tan pestífera que infestó en un instante toda la pieza. Lo limpiaron y toda la noche se la llevó evacuando. El dia once aun continuaban las evacuaciones con una abundancia extraordinaria, y cada una era acompañada de agudos gritos. Apenas habia tiempo para ponerle paños. Creí de buen agüero estas evacuaciones; continué dándole la quina sola á mayores interválos. El 12 aun estaba fuera de sí. El 13 recobró el conocimiento, y todo lo miraba con un aire de asombro. El 14 se regularizó el pulso, y se puso mas fuerte; la lengua se limpió. El 15 mejoría, cámaras abundantes. El 16 supuraban enormemente los vejigatorios. El 17 se encontraba como el que acaba de hacer un largo viage, y no puede moverse. El 18 tiene gana de andar pero no puede verificarlo. Le ordené una infusion en frio de dos drahmas de ruibarbo en dos vasos de agua, lo que le hizo deponer una enorme cantidad de materias pestíferas, y el residuo de la quina. Desde este dia con-

tinuó el alivio. Le purgué tres veces del mismo modo, y la convalecencia fué corta.

TRIGESIMA CUARTA OBSERVACION (5 de Marzo de 1814.)

Verdou, mesonero, de edad de treinta y cuatro años, de temperamento bilioso-sanguíneo, cayó enfermo cuatro dias despues que su muger. El 5 de marzo cefalargia intensa, dolor en el corazon, frios y laxitud general. El 6 hemorragia nasal muy fuerte. El 7 rostro desfigurado, postracion general, delirio; pulso pequeño, profundo, y apenas sensible, vejigatorios á las piernas: vomitivo con el que arrojó muchos materiales verdosos. El 8 continuó en el mismo estado. El 9 cámaras expontáneas. El 10 alivio. El 11 se reprodujo la hemorragia. El 12 abatimiento absoluto: pocion antiséptica; vejigatorios á los muslos. El 13 no habian actuado los vejigatorios: delirio obscuro, trastorno en la figura, y pulso miserable: una onza de quina y dos drahmas del ruibarbo. El 14 alivio. El 15 continuacion de la quina. El 16 el mismo estado. El 17 cámaras abundantes. El 18 cesacion del delirio; se levantó el pulso, y los vejigatorios despidieron una sánies espesa y pestífera. El 19 fuertes evacuaciones y mejoría notable. El 20 y 21 continuó lo mismo. El 22 evacuaciones mucho mas fuertes. El 23 cesacion de la fiebre: y los dias siguientes entró en convalecencia.

TRIGESIMA QUINTA OBSERVACION (10 de Marzo de 1814.)

Le Bon, zapatero, de edad de 28 años, temperamento bilioso, se expuso al contagio y el 10 cayó con una laxitud general, cefalargia intensa, frio, y vómitos; le administre el emético, y vomitó mucho. El 12 se sintió mejor. El 13 se quiso levantar y fué acometido de una hemorragia nasal muy fuerte; perdió el conocimiento, y hubo delirio: vejigatorios á las piernas; descompostura en las facciones, abotagamiento de la cara, y lengua negra: pocion anti-

séptica. El 14 continuó en el mismo estado. El 15 cámaras espontáneas. El 16 alivio, ganas de vomitar; emético en lavativas. El 17 evacuó mucho. El 18 alivio. El 19 quina con el ruibarbo. El 20 y el 21 permaneció en el mismo estado. El 22 cámaras enormes; alivio conocido; los cáusticos supuraban mucho. El 23 continuó el alivio. El 24 desaparecieron todos los síntomas, y se fué mejorando de día en día hasta entrar en convalecencia.



OBSERVACIONES

SOBRE LA ENFERMEDAD QUE REINÓ

EN LA ESCUELA DE SAN CIRO Y EN SUS ALREDEDORES:



Los vientos de oeste y del mediodía dominaron en los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1821: se presentó un tiempo vario entre llovisoso, sereno, humedo, y frio; el termómetro de Reaumur estuvo constantemente, en esta temporada, en 7, 8, y 10 grados por cima de cero. Se presentaron muchas afecciones catarrales agudas. Muchos niños fueron atacados del sarampion; hubo viruelas volantes, toses convulsivas tenaces, y muchos viejos perecieron de terribles apoplegías. No faltaron algunas esquinancias.

El primer trimestre del año de 1822 fué dominado por la misma temperatura, y presentó la misma categoría de enfermedades. Bajo esta influencia debilitante se presentó la enfermedad en S. Ciro, que alarmó tanto y que no se habria hecho tan horrosa si se hubiese puesto mas cuidado en su naturaleza, imbuidos los médicos en las preocupaciones de la nueva doctrina, gritaron gastro-enteritis, adoptaron un tratamiento análogo, y desplegaron por con-

siguiente su formidable aparato de sanguijuelas, que se prodigaron á todo trapo. Apesar de la aprobacion del gefe de la escuela, el suceso no correspondió al diagnóstico, y muchos enfermos fueron víctimas de esta falsa creencia. No tardó mucho el que se viesen obligados á ocurrir á otro tratamiento mas racional. Se sacaron los alumnos, embiando cada cual á su casa, y se trasportaron á Versailles los enfermos, para alejarlos de la escuela, y someterlos á otros aires. Se consiguió, por este medio, el destruir el gérmen contagioso que parecia haberse ya manifestado en la escuela.

No se limitó esta enfermedad á dicha escuela; los habitantes de S. Ciro y las poblaciones circunvecinas sufrieron su azote, y murieron de ella muchas personas.

La escuela de S. Ciro se halla situada á la entrada de la poblacion, en el antiguo monasterio de las señoras de este nombre, fundado por la señora de Maintenon, á cerca de tres cuartos de legua de Versailles; está á espaldas, por el lado del mediodia, de una cuesta llamada de S. Ciro. Por el lado del oeste le sirve de límites la poblacion: por el lado del norte está libre; por el este recibe las emanaciones de los estanques de S. Quintin. En general su suelo está hundido, humedo, y pantanoso. Si juntamos á estas causas predisponentes el estado de la atmósfera, nos convenceremos de que debia ser debilitante la naturaleza de la enfermedad. Habiéndome proporcionado la casualidad, el que asistiese á tres individuos habitantes de una poblacion vecina, voy á presentar sus observaciones.

PRIMERA OBSERVACION (20 de Diciembre de 1821.)

Esteban Blanchard, trillador, de edad de 21 años, temperamento bilioso, muy robusto, vecino de la Minera, poblacion situada al este de S. Ciro, á distancia de un cuarto de legua. Este hombre hacia ocho

días que estaba enfermo cuando fui llamado el día 20 de diciembre de 1821. Encontré un estado vehementemente de postracion, situacion supina, pulso irregular, pequeño, contraído, y profundo, rostro aplo-mado, ojos vacilantes, lábios agrietados, lengua negra, vientre meteorizado y doloroso, cámaras abundantes, negras, y pestíferas, delirio sordo, y salto de tendones: vejigatorios á las piernas, cocimiento blanco de sydenham, pocion con el agua de lechugas de toronjil y de azahar, algunas gotas del éter y media dragma del extracto de quina. Los vejigatorios habian actuado bien el día 21, y estaban muy sensibles: el rostro del enfermo se mantenía aplomado; tenia los ojos en blanco: en la noche cesó la diarrea, en la madrugada hubo solo dos cámaras expontáneas de la misma materia, el pulso apenas se percibia, y habia postracion general: pocion anti-séptica. El 22 en la noche hubo desvario, en sueños continuos, pocas cámaras, y orinas muy claras; en lo demas no hubo variacion. El 23 continuó en el mismo estado, con la lengua negra, y los dientes fuliginosos: limonada nítrica, cámaras involuntarias, alternativas de delirio y de despejo. El 24 lengua negra y seca, sin variacion en lo demas. El 25 lo mismo: otros vejigatorios á los muslos, mejor noche. El 26 el mismo estado, é iguales prescripciones; muy mala noche. El 27 lengua mas limpia, y pulso mas regular, y desenvuelto. El 28 tos fuerte con expectoracion puriforme: algunas cucharadas del lok blanco de codex: agua de cebada con miel. El 29 los vejigatorios supuraban mucho; el izquierdo presentaba una mancha negra, que habia sido producida por una contusion que el enfermo se habia hecho con la otra pierna. El 30 continuó en el mismo estado. El 31 en la noche sudó mucho, evacuaciones muy fuertes seguidas de alivio, cesó el delirio, y se restablecieron las idéas. El 1.º de enero lengua limpia, pulso desenvuelto, y regular, aparicion de las fuerzas. El 2 se sostuvo la mejoría; y pidió alimen-

tos que se le fueron concediendo progresivamente, hasta que por fin entró en convalecencia.

SEGUNDA OBSERVACION (21 de Diciembre de 1821.)

Teofila Blanchard, hermana del precedente, de 11 á 12 años de edad, hacía tambien 8 dias que estaba enferma cuando llegué á verla atacada de una excesiva diarrea, y fiebre con recargos despues del mediodia. El 21 de diciembre postracion general de fuerzas, cámaras frecuentes, ojos claros, fijos, y como espantados, cara hinchada y lívida, lengua negra, dientes fuliginosos, y vientre meteorizado: cocimiento blanco de sydenham, pocion eterea, y el extracto de quina, agua de cebada vinosa y fomentaciones calientes al vientre. El 22 el mismo estado, pulso pequeño, concentrado, y profundo. El 23 diarrea excesiva, y postracion absoluta: vejigatorios á las piernas. El 24 se notó que en la noche habia arrojado cuatro lombrices, lo que tambien habia hecho los primeros dias de su enfermedad. El 25 minoró la diarrea; lavativas con agua de malvas y miel: orinas abundantes, pulso pequeño, debil, y deprimido; ligero delirio. El 26 la noche fué agitada; debilidad extrema. El 27 continuó en el mismo estado. El 28 ligeros calo-frios; recargo de la fiebre despues del medio dia; jarabe de quina á cucharadas con una infusion de la tilia. El 29 habia pasado mejor noche, y disminuido la diarrea. El 30 la lengua estaba limpia, el pulso desenvuelto y regular. El 31 continuó en el mismo estado. El 1.º de enero de 1822 alivio, algunas cucharadas de vino generoso en el dia. El 2 supuraban mucho los vejigatorios. El 3 cámaras copiosas espontaneas, mejoría. El 4 sudores abundantes, buen estado. El 5 continuan los sudores. Sigue de bien en mejor y entra en convalecencia.

TERCERA OBSERVACION (26 de Diciembre de 1821.)

Alejandro Laborde, de edad de 20 años, tempe-

ramento bilioso sanguineo, robusto; fué atacado el 26 de diciembre de frio general, cefalalgia intensa, diarrea considerable, lengua negra, y árida, atolondramiento, ojos fijos y tiernos, rostro hinchado y descompuesto, pulso deprimido y débil, y tension de vientre: hacia cincuenta deposiciones al dia, postracion extrema; cocimiento blanco de sydenham, agua de cebada vinosa, y pocion eterea con el extracto de quina. El 27 continuaba en el mismo estado; fomentaciones en el vientre, y fricciones con el aceite de manzanilla alcanforado. El 28 cámaras abundantes menos pestilentes, salto de tendones, delirio sordo: vejigatorios á las piernas. El 29 no habian actuado los vejigatorios. El 30 estado alarmante, aumento de todos los síntomas, debilidad extremada. El 31 cámaras menos frecuentes, lavativas emolientes. El 1.º de enero de 1822 el mismo estado, algunas cucharadas de vino generoso. El 2 se levantó el pulso, y la lengua continuó negra, y áspera. El 3 habia pasado mejor noche; sigue el mismo estado y la incoherencia en las idéas. El 4 y el 5 el mismo estado, y las mismas prescripciones. El 6 los cáusticos supuran bien, disminuyen las cámaras, y se humedece la lengua, pero siempre continúa negra. El 7 dos vómitos de materiales biliosos, y una lombriz. El 8 alivio. El 9 algunos calo-frios, fiebre mas des-envuelta: media drahma de quina en polvo, para dos tomas, diluida en vino. El 10 lengua limpia, frio despues del medio dia, seguido de fiebre, la misma dosis de la quina. El 11 alivio, cesacion de la fiebre, cámaras copiosas. El 12 nada de fiebre. El 13 y el 14 siguió mejor y entró en convalecencia.

Reflecciones. Si comparamos estas observaciones con las anteriores encontraremos en todas los mismos síntomas á excepcion de la precipitacion del vientre. Segun esto podemos mirar como identica con el tifo, la afeccion que han padecido estos tres enfermos. Para convencerse de la diferencia que hay entre esta enfermedad y la que se llama inflamatoria, basta

analizar los síntomas que acabo de enumerar, y compararlos con los que ofrece una flegmasia en su marcha natural y sin complicacion: en una encontraremos debilidad, y atonía general, con la alteracion ó la modificacion de las diferentes funciones de la economía; en la otra, la irritacion parcial ó aislada de un órgano, con síntomas inflamatorios que en nada se parecen á estos. Pero para conocer bien esta diferencia, se necesita ser médico observador, porque á pesar del anatema fulminado por Mr. Broussais contra estos médicos, y no obstante el epíteto de bárbaros, con que los agasajan sus discipulos, la observacion deberá ser siempre el objeto digno del culto de todo médico amigo de su arte y de la humanidad. Así es que las verdades que nos han enseñado los antiguos, y que nos han desenvuelto los Bonet, los Morgagny, los Bichat, los Pinel, los Alibert, y los Corvisart, verdades que á cada paso nos confirma la experiencia, prevalecerán siempre sobre los errores groseros que quieren hacernos adoptar los médicos fisiologistas.

El tifo no difiere de la fiebre adinamica ó pútrida mas que por la propiedad contagiosa que se observa en aquel y que falta en esta. La enfermedad de S. Ciro se aproxima á las tifoideas por el carácter contagioso que tomó, bastante pronunciado, para que los superiores de la Escuela hubiesen providenciado el aislar á los enfermos y remitir á sus respectivas casas á los que quedaban sanos; medio que bastó para contener los progresos del contagio. En las caserías vecinas fueron atacadas algunas personas del dicho contagio y se propagó de unas á otras, pero sin tener consecuencias, y el alarma que se habia extendido ya hasta Versailles, se disipó bien pronto al ver las precauciones que se tomaron tan prudentemente. Para contestar la identidad de estos dos modos mórbidos, y á fin de poder comparar el tifo y la enfermedad de S. Ciro, con las fiebres adinamicas ó pútridas, voy á presentar aqui algunas ob-

servaciones de estas últimas fiebres que hace muchos años colecté en la Normandía, practicando entonces en Fecamp, territorio del Havre.

PRIMERA OBSERVACION (*Enero de 1805.*)

La joven Bellet, natural de Sonnevile cerca de Fecamp, de edad de 22 años, y de temperamento bilioso, fué atacada repentinamente, el 4 de enero de 1805, de laxitud, frios y calenturas; estuvo muchos dias en cama sin tomar otra cosa mas que suero de quesera y cidra por bebida. El suero de quesera es el líquido que resulta de la quesera pasada por el tamiz. La quesera es el residuo de la manteca, ó leche de manteca, que los del pais ponen, por el mes de diciembre en tarros, y la guardan para cenar en el invierno; es uno de los alimentos mas usados en este pais. Todo el mundo sabe que la cidra es el jugo de la manzana, mezclado con una mitad de agua de estanque á falta de agua de rio. He entrado en estas explicaciones, porque cualquiera que enferma en este pais, toma de estas bebidas.

El 8 de enero vi á la enferma por primera vez, y la encontré en una situacion supina, rostro trastornado y abotagado, ojos tiernos, lengua negra, costrosa, y dientes fuliginosos: ordené dos granos del emético en un vaso de agua de casia para que lo tomara por dosis. El 9 hubo evacuaciones considerables de materias biliosas, con muchas lombrices por arriba y por abajo; limonada cocida, y agua de cebada vinosa. El 10 deliro, lengua siempre negra, pulso pequeño é irregular, mas, salto de tendones. Hacía mucho frio. El 11 siguió en el mismo estado: vejigatorios á las piernas; por bebida la cidra y el suero de quesera, y de tiempo en tiempo algunas eucharadas de la pocion anti-séptica de que he hablado mas arriba; pero la enferma no la quiso. El 12 siguió en el mismo estado. Substituí á la pocion la limonada nítrica. En la noche vientre tenso y doloroso, delirio obscuro; fomentaciones emolientes so-

bre el vientre. El 13 siguió en el mismo estado, y hubo conatos al vómito: emético con la sal vegetal en una tipsana; vómitos de materiales verdosos con muchas lombrices; (debo advertir que los viejos, niños, y adultos sin distincion de sexo, en toda enfermedad me han ofrecido constantemente la presencia de las lombrices en este pais.) El 14 alivio, lengua mas limpia ensueños, pulso mas desenvuelto y mas regular. El 15 daban los cáusticos una materia abundante y espesa, siguió en el mismo estado. El 16 salieron expontáneamente muchas lombrices por el ano. El 17 sudores muy fuertes. El 18 pulso pequeño, concentrado, profundo é irregular; por la noche erupcion imperceptible en el pecho. El 19 se extendió por todo el cuerpo la erupcion, era mas pronunciada, y presentaba vejiguillas llenas de una serosidad clara. El 20 está enteramente marchita la erupcion, excepto en el dorso donde se ven muchos granos llenos de materia blanca; la enferma está mejor. El 21 lengua humeda y limpia; evacuaciones mezcladas con lombrices y provocadas por el emético con la sal vegetal. El 22 mucha mejoría. El 23 y el 24 continuó el alivio y la enferma entró en convalecencia.

SEGUNDA OBSERVACION (*Marzo 1805*).

Juan Lenoage, de San Leonardo, de edad de doce años, temperamento linfático, cayó de improviso sin conocimiento. El 1 de marzo fiebre, semblante demudado y pálido, ojos en blanco, postracion total de fuerzas, boca entre-abierta, lengua y dientes fuliginosos, pulso pequeño y miserable, salto de tendones, y postura supina: vejigatorios á las piernas, pocion anti-séptica, agua de cebada vinosa. El 2 continuó en el mismo estado, actuaron bien los vejigatorios, pero las bebidas no pasaban. El 3 continuó lo mismo; tension de vientre: embrocaciones con el aceite de manzanilla alcanforado, y fomentaciones emolientes al vientre. El 4 continuó lo mismo, y se encontraron en la cama muchas lombrices. El 5 cámaras involuntarias con muchas

lombrices muertas y vivas. El 6 delirio obscuro, afonía. El 7 el mismo estado, vejigatorios á los muslos, pasó en el dia algunas cucharadas de la limonada nítrica. El 8 habian actuado bien los cáusticos; insensibilidad general, la lengua seguia negra y el pulso miserable. El 9 el mismo peligro, no puede pasar mas que algunas gotas de las bebidas, y vientre siempre tenso, y doloroso: fricciones con un linimento compuesto de dos onzas de aceite de manzanilla y dos drahtas del amoniaco; compresas y lavativas emolientes. En la noche hubo dos cámaras mezcladas de muchos gusanos, y quedó menos tenso el vientre. El 10 siguió en el mismo estado y se continuaron los mismos medios. El 11 nuevo delirio taciturno que duró con todos los otros síntomas hasta el 15. El 16 estado de insensibilidad mucho mas marcado; continuó en el mismo estado el vientre. Al tiempo de ponerle una lavativa se sacó una pelota de gusanos que se habia abocado al ano. El 17 vejigatorio volante á la nuca: los de las piernas y muslos supuraban bien. El 18 se aplicó la nieve á la cabeza. El 19 ningun resultado ventajoso: se puso una lavativa y salieron muchas lombrices. El 20 siguió lo mismo. Me desesperaba este estado; por respeto á los padres, seguia visitando al niño, pues en cada visita me temia encontrarlo muerto. Hasta el dia 30 no hubo cambio apreciable. Desde el 30 hasta el 10 de abril quedó como una masa inerte, sin movimiento, sin conocimiento, y sin tomar mas que algunas cucharadas de limonada que costaba mucho trabajo el que las tragase, cualquiera otra cosa que se le hacia tomar la volvía al punto. El 10 me pareció que notaba un poco de mas desenvolvimiento en el pulso; mientras que un ligero mador que se presentaba, me hizo esperar un pronto cambio. El 11 sudor muy fuerte que duró hasta el 13, durante el cual se fué desenvolviendo el pulso. El 13 se animó el rostro, y hubo algunos movimientos en los miembros; desapareció la rigidez, se hizo sensible y mas pronunciada la res-

piracion. El 14 erupcion de vejiguillas transparentes. El 15 movió la cabeza y la lengua que habian estado inmóviles hasta entonces, y hubo mas facilidad para tragar. El 16 se generalizó la erupcion. El 17 alivio progresivo, y tomó algunas cucharadas de un caldo ligero. El 18 se marchitó la erupcion en las partes superiores. El 19 hizo lo mismo en la totalidad del cuerpo. El 20 evacuaciones naturales considerables, con fragmentos de lombrices. El 21 y el 22 volvió á su estado natural y entró en convalecencia.

TERCERA OBSERVACION (18 de Mayo de 1805.)

Juan Dubosc, labrador, de temperamento bilioso sanguineo, en consecuencia de un ejercicio violento experimentó, esperezos, hotezos, frio y calentura, en cuyo estado permaneció algunos dias. El 18 de mayo fuí llamado y encontré lo siguiente; supinacion, rostro rojo y abotagado, mirar esquibo sañudo, pulso profundo, concentrado, y pequeño, y lengua roja y áspera al tacto. Pidió un poco de cidra y se la consentí. El 19 lengua negra, vientre tenso, y conatos al vómito: emeto-catartico. El 20 evacuaciones considerables por arriba y por abajo; hizo un vómito y arrojó una lombriz. El 21 alivio, no quiere beber mas que cidra, la lengua está negra pero húmeda. El 22 lengua y dientes fuliginosos: limonada nítrica alterada con la cidra que no quiere dejar. El 23 delirio fugaz, postracion general: vejigatorios á las pierpas. El 24 habian actuado los vejigatorios. El 25 continua el mismo estado. El 26 evacuaciones involuntarias con dos lombrices. El 27 continuó lo mismo; los cáusticos supuraban bien. Desde el 28 hasta el 31 quedó estacionario. El 1.º de junio conatos al vómito: emético con la sal vegetal en una tipsana: cámaras copiosas; tres lombrices por el vómito. El 2 alivio, nada de delirio; pidió cidra y quesera, se le concedió con la limonada nítrica, que le gustó. El

4 alivio, lengua buena. El 5 cámaras espontáneas, una lombriz. El 6 pulso débil, pero regular. El 7 supuraban extraordinariamente los vejigatorios. El 8 abatimiento. El 9 alivio, continua el pulso febril. El 10 ganas de vomitar: lengua amarilla, oscura: emético con el sulfato de sosa. El 11 vomitó mucho y echó dos lombrices. El 12 lengua buena, y pulso menos febril. El 13 nada de fiebre. El 14 dos cámaras y cuatro lombrices. Desde este día siguió aumentando el alivio y entró en convalecencia.

CUARTA OBSERVACION (1.º de Diciembre de 1804.)

La Sra. Binet, natural de Fraberville, próximo á Fecamp, de edad de 42 años, de temperamento bilioso, y con desarreglos en sus menstruaciones; fué acometida el 1.º de diciembre de frío, laxitud, y fiebre; permaneció hasta el día 5 sin socorro facultativo; este día fuerte fiebre, rostro aplomado, ojos relucientes, lengua negra y amarilla, ganas de vomitar: emético. El 6 vomitó mucho. El 7 ojos tiernos, lengua siempre negra, vientre tenso, ganas continuas de vomitar: tipsana emetizada. El 8 tuvo evacuaciones considerables, y en ellas echó seis lombrices. El 9 alivio: pulso siempre febril, vientre un poco menos tenso, sin embargo embrocaciones con el aceite de manzanilla alcanforado: arrojó muchas lombrices. El 10 se presentó la lengua húmeda en sus bordes, seca y negra en el medio: vómitos de bÍlis negra, espontáneos; al mismo tiempo arrojó por la nariz, una lombriz viva. El 11 el mismo estado: suero y limonada nítrica. El 12 alivio, mal gusto de boca, lengua cargada y oscura; bebida emetizada. El 13 hubo muchas cámaras mezcladas de lombrices. El 14 alivio. El 15 ninguna fiebre; lengua limpia. El 16 muchas cámaras con lombrices, provocadas por la bebida emetizada. El 17 alivió. El 18 mejoría confirmada. El 19 un minorativo, y en seguida convalecencia.

QUINTA OBSERVACION (*Agosto de 1804.*)

Pedro Poret, de Fecamp, labrador, de edad de cinco y cuatro años, y de temperamento bilioso sanguíneo, el día cinco de agosto, volviendo del mercado de Gordevilla, fué atacado de dolor de cabeza, y de epítaxis considerable. El 6 rostro pálido y aplomado, postracion general, supinacion, lengua negra, y pulso pequeño, profundo y contraído. El 7 delirio taciturno; vejigatorios á las piernas, y bebida emetizada. El 8 siguió en el mismo estado: la bebida no le obró: en la tarde dos granos de emético en un vaso de agua para tres tomas: evacuaciones fuertes. El 9 menos postracion, ningun delirio, pulso siempre profundo y contraído, y lengua negra: limonada nítrica, que bebió con gusto. El 10 nuevo delirio, los cáusticos supuraban bien. El 11 sigue el mismo estado. El 12 quiere comer y apesar de mi oposicion le dieron una sopa de quesera. El 13 se me presentó en un estado desesperado; rostro pálido, ojos tiernos, ganas frecuentes de vomitar, sudores frios, vientre tenso y doloroso. Considerando el alimento como la causa de estos desórdenes, prescribí el emético, y vomitó toda la sopa sin digerir, y una lombriz, con muchos materiales biliosos: infusion de manzanilla con el jarabé de limon. El 14 no queria la manzanilla; la lengua seguia negra y el vientre tenso y doloroso: embrocaciones con el aceite de manzanilla, y fomentaciones emolientes. El 15 pidió que se le diera limonada nítrica ó agua fria; se le concedió la limonada. El 16 estaba un poco mejor, y los vejigatorios purgaban bien. El 17 en la noche ligero delirio. El 18 muchas cámaras espontáneas; una lombriz. El 19 mejoría. El 20 lengua limpia, pide de comer y se le concedieron algunas ciruelas. El 21 sudores muy fuertes. El 22 muchas cámaras; dos lombrices. El 23 mejoría. El 26 minorativo, y pasó á la convalecencia.

SEXTA OBSERVACION (*Setiembre de 1805.*)

La viuda Hanée, arrendataria, fué acometida el 9

de setiembre de 1805, de laxitud general, frío, fiebre, y de estupor. El 10 tenia el rostro alterado, estaba como atontada, con los ojos fijos, postura supina, postracion general, pulso pequeño, contraído y débil, y lengua negra: infusion de toronjil y de tilia. El 11 cara roja y abotagada; vientre tenso y doloroso, y ganas de vomitar: emético. El 12 vomitó mucho y siguió en el mismo estado. El 13 opresion, suspiros profundos, ligero delirio: vejigatorios á las piernas, pocion anti-espasmódica etérea. El 14 se prolongó el delirio. El 15 el mismo estado, constipacion, esfuerzos para vomitar: otro emético. El 16 vomitó mucho, y arrojó muchas lombrices. El 17 cesó el delirio y hubo alivio. El 18 continuó la mejoría. El 19 lengua limpia, pulso desenvuelto y regular; ninguna fiebre. El 20 semblante alegre animado, un poco de fiebre en la mañana. El 21 evacuaciones con diez lombrices. El 22 mejoría, y entró en convalecencia.

SEPTIMA OBSERVACION (*Mayo de 1806*).

La Sra. Rabiaud, de Eletot, de edad de cuarenta y cinco años, le faltaban ya sus reglas. El 2 de mayo despues de un tiempo llovisoso y húmedo fue acometida de bostesos, laxitud, frío, y de ganas de vomitar. El 7 cefalargia supra-orbitaria muy fuerte, rostro pálido é hinchado y fiebre. El 8 el dolor de cabeza se extendió al occipucio, y á las sienes, vértigos. El 10 la ví por primera vez, y se hallaba en supinacion, con la cara alterada, habia postracion general, ligera opresion, y el pulso era pequeño y concentrado; bebida asidulada, pocion anti-espasmódica etérea. El 11 cara lívida, ojos fijos en el techo, mejillas de un rojo obscuro, ligero salto de tendones, se quejaba de un dolor muy fuerte á lo largo del nervio ciático. El 12 lengua negra, cargada de mucosidades espesas, ganas de vomitar: un emeto-catártico. El 13 tuvo abundantes cámaras de materiales negros, pero sin alivio, El 14 delirio bago, salto de tendones. El 15 continuó en el

mismo estado: vejigatorios á las piernas. El 16 habian obrado los vejigatorios pero ella no los sentia. El 17 poción anti-séptica. El 18 me dijeron que no habia querido tomarla: respiracion estertorosa. El 19 vientre tenso y doloroso: embrocaciones con el aceite de manzanilla alcanforado, fomentaciones emolientes: emético en lavativas. El 20 daba gritos, tenia ensueños y hacia muñecos con las sábanas, pulso irregular, pequeño, frecuente, y concentrado. El 21 quise repetir la poción anti-séptica, pero la arrojó luego que llegó á sus labios la primera cucharada. El 22 limonada nítrica que tomó con gusto; agua de cebada vinosa. El 23 siguió en el mismo estado: los cáusticos dejaron de supurar y se presentaron oscuros. El 24 se presentaron de mejor color, y dieron alguna poca serosidad. El 25 continuó el delirio; y los cáusticos supuraban. Una salida que hice de la poblacion no me permitió que viese á la enferma hasta el dia veinte y ocho, en cuyo intermedio continuó con el mismo régimen. El 28 la encontré casi en el mismo estado, no obstante me pareció ver en su aspecto alguna cosa mas favorable; los cáusticos tenian un color rosado, y supuraban bien, la lengua estaba seca, espesa, y negra; los labios y dientes cubiertos de una costra mucosa negra, y toda la bóveda del paladar se hallaba en una extremada sequedad: desde mi ausencia no habia tenido evacuacion alguna; y le puse el emético en lavativas. El 29 hubo evacuaciones considerables por arriba y por abajo, y arrojó una lombriz. El 30 y el 31 siguió en el mismo estado, con el vientre menos tenso, con una ligera rubicundez en los labios. El 1.º junio ligeros sudores, que aumentaron el dia dos, y fueron en aumento el tres. El 4 estaba aliviada. El 5 tuvo una cámara espontánea, y arrojó cuatro lombrices. El 6 continuó la bebida emetizada que le provocó cámaras siempre con lombrices. El 7 recobró el conocimiento, se compuso la fisonomía, y empezaron á desenvolverse las fuerzas. El 8 mejoría sensible, y continué durante tres dias la bebida ligeramente emetizada, y todo este tiempo hubo

evacuaciones y arrojo de una multitud de lombrices; continuó la mejoría y entró en convalecencia.

OCTAVA OBSERVACION (*Abril de 1806.*)

Masson, natural de Fecamp, de edad de siete años, y de temperamento linfático, cayó de repente sin conocimiento, y al volver en sí, sintió frío y fué acometido de cefalalgia. El 16 tenía el rostro pálido, las mejillas ligeramente encendidas, los ojos medio cerrados, la lengua negra, los lábios y dientes fuliginosos, y el pulso pequeño y miserable: arrojó una lombriz por la nariz. El 17 tenía la cara contraída, y hacia muñecos con la sábana; vejigatorios á las piernas. El 18 dos granos de emético en dos veces; vomitó mucho y hubo muchas cámaras; en el vómito arrojó dos lombrices. El 19 se manifestó un poco el conocimiento, la boca estaba mas húmeda, y menos cubiertos los dientes. El 20 y el 21 siguió en el mismo estado: la lengua continuó negra; empezó á desprenderse un moco espeso de los ojos, la nariz estaba tapada por este mismo moco, y le ordené el agua de cebada con el jarabé de vinagre, y la limonada nítrica. El 23 se presentó menos negra la lengua, se pusieron un poco rosados los cáusticos, y supuraban mucho. El 24 se quejaba el niño de extrangulación, y de constricción en la laringe, y arrojó en seguida un gusano por la nariz, y otro por la boca. El 25 alivio. El 26 caldo ligeramente emetizado, cámaras muy abundantes. El 27 mejoría sensible que continuó hasta entrar en convalecencia.

NOVENA OBSERVACION (*Junio de 1805.*)

La jóven Boisnée, de Fecamp, de edad de doce años, temperamento linfático, muy débil; menstruó por primera vez á los once años; y no volvió á presentarse esta evacuacion; su color muy pálido. El 30 de junio fué atacada de dolor de cabeza, y de conatos al vómito, el que llegó á verificarse espontáneamente, y arrojó en él dos lombrices. El 3 de julio la ví por pri-

mera vez: estaba pálida, tenia el rostro abotagado, los ojos lánguidos, postracion de fuerzas, lengua espesa y cubierta de una costra mucosa negra, y el pulso pequeño y profundo: infusion de manzanilla y de centáura menor. El 4 vientre tenso y doloroso, lengua negra, ensueños, postracion extremada, piel terrosa, y ganas de vomitar: bebida emetizada; muchas cámaras y tres lombrices. El 5 respiracion fuerte, se quejaba de un sentimiento de picadura en el epigastrio; vientre siempre tenso. El 6 continuó en el mismo estado, ninguna cámara: sentimiento de sofocacion y constriccion en la garganta: hizo esfuerzos para vomitar y arrojó una lombriz. El 8 agregué al emético la sal vegetal; cámaras copiosas con un paquete de seis lombrices entrelazadas, y otras muchas muertas. El 9 se sintió mucho mejor. El 10 siguió en el mismo estado, ninguna cámara. El 11 dos onzas del aceite de ricino, una idem del jarabe de chicorias para tomar una cucharada por la mañana y otra á la tarde. El 12 evacuaciones de materiales mezclados con fragmentos de lombrices. El 13 se continuó con el aceite de risino. El 14 produjo los mismos efectos. El 15 mejoría sensible. El 16 y el 17 continuó el alivio. El 18 repetí la poción oleosa, y tuvo los mismos resultados, mas arrojó tres lombrices vivas. Desde este dia siguió el alivio; hácia fines del mes se presentaron sus reglas, y continuó ya bien reglada.

DECIMA OBSERVACION (*Enero de 1805.*)

Sandré, empleado en las rentas reunidas de Fecamp, de edad de 25 años, dió un largo paseo á caballo, y le estuvo lloviendo por espacio de algunas horas. Cuando llegó á su casa fué herido de frio, laxitud, esperezo, y se metió en cama, donde tuvo sudores fuertes. El 7 de enero el rostro estaba encendido; los ojos animados, y se encendió en calentura: agua de cebada con miel. El 8 dolor de cabeza violento, rostro encendido y obscuro, lengua negra, abatimiento, y ganas

de vomitar: emético. El 9 tuvo vómitos abundantes: agua de cebada acidulada. El 10 lengua negra, dientes fuliginosos: limonada nítrica. El 11 ensueños, y pidió agua fria. El 12 se quejaba de dolores de vientre: embrocaciones con el aceite de manzanilla alcanforado. El 13 estaba el vientre menos doloroso, pero aun continuaba tenso: lavativas y fomentaciones emolientes. El 14 ganas de vomitar, bebida emetizada; evacuaciones abundantes, una lombriz. El 15 vientre menos abultado, muchas cámaras. El 16 buen estado de lengua, se conocieron mas fuerzas. El 17 siguió en el mismo estado. El 18 mador á la piel. El 19 sudores generales y abundantes. El 20 ninguna fiebre, buen estado: siguió bien los dias siguientes y entró en convalecencia.

UNDECIMA OBSERVACION (*Diciembre de 1805.*)

Pedro Moustier, de S. Juan del Parque de Ansetaux, de edad de setenta años, labrador. Fué sobrecogido el dos de diciembre de laxitud general que le obligó á meterse en cama. El 4 advertí: supinacion, rostro demudado, megillas de un rojo subido, abatimiento y pulso débil, profundo, y apenas sensible. Encontré osificada la arteria radial, y por la inspeccion general reconocí esta afeccion patológica en casi todas las arterias. El 5 siguió en el mismo estado, lengua negra, costra fuliginosa en los dientes y lábios, postracion extremada, agua de cebada vinosa, limonada nítrica. El 6 respiracion estertorosa, vientre tenso: lavativas, y embrocaciones al vientre. El 7 continuó en el mismo estado. El 8 ojos y nariz llenos de moco espeso y negro, lengua negra y trémula, pulso apenas sensible. El 9 ensueños, ojos fijos, salto de tendones. El 10 conatos al vómito; emético en lavativas. El 11 ninguna evacuacion. El 12 y el 13 continuó en el mismo estado; embrocaciones en el vientre; algunas evacuaciones negras. El 14 y el 15 la misma posicion, debilidad extremada, constriccion de las ventanillas de la nariz. El 16 ensueños, continuacion del mismo estado. El 17 dos drahmás del sul-

fate de sosa y dos granos del tártaro emético en cuatro cuartillos de tepsana: vómitos abundantes, sacudida saludable. El 18 arrojó por la cámara cuatro lombrices. El 19 se levantó el pulso y se limpió la lengua. El 20 alivio. El 21 hubo muchas evacuaciones. El 22 mucha mejoría. El 23 continuó aliviado y entró en convalecencia.

DUODECIMA OBSERVACION (*Octubre de 1805.*)

La Sra. Dubois, natural de Memoulin, de 72 años de edad, fuerte y animosa como una muger de cuarenta años bien constituida, se mojó mucho viniendo de un mercado próximo. Cuando llegó á su casa se acostó y tomó una tostada con azucar y cidra. Sudó mucho, se creyó buena y quiso levantarse, pero experimentó una debilidad considerable. El 3 de octubre fué llamado y encontré, demudado su rostro, los ojos fijos, su pulso lento, y una debilidad extremada. El 4 dolor de cabeza con un punto doloroso en medio de la frente El 5 calentura fuerte con lengua obscura, hundida en el medio, roja en sus bordes y trémula; los dientes secos, agrietados los lábios, y oscuros. El 6 ganas de vomitar: emeto-catártico; evacuaciones poco considerables, dos gusanos por la cámara, nada de vómito. El 7 y el 8 continuó en el mismo estado: pidió agua fria, se le dió agua de cebada asidulada, y limonada nítrica. El 9 lengua menos mala, pulso dilatado regular y vivo. El 10 sudores fuertes y fétidos. El 11 continúan los sudores. El 12 erupcion apenas perceptible. El 13 sudores. El 14 desaparicion de la erupcion. El 15 tres cámaras expontáneas con tres lombrices. El 16 aceite de ricino y jarabe de chicorias para tomar á cucharadas cada dos horas. El 17 muchas evacuaciones sin gusanos. El 18 alivio. El 19 nuevos sudores. El 20 y 21 mejoría sensible. El 22 evacuaciones naturales, continúa el alivio. Siguió de este modo hasta principios de noviembre que se restableció completamente.

RESUMEN.

Por lo que dejo dicho en esta obra se conocerá que admito dos clases distintas de enfermedades: 1.º Una producida por la modificacion ó la depravacion morbosa de los flúidos, cuyo efecto se propaga á todos nuestros sistemas, formando, por consiguiente, las enfermedades generales: 2.º Otra causada por la lesion de un órgano, que es lo que se designa con el nombre de enfermedad orgánica ó local. Fácilmente se concibe que estas dos clases pueden producir una y otra, los mismos fenómenos; quiere decir que la primera puede ocasionar lesiones orgánicas que no serán mas que unas consecuencias de ella, mientras que la segunda puede tambien extender consecutivamente sus modificaciones á los fluidos, y determinar una afeccion general. Todos nuestros sistemas, nuestras funciones todas, están unidas de tal modo unas con otras, que juzgo inútil el recurrir á las simpátias, para explicar los fenómenos, que se advierten en las partes distantes de los órganos primitivamente afectos.

Considero á la sangre como un flúido lleno de vida, que lleva á nuestros órganos su nutricion particular, proveyéndolos de los materiales de las secreciones; pero no porque reciban los órganos las propiedades secretivas; deben mirarse como los formadores de las secreciones; solo son los elaboradores de los fluidos que provienen de la sangre, que es

la que forma la esencia de las secreciones. Por ejemplo: los humores que se separan de la sangre y forman el moco gástrico, el jugo pancreático, la biliar ect., al pasar por los vasos y por los órganos que les son propios, adquieren su cualidad, y mezclándose á los alimentos ya impregnados de saliva, que en sí no es mas que un producto de la sangre, los hacen susceptibles de presentar á los orificios de los linfáticos el quimo y los materiales propios para formar el quilo, el que con los humores contenidos ya en el reservorio de *Pequet*, va pasando al sistema pulmonal, á concurrir á la formacion de la nueva sangre. Segun esto no son los órganos los que forman la sangre, solo reciben y preparan los materiales necesarios á su confeccion; ella misma se forma, por la combinacion de estas diversas sustancias entre sí, mas el contacto del aire atmosférico. Estos materiales, como se ve, no son mas que un residuo de la sangre, que se ha despojado de sus demas partes para dar á cada órgano su nutricion. Luego este fluido se regenera por sus propios elementos, unidos á los que le dan los alimentos, y á los que le son trasmitidos por la absorcion cutánea y pulmonal. Pudiendo pues estar impregnadas estas sustancias, de partes eterogeneas, es preciso convenir en que podrán introducir, en la confeccion de la sangre, modificaciones análogas á la naturaleza de las moleculas extrañas que contengan, asi es que este fluido se descargará en las cabidades splanchnicas, y toracicas, bajo la forma excrementicial ect. de sus sustancias deletereas, de que se encuentre impregnado. Contenidas estas materias en la misma sangre, ó en las cabidades en que están depositadas, pueden para ser expelidas causar enfermedades, bien por su irritacion, bien por su accion deletérea atónica, sobre estos órganos. Tambien puede verificarse esto por nuevas absorciones en la sangre de estos mismos fluidos. De esta diversidad de causas resultan enfermedades que no pueden considerarse como de una misma naturaleza;

asi no solamente deben distinguirse las enfermedades orgánicas ó locales de las generales, sino aun estas mismas entre sí, segun que hayan empezado por una enfermedad orgánica, ó bien por una alteracion primitiva de los fluidos. Por consiguiente no podrán confundirse las inflamaciones con los afectos no inflamatorios; y aun estamos en la necesidad de considerar aisladamente las enfermedades que presenten estos dos modos morbosos reunidos, cuya causa á veces es difícil de conocer. Bajo este último orden, clasifico las fiebres propiamente dichas, y en particular las tifoideas; y las adinamicas ó pútridas que ciertamente son unas enfermedades generales independientes de las inflamaciones; pero que sin embargo pueden presentar, en la inspeccion anatómica, lesiones en los órganos principales. La marcha, los síntomas, los efectos: todo lo que estas fiebres presentan, demuestra la realidad ó la existencia de una modificacion deleterea actuada en los fluidos, que se rehace en seguida sobre los sólidos, y produce en ellos desórdenes secundarios de toda especie; por lo que saco la consecuencia, de que las fiebres propiamente dichas no son debidas al estado inflamatorio de un órgano particular, sino que son unas enfermedades generales, cuyo carácter esta subordinado al temperamento, á la idiosincrasia del enfermo, á la causa de la infeccion, á las estaciones, á los lugares, á los climas, y al orden alimenticio de los enfermos ect. Son sin disputa el producto de la alteracion de los humores y de la sangre, y cuando en su consecuencia ó en su curso llega á encontrarse afectado algun órgano particular, es como lo tengo dicho, un efecto de la reaccion de los fluidos sobre los sólidos, porque no hay duda en que la sangre contiene los principios nutritivos propios á los sólidos, así como todos los materiales de las secreciones; y si estos principios ó estos materiales se hallan modificados de cualquier modo que sea, deben rehacerse sobre ellos segun la naturaleza de las modificaciones, debiendo dificultar ó interrumpir

pir las funciones de los órganos. Sin la acción de los fluidos, nuestros sólidos serian inertes y constituirian la materia propiamente dicha: luego es en los fluidos donde reside la vida. Se me puede objectar que los sólidos son tan necesarios á la vida que los fluidos sin ellos serian nada, que su armonía es esencial para la integridad de nuestras funciones; pero los sólidos no son mas que unos órganos en relacion con nuestros fluidos, que estos últimos ponen en juego, y mueven comunicándoles las propiedades vitales propias á sus funciones. La enfermedad consiste en la ruptura de esta relacion. Es tan cierto que las fiebres son debidas á las causas que les he asignado, como que jamas se verá una fiebre inflamatoria simple en un sugeto de un temperamento bilioso, y lo mismo diré de las demas fiebres sobre los otros temperamentos, los que sin embargo pueden combinarse los unos con los otros, y producir entonces efectos mixtos propios á cada uno de ellos. Inútilmente se pretende confundir una fiebre biliosa, con un simple estado que se designa con el nombre de embarazo gástrico, gastro-intestinal, ó intestinal; una fiebre adinamica, con un estado adinamico; ó una flegmasía con esta última: estos diversos estados existen realmente, y solo los médicos poco versados en la práctica podrán contradecir esta asercion que confirma todos los dias la experiencia.

Importa mucho el ser reservados en estas circunstancias sobre el uso de las sangrias que acarrearían tras sí las ictericias, los infartos viscerales difíciles de destruir, que muchas veces se hacen crónicos y atormentan á los enfermos durante su vida.

En las afecciones mórbidas, no solamente son útiles los eméticos por las evacuaciones que producen, sino, aunque corra riesgo de ser llamado el *Purgon* (*) de Moliere (expresion favorita para designar los antagonistas

(*) *Uno de los héroes de la comedia de este autor intitulada el enfermo imaginario.* El traductor.

de la nueva doctrina) tambien por su accion revulsiva; en virtud de la que, llevando hacia los emuntorios cutáneos las partes eterogeneas contenidas en la sangre, las obligan á salir bajo la forma de sudores viscosos, ó bien determinando esta misma accion sobre la vejiga, las precipitan por la orina. Lo mismo sucede en todas las demas enfermedades, en las que se deja percibir la predominancia del temperamento, que forma las mas veces el tipo esencial de la enfermedad, el cual debe tenerse en consideracion, sino se quieren cometer graves errores.

Convengo, sin embargo, en que en una multitud de casos, los sólidos son los primitivamente afectos, y que entonces llevan su accion sobre los fluidos, verificándose la reaccion de los sólidos sobre los fluidos; pero el efecto que entonces resulta será siempre el mismo, quiero decir, que los fluidos llegarán á afectarse, y á producir enfermedades cuyos extragos se extenderán á todos los sistemas. Así es como una afeccion del higado, del estómago ó de los intestinos, dificultando las funciones de estos órganos será seguida de una mala elaboracion de los principios de la bilis, del nuevo gástrico y del intestinal: los humores en vez de las cualidades requeridas para concurrir á una buena digestion, hallándose desnaturalizados, y mezclándose á los alimentos, deberán conducir á la sangre principios perjudiciales que la modificarán, de donde resultará una afeccion general. Segun esto tienen aun mismo fin el solidismo, y el humorismo; porque los mismos fenómenos se verifican en uno que en otro caso. Por esta razon es ridículo querer referirlo todo á enfermedades orgánicas del estómago, y designarlas bajo el nombre genérico de gastro-enteritis; de manera que si hay alguna cosa digna de servir á la crítica de Moliere, es seguramente la doctrina que llaman fisiologica. ¿Cómo los que adoptan esta teoría, esperan convencer de su excelencia, cuando confiesan ellos mismos que las mas veces, lo que llaman gastro-enteritis, no deja vestigio alguno

sensible de lesion en los órganos? Se imaginan sin duda que basta su palabra, para hacer creer que hay lo que no existe; y en su brillante imaginacion encuentran facilidad para crear sistemas y fijar un sitio facticio á las enfermedades. Pero ¿para probar una tal asercion bastará acaso el conjeturar, bastará el decir que tal fiebre tiene su sitio en tal órgano, que sino es en este, estará en otro, y que á falta de este otro, se hallará en el pulmon, la matriz, el sistema muscular, en fin en una ó muchas partes del cuerpo? Y si este juicio no llega á demostrarse por la autopsia ¿no será el colmo de la sin razon? ¿No seria mejor confesar su ignorancia ó su error? y de este modo no se arriesgaria uno á que se tachase de presuncion el querer afirmar como real una cosa incierta que no puede demostrarse de un modo palpable á nuestros sentidos. Esto es lo que sucede en nuestros dias; cada uno quiere saber mas que sus maestros, y se cree haber destruido de una pluma todo lo que los desvelos, los trabajos mas asiduos han demostrado, y que confirma todos los dias la experiencia. El amor propio ha convertido á la verdad en un fantoma, y en un juguete de nuestra imaginacion delirante: todos quieren ser innovadores y referir todas las opiniones exclusivamente á la suya. Pero basta reflexionar un poco para convencerse de que la novedad aparente de una opinion emitida con seguridad, puede hacer una especie de diversion á los diferentes modos de ver, y aun al de uno propio; pero el juicio viene á ilustrarnos, y se sonroja uno al ver que se ha separado del camino verdadero para entrar en una trocha tortuosa de que le costará trabajo salir. Así pues á pesar del tono decisivo y transcendental del gefe de la nueva escuela, y no obstante la educacion médica mal dirigida que segun él hemos tenido, nos sostenemos en nuestra opinion, y repetimos que su gastro-enteritis, es el verdadero romance que cree ver en las antiguas doctrinas.

Le sostengo pues, que hasta el dia, la clasificacion

de las fiebres de Mr. Pinel, es la mejor, la mas simple y la mas concisa, y que las que se han presentado despues no tienen comparacion con ella, ni jamas tendrán buen suceso, porque treinta años de experiencia han confirmado su mérito, y porque las nuevas clasificaciones dichas se sepultaran en el olvido antes que pase otro tanto tiempo.

Continuando la recapitulacion de lo que he dicho, repito que la sangre es el agente vital por excelencia, dotado por el Criador, de todas las propiedades vitales; ella es la fuente fecunda de la vida, que distribuye á cada sistema y órgano su nutricion y las propiedades que les son necesarias para llenar las diferentes funciones que les están encomendadas en la economía. Este fluido contiene á mas las cualidades ocultas de los antiguos, como tambien los diversos principios que se han designado bajo los nombres de Archeo, de espíritus vitales, y de propiedades vitales de los modernos. Tambien contiene los rudimentos de los humores, que deposita en los órganos propios á las secreciones, comunicándoles al mismo tiempo la impulsión favorable á la confeccion de la secrecion de estos humores. De esto se sigue que es un error el haber colocado exclusivamente el principio de la vida en el cerebro, los nervios, la medula oblongada, ó la espinal; estos diversos órganos no gozan mas que propiedades relativas á las que les son transmitidas por la sangre. La seccion de un nervio no priva mas que del sentimiento ó del movimiento; pero continua el acto de la nutricion, mientras que la ligadura de un vaso grueso induce la mortificacion de un miembro; luego este hecho incontestable prueba que este principio reside en la sangre.

El estómago, las vísceras digestivas y el cerebro, están sometidos á esta influencia; ella es la que transmite á este último órgano aquella propiedad particular que le hace propio, para recibir la impresion de los sentidos, tan necesaria al desenvolvimiento de nuestras facultades morales y físicas. De este fluido vivi-

ficante y de la secrecion actuada por el encéfalo, nace el fluido nervioso, que extiende su influencia secundariamente sobre todos nuestros sistemas, reha-ciéndose él mismo sobre los órganos propios á la circulacion de la sangre.

Siendo asi que la sangre contiene todos los principios de nuestros humores, y que es susceptible de recibir modificaciones, segun las impresiones que experimenta, puede pues hacerse causa de casi todas nuestras enfermedades, transmitiendo sus diversas modificaciones á estos humores. Sometido á mas este fluido á todas las especies de influencias deletereas que pueden imprimir en su confeccion, la absorcion, la nutricion ect., debe necesariamente al extenderse en la economía, comunicarle sus diversas influencias. Segun esto, la mayor parte de nuestras enfermedades provienen de la sangre, y de los principios de los humores modificados que contiene, y de los que procura desembarazarse depositándolos, por medio de los excretorios, en las cavidades que están destinadas á arrojarlos fuera, pues la enfermedad no es otra cosa mas que la reaccion de la sangre sobre los órganos para despojarse de las partes eterogeneas que la incomodan, reaccion que tiende á sostener ó restablecer la salud. Depositados los humores en estas cavidades causan muchas veces en ellas por su remora, embarazos, infartos, obstrucciones, y aun irritaciones de toda especie que caracterizan las graduaciones de cada enfermedad, y que no deben confundirse á cada paso con las gastro-enterítis. Compruebase esto en que á pesar de cuanto puedan decir los que opinan de otro modo, la expulsion de los humores es de toda necesidad, pues ella liberta de una afeccion mórbida tanto mas pronto, cuanto mas brevemente se hayan evacuado aquellos. Es imposible creer que puedan permanecer mucho tiempo los humores en los intestinos, sin que por su cantidad á veces prodigiosa, su hedor y su acrimonia, ocasionen en ellos fenómenos morbosos análogos á su cua-

lidad. Así es que ciertas ocasiones que he experimentado agrios insoportables, he metido los dedos en la boca y he conseguido la salida de un humor acre ácido que me ha corroidos los dientes. Este humor causaba en el estómago un ardor violento, de que me libertaba prontamente, por este medio; al cesar estos fenómenos, se presentaba el apetito, y desaparecia la calentura que se habia desenvuelto. ¿No me encuentro en el caso de gloriarme de haber promovido con el vómito, la salida de este humor? ¿No será la extravagancia mas ridícula, el querer persuadirme de que lo que yo tenia era una gastro-enteritis? ¿Cuántos egemplos de este jaez, cuantas gastro-enteritis de esta especie, no vemos en la práctica?

Ha llegado á tal punto esta mania, que en el mes de junio último me hallaba asistiendo á una hija del coronel Simon, muchacha de ocho años, que adolecia de una fiebre escarlatina: habia seguido una marcha regular esta enfermedad, cuando el dia ocho en la noche fué acometida esta jóven de un cólico tan violento, que no habiéndome encontrado sus padres se determinaron á buscar á otro facultativo: el resultado de su visita fué la existencia de una gastro-enteritis muy demarcada, y en su consecuencia se prescribieron las sanguijuelas. En este intermedio de cosas me presento, se me hace el detal de los accidentes que han sobrevenido, y se me anuncia, segun este médico, una inflamacion de las mas fuertes. Examiné bien á la niña, toqué el vientre, y le encontré un poco tenso y sin dolor, el pulso estaba regular y sin febricitar, y encontrábase la lengua un poco amarilla. Averigué que hacia tres dias que no habia movido el vientre la enferma, que habia comido ciruelas, que en su consecuencia se habia presentado el cólico, y que en la citada noche habia arrojado en un vómito las ciruelas á medio digerir. Convencido de que no habia tal inflamacion, me opuse á las sanguijuelas, hice aplicar al vientre unas compresas emolientes, y prescribí una poción compuesta con el aceite de ricino y el jarabe de

azahar, para que tomase una cucharada cada media hora. No habia pasado una hora, cuando el vientre se puso flexible, sobrevinieron cámaras abundantes, y desapareció el cólico con la gastro-enteritis.

Por este mismo tiempo fué atacada de cólicos violentos la muger de Cartery, negociante en vinos, que vive en la calle de Anjou: tenia tenso el vientre y doloroso al tacto; habia hipo y vómitos considerables de materiales biliosos, angiosidades inexplicables, calentura fuerte, encendimiento de rostro, lengua roja y amarilla, en una palabra todos los síntomas que pueden dar la certidumbre de una gastritis aguda; devolvía todo lo que tomaba. En consecuencia de todo esto se contentaron con el uso de las sanguijuelas, de las que se aplicaron cincuenta que hicieron una evacuacion prodigiosa de sangre, sin conseguirse el menor alivio. Se me llamó en este tiempo, y apesar de reconocer por mí mismo que todos los fenómenos podian referirse á una inflamacion, viendo que las sanguijuelas los habian exasperado, provoqué el vómito con el emético que produjo por arriba y por abajo una abundante evacuacion de este humor bilioso. Cesó la fiebre, desaparecieron todos los síntomas, y la enferma se restableció completamente, sin necesidad de echar mano de otros recursos.

Seguramente que si los médicos que fueron llamados para estas enfermas no hubiesen estado imbuidos en la existencia de las gastro-enteritis; si hubiesen considerado estas afecciones bajo su verdadero aspecto, habrian reconocido el efecto de la irritacion causada por la presencia de materias extrañas en los órganos splanchnicos, y habrian provocado su salida terminando de este modo la enfermedad.

Si en la actualidad, que todas las enfermedades son gastro-enteritis, se encuentra uno á un convaleciente pálido y descarnado, no hay que dudar que acaba de padecer una inflamacion del estómago, para cuya curacion se le han aplicado de trescientas á cuatrocientas sanguijuelas. Si se encuentra uno á un médico, le

dice luego, que acaba de visitar infinidad de enfermos en quienes ha usado el mismo régimen. Acaso parecerá exageracion lo que digo, pero no es mas que una realidad de que todo el mundo es testigo. ¡Qué grandeza! Pues estos médicos son los que nos tratan de *Purgones*, de *rutineros*, y de *bárbaros*. Pues bien, yo quiero cien veces mas, caer en manos de estos últimos que en las de los *Sangredos* modernos. A lo menos aquellos no quitarán mas que humores perjudiciales en lugar de que los otros quitaran las fuerzas con la sangre, y para restablecer á su enfermo, le prescribirán la dieta, y el agua gomada, consiguiendo con tal régimen ponerlo en el caso de no recuperar mas las fuerzas que le han hecho perder.

Está mas que probado que en muchas circunstancias se hace necesaria la evacuacion de los humores, y que en los casos en que se obre de otro modo, adquirirán dichos humores un grado mayor de acritud, de putridez, y de malignidad que comunicarán de nuevo á la sangre por nuevas absorciones. Este fluido los llevará al torrente de la circulacion, y determinará fenómenos morbosos análogos. Asi es que las enfermedades pútridas, adinámicas, atágicas ó malignas, las mismas inflamaciones, las enfermedades, en fin, producidas por un defecto de asimilacion, parecen venir á abrumar á la humanidad, á atormentar al hombre hasta en las fuentes de la vida, y á minar su existencia. Los médicos antiguos estaban mas en relacion con las leyes fisiológicas de nuestra economía; de la misma idea era Bichat, en el hecho de referir todas nuestras enfermedades á la accion de nuestros humores sobre los sólidos. Es cierto que muchos han abusado de esta teoría, hasta haber llegado á destruirla á fuerza de hacer representar papeles ridículos á estos humores. Pero como el abuso de una cosa no puede destruir lo que esta tiene de real, de ahí es que queda demostrado que la citada teoría es una verdad incontestable que corroboran todos los dias la experiencia y la observacion. Por mas que uno quiera separarse de

este principio tendrá siempre que acogerse á él; y apesar de lo que ridiculizen á los que profesan esta sana doctrina, tendrá que ponerla en práctica todo médico zeloso de su reputacion, y amante de curar á sus enfermos.

No se me habrá comprendido, si por lo que acabo de decir, se saca la consecuencia de que reemplazo el abuso de las sangrias, con el exceso de las evacuaciones; el abuso de los medios es el que combato, y pretendo fijar la atencion de los médicos sobre este abuso. No pretendo hacer una indicacion exclusiva del emético; solo digo que no deben usarse las sangrias cuando está indicado el emético, ni este cuando está indicada aquella; esto sería echar por tierra toda especie de principios; porque hay mil medios de promover evacuaciones, y de volver á la sangre y á los humores las cualidades que han perdido.

La diferencia de los temperamentos en el hombre, caracterizada por los diferentes coloridos que animan su figura, por el que le imprimen las pasiones que le asaltan, y las diversas impresiones que recibe, dependen esencialmente de los humores predominantes que envuelve la sangre en sus partes constitutivas: esta diferencia prueba tambien el importante papel que hacen los humores en nuestra economía, al mismo tiempo que la influencia señalada que tienen en el curso de las diversas enfermedades. Bajo este concepto no deben ser indiferentes las sangrias ó cualquiera otra evacuacion de sangre; y cuando en una afeccion gástrica bien pronunciada, por egemplo, en la que despues de haberse descargado la sangre, por la accion del hígado, de las materias eterogéneas que la incomodan en las cavidades splanchnicas, procurando su salida estos materiales, ó mas bien tratando estos órganos desembarazarse de ellos, sobrevengan náuseas y vómitos ¿estará uno autorizado á declarar la existencia de una gastro-enterítis? de ningun modo. ¿Qué resultaría si se practicase entonces una sangria, en lugar de hacer salir el humor que causa estos fenómenos? no es difícil.

de resolver la cuestion. No puede ser útil la sangria en esta circunstancia, porque esta operacion no hace mas que disminuir la masa de la sangre sin cambiar su naturaleza; digo mas, será perjudicial porque al renovarse este fluido, se viciará de nuevo mediante la absorcion de los materiales contenidos en las primeras vias, que facilitará aquella operacion: la causa de la enfermedad se hará mas enérgica y dará origen á fenómenos mas complicados; en lugar de que si se sigue una marcha mas racional, provocando las evacuaciones indicadas por la naturaleza, se conseguirá desembarazar al estómago, y los intestinos de las sustancias deletéreas que los irritan, se harán con mas facilidad las funciones asimilatrices, purificándose la sangre adquirirá sus dotes, renacerá la calma, y desaparecerán todos los síntomas de la enfermedad que será reemplazada por la salud.

El efecto del emético no se limita á favorecer las evacuaciones estercoráceas, no hay práctico que no sepa que obra como estimulante, que la sacudida que comprime á nuestros órganos es otra de sus utilidades, que los ayuda en la separacion de los humores que los incomodan en sus funciones. Se sabe tambien que provoca los sudores y las orinas, y que tiene una accion conocida sobre las glándulas salibares y bronquiales. Su eficacia y buenos efectos no pueden ponerse en duda mas que por un pyrrhonismo refinado, y que se funda en el vivo deseo de destruirlo todo, por referirlo todo á su modo de ver. Bien conozco que chocho con muchos intereses, que contrarío muchas opiniones emitidas con una precipitacion demasiado presuntuosa, y sé en fin que provocho la censura inquisitorial de la nueva secta que pretende intrépida, someterlo todo á su ambicion; pero todo lo sufro con gusto, por tal de publicar la verdad. En vano la negaron, en vano digo querran desfigurarla con hipotesis, y abstracciones imaginarias; tarde ó temprano llegará á triunfar, y pondrá á descubierto el error de los sectarios de la escuela moderna. La mania de las sangui-

juelas y del agua gomada, no puede ser de larga duracion; el interes de la ciencia, y aun todavia mas el de la humanidad, harán abrir los ojos. ¡Qué afrenta entonces para estos hombres que se creen regeneradores, cuyo fanatismo habrá ocasionado tantos desastres desgraciadamente irreparables, que tácitamente llorarán los médicos sensatos!

La presencia de los humores en las enfermedades febriles, y su accion sobre los sólidos como causa de estas afecciones está mas que probada por las observaciones que he presentado: podria haber insertado muchas mas, tratadas todas por el mismo método. Ciento treinta y cinco individuos tuve atacados del tifo y no murieron mas que nueve que son los citados en las primeras observaciones. Me propongo publicar otras mas adelante.

He demostrado suficientemente que las fiebres en general no son enfermedades locales, sino el producto de un desórden general verificado en la sangre, el cual se rehace sobre nuestros sistemas y órganos: que en esta clase de enfermedad, los esfuerzos de este fluido tienden naturalmente á depositar en las cabidades intestinales los humores modificados que contiene: que estos humores irritan ó destruyen la accion orgánica de los intestinos: que su remora en estas partes produce fenómenos morbosos que no son mas que efectos, y que no pueden considerarse como causa, aun quando lleguen á tener un caracter inflamatorio. Cuando por último la inspeccion cadavérica no manifieste signos sensibles de flegmasía, se verá uno obligado á convenir en la insuficiencia de la anatomía patológica para probar la causa de las enfermedades.

Quando llega á inflamarse un órgano, este modo mórbido es positivamente local, pero la fiebre que se desenvuelve, muchas veces antes de la inflamacion, ó la que secundariamente sobreviene, hace la enfermedad general, porque no puede haber un desórden en la circulacion sin que se resientan todos los sistemas, pues la sangre los recorre todos. Fuera de esto ¿quien podrá asegurar que la misma inflamacion no sea debida

á una causa humoral? La inflamacion del pulmon por ejemplo no se causa las mas veces mas que por la materia transpirable repercutida á la sangre, cuya accion se transporta al órgano pulmonal, lo inflama, y lo irrita hasta que se restablece la relacion entre este órgano y los humores que deben ser expelidos. Sé muy bien que la nueva doctrina combate este modo de raciocinar: pero sin embargo que me digan, cuando por una causa dada se suprime una fuerte transpiracion y se presenta en el instante una enfermedad ¿á quien podrá atribuirse esta, sino es á la accion deletérea del sudor repercutido que se ha propagado al órgano pulmonal? Si no es así que se me diga donde se ha ido el sudor, y que se me señale la causa de la enfermedad, pues sabido es que no puede haber efecto sin causa. No podrá negarse que la sangre se cargue de estos nuevos principios que procuraba expeler por la transpiracion pulmonal. Estos principios irritan los pulmones, porque la materia se une á los rudimentos de las mucosidades que segregan estos órganos en el estado de salud, y les imprime un grado de acrimonia que destruyendo su relacion de afinidad con los exhalantes pulmonales, determina el infarto y la inflamacion de estos órganos, y excita su sensibilidad. Los defensores de la localidad, aquellos que contra toda evidencia desprecian en las enfermedades el estudio de las causas, se valen en estos casos de su acostumbrado sub-terfugio, y dicen que si los materiales retenidos de una transpiracion accidental pudieran provocar las enfermedades, se seguiria que estas deberian promoverse igualmente por la falta de sudor; lo que agregan, no sucede. Por poca práctica que se tenga en la medicina, se conocerá fácilmente la falsedad de este discurso; porque los materiales del sudor propiamente dicho, mientras que se encuentran en la sangre no pueden ni son ellos los que causan estos fenómenos, es sí, este mismo sudor ya separado de aquella, el que convertido en un cuerpo extraño no puede volver á la circulacion sin alterarla, pues ha contraido cuali-

dades morbosas particulares que no puede dejar de comunicar á todos los sistemas ú órganos, á los que lo conduzca la naturaleza medicatriz para facilitar su expulsion.

Lo mismo sucede á los otros órganos relativamente á los humores que segregan. Las esquinancias, y las erisipelas de la cara, con especialidad, estan siempre acompañadas de síntomas gástricos que desaparecen ó se mejoran con el uso del emético. Segun esto, en lugar de colocar como Mr. Broussais á las fiebres en la clase de las flegmasías, es mucho mas natural el distinguir una flegmasía con tal ó tal fiebre; porque puede darse una inflamacion sin fiebre; y cuando la hay, tiene la fiebre su tipo particular, que en nada se asemeja las mas de las veces al de una fiebre simple. Cuando continua la fiebre, toma una graduacion relativa al temperamento del enfermo, y bajo este respecto puede tener la mayor analogía con una fiebre simple; este es el caso preciso en que la sagacidad del práctico debe advertirle las circunstancias en las que deba juntar á los antiflogísticos las sangrias ó el emético, y aun muchas veces los tónicos mas enérgicos, como la quina etc., apesar de la certidumbre de una flegmasía. ¡Cuántas veces me he visto obligado á usar con el mejor suceso estos diversos medios en las peripneumonias!

Cuando dé al público las otras observaciones que tengo colectadas, daré mas extension á mis idéas, demostraré lo importante de los fluidos en nuestra organizacion, considerándolos como que hacen la parte mas activa de ella, pues son los que comunican á los órganos no solamente las propiedades vitales, sino aun las de tejido; dedúcese esto de que la sangre sometida á un análisis químico, presenta ser un compuesto de las diversas sustancias de que se componen nuestros órganos, mientras que estos últimos no son en la economía viviente mas que unós agentes elaboradores que contribuyen por su accion, puesta en juego por la sangre, á reparar las pérdidas que este fluido experimenta continuamente comunicándoles la

vida. Se engañan pues los fisiólogos que no conceden á los fluidos mas que un papel secundario tanto en el estado fisiológico como en el patológico, pues como he dicho ellos son los verdaderos resortes de nuestra organizacion y los distribuidores de la vida. Si la sangre, por ejemplo, no comunicase al estómago todas las propiedades que le son necesarias para llenar sus funciones; si no diese al hígado los materiales de la bÍlis, y los de los diversos mocos gástricos é intestinales á estas respectivas vísceras ¿cómo se verificarían las digestiones? Si no llevase á los huesos, y á los musculos su nutricion, perecerían estas partes, ó sobrevendrían en ellas una infinidad de afecciones morbosas, de lo que tenemos numerosos ejemplos, en las escrófulas, el escorbuto ect. Tambien probaré con nuevas observaciones que las fiebres en general, no son flegmasías, ni mucho menos enfermedades locales, y sí realmente unas enfermedades generales influenciadas por los temperamentos de los enfermos, y causadas por las diversas modificaciones que ha experimentado la sangre: por último, que son capaces de participar de las complicaciones que pueden sufrir estas modificaciones determinadas por la idiosincrasia de los enfermos. No fundó mi aserto en frívolas palabras, como sucede á los fisiólogos, sino en hechos, fruto de una larga experiencia que se encuentra apoyada por la de los médicos antiguos.

Las observaciones que he presentado mas arriba prueban la identidad del tifo con la enfermedad que reinó en S. Ciro. La relajacion de vientre que existió en esta última afeccion, lejos de ser efecto de una flegmasía, como pretende el autor de la doctrina fisiológica, era por el contrario, hija de la irritacion que producian en las entrañas los humores ácrés; pero esta irritacion lejos de exaltar la sensibilidad la destruía; por esta razon eran perjudiciales las evacuaciones de sangre, mientras que los estimulantes producian un efecto ventajoso.

Si comparamos despues el tifo, y la enfermedad

de S. Ciro, con las observaciones que le siguen, nos veremos en la precision de convenir en que lo que se ha llamado fiebre adinamica ó pútrida, y el tifo, son una misma cosa á corta diferencia, y que lo que forma al parecer la línea divisoria, esto es el contagio, depende de una infinidad de circunstancias de localidad, de estacion, de la reunion mas ó menos grande de individuos en un espacio limitado ect.; de manera que un enfermo de tifo no comunicaria su enfermedad si se colocase en un aire salubre y se llegase á aislar. Tambien digo que la fiebre pútrida acometiendo á un individuo colocado en una poblacion limitada, en medio de un aire insalubre en un clima ó estacion muy cálida, y que tenga mil carencias, puede hacerse contagiosa y formar lo que se llama tifo, que en mi opinion no es mas que una fiebre con naturaleza contagiosa. Segun los datos que dejo presentados mas arriba, se convencerá cualquiera de que estas especies de fiebres no son mas que el producto de la depravacion de la sangre y de los fluidos, que si se acompañan de inflamaciones en algunos órganos ó tejidos, como creo que puede suceder alguna vez, estas flegmasías lejos de consistir en un exceso de vida, consisten en lo contrario, que no son mas que un efecto subordinado á una causa, y el producto del defecto de analogía de los fluidos modificados con los sólidos: lo que determina una reaccion de estos últimos, y el exaltamiento de la sensibilidad que resulta es solo su efecto. Mas la exaltacion de la sensibilidad no es siempre el signo representativo de la inflamacion, porque puede darse un aumento en esta propiedad sin que por esto deba decirse que hay una inflamacion; para evidenciar la flagmasia se necesita que haya tumefacion, rubicundez, calor y dolor. Es pues un absurdo el decir que las inflamaciones son la causa de todas estas enfermedades, no obstante de que falten los signos flegmasiacos, solo porque lo ha dicho Mr. Broussais que quiere que todas nuestras enfermedades sean infla-

matórias: no es menos ridículo el asegurar, para salir del apuro, que los signos han desaparecido con la vida; pero que no por eso dejó de existir la inflamacion, solo porque así lo enseña Mr. Broussais. ¿No se parece esto á la ceguedad de los pitagóricos, que creian sin restriccion ni reflexiones los disparates que les enseñaba su maestro?

La intencion que me ha guiado en esta tarea me hace acreedor á la indulgencia de los lectores y profesores, con tanta mas razon quanto que he tenido que vencer muchas dificultades para ello. He compuesto esta obra en muy poco tiempo, y apenas me han permitido mis ocupaciones el que le haga una severa revision; nunca la habria publicado al no haberme visto animado por el consejo de mis compañeros. He tomado alguna cosa de Bichat, no obstante de que como se ha visto, difiero de él en muchas circunstancias. Tambien he tomado la parte histórica de la *Bibliografía médica*, del *Diccionario de Ciencias médicas*. En mi última parte me he aprovechado del favor que me ha dispensado mi compañero el Dr. Lafisse, padre, dandome parte de sus reflexiones sobre las fiebres, y permitiéndome que hiciese uso de ellas. Si puedo conseguir mi fin, esto es, contribuir con los médicos que han empezado esta tarea, á hacer ver á la doctrina fisiológica bajo el verdadero punto de vista en que se le debe considerar, sin pretender por esto disminuir en nada el verdadero mérito de su autor, y si puedo hacer conocer á los principiantes que lo que toman por conviccion no es otra cosa que el entusiasmo producido por un sistema en apariencia nuevo, cuyo único atractivo es la facilidad que encuentran en su estudio y aplicacion á la cabecera del enfermo, me daré por recompensado.

No puedo dejar de advertir, antes de terminar esta obra, que si he traspasado algunas veces los límites de un estilo moderado, ha sido á imitacion de Mr. Broussais y de sus partidarios, que en general

tratan muy mal á sus adversarios. Refutando las propias palabras del maestro, he debido; por decir así, identificarme con su estilo, y responder á sus argumentos en el mismo tono. Debo decir sin embargo en favor suyo, que su doctrina ha excitado mas fuertemente la atencion de los médicos, á reflexionar sobre el sitio y las causas de las enfermedades, y que de esta atencion debe resultar probablemente una controversia de hechos preciosos que serán útiles á la ciencia; por cuanto la divergencia de las opiniones y la comparacion detenida que se hace de cada una de ellas, es el camino por donde se llega á tomar un punto fijo, quedando despues á la experiencia el derecho de confirmarlo en su justo valor ó de rectificarlo.

FIN.

FIN DE LA TABLA.

TABLA DE LAS MATERIAS.

Páginas.

PROLOGO.	V.
INTRODUCCION.	XI.
PRIMERA PARTE. Consideraciones genera- les.	I.
SEGUNDA PARTE. Consideraciones sobre algunos puntos de la doctrina de Mr. Brous- sais.	29.
TERCERA PARTE. Examen crítico de las proposiciones terapeu- ticas de Mr. Broussais.	103.
DE LAS INTERMITENTES.	160.
OBSERVACIONES.. Sobre el tifo de 1814. . .	208.
OBSERVACIONES.. Sobre la enfermedad que reinó en la Escuela de S. Ciro y en sus alre- dedores.	282.
RESUMEN.	300.

FIN DE LA TABLA.

LISTA

DE LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES.

-
- D. Antonio Santaella.
El Lic.^o D. Antonio de Pilas, profesor de medicina.
El M. R. P. L. Fr. Antonio Ravadan.
D. Antonio España.
D. Agustin Lopez del Baño.
D. Antonio Salazar.
D. Agustin García, médico.
D. Antonio de Luna.
D. Angel Polo, del comercio de libros de Zaragoza,
por cuatro ejemplares.
D. Antonio Turbica, médico colegial en Calatayud.
D. Andres Ymilén, profesor de Cirugía.
D. Cristóbal Rodríguez de Hinojosa.
D. Diego José Blanco, médico titular de Cartaya.
D. Diego Lopez, médico en Sanlúcar de Barrameda.
D. Fernando de Vida y Perez, médico titular de Al-
calá de Guadaira.
D. Francisco Santos.
D. Francisco García, doctor en medicina en Carmona.
D. Felix Rigalt.
D. Francisco de Paula Tejero.
D. Francisco de Paula Medina.
D. Francisco de Sales Cadenas.
El Lic.^o D. Francisco Ferreira, Nobre de Carvalho, mé-
dico titular del Castaño del Robledo.
D. Francisco María Gonzalez.
D. Ignacio Ameyer.
D. Ignacio Garrido, médico titular de Villanueva del
Ariscal.

D. Ignacio Porta, catedrático y proto-médico en Barcelona.

D. Juan Clemente y Barrera.

D. Juan Nepomuceno Fernandez.

D. José Lucio Perez, médico y cirujano, y catedrático de agricultura de Sevilla.

D. José María Lopez.

D. José María Botin.

D. José Besiano, médico titular del Setenil.

D. José María Aguayo.

D. José Arrieta.

D. José de Acuña, médico titular de Carmona.

D. Juan Ramon Crespo, profesor de medicina en id.

D. José Sanchez, profesor de farmacia en id.

D. José Montero, Dr. en cirugía médica, y Lic.^o en medicina en id.

D. José Sobrino Ibañez, del comercio de Sevilla.

D. Juan Manuel del Mármol, del comercio de Sevilla.

D. Julian de Heredia.

D. José María de Torres, médico de Zara.

D. Juan Resuche.

D. José Mariano Arizaga, profesor de medicina.

D. José Caceres, profesor de medicina.

El Dr. D. José Lopez de Castro.

D. José Pareja, médico.

D. Juan Portillo, boticario.

D. José Calatayud, médico.

D. José Ximenez.

D. José Breñosa.

D. Juan Rejano.

D. José Ximenez García.

D. José Montes.

D. Judas Asencio, médico colegial en Calatayud.

D. José Fernandez.

D. José González de la Cotera.

El Lic.^o D. José María de la Cuadra.

D. Lorenzo Lopez Delgado.

D. Luis Pizarro.

D. Manuel Miciano.

- D. Manuel Gazcon, médico de los Castillejos.
- D. Miguel Centeno y Arenas.
- D. Manuel García.
- D. Miguel Espinosa.
- D. Manuel Montenegro, profesor de medicina.
- D. Manuel María Rodríguez Navarro, médico de Osuna.
- D. Miguel Tortosa, médico.
- D. Manuel José Aceytuno, abogado.
- D. Manuel José Porto.
- D. Manuel Losela Valladares.
- D. Mariano Portillo, médico.
- D. Modesto Jaime, médico de Pamplona.
- D. Manuel Ubieto, médico de Jaca.
- D. Manuel Valdés, profesor de medicina en Carmona.
- D. Nicolas Meca.
- D. Nicolas de la Herran, del comercio de Sevilla.
- D. Pedro Asencio.
- D. Pedro Segin y Pons.
- D. Rafael Fosi.
- D. Ramon Diaz.
- D. Roman Delgado.
- El Dr. D. Raimundo Duran, catedrático interino del
Real estudio de Clínica de Barcelona.
- D. Simon Muñoz Peñasco.
- D. Simon Sainz.
- D. Teodoro Medraso.
- D. Vicente Ramirez.
- D. Vicente Acuña, de Utrera.

- D. Manuel Gascón, médico de las Castillas, abogado.
- D. Miguel Centeno y Arenas.
- D. Manuel García.
- D. Miguel Espinosa.
- D. Manuel Montenegro, profesor de medicina.
- D. Manuel María Rodríguez Navarro, médico de Orense.
- D. Miguel Tortosa, médico.
- D. Manuel José Aceytuno, abogado.
- D. Manuel José Aceytuno, abogado.
- D. Manuel José Aceytuno, abogado.
- D. Mariano Portillo, médico.
- D. Modesto Jaime, médico de Pamplona.
- D. Manuel Uribe, médico de Jaca.
- D. Manuel Valdes, profesor de medicina en Garmona.
- D. Nicolás Meca, médico de Orense.
- D. Nicolás de la Herrán, del comercio de Sevilla.
- D. Pedro Asencio, abogado.
- D. Pedro Segin y Pons, abogado.
- D. Rafael Forri.
- D. Ramon Diaz.
- D. Roman Delgado.
- D. Dr. D. R. mundo Duran, catedrático interno del Real estudio de Clinica de Barcelona.
- D. Simon Muñoz Ponsaco.
- D. Simon Sainz.
- D. Teodoro Medraso.
- D. Vicente Ramirez.
- D. Vicente Acuña, de Utrera.





